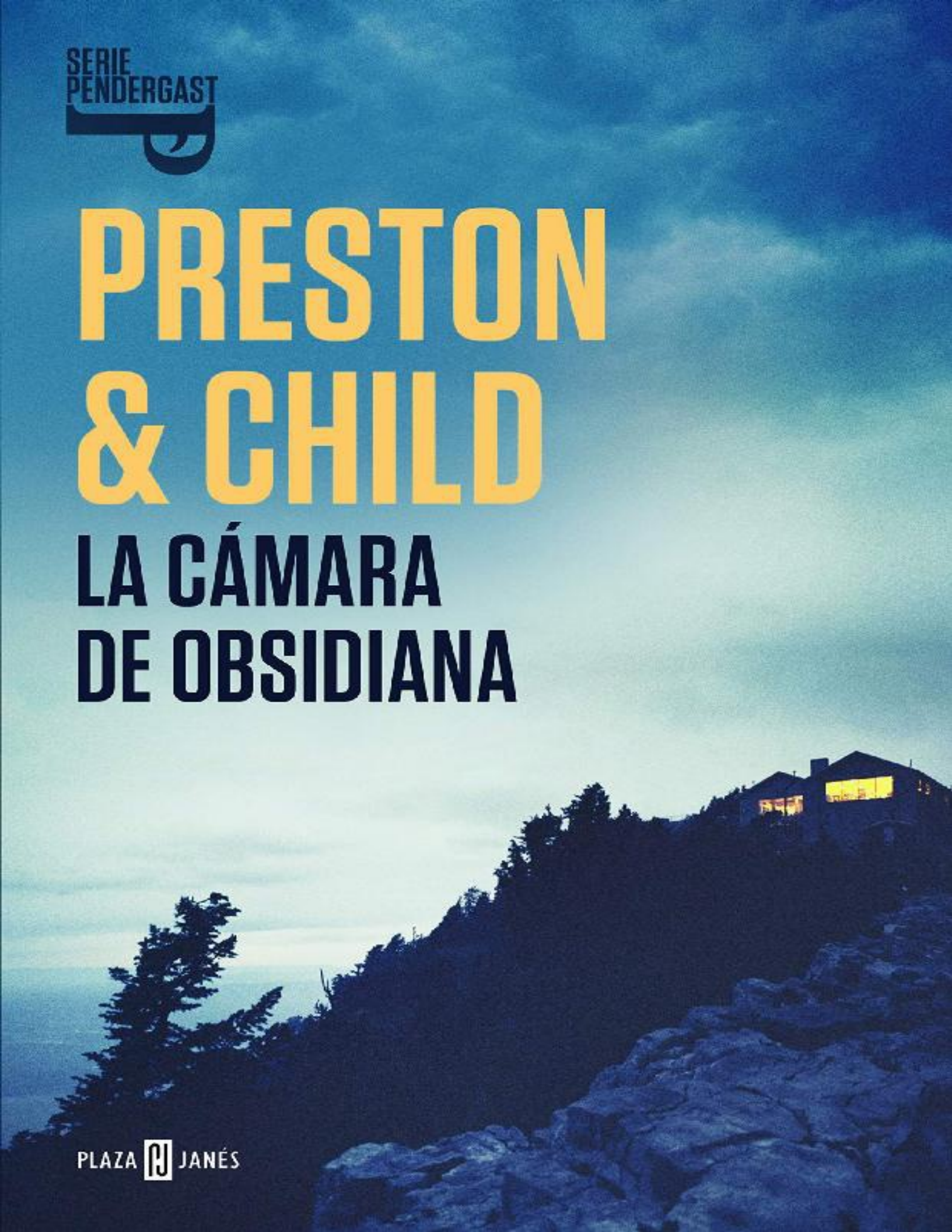
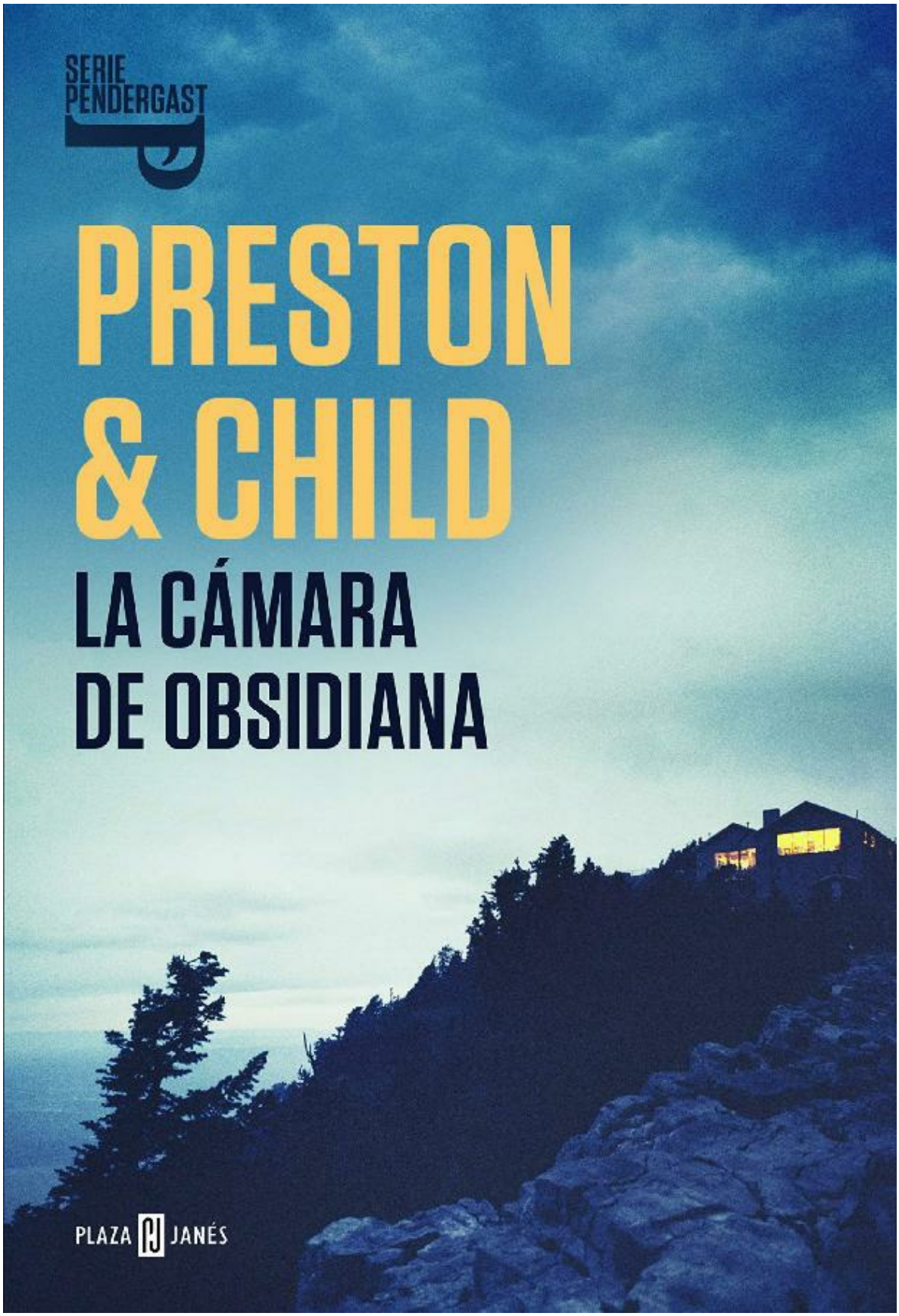
SERIE PENDERGAST

PRESTON & CHILD

LA CÁMARA DE OBSIDIANA



PLAZA JANÉS


SERIE PENDERGAST
PRESTON & CHILD
LA CÁMARA DE OBSIDIANA
PLAZA JANÉS

SERIE PENDERGAST

PRESTON & CHILD

LA CÁMARA DE OBSIDIANA

Traducción de
Juan Trejo

PLAZA JANÉS

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @megustaleerebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Lincoln Child dedica este libro a su madre, Nancy

Douglas Preston dedica este libro a Churchill Elangwe

Incluso en nuestros sueños
aquel dolor que no podemos olvidar
va cayendo gota a gota sobre el corazón
hasta que, desesperados,
contra nuestra voluntad,
nos alcanza la sabiduría
a través de la terrible gracia de Dios.

ESQUILO , *Agamenón* , tal como lo
parafraseó ROBERT F. KENNEDY

Prólogo

8 de noviembre

Proctor abrió con cuidado la puerta de doble hoja de la biblioteca para que la señora Trask pudiera entrar con una bandeja de plata con el servicio del té de media mañana.

La estancia estaba sumida en el silencio, en penumbra, iluminada tan solo por la luz del fuego que crepitaba en la chimenea. Delante, sentada en un sillón orejero, Proctor vio una figura inmóvil, indistinguible debido a la tenue luz. La señora Trask dejó la bandeja en una mesita junto al sillón.

—He pensado que podría apetecerle una taza de té, señorita Greene.

—No, gracias, señora Trask —respondió Constance en voz baja.

—Es su té favorito. Jazmín, primera cosecha. También le he traído unas magdalenas. Las he horneado esta misma mañana. Sé cuánto le agradan.

—No tengo hambre. Pero le agradezco las molestias.

—Entonces las dejaré aquí por si cambia de opinión.

La señora Trask sonrió con aire maternal y se dispuso a salir de la biblioteca. Cuando llegó a la altura de Proctor, la sonrisa se desvaneció y su cara adoptó de nuevo una expresión de preocupación.

—Estaré fuera solo unos días —le dijo casi en un susurro—. Mi hermana saldrá del hospital y el fin de semana ya la tendremos en casa. ¿Seguro que estaréis bien?

Proctor asintió y observó cómo la señora Trask regresaba a la cocina, para a continuación dirigir de nuevo la mirada hacia la figura sentada en el sillón orejero.

Habían pasado más de dos semanas desde que Constance regresó a la mansión del 891 de Riverside Drive. Había vuelto, sombría y silenciosa, sin el agente Pendergast, y sin dar explicación alguna sobre lo ocurrido. Proctor, en tanto que chófer, exmilitar subordinado y factótum de la seguridad, entendía que era su deber, en ausencia del agente Pendergast, ayudar a Constance a sobrellevar el trago por el que estaba pasando. Le costó tiempo, paciencia y un gran esfuerzo arrancarle a Constance las palabras necesarias para entender la historia. Una historia que incluso ahora le seguía pareciendo incomprensible, por lo que no tenía claro qué había sucedido en realidad. Lo que sí estaba claro, sin embargo, era que aquella mansión, sin Pendergast, había cambiado; había cambiado por completo. Como también había cambiado Constance.

Nada más llegar de Exmouth, en Massachusetts, adonde había ido para ayudar al agente especial A. X. L. Pendergast en una investigación privada, Constance se encerró durante días en su habitación, y comía casi contra su voluntad. Cuando salió, parecía otra persona: flaca y espectral. Proctor siempre había tenido claro que Constance era fría y reservada, contenida en extremo. Pero los últimos días se había mostrado a ratos apática, y otros cargada de una repentina e inagotable energía que la llevaba a recorrer los pasillos y las habitaciones como si estuviese buscando algo. Se olvidó por completo de los pasatiempos a los que antes había

dedicado horas y horas: nada de investigaciones acerca de los ancestros de la familia Pendergast, nada de estudios sobre antigüedades, nada de leer ni de tocar el clavicémbalo. Tras recibir varias visitas preocupadas del teniente D'Agosta, la capitana Laura Hayward y Margo Green, se negó a ver a nadie más. Parecía estar en guardia, a la expectativa; a Proctor no se le ocurrió una mejor manera de definirlo. Los únicos momentos en los que dejaba entrever a la mujer que había sido eran las raras ocasiones en las que sonaba el teléfono, o cuando Proctor regresaba con las cartas recibidas en el apartado de correos. Siempre estaba esperando una palabra de Pendergast, siempre, pensaba Proctor. Pero no llegó ninguna.

Un elevado cargo del FBI se las había ingeniado para mantener fuera del foco de atención de los medios de comunicación tanto la investigación sobre Pendergast como el nombre del agente que la estaba llevando a cabo. Aun así, Proctor se había impuesto la misión de reunir toda la información posible sobre la desaparición de su patrón. Descubrió que habían estado buscando su cuerpo durante cinco días. Dado que el desaparecido era un agente federal, le habían dedicado un esfuerzo excepcional. Los patrulleros de los guardacostas habían buscado en las aguas de Exmouth. Los oficiales locales y la Guardia Nacional habían peinado la línea de costa desde la frontera con New Hampshire hasta Cape Ann, en busca de cualquier rastro de Pendergast, aunque se tratase de un simple pedazo de ropa. Los buceadores habían revisado con cuidado las rocas adonde las corrientes podrían haber llevado el cuerpo, y escudriñaron el lecho marino con el sónar. Pero no encontraron nada. El caso seguía oficialmente abierto, pero la conclusión oficiosa era que Pendergast, herido de gravedad en el enfrentamiento con aquella criatura, tratando de luchar contra las corrientes de la marea, debilitado por el oleaje y sumergido en un agua a diez grados centígrados, se había visto arrastrado mar adentro y había muerto ahogado. Hacía tan solo dos días, el abogado de Pendergast, socio de uno de los más antiguos y discretos bufetes de Nueva York, había buscado al hijo de Pendergast, Tristram, para darle la triste noticia de la desaparición de su padre.

Proctor se acercó y se sentó junto a Constance. Ella lo miró de refilón mientras se sentaba, ofreciéndole una leve sonrisa. Después volvió a fijar la mirada en el fuego. La luz parpadeante proyectaba oscuras sombras sobre sus ojos violeta y su corto cabello oscuro.

Desde su regreso, Proctor se había comprometido a cuidar de ella, pues sabía que eso era justamente lo que su patrón habría querido. La aflicción de la joven había dado pie a un inesperado sentimiento de protección por parte de Proctor, lo cual no dejaba de resultar irónico, dado que en circunstancias normales Constance jamás habría buscado la protección de nadie. Sin embargo, y aunque no había dicho una sola palabra al respecto, ella parecía sentirse a gusto con sus atenciones.

Constance se irguió en el sillón.

—Proctor, he decidido bajar.

El abrupto anuncio pilló a Proctor desprevenido.

—¿Quieres decir… ahí abajo, donde vivías?

Ella no dijo nada.

—¿Por qué?

—Para… aprender a aceptar lo inevitable.

—¿Y por qué no lo haces aquí, con nosotros? No puedes volver ahí abajo.

Constance se dio la vuelta y lo miró con tal intensidad que Proctor se quedó sin palabras. Entendió que no tenía la menor posibilidad de hacerla cambiar de opinión. Tal vez era una señal de que al fin aceptaba que Pendergast ya no regresaría, y eso suponía un progreso… de alguna

clase. Ojalá lo fuera.

Constance se levantó del sillón.

—Escribiré una nota a la señora Trask indicándole qué ropa y qué otras cosas necesitaré, para que las deje en el montacargas. Solo comeré caliente una vez al día, a las ocho de la noche. Pero no quiero nada durante las dos primeras noches, por favor. Ahora mismo me siento sobreprotegida. Además, la señora Trask va a estar fuera y no quiero causarte molestias.

Proctor también se puso en pie. La agarró del brazo.

—Constance, tienes que escucharme…

Ella miró la mano y después lo miró a la cara con una expresión que hizo que Proctor le soltase el brazo de inmediato.

—Gracias, Proctor, por respetar mis deseos.

Constance se puso de puntillas y volvió a sorprenderlo dándole un ligero beso en la mejilla. Después dio media vuelta y, desplazándose casi como una sonámbula, se dirigió al extremo de la biblioteca, donde estaba oculto el montacargas tras una falsa estantería. Abrió la puerta, se metió en el montacargas, cerró la puerta y… desapareció.

Proctor se quedó mirando hacia aquel punto durante un buen rato. Era una locura. Sacudió la cabeza y se alejó. De nuevo, la ausencia de Pendergast pendía sobre la mansión como una sombra alargada; también sobre él. Necesitaba tiempo para estar solo, para pensar en todo aquel asunto.

Salió de la biblioteca, enfiló el corredor, abrió una puerta que llevaba a un pasillo alfombrado y subió por la sinuosa escalera que conducía a los antiguos aposentos del servicio. Llegó a la tercera planta y recorrió otro pasillo hasta llegar a la puerta del pequeño apartamento en el que se encontraban sus habitaciones. La abrió, entró y cerró tras él.

Tendría que haberse opuesto al plan de Constance con más energía. Sin Pendergast allí, él era el responsable de la joven. Pero sabía que nada de lo que hubiese podido decirle le habría hecho cambiar de opinión. Hacía ya tiempo que había entendido que, si bien era capaz de lidiar casi con cualquier cosa, llevaba las de perder a la hora de oponerse a ella. Con el paso del tiempo, se dijo, Constance aceptaría el hecho de que Pendergast había muerto… y seguirían adelante…

Una mano enguantada lo rodeó desde la espalda y apretó con una fuerza enorme su caja torácica.

A pesar de pillarlo por sorpresa, Proctor reaccionó instintivamente agachándose con rapidez, con la intención de sorprender al intruso, que tenía la guardia baja. Sin embargo, el hombre se anticipó a la reacción y la frustró. Acto seguido, Proctor sintió el pinchazo de una aguja, que se hundió en su cuello. Se quedó paralizado.

—Le aconsejo que no se mueva —dijo una voz extraña y sedosa que Proctor, con profundo desagrado, reconoció.

No se movió. Le sorprendía que aquel hombre, que cualquier hombre, hubiese llegado hasta él. ¿Cómo era posible? No había estado lo bastante alerta, no había estado atento. Jamás se lo perdonaría. Sobre todo teniendo en cuenta quién era ese individuo: el mayor enemigo de Pendergast.

—Usted está mucho más versado que yo en las artes del combate físico —prosiguió la voz suave—. Por eso me he tomado la libertad de adelantarme a los acontecimientos. Lo que está sintiendo en el cuello en este momento es, obviamente, una aguja hipodérmica. Todavía no he bajado el émbolo. Contiene una dosis de pentotal sódico; una dosis más que considerable. Se lo preguntaré una vez, solo una vez. Relaje el cuerpo para darme a entender que lo ha comprendido.

Su reacción determinará si le suministro una mera dosis anestésica o… letal.

Proctor calculó sus posibilidades. Relajó sus miembros.

—Excelente —dijo la voz—. Su nombre es Proctor, si no recuerdo mal.

Proctor permaneció en silencio. Debía de haber una manera de revertir la situación; siempre había una manera. Solo tenía que pensar.

—He estado vigilando la mansión durante un tiempo. El amo de la casa se ha ido… para siempre, por lo que parece. Esto está más triste que una tumba. Tal vez deberían lucir crespones negros.

La mente de Proctor funcionaba a toda velocidad imaginando diferentes escenarios. Tenía que escoger una opción y llevarla a cabo. Necesitaba tiempo, un poco más de tiempo, unos pocos segundos al menos…

—¿No está de humor para charlar? Me parece bien. Tengo un montón de cosas que hacer, así que esta es mi propuesta: buenas noches.

Al sentir cómo descendía el émbolo de la jeringa, Proctor entendió que su tiempo se había acabado… Pero, para su sorpresa, se equivocó.

1

Poco a poco, como si saliese de las más oscuras profundidades, Proctor fue recuperando la consciencia. Le estaba costando mucho, y parecía que iba a ser un proceso largo. Abrió los ojos al fin. Sentía los párpados pesados, pero hizo todo lo posible para que no se le cerrasen. ¿Qué había ocurrido? Durante un rato permaneció inmóvil, observando lo que tenía a su alrededor. Entonces se dio cuenta de que estaba tirado en el suelo de su sala de estar.

Su sala de estar.

«Tengo un montón de cosas que hacer…»

De repente lo recordó todo como si se tratase de una corriente enfurecida de imágenes. Trató de ponerse en pie. En vano. Volvió a intentarlo esforzándose todavía más y logró sentarse. Se sentía como si su cuerpo fuera un saco de comida.

Le echó un vistazo a su reloj. Las once y cuarto de la mañana. Había estado inconsciente unos treinta minutos.

«Treinta minutos.» A saber qué habría pasado en ese rato. Solo Dios lo sabía.

«Tengo un montón de cosas que hacer…»

Con un heroico esfuerzo, Proctor logró ponerse en pie. La habitación se tambaleó y él se apoyó en la mesa para mantener el equilibrio, mientras sacudía la cabeza con violencia para intentar aclararse. Se detuvo un momento para tratar de recuperar sus facultades, tanto las físicas como las psíquicas. Abrió entonces el cajón de la mesa, agarró la Glock calibre 22 y se la encajó en el cinturón.

La puerta de su apartamento estaba abierta y podía verse el pasillo central que llevaba a los cuartos del resto del servicio. Cruzó la puerta apoyándose en el marco y acto seguido avanzó por el pasillo como si estuviese borracho. Al llegar a la estrecha escalera trasera se aferró con fuerza a la barandilla y, medio caminando medio arrastrando los pies, descendió los dos tramos de escalera que conducían a la planta principal de la mansión. El esfuerzo que eso conllevó, junto con un acuciante sentido de peligro extremo, agudizó sus sentidos. Recorrió un pasillo corto y abrió la puerta que, en un extremo, llevaba a las estancias comunes.

Se detuvo, dispuesto a llamar a la señora Trask. Pero se lo pensó mejor. Anunciarse no era una buena opción. Por otra parte, con toda probabilidad la señora Trask ya se habría ido a Albany a ver a su hermana enferma. Y tampoco era ella la que estaba en peligro. Quien corría peligro era Constance.

Proctor recorrió el suelo de mármol con la intención de entrar en la biblioteca, subirse al montacargas, bajar al sótano y hacer cuanto fuera necesario para protegerla. Sin embargo, volvió a detenerse antes de entrar en la biblioteca. Desde su posición advirtió que una de las mesas estaba volcada y había libros y papeles esparcidos por la alfombra.

Echó un rápido vistazo. A su derecha, el amplio recibidor de la mansión, con las paredes cubiertas de vitrinas llenas de extraños expositores, estaba hecho un desastre. Uno de los pedestales estaba por los suelos, y la urna cineraria etrusca que sostenía había quedado hecha añicos. El enorme jarrón que presidía el centro del recibidor, con flores que la señora Trask

cambiaba a diario, ahora estaba tumbado en el suelo de mármol, roto, y las dos docenas de rosas y lirios yacían en charcos de agua. Las puertas de una de las vitrinas, la que estaba en el extremo más alejado del recibidor, junto a la puerta que llevaba a la galería del refectorio, estaban abiertas de par en par e inclinadas hacia un lado, medio arrancadas las bisagras. Parecía como si alguien hubiese tirado de ellas en un intento desesperado de aferrarse a algo.

Sin duda, todas eran pruebas de una lucha terrible. Y conducían, desde la biblioteca y a través del recibidor, directamente hacia la puerta principal de la mansión. Y de ahí al mundo exterior.

Proctor cruzó el recibidor a la carrera. En la alargada y estrecha estancia que se extendía más allá, en la que hasta hacía bien poco se encontraba la mesa del refectorio donde Constance realizaba sus investigaciones sobre la historia de la familia Pendergast, todo estaba desordenado: libros y papeles por todas partes, sillas volcadas, un ordenador portátil bocabajo. Y en un extremo de la estancia, donde se hallaba el acceso al vestíbulo, había algo incluso más inquietante: la pesada puerta principal, que rara vez se usaba, estaba entreabierta, por lo que dejaba entrar en casa el sol de última hora de la mañana.

Mientras ordenaba mentalmente todas esas señales con creciente temor, Proctor oyó un grito ahogado que provenía del otro lado de la puerta, una voz femenina pidiendo auxilio.

Sin pensar siquiera en su mareo, cada vez más leve, echó a correr y sacó la Glock de su cinturón. Pasó bajo el arco, cruzó el hall, abrió la puerta de par en par y se detuvo bajo la puerta cochera para llevar a cabo un reconocimiento.

A lo lejos, en el acceso al camino de entrada, un Lincoln Navigator con los vidrios tintados avanzaba despacio hacia Riverside Drive. Una de las puertas traseras estaba abierta. Justo al lado se encontraba Constance Greene, con las muñecas atadas a la espalda. Le daba la espalda a Proctor y luchaba con desesperación, pero su corte de pelo y su gabardina Burberry color verde oliva resultaban inconfundibles. Un hombre, también de espaldas a Proctor, la agarraba por la cabeza y con un violento empujón la metió en la parte trasera del coche; después cerró la puerta.

Proctor apuntó con la pistola y disparó, pero el hombre saltó por encima del capó y se metió en el coche por la puerta del conductor, sin que el tiro lo alcanzara. El segundo disparo impactó contra el cristal antibalas. A pesar de que el acelerón del coche levantó una nube de humo de neumático que lo lanzó hacia Riverside Drive, la silueta de Constance, que seguía luchando, resultaba visible a través del vidrio tintado trasero. El motor del automóvil rugió por la avenida y no tardó en quedar fuera del alcance de Proctor.

Justo antes de saltar sobre el capó, el asaltante se había dado la vuelta para encarar a Proctor y sus miradas se cruzaron. Sus rasgos resultaban inconfundibles: sus extraños ojos de dos colores, su rostro pálido, cincelado, su barba pelirroja bien recortada y la crueldad de su mirada… No podía ser nadie más que Diogenes, el hermano de Pendergast, su más implacable enemigo. Todos lo habían dado por muerto; creían que Constance había acabado con él hacía tres años.

Pero había vuelto. Y tenía a Constance.

La mirada de Diogenes —la ferocidad, y ese oscuro y perverso destello de triunfo en sus ojos — había resultado tan terrorífica que, durante unos segundos, incluso el estoico Proctor se había quedado petrificado. Pero su parálisis duró apenas un segundo. Se sacudió el espanto y la laxitud de encima y echó a correr tras el coche. Recorrió a toda velocidad el camino de salida y superó el murete de un salto.

2

En su juventud, Proctor había sido un atleta excepcional. Durante su servicio militar había establecido un récord en carreras de resistencia que seguía vigente en Fort Benning, y había sabido mantenerse en forma desde entonces. Así pues, persiguió al Navigator todo lo rápido que pudo. El coche estaba ahora detenido en un semáforo, manzana y media por delante de él. Proctor cubrió esa distancia en menos de quince segundos, pero cuando estaba a punto de alcanzarlo, la luz cambió a verde y el Navigator arrancó con un chirriar de ruedas.

Proctor se plantó en mitad del asfalto y apuntó con la Glock a los neumáticos traseros del coche. Disparó dos veces, primero al izquierdo y después al derecho. Hizo blanco. Ambos neumáticos temblaron con el impacto de las balas, pero volvieron a inflarse inmediatamente con un siseo explosivo, bajo la atenta mirada de Proctor. Autoinflado. El Navigator, con Diogenes al volante, sobrepasó al coche que tenía delante y aceleró Riverside arriba, zigzagueando entre el tráfico.

Proctor dio media vuelta y regresó corriendo a la mansión. Volvió a colocarse la pistola en el cinturón y sacó el teléfono móvil. No conocía demasiado a los contactos de Pendergast en el FBI o en las otras agencias federales, aparte de que ponerse en contacto en ese momento con el FBI solo ralentizaría las cosas. Era un caso para la policía. Así que marcó el 911.

—Ha llamado a emergencias —respondió una fría voz femenina.

Al llegar a la mansión, Proctor cruzó la puerta principal y atravesó a todo correr los salones hacia la parte trasera de la casa. Con el fin de mantener el anonimato y por razones de seguridad, el teléfono móvil estaba asociado a un nombre y a una dirección falsos, y sabía que dicha información habría aparecido ya en la pantalla de la operadora.

—Soy Kenneth Lomax —dijo Proctor utilizando un nombre ficticio. Abrió entonces un falso panel que había en la pared del corredor trasero y agarró una mochila preparada para esa clase de emergencias—. Acabo de presenciar un secuestro.

—Dirección, por favor.

Proctor le dio la dirección mientras guardaba la Glock y varios cargadores de munición en la mochila.

—He visto cómo un hombre sacaba a una mujer de una casa tirándole de los pelos. Ella gritaba con todas sus fuerzas pidiendo ayuda. El tipo la ha metido en el coche y se ha ido.

—Descríbame el coche.

—Un Navigator de color negro con los vidrios tintados. Se han ido hacia el norte por Riverside. —Le dijo el número de matrícula al tiempo que cruzaba la cocina, mochila al hombro, en dirección al garaje, donde Pendergast guardaba su Rolls-Royce Silver Wraith.

—Por favor, señor, no cuelgue. Estoy enviando a alguien.

Proctor puso en marcha el motor, recorrió el camino de acceso a la mansión, giró hacia el norte por Riverside Drive y al acelerar dejó una marca de neumáticos de unos tres metros en el asfalto. Se saltó dos semáforos en rojo. El tráfico era escaso, lo que le permitía tener una perspectiva de casi un kilómetro. Oteando entre la luz brumosa, intentó localizar el Navigator y

le pareció verlo diez manzanas más allá.

Aceleró más, esquivó varios taxis y se saltó otro semáforo entre furiosos bocinazos. Sabía que, ante la posibilidad de un secuestro, la operadora de emergencias habría llamado a algún coche patrulla y luego se habría puesto en contacto con la agencia de detectives. También le requeriría más información sobre su persona. Lanzó el teléfono móvil al asiento del copiloto, sin colgarlo. Después puso en marcha la radio de la policía que tenía instalada bajo el salpicadero.

Aceleró todavía un poco más, dejando atrás las manzanas como una exhalación. Ya no podía ver el Navigator, ni siquiera en la recta que llevaba a Washington Heights. La ruta de escape lógica era tomar Riverside Drive hacia el norte. Empezó a oír sirenas. La policía había respondido con celeridad.

De repente, vio por el retrovisor cómo el Navigator irrumpía en Riverside Drive desde la calle Ciento cuarenta y siete, en dirección sur. Por lo visto Diogenes se había metido en una calle de dirección única en sentido equivocado y había dado la vuelta.

Proctor apretó los labios mientras evaluaba el tráfico a su alrededor. Y entonces dio un volantazo hacia la izquierda, a la vez que accionaba el freno de mano para bloquear las ruedas, de manera que el coche realizó un giro de ciento ochenta grados con un sonoro derrape. La maniobra fue acogida con chirridos de frenos y más bocinazos en forma de protesta. Proctor soltó el freno de mano al completar la maniobra y aceleró. Aquel pedazo de automóvil salió lanzado hacia delante. Ahora, en la distancia, podía ver las luces parpadeantes que acompañaban el ulular de las sirenas.

Cinco manzanas más allá vio el Navigator, que se desvió hacia la derecha por la calle Ciento cuarenta y cinco Oeste. Girar allí no tenía sentido: la calle Ciento cuarenta y cinco finalizaba al poco en el aparcamiento del parque Riverbank State, un espacio ajardinado construido, irónicamente, sobre una planta de tratamiento de aguas residuales encajada entre el río Hudson y la autopista West Side. ¿Habría una lancha motora esperando a Diogenes?

A Proctor le llevó medio minuto llegar a la altura de la calle Ciento cuarenta y cinco y tomar la curva cerrada con el Rolls. Pero entendía que era fundamental saber qué pretendía Diogenes antes de actuar. Por eso detuvo el coche de golpe y, tras extraer de la mochila unos prismáticos pequeños pero potentes, estudió el panorama que se extendía frente a él: primero la calle, después el aparcamiento y por último los caminos de servicio adyacentes. No había ni rastro del Navigator. ¿Dónde demonios se había metido?

Proctor dejó los prismáticos. Y en aquel momento su visión periférica captó que algo se movía entre la maleza, a su derecha. La cuneta trazaba un ángulo cerrado en ese punto, apuntando hacia la franja norte-sur de la autopista West Side. Las ramas y las hojas parecían recién cortadas. Había una capa de tierra fina y dispersa y marcas de neumático recientes en el polvo.

Proctor recuperó los prismáticos. Vio el Navigator en la lejanía, ya en la autopista, hacia el norte, a toda velocidad. Maldijo. Todas esas maniobras le habían dado a Diogenes casi un kilómetro de ventaja, como mínimo.

Puso en marcha el motor una vez más, sacó el Rolls de la calle y tomó el tambaleante y precario camino que llevaba, terraplén abajo, hasta la autopista, donde Proctor irrumpió de manera salvaje en mitad del tráfico. Después cogió el teléfono móvil del asiento del copiloto.

—Soy Kenneth Lomax. El vehículo sospechoso circula ahora por la autopista West Side hacia el norte y se aproxima al puente George Washington.

—Señor —dijo la operadora—, ¿cómo puede estar tan seguro?

—Porque lo estoy siguiendo.

—No lo siga, señor. Deje que la policía se haga cargo de la situación.

Proctor rara vez alzaba la voz, pero lo hizo en ese momento.

—¡Pues síganlo de una maldita vez, y háganlo ya!

Lanzó el teléfono de nuevo al asiento del copiloto sin esperar la respuesta de la operadora.

Recorrió la autopista West Side bordeando la Hudson River Greenway, subiendo y bajando según la orografía del lugar. Puso el Rolls a más de ciento sesenta kilómetros por hora, pero sabía que Diogenes corría a la misma velocidad. Más adelante, por encima de la autopista, se arqueaba el tramo de la I-95 que conectaba con el puente George Washington. Proctor ya no podía ver el Navigator. ¿Habría tomado Diogenes la salida que llevaba a New Jersey, o a Long Island, o a Connecticut? ¿O había permanecido en la autopista hasta alcanzar el último nódulo de Manhattan y había tomado entonces la salida norte hacia Westchester?

Proctor volvió a maldecir. Intentó sintonizar las frecuencias de la policía y captó la conversación de los coches patrulla que respondían a la llamada de alerta sobre un Lincoln Navigator color negro con cristales tintados que circulaba por la autopista West Side en dirección norte. Sin embargo, a esas alturas, el Navigator, fuera a donde fuese, ya no circulaba por la autopista West Side.

La persecución, por lo visto, había terminado.

3

Pero la persecución no había acabado.

En el último instante, dejándose llevar por su instinto, Proctor tomó la salida del puente tras cruzar tres carriles de golpe, manteniendo a duras penas el control del Rolls mientras subía por la pronunciada rampa flanqueada por muretes de cemento. Escogió la parte baja del puente debido a que por allí el tráfico de camiones era reducido, y así podría correr más y maniobrar mejor. La policía informaba por radio que no había encontrado nada. En el asiento del copiloto, hablaba la voz de la operadora de emergencias, apenas audible. Proctor sabía que en el momento en que la policía abandonase la persecución del Navigator, empezaría a interesarse por él. Y él no tenía tiempo para preguntas no deseadas o, lo que era peor, una posible detención. Por eso alargó el brazo, se hizo con el teléfono móvil, bajó la ventanilla y lo lanzó fuera del coche. En la mochila guardaba otros teléfonos de prepago desechables.

Al llegar al otro extremo del puente, ya en New Jersey, redujo la velocidad a ciento diez kilómetros por hora al pasar por el peaje del este; no deseaba que lo detuviesen por exceso de velocidad en un momento tan delicado. Estudió el nudo formado por las diferentes autopistas y escogió la I-80 Express hacia el oeste. Quince minutos después, tomó la salida 65 hacia la interestatal en dirección al aeropuerto de Teterboro.

Proctor había llegado a la conclusión de que Diogenes solo disponía de dos posibles vías de escape: o bien se dirigía a una casa cercana preparada para tal fin, o bien se llevaba a Constance a un lugar lejano mediante transporte privado. Si Diogenes disponía de una casa, ya era demasiado tarde para hacer algo. Pero si había planeado llevársela lejos, no podía arriesgarse a seguir en el Navigator. Resultaba imposible subir a una persona secuestrada a un vuelo comercial o a alguna otra clase de transporte público; y la policía conocía el número de matrícula del coche. Así pues, Proctor se decidió por Teterboro: el único aeropuerto cercano con capacidad para vuelos privados de larga distancia.

Giró por Industrial Avenue y aparcó el Rolls sobre la acera, junto a la entrada más próxima a la terminal del aeropuerto. Estudió la línea que formaban las construcciones más cercanas: la torre, la estación de bomberos, los edificios de la FBO. No había rastro del Navigator, pero eso no quería decir nada: Diogenes podía haberse deshecho de él, o podía haberlo aparcado en uno de la media docena de hangares que había allí. Proctor abrió la puerta del conductor y salió a observar las pistas de rodaje de los aviones; no había ninguno. Después miró hacia el cielo. Un jet se elevaba en el cielo, recogiendo el tren de aterrizaje mientras lo observaba alejarse. Pero el espacio aéreo sobre la zona donde convergían los tres estados estaba plagado de aviones: no había manera de saber si Diogenes volaba en alguno de ellos.

Aún no, en todo caso.

Proctor regresó al Rolls y sacó el ordenador portátil, se conectó a internet y buscó el plano de Teterboro. El siguiente paso fue entrar en la página web de AirNav para encontrar información sobre el aeropuerto: latitud y longitud, estadísticas operativas, dimensiones de las pistas. Las dos pistas de Teterboro eran de unos dos kilómetros de longitud, por lo tanto tenían capacidad para

albergar casi cualquier clase de avión. Se fijó en que el aeropuerto daba servicio a unos cuatrocientos cincuenta aviones al día, el sesenta por ciento de los cuales eran vuelos regulares. Descendió por la página web hasta llegar a la información de la base de operaciones fija: datos sobre asistencia en tierra, servicios de aviónica y aviones de alquiler. Grabó en la memoria toda esa información.

Puso en marcha el Rolls, se adentró en las instalaciones del aeropuerto y recorrió el perímetro de edificios hasta llegar a uno que se encontraba en la punta de la pista número uno. El edificio era un hangar cavernoso con una enorme señal en la que podía leerse ESCUELA DE VUELO DE NORTH JERSEY . Agarró la mochila, salió del coche y corrió hacia el hangar. Echó un vistazo al interior y lo dejó atrás camino de la pista. La escuela de vuelo disponía de una docena de Cessna 152, bastante cutres, aparcados a pie de pista. Había dos personas sentadas dentro del que estaba más cerca, sin duda un piloto y su alumno, observando el plan de vuelo para la siguiente lección.

Con un evidente gesto de preocupación, Proctor corrió hacia la avioneta moviendo los brazos para indicar que abriesen la ventanilla. Los ocupantes lo miraron. Por la expresión de sus caras le quedó muy claro quién era el piloto y quién el alumno.

—¿Podrían ayudarme? —preguntó Proctor alzando la voz con tono quejumbroso—. ¿Se han fijado si un hombre y una mujer subían a alguno de los aviones de por aquí?

Los ocupantes del Cessna se miraron.

—La mujer es joven, de veintipocos años, con el pelo oscuro. El hombre es bastante alto, con barba recortada y una cicatriz en la mejilla.

—Señor, no puede estar aquí sin autorización —respondió el piloto.

Proctor se dirigió al alumno, un hombre mayor al que se le notaba que el simple hecho de estar sentado en la avioneta ya le resultaba emocionante.

—Se trata de mi jefe —repuso Proctor sin aliento, agitando la mochila—. Se ha olvidado esto. Y no me responde al teléfono móvil. Es de vital importancia; estos documentos contienen información que necesita.

—Sí, los he visto —dijo el alumno—. Han montado en un avión hará unos cinco minutos. De hecho, el avión los estaba esperando justo aquí, en la pista. La mujer parecía enferma. Iba dando tumbos.

—¿Qué clase de avión? —preguntó Proctor.

El piloto frunció el ceño.

—Señor, no podemos proporcionarle esa clase de…

Pero el alumno, sin lugar a dudas un entusiasta, se adelantó:

—Era un jet de dos motores. Un Lear. No he reconocido el modelo.

—Sí —dijo Proctor—. Un Lear. Es él, efectivamente. Muchísimas gracias, intentaré encontrar el modo de contactar con él.

El piloto abrió la boca para hablar, pero no había dicho ni media palabra cuando Proctor se dio la vuelta y empezó a correr dejando atrás el hangar de la escuela de vuelo.

Una vez en el Rolls, se conectó a la página web FlightAware y, en el apartado de los despegues y aterrizajes, se dispuso a localizar el KTEB, el código de la Organización Internacional de Aviación Civil para Teterboro. Apareció un mapa de la zona triestatal, con Teterboro en el centro, cubierto por las fantasmales formas blancas de diminutos aviones que se dirigían hacia diferentes puntos. Bajo el mapa había dos paneles: llegadas y SALIDAS .

Proctor escogió el panel de SALIDAS . Consistía en toda una serie de datos, listados en orden

cronológico inverso. Cada una de las líneas representaba un avión que había salido de Teterboro durante las últimas horas e identificaba el número de cola, el modelo de avión, el destino, la hora de despegue y la hora aproximada de llegada a destino.

En ese momento eran las 12.45. En la pantalla, Proctor pudo ver que los despegues más recientes correspondían a las 12.41, las 12.32 y las 12.29. Así que solo un avión había despegado de ese aeropuerto en los últimos cinco minutos.

Comprobó qué tipo de aparato era el que había despegado a las 12.41. Estaba inscrito como LJ45, un Learjet 45. Su destino era KOMA. Una búsqueda rápida identificó dicho aeropuerto, según los códigos de la ICAO, como el Aeródromo Eppley en Omaha, Nebraska.

En la página web, el número de cola o identificador era LN303P. Proctor cliqueó encima y se abrió una ventana nueva: un mapa que mostraba la ruta que el avión iba a seguir desde New Jersey hasta Nebraska. Por detrás, el pequeño símbolo que representaba al avión tenía una cola corta y fina que llegaba hasta Teterboro. Por delante, una línea discontinua que trazaba un leve zigzagueo en dos puntos y apuntaba hacia el oeste, señalaba la ruta prevista. En un lateral de la pantalla, una lista de datos indicaba que el avión tenía prevista una velocidad de crucero de setecientos setenta y siete kilómetros por hora y que estaba ascendiendo a dos mil metros de altitud, en busca de los seis mil.

Con un clic, Proctor cerró la ventana de los vuelos. Ahora sabía dos cosas fundamentales: Diogenes y Constance habían subido al Learjet y Diogenes había acordado con la Administración Federal de Aviación un vuelo a Nebraska. Todos los vuelos regidos por las Reglas de Vuelo Instrumental exigían un plan de vuelo; intentar volar sin uno generaba de inmediato una investigación no deseada.

Al comprobar el panel de LLEGADAS , vio que el Learjet con el número LN303P había aterrizado en Teterboro solo media hora antes. Así pues, no se trataba de un vuelo chárter local: Diogenes había contratado un chárter «reposicionado» desde otro aeropuerto con el objetivo de cubrir sus huellas.

«Muy listo. Pero no lo bastante.» Porque Diogenes no había pensado —o no había sabido— bloquear el nombre de cola del registro que llevaba la FlightAware. Y, como resultado, Proctor sabía ahora con precisión adónde se dirigía.

De todos modos, semejante conocimiento tenía una utilidad limitada. Porque con cada minuto que pasaba, Diogenes se alejaba de él, hacia Nebraska, a cientos de kilómetros por hora.

4

Según lo que había podido comprobar en la página web AirNav, DebonAir Aviation Services era la única compañía aérea de alquiler que operaba en la actualidad directamente desde el aeropuerto de Teterboro. Proctor circuló a lo largo de los edificios del aeropuerto hasta que al fin vio el cartel de la compañía de vuelos chárter. Aparcó frente a la puerta de cristales translúcidos, apagó el motor, agarró su mochila y el ordenador portátil y salió con prisas del Rolls.

El interior de la oficina del servicio de vuelos chárter se parecía a otras que había visto antes, cómoda aunque sobre todo funcional: la mayoría de los operadores de vuelos de alquiler eran antiguos pilotos de líneas comerciales o exmilitares. Había tres mostradores, pero solo uno estaba ocupado. De las paredes colgaban varios pósteres con aviones. La puerta abierta al fondo de la oficina llevaba a lo que parecía ser una sala de archivos.

Proctor se fijó en el hombre que estaba sentado tras el mostrador. Debía de rondar los cincuenta, tenía el pelo de color gris acero, corto, y el cuerpo musculado. La placa de encima de la mesa indicaba su apellido: bowman . El hombre miró a Proctor, sin duda calculando si se trataba de un cliente potencial.

Proctor evaluó la situación. Lo que estaba a punto de solicitar era algo inusual y, por lo general, llevaría su tiempo organizarlo; más tiempo del que disponía. A toda velocidad y de manera metódica, calculó sus opciones observando adónde conducía por lógica cada una de las decisiones. A continuación se sentó en una silla al otro lado del mostrador, dejó el ordenador en el suelo y mantuvo en su regazo la mochila, para protegerla.

—Necesito un vuelo chárter de inmediato.

El hombre parpadeó.

—De inmediato —repitió.

Proctor asintió.

—¿A qué viene tanta prisa? —La expresión del hombre, de repente suspicaz, sugería otra pregunta: «¿Se trata de algo ilegal?».

—No es lo que parece —dijo Proctor. Había decidido mostrar cierto grado de sinceridad para conseguir lo que quería; sinceridad mezclada con otra clase de incentivos—. Se trata de una persecución.

Al oír esas palabras, el hombre dio la impresión de despertar de golpe. Miró de otro modo a Proctor, como de militar a militar.

—¿Sirvió en los Rangers?

Proctor hizo un vago gesto con la mano.

—Fuerzas especiales. —Echó un vistazo al estuche enmarcado que colgaba de la pared a la espalda de Bowman—. ¿Fuerzas Aéreas?

Bowman asintió. La mirada suspicaz se había esfumado.

—¿Por qué no acude a la policía?

—Se trata de un secuestro. Cualquier intervención por parte de la policía implicaría la muerte del rehén. El secuestrador es inteligente y extremadamente violento. Además, se trata de un

asunto personal delicado. Y el tiempo es un factor clave. Conozco el número de cola y el destino. Tengo que llegar al destino antes de que el objetivo desaparezca.

Bowman volvió a asentir, aunque ahora más despacio.

—¿De qué destino se trata?

—Aeródromo Eppley, Omaha.

—Omaha —repitió el hombre—. Eso es mucho combustible, amigo. ¿A qué distancia está la escala?

—Sin escalas. Es un viaje de un tirón. Solo ida.

—Aun así tendré que cobrarle el viaje de vuelta.

—Lo entiendo.

—¿Cuántos pasajeros?

—El que tiene delante.

Una pausa.

—Supongo que sabe que los vuelos de última hora, como este, dada la burocracia extra y los gastos generales, conllevan un cargo adicional.

—No hay problema.

Dio la impresión de que el hombre se lo pensaba durante unos segundos. Después se volvió hacia el ordenador que tenía en la mesa y empezó a teclear. Proctor aprovechó para abrir su ordenador portátil y comprobar el estado del vuelo de Diogenes. El icono del LN303P avanzaba hacia el oeste. Volaba a tres mil seiscientos metros de altitud y se aproximaba a velocidad de crucero.

—Está de suerte —dijo Bowman—. Tenemos un avión disponible, un Pilatus PC-12. También tenemos un piloto con licencia en el aeropuerto; está acabando de comer. —El hombre cogió la calculadora—. Contando el combustible, las tasas de despegue y de segmentos, el tiempo empleado, la tasa de viaje de ida y el quince por ciento, el cargo habitual, serán mil doscientos por…

—No me vale —le interrumpió Proctor.

El hombre fijó la vista en él.

—¿Por qué no?

—El PC-12 solo tiene un motor. Necesito un jet.

—Un jet.

—Estoy persiguiendo a un Learjet 45. Necesito algo igual o más rápido.

La mirada suspicaz reapareció por un instante. Después Bowman se centró en el ordenador.

—Disponemos de otro avión. Un Gulfstream IV. Pero no es posible salir de inmediato.

—¿Por qué no?

—Le he dicho que tenemos un piloto. No he dicho nada sobre «dos» pilotos. Ese jet no puede volar con un único piloto. —Tecleó algo más—. Tengo alguien de guardia. Podría estar aquí a primera hora de la mañana. Es decir, si el coste adicional del Gulfstream no supone un problema…

—Inaceptable.

El hombre se calló de golpe, sin dejar de mirar a Proctor.

—Debo salir de inmediato —insistió Proctor con voz serena.

—Y yo le he dicho que no dispongo de copiloto hasta mañana por la mañana.

De nuevo, Proctor barajó sus posibilidades. La violencia, habitualmente, era su primera opción. Sin embargo, dadas las circunstancias, no parecía lo más adecuado: demasiadas variables

en juego, demasiada seguridad en la zona. Por otra parte, necesitaba cooperación voluntaria si quería salirse con la suya.

—¿Cuál es la tarifa habitual para un viaje de ida y vuelta a Omaha en el Gulfstream IV?

De nuevo, el hombre tecleó en la calculadora.

—Tres mil ochocientos dólares por hora.

—Así que si se trata de un viaje de ida de, más o menos, tres horas de duración, estaríamos hablando de unos veinticinco mil dólares.

—Por ahí andaría la cosa… —empezó a decir el hombre, pero volvió a cerrar la boca cuando Proctor rebuscó en su bolsa y sacó varios fajos de billetes de cien y los colocó sobre el mostrador.

—Aquí hay treinta mil. Vámonos.

El hombre se quedó mirando la pila de billetes.

—Acabo de decirle que no dispongo…

—Usted tiene licencia, ¿no? —Proctor apuntó con el mentón hacia otro de los marcos que colgaban de la pared.

—Sí, pero…

Sin decir ni media palabra, Proctor rebuscó de nuevo en la bolsa, sacó otro fajo con cinco mil dólares y lo añadió a la pila. Se cuidó mucho de dejar la bolsa abierta, con los otros fajos de billetes de cien dólares a la vista, casi medio millón en total, así como dos Glock del calibre 22.

El hombre observó el dinero del mostrador, después miró hacia la bolsa y de nuevo al mostrador. Al final cogió el teléfono y marcó un número.

—Ray. Tenemos un vuelo de emergencia. Sí, ahora mismo. Omaha. No, solo de ida. Volaré de copiloto. Vente aquí. Ahora. —Escuchó lo que decían al otro lado de la línea durante un minuto —. Bien, pues dile que espere hasta mañana, maldita sea.

Entretanto, Proctor aprovechó la oportunidad para observar en el monitor el vuelo de Diogenes en FlightAware. Para su sorpresa y consternación, vio que, minutos atrás, el avión había variado su trayectoria original y trazaba una curva pronunciada. Un vistazo a la ventana de la información del vuelo en la parte derecha de la pantalla le mostró el nuevo destino: ya no se trataba de KOMA sino de CYQX. Al verlo, Proctor supo que era el código para el aeropuerto internacional de Gander, en Newfoundland.

Así pues, Diogenes no solo se había limitado a contratar un vuelo chárter reposicionado para escapar de Teterboro. Por lo visto, también había solicitado a la FAA un nuevo plan de vuelo en mitad del trayecto, ahora de Omaha a Gander. Su intención debía de ser asegurarse de que no lo seguían.

Mientras Proctor examinaba su ordenador portátil, Bowman hizo unas cuantas llamadas.

—De acuerdo —dijo mirando de reojo la pila de billetes—. Mi piloto está de camino y están llenando de combustible los depósitos del avión. Me haré con la previsión de DUATS y podremos salir inmediatamente…

—Hay un cambio de destino —lo interrumpió Proctor—. Ya no vamos a Omaha. Ahora vamos a Gander, en Newfoundland.

—¿Newfoundland? —Bowman frunció el ceño—. Un segundo. Entonces hablamos de un vuelo internacional y…

—Eso no importa. El vuelo es más corto. Pagaré lo que sea necesario. —Proctor sacó otro fajo con cinco de los grandes de su mochila, se lo mostró y volvió a guardarlo—. Haga lo que tenga que hacer. Y larguémonos de aquí de una puta vez.

Ese inesperado cambio en su manera de expresarse, tan diferente de su habitual monotonía, resultó de lo más persuasivo. Bowman exhaló y asintió despacio.

—Deme un minuto para los preparativos —dijo con un tono de voz extraño, entre complacido y desmoralizado—. Habremos despegado en diez minutos.

5

El plan de vuelo de Teterboro al aeropuerto internacional de Gander cubría mil setecientos kilómetros en un viaje sin escalas que pasaba sobre Cape Ann, Massachusetts, Nova Scotia y Newfoundland. Contando el tiempo que se tardaba en recorrer las pistas de acceso, el despegue y la deceleración durante la maniobra de aproximación, el tiempo de vuelo previsto era de una hora y cincuenta y un minutos. Proctor logró hablar con el control de tráfico aéreo de Gander cuando llevaban ya hora y media de vuelo.

Había dado por hecho que Gander era, sin ninguna duda, el destino de Diogenes. No se habían producido desviaciones posteriores; de hecho, su avión estaba encarando la aproximación final. Debido a la breve desviación de Diogenes camino de Omaha, y debido también a que los dos jets volaban más o menos a la misma velocidad, ahora Proctor se encontraba tan solo a media hora por detrás de Diogenes. Sin embargo, los pilotos del Gulfstream, Bowman y un hombre llamado Ray Krisp, eran muy rigurosos con el protocolo, al igual que la mayoría de los pilotos profesionales, como bien sabía Proctor, y se habían negado a permitirle que usase su radio, sin importarles el dinero que pudiese ofrecerles.

Al final, cuando el aparato inició el descenso, Bowman usó la radio para comunicarse con la torre de Gander.

—Gander, aquí Noviembre Tres Nueve Siete Bravo a mil trescientos solicitando información para aterrizar.

Se oyó un ruido de estática.

—Nueve Siete Bravo, cuatro cuatro cinco dos, directo a pista tres. Punto de contacto con tierra nueve.

—Dispuesto a aterrizar en pista tres, Nueve Siete Bravo —dijo Bowman, y colocó el aparato de radio en su sitio.

Al instante, Proctor agarró el micro, dio un paso atrás para no estar al alcance de los pilotos y apretó el botón de transmitir.

—Control Aéreo de Gander. Un LJ45, repito un Learjet 45, con número de cola LN303P, está aterrizando justo en este momento en la pista tres. Retenga a ese aparato en la pista de rodaje.

Se produjo un breve silencio en la radio.

—Aquí Control de Gander —dijo una voz—, repita, por favor.

—Retengan al Learjet, número de cola LN303P —repitió Proctor—. No permitan que desciendan los pasajeros. Llevan a un rehén a bordo.

Tanto Bowman como Krisp estaban desabrochándose los cinturones de seguridad.

—¿Quién es usted? —dijo el controlador aéreo—. Esta no es una frecuencia de las fuerzas de seguridad.

—Repito: hay un rehén a bordo del avión. Notifíquelo a las autoridades.

—Ese tipo de solicitudes deben realizarse a través de canales de las fuerzas de seguridad. ¿Recibido, Tres Nueve Siete Bravo?

Bowman estaba ahora de pie, frente a Proctor, con una expresión de desagrado. Sin decir nada,

extendió la mano para que le entregase la radio.

Proctor se disponía a hablar otra vez, pero se dio cuenta de que su intento había fracasado. Se había topado con el muro de la burocracia canadiense; debería haberlo previsto.

—Deme la radio —ordenó Bowman.

Mientras el piloto le hablaba, la radio volvió a bramar:

—Tres Nueve Siete Bravo, ¿recibido?

—Lo único que va a conseguir es que inmovilicen este avión —dijo Bowman—, no el que está persiguiendo. Y nos harán un montón de preguntas.

Proctor dudó. Su mirada se desplazó hacia la mochila, colgada de uno de los primeros asientos para pasajeros.

—¿Qué va a hacer, dispararnos? —preguntó Bowman—. Eso no servirá más que para que nos estrellemos. Ahora, deme la radio.

Proctor se la entregó sin rechistar.

A toda prisa, Bowman acercó el aparato a sus labios.

—Aquí Tres Nueve Siete Bravo. Ignoren la última comunicación. Un pasajero ha entrado en la cabina.

—Recibido —respondieron desde la torre de Gander—. ¿Necesitarán ayuda cuando hayan aterrizado?

Bowman miró a Proctor mientras hablaba.

—Eh… Negativo. El pasajero está un poco achispado. Está controlado, y la cabina está asegurada.

Bowman devolvió el aparato a su sitio sin apartar la vista de Proctor y regresó a su asiento.

—Esa conversación le va a costar cuarenta mil pavos, colega —dijo—. De lo contrario, le entregaremos a la policía por hacernos esta jugarreta.

Proctor le sostuvo la mirada. Acabó dándose la vuelta y regresando a su asiento. Había hecho todo lo que estaba en su mano, pero ese último esfuerzo había sido un error. Había perdido el juicio. No era ni policía ni agente federal. No podía obligar a las autoridades a que actuasen, y menos a las autoridades de un país extranjero. Había sido una locura intentarlo, ahora lo veía claro. Una vez en tierra firme, habría tenido que enfrentarse al propio Diogenes.

Y era capaz de hacerlo. Había llegado demasiado lejos. Gander era el aeropuerto más oriental de toda Norteamérica, tanto que casi se balanceaba al borde del Atlántico. La pregunta ahora era la siguiente: ¿era Newfoundland el destino final de Diogenes? ¿O se trataba de un simple lugar de paso? En muchos sentidos, Proctor se inclinaba por la primera opción. Era el destino perfecto, en mitad de la nada, rodeado por un vasto paisaje deshabitado; el sitio ideal en el que quedarse. La limitada autonomía del Lear hacía que un posible vuelo transatlántico resultase peligroso, forzado hasta el extremo.

Una vez en tierra, Proctor haría lo que se le daba mejor: seguir el rastro de su presa. Tal vez le llevase algo de tiempo. Pero Diogenes no tendría posibilidades de escapar; no podría cambiar de planes. Proctor estrecharía el cerco al máximo. Su presa acarreaba una rehén reacia y peligrosa. No, la persecución no duraría mucho, todo era cuestión de cómo iba a jugarse la partida.

Por supuesto, Proctor era consciente de que no tenía pruebas de que Diogenes y Constance hubiesen volado en el Learjet, tan solo el testimonio del alumno de la escuela de vuelo de Teterboro. Sin embargo, la falta de rutas de escape, el chárter reposicionado, el abrupto cambio de rumbo en mitad del vuelo… Todo apuntaba directamente a Diogenes. Y el instinto de Proctor también apuntaba en esa dirección. Por otra parte, se trataba de la única guía que tenía.

Andaba sumido en esos pensamientos mientras el avión descendía hacia la pista tres de Gander. Por la ventanilla vio una desolada extensión de hierba medio gris que daba paso a la cinta de asfalto. Se oyó un chirrido cuando las ruedas tocaron tierra y un rugido cuando los motores iniciaron empuje inverso. Mientras el avión perdía velocidad por la pista, Proctor se inclinó hacia la ventanilla para observar los aviones que se desplazaban de un lado a otro o se encontraban aparcados en las puertas, buscando el Lear. No estaba a la vista.

Pero entonces algo le llamó la atención. Al otro lado de la intersección de líneas de asfalto desde la pista por la que estaba decelerando el avión, vio dos personas en la distancia que salían de un hangar y caminaban hacia uno de los jets, al parecer un Bombardier Challenger. Un aparato que podía recorrer sin problemas distancias transoceánicas; un aparato al que él no podría seguir con su actual chárter. La primera figura era una mujer joven con una gabardina de color verde oliva, el cabello oscuro y la cabeza gacha. «Constance.» Justo detrás iba un hombre, con una mano sobre uno de los hombros de ella y la otra pegada a su espalda. El hombre se volvió, miró a derecha e izquierda… Incluso a aquella distancia, Proctor distinguió la inconfundible figura alta y delgada de Diogenes, con su barba pulcramente recortada y su cabello rojizo.

Constance caminaba de un modo extraño, a trompicones: la empujaban, advirtió Proctor. Sin duda Diogenes tenía un arma en la mano que presionaba la espalda de Constance.

Proctor sintió un subidón de adrenalina en las venas y se apartó de la ventanilla, pero su avión todavía estaba decelerando; faltaban unos cuantos minutos para poder saltar por la salida de emergencia.

Volvió a mirar por la ventanilla. Ahora las dos figuras estaban subiendo los escalones que llevaban a la cabina de pasajeros del Bombardier. En el último momento, justo antes de desaparecer en la oscuridad de la cabina, Proctor vio que Constance empezaba a forcejear. Vio a Diogenes, veloz como un rayo, rebuscar en su abrigo y sacar de un bolsillo una bolsa de lona con la que cubrió la cabeza de Constance. Acto seguido, la puerta del avión se cerró a sus espaldas y la violenta escena se vio interrumpida de golpe.

Para cuando el avión de Proctor empezó a detenerse, el Bombardier ya había despegado.

6

Durante el vuelo desde Teterboro, Proctor había pasado un buen rato investigando sobre el aeropuerto y la ciudad de Gander. En 1940, el aeropuerto de Gander se convirtió en un lugar clave para el repostaje de los vuelos con destino a las islas Británicas y más allá. En la actualidad, sin embargo, dada la mayor autonomía de vuelo de los modernos jets, ese papel había quedado obsoleto. Gander se utilizaba ahora sobre todo para aterrizajes de emergencia, como vuelos transatlánticos que sufrían alguna clase de problema médico o mecánico. El 11 de septiembre de 2001, con el espacio aéreo de Estados Unidos cerrado debido a la destrucción de las Torres Gemelas, Gander desempeñó un breve aunque importante papel en la llamada Operación Cinta Amarilla, al recibir más de tres docenas de vuelos redirigidos en un solo día. Aparte de eso, el aeropuerto era un lugar más bien tranquilo, donde se llevaban a cabo operaciones militares y se fletaban vuelos de transporte de mercancías hacia Islandia. La ciudad que le daba nombre era llana, fría y deprimente: barrida por el viento y sin árboles, con un cielo gris que escupía nieve.

Mientras Proctor reflexionaba sobre sus siguientes pasos, se aventuró a suponer algo más sobre Gander. Debido a su remota ubicación y a su relativa cercanía a destinos internacionales, podría ser el lugar ideal para que cierto tipo de pilotos ofreciesen sus servicios: gente salida de las Fuerzas Aéreas, o de líneas comerciales, o errantes; tal vez pilotos que, por la cantidad adecuada, estuviesen dispuestos a realizar servicios inusuales o cuestionables.

En ese momento estaba sentado junto a una mesa en el bar Crosswinds, ubicado en una de las maltrechas edificaciones que se extendían, como solapadas, justo después de las terminales, las pistas de acceso y las instalaciones oficiales de Gander. No había nadie en el local aparte del barman y él mismo. Consultó su reloj: eran casi las cuatro y media de la tarde. Diogenes había despegado hacía cosa de treinta minutos. Intentó no pensar en ello mientras le daba otro trago a su Heineken y esperaba. Había dedicado la última media hora a recorrer el aeropuerto y los alrededores, preguntando con discreción sobre la posibilidad de encontrar un piloto como el que había imaginado, y finalmente le habían dicho que fuese a ese bar.

Una vez más, Diogenes iba un paso por delante, o tal vez dos. Había supuesto que podían seguirle hasta Gander, y allí le esperaba un nuevo jet cargado de combustible y preparado para despegar en cuanto llegase; en esta ocasión, para realizar un vuelo transoceánico. El supuesto error que había cometido al no borrar el rastro que dejaba su nuevo número de cola en aviación civil no era en realidad un error; al contrario, confiaba tanto en su capacidad para eludir una posible captura que ni siquiera se había molestado en borrarlo. O tal vez incluso estaba disfrutando de la persecución. Típico de Diogenes: prefería un juego enrevesado a algo menos arriesgado y más directo. ¿Por qué otra razón le había dejado con vida si no? Habría sido más seguro matarlo con una dosis de pentotal sódico, pero eso no habría sido tan divertido, pensó Proctor. A esas alturas, sin duda Diogenes sabía que le andaba siguiendo, posiblemente debido a la llamada de radio a la torre de control de Gander; una estupidez, ahora lo sabía. Su respuesta al secuestro de Constance había resultado ser un fracaso en toda regla, tal vez el peor fracaso de su

vida. Pero tenía que dejarse de valoraciones y mantener el control, suprimir las emociones y la rabia que estaban alterando su buen juicio; tenía que actuar con fría precisión.

Proctor comprobó en la pantalla del ordenador portátil que el destino del Bombardier según el plan de vuelo era Shannon, en Irlanda. Teniendo en cuenta que el avión atravesaba el Atlántico y no se había desviado, Proctor dio por supuesto que Shannon era, en efecto, el verdadero destino. Los dos pilotos de DebonAir Aviation Services que Proctor había contratado no iban a llevarlo a ningún otro sitio, lo cual no resultaba sorprendente dado que su avión no tenía autonomía de vuelto suficiente para cruzar el Atlántico. Casi lo habían echado a patadas del aparato, amenazándolo con avisar a las autoridades si no pagaba de inmediato y se largaba.

Si lo que pretendía era atrapar a Diogenes, Proctor iba a necesitar otra clase de piloto para seguir con la persecución, uno con una visión algo más laxa a la hora de interpretar las normas y el reglamento. Le habían dado el nombre de ese piloto, y ya no tardaría en presentarse.

Le vino a la mente la imagen de Constance sacudiendo violentamente la cabeza mientras la cubrían con una bolsa. Le dio otro trago a la cerveza para borrar la imagen.

En ese preciso instante, se abrió la puerta del establecimiento y entró un hombre. No era muy alto, metro setenta y cinco, pero se desplazaba con la seguridad de quien ha ganado varias peleas en bares. Había cumplido los cuarenta, lucía un exagerado tupé de brillante cabello negro y llevaba una chaqueta de aviador gastada por décadas de servicio. Tenía una fina cicatriz que iba desde la comisura del ojo izquierdo hasta la patilla. Saludó al barman al sentarse en uno de los taburetes frente a la barra.

Proctor agarró su Heineken, el portátil y la bolsa y fue a sentarse junto a aquel hombre. Cuando le dejaron un whisky con hielo delante, Proctor puso un billete de veinte sobre la barra.

—Esta corre de mi cuenta —le dijo al barman.

El barman asintió y recogió el billete, y el hombre de la chaqueta de cuero escrutó a Proctor con la mirada.

—Gracias, colega —dijo con un acento barriobajero.

—¿Roger Shapely? —preguntó Proctor vaciando su cerveza.

—El mismo. ¿Y tú?

—Mi nombre es Proctor. —El barman regresó con el cambio y Proctor señaló la botella de cerveza vacía—. Me han dicho que eres uno de esos hombres que pueden llevar a la gente a otros sitios.

La mirada escrutadora se hizo más penetrante.

—Eso depende.

—¿De qué depende?

—De a quién tenga que llevar y de adónde vaya.

—Me llevarías a mí. A Irlanda.

El tal Shapely alzó las cejas.

—¿Irlanda?

Llegó la cerveza. Proctor asintió y le dio un trago.

—Ojalá pudiese ayudarte. Pero mi aparato es un Cessna Citation A/SP. No está preparado para cruzar el charco. —Shapely sonrió con algo parecido a la lástima.

—Lo sé todo sobre tu avión. Tiene dos turborreactores Pratt y Whitney JT15D, y fue modificado para que en lugar de necesitar dos pilotos pudiese volar con uno solo. También fue modificado, por ti, para que pudiese llevar pocos pasajeros y combustible extra. Suficiente combustible para recorrer casi seis mil quinientos kilómetros.

Shapely entrecerró los ojos.

—Alguien debe de haber hablado más de la cuenta.

Proctor se encogió de hombros.

—No saldrá de aquí.

Se produjo un silencio momentáneo. Shapely le dio un trago a su whisky. Reflexionaba, estudiaba a Proctor.

—¿En qué consiste exactamente el trabajo?

—Alguien ha salido de este aeropuerto hace cuarenta minutos, camino de Shannon. Se ha llevado algo que quiero. Necesito ir tras él.

—¿Quieres decir… perseguirlo?

—Sí.

—Un poco raro, ¿no? Si se trata de drogas, no cuentes conmigo.

—No tiene nada que ver con eso.

Shapely se lo replanteó.

—¿De qué clase de pájaro estamos hablando?

—Un Bombardier Challenger 300.

El hombre sacudió la cabeza.

—Mal asunto. Su velocidad de crucero es ochenta kilómetros por hora más rápida que la de mi Citation.

—Razón de más para que nos pongamos en marcha.

—No puedo llevarte hasta Shannon. —Cuando Proctor alzó la vista de su cerveza vio que el piloto esbozaba una ligera sonrisa—. Pero puedo llevarte cerca. Si tenemos viento de cola, porque si el viento nos viene de cara a duras penas llegaremos a la costa de Irlanda. ¿Cuánto pesas?

—Ochenta kilos.

—¿Carga?

Con el pulgar, Proctor señaló hacia el ordenador y la mochila.

—No puedes llevar nada más. Necesitamos un montón de combustible para un salto como ese. —Shapely se rascó la cabeza haciendo cuentas mentalmente. Después se inclinó hacia delante y miró por la ventana del bar hacia el anemómetro del aeropuerto, visible desde donde se encontraba—. Parece que tenemos el viento a favor. Ahora la cuestión es el dinero.

—También necesito que el vuelo no quede registrado. Por si Irlanda no es nuestro destino final.

—La vuelta al mundo en ochenta días, ¿no? Entonces no se trata de dinero. Se trata de más dinero.

—Cinco dólares por kilómetro. Viaje de ida. Si nos vamos ahora mismo.

Shapely se detuvo un momento para considerar la propuesta.

—Si eres policía, esto sería inducción al delito. Lo sabes, ¿no? No podrías acusarme de esta mierda.

—No soy poli. Solo alguien que necesita dar un paseo. Y tú un piloto que no hace preguntas.

Shapely se acabó el whisky.

—Veinte mil por adelantado. Diez mil más cuando lleguemos allí.

Proctor vio que el barman se daba la vuelta. Abrió la mochila, agarró unos cuantos fajos de billetes de cien y se los entregó al piloto.

—Aquí tienes treinta.

El hombre los recogió y los guardó a toda prisa en el bolsillo de su chaqueta.

—Doy por supuesto que querrás evitar la aduana, con equipaje o sin él.

—Así es.

Shapely asintió. Después palmeó el bolsillo en el que había metido el dinero.

—Deja que guarde esto y que haga un par de llamadas para arreglar las cosas en destino. Nos encontramos en North Gander Aviation en quince minutos. Está junto al hangar cuatro.

Acto seguido se puso en pie, alzó los pulgares en dirección a Proctor y salió del bar.

7

Shapely no había exagerado con lo del peso. Todos los accesorios, a excepción de los dos asientos de los pilotos, habían desaparecido, y el espacio para los pasajeros ahora lo ocupaban tanques adicionales de combustible. Volar saltándose el reglamento de la Administración Federal de Aviación hacía que ese vuelo fuese algo más barato que el de DebonAir, pero también iba a resultar menos confortable.

Despegaron pocos minutos después de las cinco. Shapely registró el vuelo como un viaje familiar a Twillingate, pues de ese modo no tenía por qué entregar un plan de vuelo, pero cuando estaban fuera del alcance del aeropuerto, viró hacia el este y en cosa de quince minutos sobrevolaban el Atlántico. A partir de ahí, Shapely descendió y empezó a volar bajo, a poco más de un centenar de metros de las olas. A pesar de la alarmante altitud a la que volaba, resultaba evidente que se trataba de un piloto muy dotado, y al parecer sin demasiados escrúpulos respecto al destino final, así que el dinero estaría bien empleado. Proctor no podía siquiera imaginar qué clase de negocios extraños habrían llevado a Shapely a modificar de aquel modo tan interesante su avión. Era pequeño y bastante antiguo, uno de los primeros jets de negocios de turborreacción, y la cabina era estrecha e incómoda. Mientras avanzaban hacia el este sobre el océano, alejándose del alcance del radar, Shapely fue ganando altitud poco a poco hasta llegar a los cuatro mil metros; para ahorrar combustible, según explicó, a lo que añadió media docena de términos relacionados con la presión atmosférica. El cielo se volvió añil y al ponerse el sol se oscureció, por lo que volaron hacia las sombras que provocaba la rotación de la Tierra.

Proctor realizó unos cuantos cálculos mentales. El avión volaba a una velocidad de crucero de unos setecientos veinte kilómetros por hora y, tal como había indicado Shapely, el Bombardier de Diogenes era capaz de llegar a los ochocientos. En lo único que estaban a la par era en autonomía, gracias a las modificaciones de Shapely. Teniendo en cuenta la ventaja respecto a la velocidad, el vuelo de Diogenes hasta el aeropuerto de Shannon duraría unas siete horas, supuso Proctor. A ellos les llevaría ocho y media alcanzar la costa de Irlanda. Shapely no le había dicho por qué no podrían aterrizar en Shannon, y Proctor había dado por hecho que se debía a la naturaleza irregular de su vuelo y a la necesidad de evitar cualquier tipo de aduana. Poco importaba. Tal como estaban las cosas, Diogenes llegaría a Irlanda dos horas y media antes que ellos, como mínimo.

Proctor comprobó de nuevo en el portátil el recorrido del Bombardier. Después cerró la tapa y se sentó lo más cómodo posible, cerró los ojos y, con disciplina militar, apagó la música celta que Shapely había hecho sonar todo el rato en el aparato de música del avión. Intentó no pensar en la tormenta atlántica hacia la que se encaminaban. Intentó no pensar en la última imagen de Constance, forzada a montar en un jet. Intentó, por encima de cualquier otra cosa, no especular sobre qué era lo que Diogenes tenía planeado para ella, porque estaba convencido de que, fuera lo que fuese, no podía ser nada bueno.

Eran justo las cinco de la madrugada, hora local, cuando el avión empezó a sobrevolar tierra. Pocos minutos después, aterrizaban en el aeródromo de Connasheer, un aeropuerto privado de

las islas Aran, con una pista lo bastante larga para acoger al Citation. Mientras Proctor consultaba su ordenador una vez más, Shapely salió del aparato y se dirigió a las instalaciones del aeródromo, el único edificio a la vista, donde se encontró con el operador del aeropuerto, quien al parecer se encargaba de todo él solo. Los dos hombres se abrazaron y, por el modo amistoso en que hablaron, Proctor dedujo que Shapely hacía ese trayecto con cierta frecuencia. Al cabo de unos minutos el piloto regresó al avión y sonrió abiertamente.

—El hermano de mi amigo tiene un servicio de taxis en Inishmore. Si tomas el ferry de Rossaval, podrías estar en Shannon dentro de…

—No voy a Shannon —replicó Proctor—. Ya no.

Shapely guardó silencio.

Proctor señaló hacia su ordenador.

—El Bombardier ha repostado en Shannon y ha vuelto a despegar.

—¿Hacia dónde?

Proctor dudó un segundo.

—Mauritania. Por lo visto.

Shapely frunció el ceño, inmóvil, con la puerta del piloto medio abierta.

—¿Mauritania? Por el amor de Dios, colega, eso… ¿dónde cae? ¿África Occidental?

—África Central Occidental. Tres mil quinientos kilómetros.

Shapely se pasó una mano por el tupé.

—¿Y tú quieres que yo…? —Alzó las cejas.

—Sí.

—No sé. La maldita África… He ido por ahí un par de veces y no tengo ninguna prisa por volver.

—Repostemos y volvamos a despegar. Estoy bastante seguro de que Mauritania será otro lugar de paso en el que repostar el Challenger.

Shapely seguía con el ceño fruncido.

—¿De qué aeropuerto se trata?

—Akjoujt. Es diminuto. Está alejado de las rutas comerciales. El típico lugar en el que nadie hace demasiadas preguntas. Mira, se trata de unas cinco horas y media más de vuelo, poco más o menos.

Al ver que Shapely no decía nada, Proctor rebuscó en su mochila y agarró un fajo de billetes.

—Te he dado treinta mil por el vuelo desde Gander. —Sacudió el fajo ante Shapely—. Aquí hay otros treinta y cinco mil. Eso cubrirá el desplazamiento hasta Mauritania. Y habrá más en caso de que sigamos adelante.

Shapely miró el dinero. Sesenta y cinco mil dólares. Proctor supuso que se trataba de mucho más de lo que aquel hombre conseguía en un año de trabajo, fuera cual fuese el tipo de contrabando al que se dedicase.

Después de un minuto, el piloto suspiró.

—Cojones —murmuró tras agarrar el segundo fajo—. De acuerdo. De acuerdo. Deja que llene el depósito, que compruebe los motores y que les eche un ojo a mis mapas.

En cosa de veinte minutos estaban de nuevo en el aire, volando hacia el sur sobre aguas internacionales, bordeando la costa occidental de Irlanda. Shapely sacó un par de pastillas de un bote de plástico, se las puso en la boca y las engulló con un buen trago de café.

Proctor comprobó una vez más su ordenador portátil. A pesar de las circunstancias, se dijo, habían tenido suerte en dos aspectos. En primer lugar, el aterrizaje de Diogenes en Shannon

había requerido su tiempo: aduanas, los retrasos habituales para llenar los depósitos en un aeropuerto grande, y probablemente la rotación de pilotos. Eso había recortado en una media hora su ventaja, dejándola en solo dos horas. En segundo lugar, gran parte de la ruta hasta Mauritania sobrevolaba el océano. Una ruta directa hacia Akjoujt significaba que apenas rozarían la punta de Portugal, de modo que evitarían Europa y cualquier complicación eventual derivada de los vuelos interiores. El único pedazo de tierra que sobrevolarían era el Sáhara Occidental, un territorio en disputa demasiado centrado en sus propios conflictos como para prestarle atención a su avión; siempre y cuando no tuviesen problemas mecánicos que los obligasen a aterrizar de manera inesperada.

Proctor apenas sabía nada de Mauritania, más allá de que la superficie del país estaba ocupada en su mayor parte por un desierto del Sáhara siempre en expansión, y también que era una tierra atormentada por la pobreza, en la que proliferaba el trabajo infantil e incluso la esclavitud. No se le ocurría por qué razón Diogenes había elegido semejante rincón del mundo para aterrizar, excepto por el mero hecho de repostar. Shannon también le había servido para eso, pues el Bombardier habría agotado el combustible al cruzar el Atlántico. De lo que no cabía duda era de que Diogenes no se estaba aproximando a su destino final en una línea recta, más bien era la autonomía del avión la que dictaba las paradas. Y el programa de seguimiento de aviones de Proctor indicaba que el CL30, código del Bombardier Challenger 300, estaba en ruta hacia Akjoujt desde Irlanda, sin desvíos previstos en el plan de vuelo.

Sin embargo, Proctor sabía que en cuanto llegasen a Akjoujt ya no podría confiar en internet para seguir los movimientos de Diogenes. En un aeropuerto tan pequeño como el mauritano, una escala ideal para vuelos privados con prisas y con nulo interés en responder preguntas, había modos de evitar formalidades como la declaración de los planes de vuelo. Proctor tendría que valerse de otros medios para averiguar el destino final de aquel hombre, pues intuía que Akjoujt iba a ser la penúltima parada. Cuatro escalas le permitían a un Bombardier o a un Learjet llegar prácticamente a cualquier lugar del mundo, y Diogenes ya había parado en tres.

Llegaron a Akjoujt pasadas las once. Se trataba de un lugar llano, cálido y desolado, seco cual polvo de momia, con el sol brillando en lo alto del cielo como si se tratase de una bombilla. Proctor no tardó en encontrar a un oficial del aeropuerto que hablase decentemente inglés y, por una módica cantidad, estuvo encantado de hablarle del enorme y brillante Bombardier que había aterrizado allí. Sí, se había detenido para repostar. Sí, había vuelto a despegar. El hombre conocía su destino final, porque había oído comentarlo a uno de los pilotos. El avión se dirigía al aeropuerto Hosea Kutako, en Windhoek, Namibia.

Dada su ventaja, y la velocidad del aparato, Diogenes debería llevarles unas tres horas de ventaja…, pero había que tener en cuenta una circunstancia que el oficial del aeropuerto le comentó. El Bombardier había sufrido un retraso a la hora de despegar desde Akjoujt. El hombre no sabía exactamente por qué, pero el retraso tenía algo que ver con un problema relacionado con uno de los pasajeros. En cualquier caso, el jet de Diogenes había despegado camino de Namibia hacía hora y media.

Proctor sopesó la posibilidad de que Diogenes hubiese sobornado o mentido a aquel hombre indicándole un destino falso. Después de todo, ya no había modo de seguir el rastro del avión usando la tecnología habitual. Pero su instinto le aseguraba que aquel hombre decía la verdad, y Proctor siempre se fiaba de su instinto. Por otra parte, si Diogenes hubiera pagado para que

mintiese, aquel hombre no le habría pedido a Proctor tanto dinero a cambio de tan escasa información.

Proctor volvió a montar en el Citation.

—Nos vamos a Namibia —anunció a Shapely.

El hombre le miró con los ojos rojos.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

—No.

—¿Sabes a qué distancia está eso de aquí?

—Sí. Casi seis mil kilómetros.

—Eso son nueve horas más de vuelo —repuso el piloto rascándose una patilla—. Acabaré hecho polvo.

—Es el último vuelo. Después de eso podrás dormir toda una semana.

—Colega, ¿tienes idea del montón de horas de vuelo que llevo de más en comparación con el límite que marca la Administración Federal de Aviación?

—Tengo la impresión de que no te importan demasiado las reglas que marca la Administración Federal de Aviación.

Proctor dio una significativa palmada a la maleta, pues ambos sabían lo que contenía.

—Hay que joderse. —Shapely sacudió la cabeza con incredulidad—. De acuerdo, será tu funeral. Estoy tan agotado que casi puedo asegurarlo, seguramente chocaré contra una montaña. —Y a continuación se tragó un par de pastillas más.

El aeropuerto internacional Hosea Kutako era bastante grande y, para ser las once menos cuarto de la noche, hora local, se veía sorprendentemente ajetreado. A pesar de que no se parecía en nada a las habituales instalaciones europeas o estadounidenses, la torre les había pedido explicaciones por no disponer de un plan de vuelo, por lo que Shapely se había visto obligado a inventar una complicada historia sobre un depósito agujereado, un problema con la radio y un desagradable encuentro con un buitre durante la aproximación. A Proctor le sorprendió que el piloto todavía fuese capaz de semejante derroche de imaginación; llevaba sobre sus hombros casi veinticuatro horas de vuelo, por lo que su desparpajo hacía rato que había desaparecido.

—Estoy hecho polvo, hermano —le dijo a Proctor mientras recorrían la pista 26 en dirección a la única terminal del aeropuerto—. Si quieres volar más lejos tendrás que rezar para que te crezcan alas.

—Lo has hecho fenomenal —contestó Proctor mirando por la ventanilla. De pronto se quedó helado. Allí, detenido sobre el asfalto, estaba el Challenger de Diogenes—. Detente —le dijo a Shapely.

—Pero…

—Detente y punto.

Proctor metió la mano en la mochila, sacó varios fajos de billetes de cien dólares, contó rápidamente cuarenta mil y se los lanzó al piloto junto a un «gracias» apresurado. Después abrió la portezuela del pasajero y salió. Echó a correr hacia el lugar en el que se encontraba el jet antes incluso de que el Citation se hubiese detenido por completo.

«Tres horas», pensó mientras corría. «Me lleva tres horas de ventaja.»

Habían estado jugando a un extenuante juego del gato y el ratón: de avión en avión, sobre océanos, sobre continentes, manteniéndose a rebufo de Diogenes a pesar de todas sus

estratagemas. El Bombardier no iría a ningún sitio, pues la cubierta de uno de los motores estaba abierta, así como la puerta del pasaje, y la escalera todavía estaba extendida. Diogenes y Constance no podían andar lejos. Con algo de suerte, todavía estarían en Windhoek.

Con otro poco de suerte, tal vez todavía andarían por el aeropuerto… Tal vez en el vestíbulo de llegadas.

Al llegar junto al jet, Proctor subió la escalera que llevaba a la cabina de pasajeros de dos en dos. Estaba vacía, pero la puerta de la cabina de mando estaba entornada. En su interior había un hombre con uniforme de piloto, sentado a la izquierda. Garabateaba algo en un portapapeles.

Proctor entró en la cabina de mando, agarró a aquel hombre por las solapas, lo alzó de la silla y lo sostuvo en el aire.

—¿Ha pilotado desde Shannon?

El hombre parpadeó sorprendido.

—¿Qué demonios…?

Proctor apretó con más fuerza contra su cuello.

—Responda.

—No… todo el rato no —dijo.

—¿Quién más?

—Ha bajado del avión hace una hora. Ya ha entregado su informe. Y yo también.

—¿Informe?

—Sobre la tragedia. —El piloto estaba recuperando la compostura. Era estadounidense—. ¿Quién es usted?

—Yo soy el que hace las preguntas —dijo Proctor—. ¿Qué tragedia? ¿Y quiénes eran los pasajeros?

—Eran dos. Un hombre y una mujer.

—¿Nombres?

—No nos dieron nombres.

—Descríbalos.

—El hombre era tan alto como usted. Delgado. Barba recortada. Sus ojos eran extraños, de dos colores. —Una pausa—. Tenía una cicatriz en la mejilla.

—¿Y la mujer?

—Era joven, veintipocos. Pelo oscuro. Bonita. No la vimos mucho, a decir verdad. Estaba borracha.

—¿Nadie más? ¿Solo ellos dos?

—Sí. Bueno…, al principio.

Proctor volvió a apretar las solapas del uniforme.

—¿Qué quiere decir con «al principio»? ¿Tiene algo que ver con la tragedia?

El piloto dudó.

—Bueno… Se trata de la joven.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Proctor—. ¿Qué le ha pasado a la joven?

El piloto bajó la vista, pero volvió a alzarla y miró a Proctor a los ojos.

—Murió en mitad del vuelo.

8

—¿Muerta? —dijo Proctor—. ¡¿Muerta?!

Por un instante, una especie de cortina roja le nubló la vista. Le sobrevino un irrefrenable deseo de dejarse llevar por una violencia extrema; un deseo que solo había sentido una o dos veces en su vida, en momentos de intenso peligro o coacción física. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no aplastar la tráquea de aquel hombre.

Con gran esfuerzo, logró contenerse. Ese piloto no era más que un mandado. Y además había algo que aquel hombre podía hacer antes de morir: proporcionarle información.

—Cuénteme cómo ocurrió —le dijo Proctor en voz baja.

El hombre tragó saliva con dificultad. Tenía el rostro ceniciento y cubierto de sudor; por lo visto era consciente del peligro que corría.

—No sé gran cosa. Ojalá pudiese contarle más.

—Dígame lo que sepa.

—No quería que saliésemos de la cabina de mando.

—¿Quién no quería?

—El hombre. El hombre que contrató el vuelo.

—¿El hombre de la cicatriz?

El piloto asintió.

—¿Qué más?

Volvió a tragar saliva.

—Los problemas empezaron después de aterrizar en Akjoujt. Yo estaba dando una cabezadita. Mark, el otro piloto, me despertó. Vi que otra chica, rubia en este caso, había subido al avión. Después oí gritos y un golpe fuerte. Fue entonces cuando… —Se detuvo—. Él entró y nos ordenó que despegásemos y que nos quedásemos en la cabina de mando hasta que aterrizáramos aquí, en Namibia. Nos entregó unas cuñas para hacer nuestras necesidades y nos dijo que las usásemos si era preciso.

Por lo visto, el piloto notó algo en los ojos de Proctor, porque las siguientes palabras salieron de su boca como un torrente.

—Oiga, yo no vi nada. Ella había subido al avión por su propio pie en Shannon. Cuando llegamos aquí, estaba tumbada en una camilla y él nos dijo que estaba muerta. —Una pausa—. Cuando aterrizamos, él… nos indicó lo que teníamos que contar a los oficiales. Nos dijo que la chica hacía mucho tiempo que tenía problemas de corazón. Muerte a causa de la altitud… A veces ocurre.

—¿Y la rubia? ¿Quién era la rubia?

—No lo sé. —El piloto sacudió la cabeza—. ¿Le importaría dejar de apretar?

Proctor aflojó.

El piloto apuntó con el mentón a través de la ventanilla de la cabina de mando.

—Ahí está. Ese es el oficial que ha subido al avión y ha hablado con nuestro pasajero.

Se trataba de un hombre bajo vestido de uniforme, de unos sesenta años de edad. Estaba de pie

bajo las luces de una de las puertas de la terminal, en el centro de un pequeño grupo de personas.

—Él sabe más que nadie de este asunto —aseguró el piloto.

Proctor miró al piloto, una larga y penetrante mirada. Después lo dejó de nuevo en su asiento y sin perder un segundo salió del jet.

Cuando se dirigía hacia el grupo, el hombre en cuestión miró a Proctor. Sus ojos indicaban que estaba cansado, pero su mirada era amable. Llevaba el pelo muy corto, y lo tenía hirsuto y totalmente blanco. Los que estaban a su lado se apartaron al ver a Proctor.

—*Goeienaand* —dijo el hombre.

—*Goeienaand* —respondió Proctor—. Mi *naam* es Proctor. —A pesar de que el idioma oficial de Namibia era el inglés, sabía que la mayoría de los habitantes hablaban con fluidez el afrikáans, una lengua que había tenido que practicar en operaciones secretas del pasado, lo que le permitía hablar con cierta soltura.

—*Praat Meneer Afrikaans?* —preguntó el hombre.

—*Ja, 'n bietjie. Praat Meneer Engels?*

—Sí —dijo el hombre cambiando al inglés.

—*Baie dankie* . —Proctor señaló por encima de su hombro, hacia el Bombardier—. Quería preguntarle por la joven que han sacado del avión.

—Soy Masozi Shona. Gerente principal. —El oficial sacudió la cabeza—. Triste. Muy triste.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Proctor.

Shona le miró.

—Perdone que le pregunte, pero ¿qué interés tiene usted en este asunto?

Proctor dudó un segundo.

—Mi hija. La que iba en el avión era mi hija.

El rostro del oficial, que ya mostraba seriedad, adquirió una evidente pesadumbre.

—Lo siento. Lo siento mucho. Ha muerto. Murió durante el vuelo.

Proctor no había dormido, de hecho, desde hacía treinta y seis horas. Desde que había abandonado a todo correr el 891 de Riverside Drive, había permanecido en alerta, sometido a una terrorífica ansiedad. Por eso en ese momento sintió que algo se abría paso en su interior. No lloró —no había llorado desde que tenía seis años—, pero cuando habló se le quebró la voz y notó que los ojos se le humedecían. Dejó que sus emociones fluyeran, pues le iba muy bien a su versión.

—Por favor. Tiene que ayudarme. La… la estaba siguiendo. Llegué tarde. *Asseblief* … Tengo que saber qué ocurrió. ¿Lo entiende? Tengo que saberlo.

El hombre llamado Shona lo agarró del brazo.

—Lo siento mucho. Le diré todo lo que sé, que no es gran cosa.

—¿Qué… qué ha pasado con su cuerpo?

—Se lo han llevado, señor. Transporte privado.

—¿Y el informe forense? ¿Nadie la examinó? ¿Por qué no la han llevado a un hospital… o al depósito de cadáveres?

El hombre negó con la cabeza.

—Todo estaba preparado antes de que aterrizasen. Han llamado a un doctor para que subiese al avión. Él ha llevado a cabo el reconocimiento inicial y ha firmado los papeles.

Proctor guardó silencio.

El oficial se encogió de hombros y lo miró con compasión.

—Entiéndalo. Soy el gerente principal… pero no estoy al mando.

Proctor lo entendía. No estaban en Estados Unidos. A cambio del dinero suficiente cualquiera podía saltarse los protocolos.

—Pero mi hija —se oyó decir Proctor—. Mi pequeña… ¿Está absolutamente seguro de que estaba muerta? ¿Cómo puedo saber si de verdad era ella? Tal vez fuera otra persona.

Al oír esas palabras, el hombre se animó un poco.

—Creo que puedo ayudarlo a saberlo.

—Cualquier ayuda me irá bien.

El gerente dudó.

—Tal vez no le resulte agradable.

Proctor negó con la cabeza.

—En ese caso, sígame —añadió Shona.

El hombre lo guio hasta la terminal, después atravesaron varias puertas batientes y recorrieron un maltrecho pasillo de aspecto oficial. Casi en el extremo, Shona abrió una de las muchas puertas y le hizo un gesto a Proctor para que entrase. En la habitación había un escritorio y media docena de monitores de vídeo acompañados de torres de ordenador. Dos hombres con camisa de manga corta los miraron al entrar. Con unas pocas palabras en afrikáans, Shona les pidió que saliesen.

Miró a Proctor con cierta incomodidad.

—Ahora voy a pedirle que sea… considerado. No tanto por mí como por… —Y señaló en dirección a los dos hombres que acababan de salir de la oficina de seguridad.

—Por supuesto. —Proctor rebuscó en la mochila y sacó un pequeño manojo de billetes.

Shona se guardó el dinero en el bolsillo e hizo un gesto hacia la pantalla de vídeo que tenía al lado.

—No tenemos gran cosa.

Se sentó frente a la mesa y Proctor se colocó a su espalda. A pesar del pequeño tamaño y del desaliño de la estancia, el equipo de vigilancia del aeropuerto era relativamente moderno. Shona tecleó algo, sacó un DVD del ordenador, rebuscó en la bandeja que había al lado, sacó otro DVD con una etiqueta marcada con letras rojas y lo metió en el lector del ordenador.

Tecleó de nuevo y apareció entonces una imagen granulada en la pantalla, con un indicador temporal en una esquina. Ahí estaba el Bombardier, el avión de Diogenes. La puerta de pasajeros estaba abierta y la escalerilla extendida. Proctor vio cómo un hombre con un traje de lino subía los escalones del avión; sin duda se trataba del doctor, seguido por dos camilleros uniformados. Pasó bastante tiempo, por lo que Shona hizo avanzar el vídeo. Después salió el doctor con un puñado de papeles en la mano. Le seguía una mujer joven, rubia, que Proctor no fue capaz de reconocer. A pesar de la baja calidad de la imagen, pudo apreciar sus afilados pómulos y la palidez de sus ojos. Detrás iban los dos camilleros portando, no sin dificultad, una camilla. Había una persona en la camilla, cubierta por una sábana. Conteniendo la respiración, Proctor observó cómo bajaban la camilla de la cabina de pasajeros. Cuando alcanzaron el último escalón, el primero de los camilleros trastabilló y, en lo que tardó en recuperar el equilibrio, la sábana resbaló y dejó entrever parte de la cara de quien iba en la camilla.

—¡Deténgalo! —gritó Proctor.

La imagen quedó congelada. Proctor se inclinó hacia la pantalla enfocando la vista, incapaz de creer lo que estaba viendo. Se le cayó el mundo encima.

La imagen fija, granulada y veteada por líneas horizontales que se desplazaban con lentitud pantalla arriba, resultaba innegable. Todo era demasiado evidente: el cabello oscuro, los labios carnosos, los ojos de color violeta abiertos como platos, aquel rostro antes hermoso, ahora contraído en un feo rictus de muerte.

Se dejó caer en una silla. No podía seguir engañándose. Constance había muerto. Ella nunca había tenido problemas de corazón. No podía haber muerto por causas naturales estando en el avión. Tenían que haberla asesinado. Asesinado. Y Diogenes era el asesino.

Proctor notó un sonido remoto y se dio cuenta de que Shona le estaba hablando de nuevo.

—Lo siento —dijo el oficial, retorciéndose las manos con auténtica angustia—. Lo siento mucho. Pero usted… quería asegurarse.

—Sí —respondió Proctor sin mirarle—. Gracias. Tengo… tengo que encontrarlos. Recuperar el cuerpo de mi hija. Son malas personas. ¿Tiene alguna idea de adónde han llevado el cuerpo?

El hombre dudó.

—Se han ido sin el médico que habían contratado. Eso lo sé porque lo he visto marcharse. Las circunstancias han sido un tanto inusuales, como habrá observado, incluso para lo que sucede aquí. Han acudido a un concesionario de alquiler de automóviles: jeeps, camionetas y vehículos para el desierto. Está junto al aeropuerto, al otro lado del parque Millennium Business. Es el único lugar abierto después del anochecer. Han colocado la camilla en una furgoneta provisional y la han llevado hasta allí.

Proctor se puso en pie.

—Ahora ya es muy tarde —dijo el hombre—. Probablemente ya habrán cerrado…

Pero hablaba para las paredes. Proctor se había marchado.

9

La agencia de automóviles Windhoek-Detmonk, como indicaban los dos carteles, uno en afrikáans y otro en inglés, junto al nombre del propietario, Lazrus Keronda, era un aparcamiento de ocho mil metros cuadrados ubicado en medio de una triste zona de negocios en mitad de la autopista que iba hacia el sur desde el aeropuerto. A pesar de la escasez de indicaciones, la agencia de alquiler estaba rodeada por una serie de caras farolas de vapor de sodio que brillaban en mitad de la noche, iluminando una docena de vehículos que resultaban visibles desde el otro lado de la verja de seguridad.

Era el único negocio que todavía estaba abierto, y Proctor cruzó a toda prisa la autopista de cuatro carriles, tranquila a esas horas, mientras las farolas iban apagándose una a una.

La temperatura rondaba los treinta y ocho grados, y el *Oosweer* , el cálido viento de la costa que a menudo soplaba en esa época del año, le cubría de arena fina mientras caminaba. Las bajas lomas de Progress apenas se dejaban ver en la distancia, fantasmales reflejos de las luces de la ciudad. Le echó un vistazo al reloj: pasaban de las diez.

Un hombre bajito y rechoncho, vestido con unos pantalones cortos y una camisa caqui con bolsillos abotonados, estaba colocando una cadena en la entrada principal del concesionario. Proctor le palmeó el hombro con brío y el hombre se volvió, parpadeando ante la arena que llevaba el viento.

—*Hoe gaan dit met jou?* —le preguntó, mirándolo de arriba abajo al estilo de todos los vendedores del mundo.

—*Baie goed, dankie* —respondió Proctor—. Pero hablemos en inglés.

Proctor se enorgullecía de ser capaz de captar la esencia de una persona al instante. Incluso ahora, cansado y conmovido, tocado en lo más profundo debido a la tristeza y el remordimiento, podía sentir que había algo raro en aquel hombre. El gesto nervioso de pasarse la mano por el pelo, que el viento removía; el hecho de que no le mirase a los ojos; el tono de su voz… A Proctor todos esos detalles le indicaban que aquel tipo no era trigo limpio y que iba a intentar mentirle.

El vendedor frunció el ceño.

—*Ek vertaan nie* .

—Oh, estoy seguro de que me entiende muy bien, señor Keronda. —Proctor abrió la mochila y le dejó ver el montón de dinero.

—Está cerrado —dijo el vendedor cambiando al inglés de repente, sin el menor acento.

—Hablemos ahí. —Proctor señaló hacia un pequeño y mal iluminado cobertizo en mitad del aparcamiento que, por lo visto, hacía las veces de oficina.

—Está… —empezó a decir el hombre, pero Proctor le apartó la mano de la puerta de un empujón y lo obligó a regresar a trompicones a la oficina.

Dentro de aquella construcción, Proctor le señaló con amabilidad pero con firmeza la silla situada tras el escritorio, lo acompañó hasta ella y a continuación él se sentó al otro lado.

—Voy a decírselo una sola vez —le dijo—. Nada de juegos. Me he quedado sin tiempo y sin

paciencia. Usted dispone de una información que yo necesito. Si me la proporciona, le recompensaré.

El hombre volvió a pasarse la mano por el pelo y se quitó la arena que se le había pegado a la frente.

—Yo no sé nada.

—Ha atendido aquí a un cliente —repuso Proctor—. Hará cosa de hora y media.

El hombre negó con la cabeza.

—No ha venido nadie.

Proctor respiró hondo.

—Se lo estoy preguntando con educación. La próxima vez seré algo más rudo.

—Hemos cerrado hace horas —insistió el hombre—. La única razón por la cual estoy aquí tan tarde es porque tenía mucho papeleo…

La tormenta de emociones que se habían estado acumulando en el interior de Proctor adquirió la forma de una implosión de rabia incontrolable, una mezcla de la frustración que le había provocado el absurdo baile al que le había obligado a bailar Diogenes, de los remordimientos por no haber podido cuidar de Constance y del dolor ante la noticia de su muerte. Pero por fuera mantuvo la calma, excepto por la rapidez de serpiente con la que se movió. Agarró un abrecartas de encima del escritorio y lo hundió en la mano izquierda del hombre hasta romperle el hueso trapezoidal y clavar la punta en la madera de la mesa.

El vendedor puso los ojos en blanco y abrió la boca para gritar. Proctor se hizo con un trapo manchado de aceite que había en el suelo y se lo metió en la boca. Le sujetaba la mandíbula con todas sus fuerzas para evitar que gritase.

El hombre se retorció y sus gemidos atravesaron el trapo. La sangre empezó a manar alrededor de los bordes del abrecartas y a deslizarse entre los dedos hasta manchar el escritorio. Proctor mantuvo al hombre en aquella posición durante cosa de un minuto antes de volver a hablar.

—Cuando le saque el trapo de la boca, va a responder a mis preguntas. Si me miente, me comportaré en consonancia.

El tipo asintió. Proctor le sacó el trapo húmedo de la boca.

—Se lo juro por lo más sagrado —empezó a decir el vendedor—. No he visto a nadie en…

Proctor agarró un punzón oxidado de diez centímetros que descansaba sobre una estantería llena de herramientas, aferró el hombro del vendedor, tiró del brazo hacia delante, colocó la palma de su mano sobre la mesa y la atravesó con el punzón hasta clavarla también en la mesa.

El hombre soltó un grito de agonía.

—*Laat my met rus! Polisie!*

—Nadie puede oírle —dijo Proctor.

Mediante una rápida y potente patada hizo que la silla del hombre saliese disparada hacia atrás. Clavado como estaba a la mesa, el hombre cayó de rodillas en el suelo, con los brazos tendidos al frente y las manos fijadas a la mesa por el abrecartas y el punzón. Dejó escapar otro chillido.

Proctor sacó de su mochila un cuchillo de asalto con uno de los bordes serrados. Con dos rápidos movimientos de la cuchilla, cortó el cinturón del hombre y abrió la cremallera de los pantalones. Después se hizo con unos alicates que había encima del banco de trabajo.

—Última oportunidad —anunció alzando los alicates—. Lo siguiente serán sus pelotas.

—¡No! —exclamó el hombre al ver cómo aproximaba los alicates—. ¡Sí! —dijo a voz en grito.

—¿Quién ha pasado por aquí esta noche?

Gimoteó, jadeando de puro pánico, por lo que apenas pudo articular palabra.

—Un hombre. Y… una mujer.

—Descríbamelos.

—El hombre era alto. Tenía barba. Y sus ojos… eran de dos colores.

—¿Y la mujer?

—Joven. Pelo amarillo. —El hombre jadeó—. Por favor…, ¡eso duele!

—¿Rubia? ¿No era morena?

—No, no. ¡Ahhh! —La sangre iba acumulándose en la mesa.

—¿Había alguien más?

—No. Solo ellos dos. Y… la carga que transportaban.

—¿Qué carga?

El hombre asintió con desesperación.

—Un ataúd grande. Refrigerado.

«Un ataúd refrigerado.»

—¿Qué querían?

—Un todoterreno. Un… un Land Rover.

—¿Y qué más?

—Querían algo con lo que amarrar el ataúd al coche.

—¿Alguna otra cosa?

El sudor perlaba la frente del hombre, y las gotas le caían por la nariz y se mezclaban con la sangre de la mesa.

—No. Pero han cargado sus propios suministros en el coche junto al cadáver.

—¿Qué clase de suministros?

—Agua. Gasolina. Tiendas de campaña.

—¿Cuánta gasolina?

El vendedor tragó saliva.

—Una docena de bidones, tal vez más.

—¿Y dónde han metido todo eso?

El tipo negó con la cabeza.

—Lo llevaban en la camioneta con la que han llegado.

«La camioneta.» Shona también había hablado de una camioneta. En ella no solo debían de haber guardado la gasolina y el agua, seguramente también llevaban allí el ataúd refrigerado. Diogenes incluso había planeado eso, ya en el avión, si no antes. Al pensarlo, Proctor sintió un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

Pero una camioneta no debía de estar bien equipada para un viaje por el desierto. Un Land Rover sí.

—¿Ha visto hacia dónde iban?

El hombre sacudió con la cabeza.

—Hacia el este. Se han ido hacia el este, por la B6.

«Hacia el este.» Hacia Botswana… y el desierto del Kalahari.

Proctor aferró el mango del abrecartas con fuerza. Tiró de él y lo arrancó de la mesa, y también de la mano del hombre. Hizo lo mismo con el punzón. Después rasgó con los dientes el trapo húmedo de aceite para obtener dos tiras y le aplicó un torniquete en cada mano.

—Necesito un todoterreno —le dijo. Miró hacia el aparcamiento, donde toda una serie de

coches brillaba bajo las luces de sodio: había un Land Cruiser equipado para recorrer el desierto —. El Land Cruiser. ¿Cuánto?

—Lléveselo —contestó el hombre llorando y acunando sus destrozadas y sangrantes manos—. ¡Lléveselo!

—No, pagaré el alquiler. —Proctor no quería que lo pillasen por haber robado un coche—. ¿Cuánto?

—Nueve mil dólares de Namibia por semana. —El hombre logró sentarse en la silla, donde no dejó de balancearse adelante y atrás, con los brazos cruzados, soltando un leve sonido quejumbroso.

Proctor contó mil quinientos dólares americanos y los dejó sobre la mesa ensangrentada.

—Con esto debería cubrir dos semanas. Deme los papeles y el recibo. Asegúrese de que todo está en orden. —Le lanzó cien dólares más—. Eso para la atención médica. Limpie esto. Y mantenga la boca cerrada. No quiero que nadie sepa que he estado aquí. Si alguien llegase a molestarme, la policía o los militares, vendría a buscarle y… —En lugar de acabar la frase, Proctor miró hacia los alicates.

—No —gimoteó el hombre.

Proctor se volvió hacia el dispensador de agua de la oficina.

—Voy a llevarme ese bidón. ¿Tiene más?

—Armario.

—¿Mapas?

—En el estante.

—¿Gasolina extra?

El hombre se sacó una llave que llevaba colgada al cuello.

—En la caseta. Detrás del aparcamiento.

Diez minutos más tarde, Proctor conducía por la B6 en dirección este a toda velocidad, en busca de la frontera, con más de cincuenta litros de agua, ciento ochenta de gasolina y toda una serie de mapas del sur de África, desde Namibia hasta Botswana.

10

Proctor se había dirigido a toda velocidad hacia el este por la ruta B6, atravesando Witvlei y después Gobabis, recorriendo los más de trescientos kilómetros que llevaban hasta la frontera con Botswana en tres horas. En el puesto fronterizo de Mamuno, y gracias a una pequeña cantidad de dinero, estratégicamente intercambiada, confirmó que el vehículo con el ataúd refrigerado no hacía ni dos horas que había pasado por allí, y por una suma adicional Proctor había conseguido también un visado para Botswana. El proceso había sido rápido y eficiente, y menos de diez minutos después de nuevo estaba en ruta.

Llegados a ese punto, la persecución, y con ella los progresos de Proctor, se ralentizaron de forma significativa.

La B6 acababa en el cruce norte-sur, en una autopista denominada A3. Dicho cruce se encontraba justo en el linde del desierto del Kalahari, donde no había ninguna clase de establecimiento o negocio. A partir de ese punto, Proctor ya no podía saber a ciencia cierta hacia dónde había ido Diogenes, así que eligió ir al norte, hacia una ciudad llamada Ghanzi, basándose en la idea de que era la ruta menos transitadas. Confiaba en que Diogenes no hubiera tomado la A3 hacia el sur, dado que no se arriesgaría a tener que sobornar a nadie en la frontera con Sudáfrica para poder pasar el ataúd: era un país más estricto en ese sentido, menos corrupto, conocido por hacer cumplir las normas. De algún modo parecía lógico que Diogenes hubiese enfilado hacia el desierto del Kalahari en lugar de alejarse de él.

Pero Proctor no tenía ni la más remota idea de cuál podía ser su propósito.

Cuando llegó a Ghanzi, una bulliciosa ciudad del desierto, comprendió que algo no andaba bien. Tuvo que hacer muchas preguntas —y eso que no hablaba setswana— hasta descubrir que el Land Rover no había pasado por allí. Se vio obligado a recorrer de vuelta la A3, dolorosamente despacio, analizando en qué se había equivocado. Seguía pensando que Diogenes y la chica habían ido hacia el norte y no al sur, lo que significaba que, en algún punto del camino, su presa había dejado la carretera para tomar uno de los escasos senderos que se adentraban en el Kalahari. Pero ¿cuál de ellos?

Se detuvo en cada uno de camino hacia el sur. En ninguno se veían marcas de neumáticos. Al final, dejó la carretera para poder consultar los mapas. Aunque todavía faltaban horas para amanecer, el tremendo calor acumulado ascendía desde el asfalto en oleadas. Hacia el este se extendía el vasto y salvaje Kalahari, habitado por unos pocos bosquimanos y con algunos campamentos para turistas. En aquellos cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de desierto, no había otra cosa, ni carreteras asfaltadas ni población alguna. Alzó la vista de los mapas para mirar hacia el infinito, aquella llanura de arena, tachonada por matorrales y alguna acacia muy de vez en cuando, apenas distinguible a la luz de la luna.

Pero sí había un pueblo, o algo parecido, señalado en el mapa. Un asentamiento llamado New Xade, a unos cien kilómetros al este, conectado a la carretera por un camino polvoriento. Proctor presintió que aquel debía de ser el camino escogido por Diogenes; ninguno de los demás salía en el mapa y parecían improvisados y poco fiables.

Retrocedió hasta el desvío que llevaba a New Xade: un camino sin marcas, cubierto de arena, como si se tratase de una flecha lanzada en la oscuridad. Antes de girar, tiró del freno de mano del Land Cruiser y salió del coche. Primero comprobó los neumáticos con la linterna, fijándose en su particular dibujo: eran nuevos, Michelin XPS. Después caminó hasta el desvío y, con la ayuda de los faros, estudió la arena. Había marcas de neumáticos parecidos a los de su Land Cruiser, provenientes del sur en dirección al este. Solo había una marca y era reciente.

Impulsado por nuevas energías, condujo hacia el este por aquella senda polvorienta, hacia el pueblo de New Xade. Lo que no podía saber era si se trataba de su destino final o si tendría que seguir adentrándose en el desierto. Pero, teniendo en cuenta la cantidad de agua y gasolina que Diogenes llevaba consigo, supuso que se adentraría en el Kalahari, en un viaje de varios días, con un objetivo desconocido, y llevando consigo el cadáver de Constance.

«El cadáver de Constance.» Pensar en eso le provocó una avalancha de emociones e incomprensión. Proctor entendía por qué Diogenes había asesinado a Constance: aquella mujer había intentado matarlo y, según la opinión generalizada, lo había conseguido. Al eliminar a Constance, Diogenes completaba la venganza contra su odiado hermano, Pendergast. Pero ¿qué pretendía hacer Diogenes con su cadáver? ¿Por qué llevar a cabo un plan tan complicado y bizantino para trasladarla, manteniéndola refrigerada, hasta los confines del planeta? Semejante misterio requería que una buena parte del plan, si no el plan al completo, hubiese sido trazado de antemano. ¿Por qué? Diogenes había demostrado siempre una enfermiza tendencia a los juegos mentales rebuscados y crueles, pero aquello escapaba de toda lógica.

Proctor aceleró. El Land Cruiser iba dejando a su paso una enorme nube de polvo. La oscuridad tal vez le ayudaría a ver en la distancia el vehículo que iba siguiendo. Por otra parte, Diogenes no dejaría rastro, Proctor estaba convencido; al menos hasta llegar a New Xade. Si Diogenes se adentraba a partir de entonces en el corazón del Kalahari, Proctor estaría preparado para ir tras él. Repasó mentalmente el contenido de su mochila para asegurarse de que disponía de todo lo necesario:

2 Glock de 9 milímetros con cargadores extra
Cuchillo de combate
Herramienta multiusos Letherman
300.000 dólares en efectivo
Brújula
GPS con panel solar en miniatura
Linterna
Prismáticos
Teléfono móvil de prepago
Radio con cargador manual
Varios pasaportes
Manta isotérmica
Saco térmico de emergencia
Ferrocerio para encender fuego
Botiquín de primeros auxilios
Tabletas purificadoras para agua
Comida envasada
Hilo de pescar y anzuelo

Espejo para mensajes
Luz led estroboscópica
Aguja e hilo
Cable de paracaídas 550
Fogón de acampada con GPL

Con esos suministros era capaz de sobrevivir una semana o más incluso en un entorno tan duro como ese. Y gracias a la gasolina extra, el coche podía recorrer mil quinientos kilómetros. Diogenes no se le escaparía. Proctor daría con él. Y obtendría respuestas a sus preguntas; a todas.

11

Proctor se detuvo de nuevo para consultar el mapa. Se encontraba en mitad del ardiente infierno del Kalahari. A pesar de toda su experiencia llevando a cabo operaciones en el desierto, la inmensidad de aquel lugar no dejaba de sorprenderle. No era que no hubiese vida allí, pues había visto un buen número de animales por el camino, incluyendo oryx, ñus y una familia de jirafas. Crecía el tusoc, los matorrales e incluso, de vez en cuando, se veía algún árbol. Lo que le ponía nervioso era la inabarcable inmensidad del territorio: el infinito materializado.

Salió del vehículo, desplegó el mapa sobre el suelo ardiente y colocó piedras en las esquinas. No soplaba ni una brizna de viento, por lo que el aire a su alrededor parecía vibrar debido al calor. Sacó el GPS, lo puso en marcha, lo dejó sobre el mapa y vio cómo poco a poco conectaba con los satélites y le proporcionaba su ubicación. La localizó en el mapa y calculó qué implicaba.

New Xade quedaba ya a casi doscientos kilómetros a su espalda, y por delante tenía otros cuatrocientos. Pero sabía que circulaba en la dirección correcta, y en esta ocasión no tardaría tanto tiempo en confirmarlo. El Land Rover de Diogenes habría atravesado New Xade a gran velocidad, todo el pueblo habría podido notarlo. Al final de la aldea, donde acababa el camino polvoriento, las marcas de los neumáticos eran definidas y claras. A medida que la persecución avanzaba, a pesar incluso de las paradas ocasionales para consultar el mapa, Proctor tenía la impresión de que se iba acercando poco a poco a su objetivo. Era de suponer, porque Diogenes cargaba con un pesado ataúd refrigerado que sin duda afectaba al rendimiento y a la conducción del Land Rover.

Cuando la carretera de arena acabó, las marcas del coche de Diogenes prosiguieron por rutas para el ganado, sendas de animales y lechos de río secos que iban a parar a las dunas. La arena del desierto mostraba las marcas evidentes del paso de un vehículo, intactas debido a la falta total de viento y visibles gracias a la oblicua luz de la mañana. El vehículo de Diogenes había trazado un lento arco hacia el nordeste, adentrándose, tal como Proctor había sospechado, en lo más profundo del Kalahari. Habían traspasado el límite oficial de la enorme reserva animal del Kalahari, pero esa zona se hallaba lejos de las rutas de los safaris: todo era llano, árido y monótono.

Al estudiar el mapa, Proctor empezó a entender hacia dónde podía estar dirigiéndose Diogenes: hacia un lugar que en el mapa recibía el nombre de Deception Valley. Por lo que parecía, se trataba de un desfiladero poco profundo y algo impreciso con el lecho de un río seco en su justo centro, y acababa en un punto denominado Deception Pan, un amplio lago seco. Proctor solo podía suponer a qué se refería esa «decepción» y a qué se parecía aquel lugar.

Creía que Diogenes había asesinado a Constance como venganza. Pero, de ser así, ¿para qué quería un ataúd refrigerado? ¿Para qué quería ir a un lugar tan remoto? ¿Acaso era posible que Constance se hubiese resistido y hubiese muerto por accidente durante una pelea? Parecía plausible, habida cuenta del odio que ella sentía por Diogenes y de sus ingobernables ataques de ira. Y después estaba lo que le habían contado en el aeropuerto de Akjoujt, lo del retraso injustificado por culpa de uno de los pasajeros.

Deception Valley estaba solo a treinta kilómetros al nordeste. El sol lucía ya por encima del horizonte. A Proctor eso no le preocupaba, pues el aire acondicionado del Land Cruiser parecía funcionar bien.

Volvió a meterse en el coche, encendió el motor y se puso en marcha siguiendo el rastro despacio y con atención. Al cabo de una hora vio un grupo de acacias recortadas contra el horizonte. Al acercarse, se fijó en una especie de surco bajo que recorría el paisaje: Deception Valley. Las marcas de neumáticos se adentraban en el lecho del río y proseguían en la arena, inconfundibles a la luz del sol mañanero. Aceleró con brusquedad y empezó a seguir las marcas a la máxima velocidad posible, balanceándose y dando botes.

El lecho del río se ensanchó, y al poco Proctor se encontró recorriendo la superficie de arcilla endurecida del lago seco: Deception Pan. Era enorme y estaba vacío por completo, como si se tratase de un aparcamiento de cien kilómetros.

Las marcas de neumáticos habían desaparecido.

Proctor maldijo, frenó de golpe y salió del automóvil. Examinó la superficie y consiguió distinguir por dónde había pasado el coche de Diogenes. Sin embargo, sobre el duro lecho del lago las marcas se esfumaban hasta ser casi invisibles, por lo que ahora debería tener especial cuidado y habilidad para seguirlas.

Volvió a montarse en el Land Cruiser y empezó a avanzar muy despacio, mirando con la máxima atención hacia el lecho del lago a través del parabrisas. Aunque con dificultad, distinguía las leves marcas de los neumáticos, pero no podía superar los diez kilómetros por hora, y aun así tuvo que detenerse varias veces para asegurarse. El vehículo había dejado de trazar una línea recta: a veces circulaba en zigzag, o realizaba un giro brusco o incluso un giro en redondo hasta cruzar su propio rastro.

Poco antes de que oscureciese, Proctor se detuvo de nuevo para consultar el mapa. Una vez más lo desplegó y sacó el GPS. Descubrió entonces que se encontraba en el centro de Deception Pan. El GPS le mostró que Diogenes le había llevado hasta allí tras una enloquecedora serie de círculos y zigzagueos.

De repente oyó un sonido procedente del Land Cruiser, que había dejado encendido: el motor hipó, volvió a hipar… y después murió.

Sintió que le invadía un súbito e intenso temor. El motor no se había recalentado; lo había estado vigilando como un depredador y el aire enfriaba con rapidez. Entró en el coche e hizo girar la llave.

Se oyó el clic del solenoide y nada más.

Notó entonces una aguda sensación de alarma. Se dijo que tenía que mantener la calma. Debido al calor y al polvo, era posible que los polos de la batería necesitasen una limpieza.

Abrió el capó y echó un vistazo: los polos estaban cubiertos de polvo, pero no en exceso. Igualmente los limpió, y también las abrazaderas y la base del motor. Comprobó que la batería estuviese cargada con un destornillador y saltó una buena chispa. La batería todavía funcionaba.

Pero el Land Cruiser no quería arrancar.

Con el vehículo en punto muerto, utilizó el destornillador para puentear el solenoide del relé y comprobar el motor de arranque.

No funcionaba.

Eso no tenía sentido. ¿Cómo era posible que el motor de arranque se hubiese estropeado al mismo tiempo que el motor?

Enfocó el motor con la linterna. Todo parecía normal: nada de fugas ni cables cortados ni

pruebas de sabotaje.

«Sabotaje.» Proctor le echó un vistazo a su reloj. El vehículo se había parado justo a las seis de la tarde. ¿Casualidad? Podía ser, pero se trataba de una desconcertante casualidad, en cualquier caso.

La repentina parada del motor debía de tener una explicación. Proctor sabía algo de coches. Descubriría qué había pasado.

Cuatro horas más tarde, extenuado y enloquecido, Proctor se sentó junto al coche, se apoyó en la rueda, intentó calmarse y recapituló. Su exhaustivo análisis le había dejado clara una cosa: de algún modo, el ordenador del vehículo había sido reprogramado. Había dejado el Land Cruiser totalmente fuera de servicio a las seis en punto, cuando cayó la noche. Ese problema era el único que no estaba en sus manos reparar. No solo tendría que disponer de un ordenador específico para diagnosticar la avería, también tendría que conseguir el código fuente para poner en marcha el motor, código que estaba patentado y que se guardaba en secreto en la compañía matriz.

Proctor analizó su situación. Tuvo una especie de revelación. Estaba convencido de que todo aquello había sido cuidadosamente orquestado: un plan complejo hasta lo absurdo para llevarlo a los confines de la tierra, a un lugar dejado de la mano de Dios, y abandonarlo allí.

El vehículo estaba inservible. Tendría que volver andando hasta New Xade, a unos doscientos ochenta kilómetros de donde se encontraba. Contaba con comida y con un montón de agua. Caminaría de noche. Realizó un rápido cálculo mental. Disponía de unos veinticinco litros de agua, más o menos. Tendría que beber unos tres litros y medio al día. Es decir, había agua para siete días. Debería recorrer cuarenta kilómetros diarios hasta llegar a New Xade.

Tenía posibilidades de sobrevivir, de salir con vida del desierto. Pero sin duda eso también debía de saberlo Diogenes.

La pregunta importante era por qué Diogenes había elaborado un engaño de semejante envergadura. Porque, desde luego, era elaborado: incluía varios jets alquilados, varias fintas y requiebros, una larga persecución en coche. A lo largo del camino había tenido que engañar a varias personas. A otras, estaba convencido, había tenido que sobornarlas. No podía estar seguro de hasta qué punto todo aquello era verdadero o falso. ¿Quién le había mentido? Del piloto del Bombardier y del dueño de la tienda de automóviles Proctor podía estar seguro. El resto habían visto lo que Diogenes había querido que viesen. Sin embargo, incluso esos dos formaban parte del plan, lo tenía claro. Ambos le habían mentido a la cara incluso sabiendo que corrían un peligro extremo. ¿Acaso era posible, realmente posible, que el tipo de la tienda de coches fuese uno de los personajes del guion de Diogenes, incluso después del trato que había recibido en manos de Proctor?

Luego estaban las dudas sobre la propia Constance. Proctor solo había podido ver su cara en el vídeo de seguridad del aeropuerto de Namibia. Teniendo en cuenta la capacidad de Diogenes para engañar en cualquier sentido, también podía haber confundido a Proctor en ese aspecto. No parecía probable, pero sí posible. ¿Estaría muerta o no?

¿Por qué? ¿Por qué? La incomprensión de todo en general suscitó en Proctor una rabia inútil.

Respiró hondo y advirtió que estaba al borde de la extenuación, a punto de sufrir la psicosis del sueño. Llevaba despierto casi sesenta horas. No podía seguir adelante sin dormir.

Cuando se tumbó de espaldas en el frescor de la noche, pudo oír un sonido en la lejanía, un zumbido creciente que no tardó en reconocer como el rugido de un león macho de buen tamaño.

A ese rugido se le unió otro y otro más: la respuesta a la llamada. Se trataba de un grupo de machos jóvenes y agresivos, que todavía no eran lo bastante mayores para tener su propia manada. Rugían juntos para intentar establecer un vínculo mientras se preparaban para cazar.

Cazar juntos.

Tendría que enfrentarse a esa cuestión más tarde. Cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

12

Aunque el sol poniente de finales de otoño teñía de dorado las fachadas de Manhattan que daban al oeste sobre el río Hudson, la biblioteca del 891 de Riverside estaba envuelta, como siempre, en una capa de polvo perpetuo. Las altas ventanas con marcos de hierro estaban cerradas y bloqueadas, cubiertas por pesados tapices ricamente bordados. Pero ahora no crepitaba el fuego en la chimenea, ni brillaban las antiguas lámparas de cristal de Tiffany para vencer la oscuridad.

Mientras el día se convertía en tarde, y la tarde en noche, la casa permanecía sumida en un perfecto silencio, en un descanso vigilante. No se oían pasos sobre el suelo de mármol del recibidor; tampoco había dedos que tocaran las teclas del clavicémbalo. De hecho, no habría sido posible detectar ninguna clase de movimiento; al menos por encima del subterráneo.

Tras dos estanterías idénticas de la biblioteca, un montacargas privado llevaba hasta el sótano. Una vez abajo, un laberinto de pasillos, con las paredes mohosas y cubiertas de polvo, conducía a toda una serie de cámaras de piedra, incluida una que tenía todos los elementos propios de un quirófano, en apariencia abandonado desde hacía tiempo. Los pasadizos acababan en un pequeño espacio con el techo bajo y abovedado. En uno de los muros estaba grabado el escudo de armas de la familia Pendergast: un ojo sin párpados sobre dos lunas, una creciente y otra llena, con un león, junto al lema de los Pendergast: LUCRUM, SANGUINEM, «Para conseguir honor, sangre». Si se desplazaba el escudo del modo adecuado, la pared de piedra se movía hasta dejar a la vista una escalera circular, excavada en la roca, que descendía en espiral por una creciente oscuridad que conducía a un subsótano de una extensión incalculable. Un pasadizo central de ladrillos recorría el ala este, por debajo de arcos románicos, dejando atrás una cámara velada tras otra: bóvedas funerarias, depósitos y colecciones de todo tipo de cosas imaginables. Había hileras de botellas de vidrio con productos químicos, extraños minerales, insectos grandes y pequeños con abdómenes iridiscentes y antenas disecadas, cuadros de grandes maestros y tapices medievales, manuscritos e incunables iluminados, uniformes militares y armas, y una amplia colección de instrumentos de tortura. Esa suerte de inabarcable e interminable tesoro era un gabinete de curiosidades que habían sido reunidas a lo largo de muchos años, y con gran esfuerzo, por parte de Antoine Pendergast, el hermano del bisabuelo del agente Pendergast, más conocido por su seudónimo: Enoch Leng.

A medio camino de ese largo pasadizo central, en una estancia aislada situada en un costado, bastante pequeña, se guardaba una colección de arte japonés *ukiyo-e* de incalculable valor: paisajes marinos pintados sobre madera, el monte Fuji coronado de nubes, cortesanas tocando el *koto* . La pared del fondo de la estancia estaba cubierta por una pintura sobre papel de arroz que retrataba el puente Okazaki, *Cincuenta y tres estaciones de Tōkaidō* , de Hiroshige. Tras la pintura, el enorme muro de piedra que conformaba una parte de los pilares del edificio.

Un dispositivo casi invisible en la piedra, sin embargo, cumplía la misma función que el escudo en la planta superior: cuando se lo hacía girar del modo adecuado, accionaba una porción del muro, que reculaba hasta dejar a la vista una pequeña puerta. Dicha puerta llevaba a un pasillo estrecho que desembocaba en una cámara redonda, apenas iluminada por la luz de las

velas, que se abría en tres estancias dispuestas en forma de trébol. Una era una pequeña biblioteca, con un escritorio rodeado por viejos estantes de roble cargados de volúmenes con tapas de piel. Otra de las estancias estaba dedicada a la reflexión y a la meditación, con un sillón colocado frente a una única obra de arte. Y desde el extremo de la estancia circular se llegaba al tercer espacio: un dormitorio con baño. Se trataba de un pequeño apartamento, subterráneo, amueblado de manera sencilla pero no por ello menos exquisita.

El dormitorio se parecía a las otras dos estancias: sencillo aunque elegante dentro de su estilo ascético. La amplia cama tenía una colcha de satén carmesí a juego con las fundas de las almohadas. Sobre una de las mesitas de noche, un lavamanos de porcelana de la corte de Luis XIV, el Rey Sol. Sobre la otra, una palmatoria de peltre de Sheffield con una vela.

Todas las estancias estaban en silencio y en calma, como la casa que crecía encima, si bien se oía el suave, casi inaudible sonido de la respiración de una persona que dormía bajo la colcha de satén.

Esa persona era Constance.

Constance despertó. Acostumbrada como estaba a que su sueño fuera ligero, enseguida despertaba del todo. Encendió una linterna eléctrica, después prendió la vela que tenía junto a la cama y consultó el reloj: las ocho y cinco. Qué raro, el tiempo pasaba de un modo muy diferente allí abajo, bajo la palpitante ciudad; si no se andaba con ojo, los días empezarían a fundirse unos con otros con tal rapidez que perdería la cuenta.

Sacó las piernas del lecho y se levantó. Se hizo con la bata de seda que colgaba al lado, se la puso y se abrochó el cinturón. Permaneció quieta durante un rato, inmóvil, reflexionando sobre el estado de su cuerpo y su mente al despertar, tal como acostumbraban a hacer los monjes del monasterio Gsalrig Chongg del Tíbet donde se había formado.

En primer lugar y por encima de todo, era consciente de un vacío; un vacío que —ahora lo sabía— nunca la abandonaría y nunca podría ser llenado. Aloysius Pendergast estaba muerto. Al final lo había aceptado. La decisión de retirarse a las estancias subterráneas para apartarse, al menos durante un tiempo, del mundo de los vivos, era su particular modo de aceptar la muerte de Aloysius. En momentos de tensión, o peligro, o extrema tristeza, siempre había tenido la costumbre de retirarse a ese lugar subterráneo, desconocido para la mayoría de los que vivían en la casa. Pendergast, con sus maneras reservadas aunque amables, había logrado que dejase de hacerlo. Le había mostrado la belleza del mundo más allá de la mansión de Riverside Drive. Le había enseñado a tolerar la compañía de sus congéneres. Pero Pendergast ya no estaría más a su lado. Cuando por fin lo entendió, ante ella se presentaron dos únicas posibilidades: retirarse bajo tierra o hacer uso de las píldoras de cianuro que guardaba como seguro contra el mundo. Escogió la primera opción. No porque temiese morir, sino al contrario: sabía que Aloysius se habría sentido irrevocablemente decepcionado si se hubiese quitado la vida.

Cruzó el dormitorio y entró en la pequeña biblioteca privada. Encima del escritorio había varios platos de la cena de la noche anterior, la primera comida desde que se había retirado allí, días atrás. Por lo visto, la señora Trask había regresado tras pasar unos días junto a su hermana en el hospital, pues le había dejado la cena en el montacargas. La señora Trask acostumbraba a prepararle a Constance comidas sencillas y frescas. Pero la cena que le había dejado en el montacargas la noche de su regreso había sido diferente: lomo de ternera con setas, sobre un lecho de espárragos blancos asados con coulis de trufa. El postre había consistido en una deliciosa porción de *clafoutis aux cerises* . A pesar de que sabía que la señora Trask podía preparar unos platos excelentes cuando la situación lo requería, a Constance le sorprendió la

exquisitez de aquella comida. Aquello no guardaba mucha relación con las razones que la habían llevado a escoger la soledad de la vida bajo tierra: el dolor, la privación y… el ascetismo. Sin duda, la señora Trask entendía sus razones. Semejante manjar, que bordeaba el exceso, resultaba inapropiado. Tal vez para la gobernanta de la casa era un modo afectuoso de anunciar su regreso. A Constance la contrarió, pero al mismo tiempo disfrutó de aquella comida incluso contra su voluntad.

Recogió los platos y con una linterna en la mano salió de aquellas habitaciones, recorrió el estrecho pasillo, atravesó la puerta secreta y salió al segundo sótano propiamente dicho. Se desplazaba por las estancias con elegancia y seguridad, pues conocía cada centímetro de aquel lugar y apenas necesitaba luz para moverse.

Con mayor lentitud pasó por el último grupo de salas hacia la escalera en espiral que llevaba al primer sótano. Al llegar arriba, avanzó por los pasadizos en penumbra hasta el montacargas. Su intención era abrirlo, dejar los platos de la cena de la noche anterior y regresar a sus aposentos subterráneos con la comida que sabía que la señora Trask habría puesto allí para ella.

Agarró el pomo de latón, abrió la portezuela, colocó dentro los platos sucios y retiró la bandeja de plata con la nueva comida, colocada sobre un mantelito recién planchado de lino junto a unos elegantes cubiertos de plata. El plato estaba cubierto por una tapadera de plata. No era de extrañar: de ese modo, la señora Trask intentaba mantener caliente la comida. Lo que sí le resultó sorprendente fue la botella de vino que había dejado en una esquina de la bandeja, así como la elegante copa de cristal.

Al observar la botella, que era un Pauillac Château Lynch-Bages de 2006, Constance recordó la última vez que había tomado vino. Fue en la habitación de Pendergast en el hotel Capitán Hull, en Exmouth. Rememorarlo provocó que se sonrojase. ¿Acaso la señora Trask se había enterado de algún modo del desafortunado incidente que había tenido lugar?

Imposible. Aun así, teniendo en cuenta la excesiva ofrenda sibarita de la noche anterior, ese vino tan caro resultaba desconcertante. No casaba con el carácter de la señora Trask, que nunca se aventuraba a elegir los vinos de la enorme bodega de Pendergast, y que solía más bien servir la cena acompañada de una botella de agua mineral y una taza de té de escaramujo. ¿Sería ese el modo en que la gobernanta de la casa intentaba convencerla de que regresase arriba?

Constance no estaba preparada para algo así; todavía no. Le parecía bien que la señora Trask mostrara su preocupación al respecto, pero daba la impresión de que se estaba excediendo un poco, y de seguir así tendría que escribirle una nota.

Tomó la bandeja de plata, regresó escaleras abajo y recorrió las galerías hacia sus aposentos subterráneos.

Entró en la pequeña biblioteca, dejó el vino y la copa y levantó la tapa del plato. Observó con atención. La cena de esa noche era mucho más sencilla que el manjar de la noche anterior, pero sin duda también mucho más extravagante: foie gras, un extraño pan medio crudo, con trufas blancas sobre el hígado mantecoso cortado en finas y olorosas tiras. En los extremos del plato, dos minúsculas zanahorias con sus correspondientes puntas, espolvoreadas con perejil fresco; una divertida floritura culinaria a años luz de la habitual abundancia de la señora Trask cuando se trataba de verduras.

Constance no apartó la vista del plato, anonadada, durante varios minutos. A continuación cogió la botella de vino y la estudió.

Al volver a colocarla sobre la mesa, se dio cuenta de que algo no iba bien. Esa misma mañana, antes de irse al dormitorio para echar una cabezadita, había estado escribiendo en su diario, una

costumbre que había desarrollado hacía unos años y que nunca se saltaba. Se fijó entonces en que había otro libro encima de la libreta Rhodia con sus características tapas de color naranja.

Se trataba de un acto totalmente deliberado, de una acción calculada. No era posible que hubiera caído de uno de los estantes cercanos. De hecho, ni siquiera era uno de los volúmenes de su pequeña biblioteca privada, que ella había seleccionado con cariño.

Tomó el libro entre sus manos. Las letras doradas grabadas en el delgado lomo le indicaron que era un ejemplar de los poemas de Catulo, en latín.

Notó entonces algo más. Entre dos de las páginas, como si se tratase de un punto de lectura, había una pluma. Abrió el libro por el lugar en el que estaba la pluma y la observó con atención. No era una pluma cualquiera, sino una muy peculiar y extraña. Si no estaba equivocada, era la pluma de un kaka de Norfolk: un loro grande, ya extinguido, visto por última vez en libertad a principios del siglo XIX . Su hábitat había quedado reducido a los árboles y las rocas de las islas Norfolk y Phillip, pertenecientes a Australia, perdidas en el vasto océano Pacífico. Constance sabía que aquella pluma del cuello del animal, de un iridiscente y sobrecogedor color canela, pertenecía a la variedad que había habitado la isla Norfolk.

De inmediato supo de dónde había salido aquella pluma. Únicamente en una docena de lugares podían encontrarse ejemplares de kaka de Norfolk, incluido el Museo de Zoología de Amsterdam y la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia. No obstante, también había un espécimen en el gabinete de curiosidades de Enoch Leng, en ese mismo sótano, un macho de un inusual brillo escarlata. El pájaro había caído al suelo durante el conflicto que había tenido lugar en la segunda planta del sótano dos años atrás y había resultado dañado. Ella intentó arreglarlo lo mejor que pudo, pero se perdieron varias de las plumas.

De nuevo encendió la linterna eléctrica y salió de sus aposentos. Al llegar al pasillo central, caminó en dirección contraria hasta llegar a la estancia dedicada a los animales disecados. Localizó al instante al kaka de Norfolk, colocado en un pedestal detrás de una caja de cristal y madera de caoba.

La pluma encajaba a la perfección en el hueco que había quedado en el cuello del animal.

Una vez de vuelta en la biblioteca, Constance ojeó el libro abierto. La pluma había marcado el Poema 50.

Hesterno, Licini, dio otiosi
multum lusimus in meis tabellis…

Tradujo mentalmente los versos:

Ayer, Licinio, día de descanso,
jugamos a muchas cosas en mis tablillas…

Se fijó entonces en que en la parte inferior de la página alguien había hecho una anotación con letra elegante, en tinta color violeta. La anotación parecía muy reciente.

Querida mía, te ofrezco este poema.

Reconoció que se trataba de una descuidada traducción del verso 16: *hoc, iucunde, tibi poema feci* .

Cerró el libro entre sus manos, sorprendida y perturbada. ¿Quién habría hecho algo así?

¿Habría sido Proctor? No. A él no se le ocurriría algo semejante, ni siquiera aunque creyese que con eso aliviaría su sufrimiento. Además, estaba convencida de que Proctor no había leído un poema en toda su vida, ya fuese en latín o en cualquier otra lengua. Por otra parte, él no estaba al corriente de la existencia de esas estancias secretas en las que ella se había instalado.

De hecho, ahora que Pendergast había muerto, nadie más sabía de su existencia.

Constance sacudió la cabeza. Alguien había dejado ese libro ahí para ella. ¿O había empezado a perder la cordura? Tal vez se trataba de eso; en ocasiones, la tristeza le resultaba insoportable.

Abrió la botella de vino, se sirvió una copa y tomó un sorbo. Incluso para ella, apenas una conocedora de tales placeres, resultaba extraordinariamente complejo e interesante. Tomó otro sorbo y se sentó frente a la comida. Pero antes de empezar, volvió a centrarse en el poema. Lo había leído antes, claro, pero hacía muchos años, y ahora, después de traducir los versos en su mente, el poema le parecía aún más hermoso, más provocativo de lo que recordaba… y, a pesar de todo, volvió a leerlo de principio a fin, despacio, absorta y deleitándose.

13

Constance se despertó al oír la música. Se sentó en la cama y echó las sábanas a un lado. Había estado soñando con música. Pero ¿de qué pieza se trataba? Le había dado la impresión de que hablaba de anhelo, de sentimiento y de pasión no correspondida.

Se puso en pie, salió del dormitorio y entró en la pequeña biblioteca. Iba a tener que acortar esas siestecitas de última hora de la tarde, pensó. No le pegaban nada y no tenía intención de que se convirtieran en un hábito. Semejante comportamiento, dormir de más y a horas intempestivas, debía de ser otra manifestación de su tristeza.

Pero en ese momento no era tristeza lo que sentía; o no exactamente. Era incapaz de precisar qué mezcla de emociones la embargaba, más allá del carácter sutil y contradictorio de las mismas.

Había intentado pasar la mañana escribiendo en su diario. Pero en lugar de eso se puso a traducir y a transcribir algunos de los poemas de Catulo y a continuación, por alguna razón que no podía llegar a explicar, pasó a los poemas que Mallarmé había recopilado en *Poésies* . El estilo de Mallarmé era notoriamente difícil de traducir al inglés. Por ese motivo, cuando se cansó, centró la atención en la música.

Desde que «se metió bajo tierra», como ella se refería a lo que había hecho, había estado escuchando los cuartetos de cuerda de Shostakóvich, en particular el tercero. Los últimos movimientos siempre le recordaban a Madeline Usher y la extraña y cataléptica muerte en vida que selló su perdición en la historia de Poe. En cierto sentido, a Constance también le daba la sensación de haberse enterrado en vida, como Madeline, puesto que vivía un exilio autoimpuesto bajo las calles de Manhattan. Las inquietantes y tensas disonancias de Shostakóvich parecían encajar con su ánimo; reflejaban su dolor.

Pero esa tarde había optado por Brahms en lugar de Shostakóvich, los tríos de piano, para ser exactos. También eran complejos y filosóficos, pero a la vez eran exuberantes, hermosos y sin la profunda tristeza de Shostakóvich.

Mientras los escuchaba, se apoderó de ella una extraña somnolencia y se fue al dormitorio con la intención de dar una cabezadita de unos diez minutos. En lugar de eso, pasaron tres horas: eran las ocho en punto. La señora Trask ya le habría dejado la comida diaria en el montacargas de la biblioteca. A lo largo del día, en lugar de querer reprender a la señora Trask por lo suntuoso de los recientes platos, Constance se preguntaba qué le habría preparado esa tarde.

Recogió los platos de la noche anterior, cogió la linterna eléctrica y la botella de vino medio vacía y recorrió el pasillo hasta la entrada secreta que daba a sus aposentos. Apretó el dispositivo de apertura. La puerta de piedra se abrió hacia la cámara de las pinturas japonesas sobre planchas de madera, y entonces se quedó paralizada.

Allí mismo, en el suelo, frente a la puerta secreta, había un jarrón de vidrio tallado con una única flor.

Constance soltó lo que tenía en las manos y la bandeja, los platos y la botella cayeron al suelo con estrépito. Pero no fue un movimiento reflejo a causa de la sorpresa: su intención era liberar

sus manos con el fin de sacar el estilete italiano que llevaba consigo en todo momento. Con la punta hacia delante, preparada para atacar, movió el haz de luz de la linterna de izquierda a derecha mirando a su alrededor.

No había nadie. Permaneció allí de pie, mientras la conmoción daba paso a toda una corriente de angustiosas especulaciones. Alguien había estado allí; alguien había penetrado en su sanctasanctórum.

¿Quién había sido el responsable de esa intrusión? ¿Quién conocía los detalles del acceso al más oculto, privado e inaccesible de los lugares… y qué sentido podía tener aquella flor?

Se planteó la posibilidad de echar a correr hasta la escalera y subir por ella lo más rápido posible, dejando atrás ese oscuro sótano con sus interminables estancias oscuras, sus grotescas colecciones y sus innumerables rincones para ocultarse; correr a toda prisa de vuelta a la biblioteca y a la chimenea, de vuelta a la señora Trask, a Proctor y a la tierra de los vivos. Pero aquel impulso se apagó enseguida. Constance jamás había huido de nada. De hecho, presentía que no tenía que afrontar un peligro inmediato: el libro de poemas, la pluma, la flor no eran responsabilidad de alguien malvado. Alguien que desease su muerte podría haberla matado con facilidad mientras dormía. Podría haber envenenado su comida. O podría haberla apuñalado mientras recorría las galerías camino del montacargas.

Su mente se centró de nuevo en la pluma que marcaba el poema de amor, en la nota reciente en el margen de aquel libro extraño. No se estaba dejando llevar por la imaginación: sin lugar a dudas, alguien había penetrado en sus aposentos secretos. El libro, la pluma, la flor eran un mensaje, le daba la impresión. Un mensaje insólito, por supuesto, pero un mensaje que, a pesar de no entenderlo, no suponía una amenaza.

Constance permaneció inmóvil durante unos diez minutos. La consternación fue desvaneciéndose y con ella el miedo, pero costó mucho más que desapareciera la desagradable sensación de haber visto violada su privacidad.

De hecho, no desapareció del todo.

Al final, dejó los platos rotos y la botella de vino en el suelo y, tras asegurarse de que llevaba consigo la linterna de repuesto, salió de la estancia de los cuadros japoneses e inició una meticulosa búsqueda por la segunda planta del sótano, colección tras colección, sala tras sala. Realizaba sus pesquisas en completo silencio, alerta al sonido más leve, al mínimo destello de luz.

No encontró nada. El suelo variaba de la piedra a la arena compactada. No había huellas de zapato o de bota. Las zonas de polvo parecían intactas desde hacía mucho tiempo. Nada más estaba fuera de lugar, que ella recordara. Las amplias y sombrías galerías estaban igual que siempre.

Al llegar a los últimos escalones que llevaban arriba, se detuvo. Si la persona o personas habían salido del sótano, no tenía ningún sentido proseguir con la búsqueda.

Regresó a la entrada de sus aposentos secretos, y allí estaba la flor, tallada en el jarroncito. Era una orquídea de una extraña belleza; una variedad que desconocía. La parte exterior del labelo era blanco puro, de forma alargada. Por dentro era rosa, casi rojo cerca del estambre.

Constance la examinó durante varios minutos. Barajó diferentes posibilidades, aunque ninguna le parecía realista o siquiera probable. Sacudió la cabeza, limpió los cristales y los platos rotos, los apiló sobre la bandeja de plata, subió la escalera hasta llegar al montacargas y la dejó allí para que la recogiese la señora Trask. Retiró la nueva bandeja con el plato cubierto, que despedía un maravilloso olor a rosas. Junto al plato, metida en una cubitera llena de hielo picado y envuelta

en una servilleta de lino, había una botella de champán Perrier-Jouët Fleur. Constance se la llevó al segundo sótano. Pero, en lugar de dirigirse a sus aposentos privados, se detuvo en la cámara que contenía la vasta colección de flores secas y otras plantas de Enoch Leng. Dejó la bandeja y la cubitera sobre un viejo escritorio y consultó varias enciclopedias temáticas, incluida una dedicada a las orquídeas. Mientras lo hacía, sus ojos se desviaban sin querer hacia la botella de champán hasta que, en un impulso, Constance la sacó del hielo, la descorchó y se sirvió un poco en una pequeña copa.

A pesar de su búsqueda en los polvorientos volúmenes, no logró encontrar una especie que encajase con la flor que, por lo visto, habían dejado para ella. Sin embargo, esos libros tenían medio siglo de antigüedad; seguro que con el tiempo se habían criado o descubierto otras muchas clases de orquídeas.

Continuó avanzando hacia sus aposentos y cerró la puerta de piedra a su espalda. Al entrar en la pequeña biblioteca, se sentó tras el escritorio, se sirvió otra copa de champán y encendió su ordenador portátil que, gracias al repetidor del router instalado en el sótano, tenía un limitado acceso a internet.

Le llevó quince minutos encontrar la coincidencia precisa. La flor era una especie nueva de *orchidaceae* , descubierta recientemente en el Himalaya. La habían encontrado en la frontera de la India con el Tíbet.

Había sido bautizada como *Cattleya constanciana* .

Constance la observó. Menuda locura. ¿Le habían puesto el nombre en su honor? No podía ser; debía de tratarse de una mera coincidencia. Sin embargo, el lugar en el que había sido descubierta… ¿También eso era fruto de la casualidad? Aquel lugar no estaba lejos del monasterio tibetano en el que había pasado la infancia, escondida. Y por lo visto, habían descubierto, descrito y puesto nombre a la flor hacía solo seis meses. Aunque no decía nada de la persona que la había encontrado.

Prosiguió su investigación y dio con el artículo original publicado en *The Orchied Review* , la revista de la Royal Horticultural Society. Bajo el epígrafe «Descubridor» constaba simplemente: «Anónimo».

Sí, le habían puesto aquel nombre en su honor. Demasiadas coincidencias. No podía haber otra explicación.

Cerró el portátil y se quedó sentada, inmóvil. Tendría que informar de la intrusión a Proctor. Pero, por extraño que pareciese, no quería hacerlo. A él no le habría sentado bien enterarse de semejante invasión estando la casa bajo su custodia. Proctor no era una persona de matices. La situación, fuera cual fuese su naturaleza, exigía una mayor sutilidad. Constance confiaba en su capacidad para gestionar cualquier eventualidad a la que tuviese que hacer frente. No carecía de medios de autodefensa: había tenido que superar amenazas de más calado que aquella. Su tendencia natural a utilizar la violencia de forma repentina y efectiva era su mejor manera de protegerse. Si Aloysius se encontrase allí, sin duda sabría qué estaba pasando.

Aloysius. Se dio cuenta entonces de que había estado una hora entera sin pensar en su protector. Y además, pensar en él en ese momento no suscitó la habitual punzada de dolor. Tal vez había logrado, por fin, aceptar su muerte.

No, no iba a notificárselo a Proctor. Como mínimo, de momento no. Constance estaba en su salsa: conocía una docena de lugares bajo esas criptas subterráneas, lugares incluso más inaccesibles, en los que podía ocultarse. Aunque su sexto sentido le decía que no iba a ser necesario. Había sido testigo de una intrusión, pero no le daba la impresión de que se tratase de

una «violación». Parecía tratarse de otra cosa. No sabía muy bien qué, pero curiosamente, en esos momentos de alienación y terrible soledad, sentía que estaba compartiendo aquel exilio personal suyo con una especie de alma gemela.

Esa noche, cuando por fin se retiró, puso un especial cuidado en colocar el pomo metálico contra la parte interior de la puerta de piedra que llevaba a la sala donde estaban los cuadros japoneses. Y fue igual de cuidadosa a la hora de echar el cerrojo de su dormitorio y de tener a mano su estilete Maniago. No obstante, antes se llevó a sus aposentos la hermosa orquídea, así como el hermoso jarrón, y los colocó junto al escritorio.

14

Constance alzó la vista de su diario.

¿Qué era lo que había llamado de repente su atención? ¿Un ruido o algo así? Escuchó con atención, pero el segundo sótano estaba silencioso como una tumba. ¿Acaso una corriente de aire? Eso era absurdo: no había corrientes de aire en ese antiguo lugar, tan por debajo de las calles de Manhattan.

Suspiró. No debía de ser nada. Simplemente estaba cansada y distraída. Comprobó la hora en su reloj: pasaban diez minutos de las dos de la madrugada. Se quedó mirando el reloj con tristeza. Era un Rolex con una marca de aniversario, se lo había regalado Pendergast las últimas Navidades. Era la versión femenina del modelo que él mismo llevaba en su muñeca.

Cerró de golpe el diario. Le resultaba imposible escapar del recuerdo de Aloysius; todo le hablaba de él.

Se había despertado hacía media hora. Últimamente, sin venir a cuento, su patrón de sueño se había visto alterado: se despertaba en mitad de la noche y le resultaba imposible volver a dormirse. Eso explicaba el letargo que la invadía por las tardes desde hacía un tiempo, obligándola a echar unas cabezadas que, de manera casi inevitable, se convertían en prolongadas siestas. Pero al menos no podía culpar al insomnio de los recientes acontecimientos, ni de la muerte de Pendergast ni de la aparente intrusión en su sótano: no había empezado a despertarse por las noches hasta su viaje a Massachusetts. Entonces, su estado de alerta nocturno le había permitido avanzar en su investigación. Ahora no era más que una molestia.

Así pues, Constance se había levantado de la cama y se había ido a la biblioteca para escribir en su diario. Esa práctica, que por lo general la tranquilizaba, supuso en ese momento otra frustración: no le salían las palabras.

Apartó la mirada del diario cerrado y la dirigió a los platos de la cena de la noche anterior, apilados sobre la bandeja de plata. Había sido una cena fría, como si la señora Trask hubiese sabido que Constance estaría demasiado preocupada para ponerse a comer sin más: un par de colas de langosta de agua fría, salsa *rémoulade* , huevos de codorniz *au diable* … y, por supuesto, una botella de champán, de la que había dado buena cuenta. Ahora notaba las consecuencias, un suave latido en las sienes.

«Como si la señora Trask hubiese sabido que Constance estaría demasiado preocupada para ponerse a comer sin más…»

Un extraño pensamiento surgió en la mente de Constance: ¿realmente era la señora Trask la que le estaba preparando esas comidas? Aunque ¿quién podría prepararlas si no? Ella no habría contratado a otro cocinero, no mientras hubiera podido elegir. Por otra parte, la gobernanta, siempre atenta, cumplía con su papel maternal con el máximo celo y no permitía que nadie más preparase la comida en aquella casa.

Dejó la pluma sobre la mesa. Estaba de mal humor, era obvio. El alcohol debía de tener algo que ver, seguro, pues no estaba acostumbrada a beber, y también los manjares de las últimas noches. Sin embargo, podía poner fin a todo eso. Y mientras reflexionaba se dijo que a lo mejor

sería buena idea, después de todo, hablar con Proctor sobre sus recientes descubrimientos en el sótano.

Recuperó la pluma, buscó en el escritorio, se hizo con un papel de color crema y anotó lo siguiente:

Querida señora Trask:

Gracias por las amables atenciones que me ha dispensado últimamente. Valoro muchísimo su preocupación por mi bienestar. Quiero pedirle, sin embargo, que vuelva a servirme comidas sencillas, sin vino; los platos que ha estado preparándome desde que regresó de Albany han sido deliciosos pero me temo que demasiado exquisitos para mi gusto.

Si pudiera hacerme también el favor de decirle a Proctor que quiero hablar con él, le estaría muy agradecida. Puede dejarme una nota en el montacargas proponiéndome un momento que le convenga.

Saludos cordiales,

CONSTANCE

Constance dobló la nota por la mitad y se levantó. Se puso su bata de seda y, tras encender la linterna, cogió la bandeja con los platos y la botella de champán, dejó la nota encima y echó a andar por el corto pasillo.

Abrió la puerta y volvió a detenerse un segundo. En esta ocasión no dejó caer al suelo ni los platos ni la botella. Tampoco sacó su estilete. En lugar de eso, depositó la bandeja a un lado con cuidado, palmeó la bata para asegurarse de que tenía la hoja a mano y después enfocó la linterna hacia la cosa que habían dejado al otro lado de la puerta.

Se trataba de una pieza de seda, sucia y amarillenta, con una inscripción en tibetano en tinta roja y hecha a mano. Al instante reconoció que era el reverso de una t'angka, una pintura budista tibetana.

Agarró el pedazo de tela y lo llevó a la biblioteca, donde lo desplegó. Dejó escapar un suspiro. Era una pieza de una hermosura espectacular: un destello, como un rayo de sol, de colores rojos y dorados y azules, con un trazo exquisito y delicado, plagado de detalles perfectos y claros. Constance sabía que era cierto tipo de pintura religiosa destinada a simbolizar el Avalokiteshvara, el Bodhisattva de la Compasión, sentado sobre un trono de loto, ubicado a su vez sobre un disco lunar. Avalokiteshvara era el dios más reverenciado en el Tíbet, pues había sacrificado su propia salvación para reencarnarse una y otra vez en la Tierra, con el fin de traer la iluminación a todos los seres vivos y sufrientes del mundo.

Pero en este caso Avalokiteshvara no había sido representado como un hombre sino como un niño. Y los rasgos infantiles, dibujados de un modo exquisito, eran idénticos, incluidos los rizos del cabello y los característicos párpados caídos… a los de su propio hijo.

Constance no había visto al niño, el hijo que había tenido con Diogenes Pendergast, desde hacía un año. Los tibetanos lo habían declarado rinpoche, la decimonovena reencarnación de un venerado monje tibetano. Estaba escondido en un monasterio en las afueras de Dharamsala, en la India, a salvo de cualquier tipo de intromisión por parte de los chinos. En esta pintura, el niño parecía mayor de lo que lo recordaba, de la última vez que lo vio. Debían de haberla realizado pocos meses antes, como mucho…

De pie, completamente inmóvil, se concentró en los rasgos de la pintura. A pesar de quién era el padre, Constance no pudo evitar sentir un abrumador impulso maternal, exacerbado por el hecho de no poder visitar a su hijo más que en contadas ocasiones. «Así que este es su aspecto

ahora», pensó con la mirada clavada en la imagen.

«Quienquiera que haya dejado esto conoce mis más profundos secretos», se dijo. La idea que había empezado a perfilarse cuando encontró la orquídea, *Cattleya constancia* , ahora quedaba clara.

Y también quedaba clara otra cosa. Esa persona, sin lugar a dudas, estaba intentando cortejarla. Pero ¿de quién podía tratarse? ¿Quién podía saber tantas cosas sobre ella? ¿Conocería también otros de sus secretos, como su verdadera edad? ¿O su relación con Enoch Leng?

No tuvo la menor duda de que sí.

Durante unos segundos, barajó la posibilidad de embarcarse en otra intensa y exhaustiva búsqueda por el sótano. Pero cambió de idea, pues sabía que esa búsqueda resultaría tan infructuosa como la anterior.

Se arrodilló, recogió la nota que había escrito a la señora Trask, la rompió en dos pedazos y se la guardó en el bolsillo de la bata. Ya no tenía sentido hacérsela llegar, porque sabía que no era ella la que le había estado preparando aquellas exquisitas comidas ni la que le había proporcionado aquellos valiosos vinos.

Pero ¿quién podía ser?

«Diogenes.»

Descartó la idea de inmediato. Era una especulación de lo más ridícula. Sin duda, cortejarla de ese modo tan extravagante y provocador habría sido muy propio de Diogenes Pendergast. Pero estaba muerto.

¿O no?

Constance negó con la cabeza. Por supuesto que estaba muerto. Había caído dentro del Strómboli, en la terrible Sciara del Fuoco del volcán. Lo sabía con certeza porque había estado luchando con él en el límite del abismo. Ella misma lo había empujado, lo había visto caer, y había observado por encima del borde los rugientes vientos y la humeante lava que había abajo. Estaba convencida de haber llevado a cabo su venganza.

Por otra parte, mientras estuvo vivo, el hermano de Aloysius no sintió más que desprecio por ella; se lo había dejado bien claro en muchas ocasiones. «Eres un juguete, un misterio de fácil resolución; una aburrida caja que no contiene nada», le había escrito.

Constance apretó fuerte los puños simplemente al recordarlo.

No podía ser Diogenes; eso era imposible. Debía de tratarse de otra persona, alguien que también conocía sus más profundos secretos.

Notó como el destello de un relámpago. «Está vivo», pensó. «En realidad no se ahogó. Ha vuelto a mí.»

Se sintió conmovida ante la fuerza de aquella oleada de emoción. También sintió que se volvía loca de esperanza, frenética solo de pensarlo. El corazón le latía de repente con tal fuerza en el pecho que parecía querer escapar de él.

—¿Aloysius? —gritó hacia la oscuridad, con la voz rota, a punto de echarse a reír o a llorar—. Aloysius, ¡sal de ahí y muéstrate! No sé a qué vienen tus reparos. Por el amor de Dios, ¡deja que te vea, por favor!

Pero lo único que oyó fue el eco de su propia voz, rebotando en las paredes de piedra de las cámaras subterráneas.

15

Rocky Filipov, capitán del pesquero de arrastre *Moneyball* , de veinte metros de eslora, volvió la cabeza y lanzó un oscuro escupitajo de tabaco hacia la cubierta, donde se mezcló con una pegajosa capa formada por grasa, gasóleo y restos de pescado podrido.

—Es sencillo —estaba diciendo Martin DeJesus, miembro de la tripulación—. Nos está llevando demasiado tiempo. Tendríamos que dispararle, meterlo en un saco de pescado, ponerle un peso y lanzarlo por la borda.

Un viento frío azotaba la cubierta del *Moneyball* . El cielo nocturno estaba cubierto de nubes y no se veían las estrellas, y ellos estaban cómodamente atracados en Bailey's Hole, no muy lejos de la frontera con Canadá. Había un pequeño grupo de personas en la cubierta del barco a oscuras, y todo lo que Filipov podía ver de sus acompañantes eran las puntas incandescentes de sus cigarrillos. No había más luces. El *Moneyball* había echado el ancla y había apagado las luces, incluido el piloto rojo del timonel.

—Estoy con Martin —se oyó decir a la voz de Carl Miller, acompañada por el resplandor del cigarrillo; después exhaló fuerte—. No quiero tenerlo a bordo por más tiempo; nos está reteniendo. Estamos atrapados. Es demasiado peligroso.

—No es peligroso —replicó el cocinero—. Podemos alcanzar aguas internacionales en una hora. Faltan semanas para el próximo envío. Arsenault es uno de los nuestros, el intercambio vale la pena.

—Sí. Tal vez. Entonces ¿por qué los federales no están metiendo las narices?

El capitán Filipov escuchaba el intercambio de comentarios. La tripulación tenía que hablarlo. En los últimos días habían surgido ciertas tensiones. Los miembros de la tripulación que seguían a bordo, menos el vigía de cubierta, habían ido juntándose de forma gradual tras la garita del timonel, a sotavento, para aclarar el tema de una vez por todas. Él estaba encorvado contra el viento, apoyado en la pared de la garita, con los brazos cruzados.

—Creo que nos están tendiendo una trampa —dijo Juan Abreu, el ingeniero del barco.

—No importa —repuso el cocinero—. Si tenemos la más mínima sospecha cuando vayamos hacia el sur, entonces lo agarramos y lo tiramos por la borda. Y todavía podremos sacar algo por su reloj.

La discusión prosiguió hasta que empezaron a repetirse. Al final Filipov se apartó de la pared, lanzó otro escupitajo y habló:

—Hace casi tres semanas que tenemos a ese bastardo a bordo. Hace unos cuantos días que estamos trabajando para el intercambio. Es un buen plan. Ciñámonos al plan. Tres días más, es lo que acordamos. Si para entonces no hemos llevado a cabo el intercambio, hacemos lo que ha dicho DeJesus y lo tiramos por la borda.

No dijo nada más, a la espera de las reacciones. En el negocio del tráfico de drogas, al contrario de lo que muestran las series de televisión, es imprescindible crear consenso. No puedes simplemente echarle arrestos y creer que todo funcionará.

—Me parece bien —dijo el cocinero.

—¿Y a ti, Carl? —preguntó Filipov.

—De acuerdo. Tres días más.

—¿Martin?

—Vale, joder, estoy dispuesto a esperar dos días. Pero ni uno más.

Alcanzado aquel mínimo acuerdo, el grupo empezó a dispersarse.

El capitán Filipov agarró al cocinero cuando regresaba a la cocina.

—Será mejor que trate de mantener con vida a ese cabrón. ¿Te queda algo del estofado de carne de la cena?

—Claro.

Filipov se hizo con un plato de estofado y una botella de agua y descendió al compartimento aislado de proa. La escotilla estaba abierta, reemplazada por una rejilla para que entrase el aire. Enfocó el haz de luz de la linterna hacia la rejilla y vio que el hombre estaba en la misma posición que en la ocasión anterior, con una muñeca esposada a una abrazadera. Llevaba puesto el mismo traje negro harapiento y sucio con el que lo habían encontrado, cubriendo lo que apenas era un esqueleto, con las mejillas hundidas y el rostro magullado. El cabello, de un rubio blanquecino, aplastado contra el cráneo.

Abrió la rejilla y descendió al compartimento. Dejó la botella de agua frente a aquella demacrada figura. Se acuclilló y lo miró. El hombre tenía los ojos cerrados, pero cuando Filipov se colocó ante él los abrió; unos ojos plateados que parecían brillar con una luz interior.

—Te he traído algo de comer —dijo Filipov haciendo un gesto hacia el plato que llevaba en la mano.

El hombre no respondió.

—¿Qué les pasa a tus amigos? —preguntó Filipov por enésima vez—. Siguen sin mover ficha.

Para su sorpresa, el hombre lo miró a los ojos y Filipov se sintió incómodo.

—¿Te quejas del silencio de mis amigos?

—Así es.

—En ese caso, me disculpo en su nombre. Pero te aseguro que, cuando llegue el momento, estarán encantados de encontrarse con vosotros. Aunque me temo que, en el caso de que sobrevivas al encuentro, desearás no haberlos conocido.

Filipov le miró fijamente. Le llevó unos segundos procesar lo que había dicho.

—Palabras grandilocuentes para tratarse del pedazo de carne cubierto de mierda que sacamos del agua.

El hombre sonrió estirando los labios de un modo triste y cadavérico.

—De acuerdo. —Filipov dejó el plato en el suelo—. Aquí tienes tu cena. —Justo cuando iba a marcharse, se detuvo—. Y aquí tienes el postre. —Se volvió y le propinó una dura patada en las tripas. Luego salió del compartimento y dejó que la rejilla se cerrase tras él.

16

19 días antes
25 de octubre

Rocky Filipov estaba al timón del *Moneyball* , haciéndolo avanzar por un mar muy picado. El sol naciente iba abriéndose paso a través de un sucio telón de nubes sobre el horizonte oriental, los restos de la tormenta que había estado azotando durante la noche. Por el lado de babor, la costa baja y oscura de Crow Island iba quedando atrás, y enfrente Filipov podía ver la luz parpadeante del faro de Exmouth, situado sobre un acantilado, con la casa del farero a un lado, teñido ahora de dorado a la luz del amanecer; una hermosa panorámica. Los miembros de la tripulación que no estaban de guardia dormían en sus camarotes, debajo. Martin DeJesus estaba a su lado en la cabina del timonel, bebiendo café y comiéndose un donut correoso mientras jugaba con su teléfono móvil.

Filipov estaba de mal humor. Habían entregado la carga a su contacto de Maine. El viaje a Canadá había ido como la seda. Ahora disponían de una cantidad de dinero de más de siete ceros, guardada en el compartimento de proa. Y tenían un mes por delante antes de la siguiente recogida y entrega. Podría estar disfrutando del triunfo… si no fuese por el problema con Arsenault.

Los federales lo habían pillado con una maleta llena del dinero canadiense conseguido con el trabajo de la semana anterior: cien de los grandes, suficiente para llamar su atención. Nada de drogas ni de pruebas, pero sí un montón de dinero. Mantenían arrestado a Arsenault y Filipov no tenía duda alguna de que se lo estaban trabajando. Todavía no se había venido abajo, porque de haberlo hecho todos habrían caído. Sabía que Arsenault era un tipo duro de pelar, pero también sabía que tenía esposa y dos hijos, y que eso era un punto débil para cualquier hombre. Por otra parte, se había comportado como un auténtico idiota: tendría que haber lavado su parte del dinero siguiendo las directrices que Filipov había marcado, en lugar de querer hacerlo en persona.

El otro problema era que la tripulación había votado dejar amarrado el barco en Boston durante un mes para disfrutar de lo conseguido. A Filipov no le hacía gracia el plan. No le gustaba la idea de que una tripulación, de repente rica, fuera de ciudad en ciudad gastando dinero, emborrachándose, acostándose con prostitutas y, muy posiblemente, hablando más de la cuenta. Después de todo, no había que olvidar lo que le había pasado a Arsenault, el único que había decidido bajar del barco antes de tiempo. Si bien, a decir verdad, tendría que apechugar con la situación. No podía negarse, visto el esfuerzo que habían hecho todos para la entrega, los riesgos que habían corrido y lo bien que había salido. No le quedaba más remedio que confiar en que no se metieran en problemas.

Por su parte, se pasaría el mes blanqueando tranquilamente la máxima cantidad del dinero proveniente de la droga a través de la exitosa galería de antigüedades que poseía en Newbury Street, comiendo en lujosos restaurantes con varias de sus novias, yendo a ver partidos de los Bruins y adquiriendo singulares botellas de vino para su bodega particular.

—Vaya —dijo Filipov de repente, mirando hacia las encrespadas olas—. ¿Has visto eso? —Desaceleró.

DeJesus miró hacia delante desde su posición.

—Mierda, es un ahogado.

Filipov tiró de la palanca hacia atrás para reducir la velocidad. El cuerpo flotaba bocarriba con los brazos extendidos, con la palidez de la muerte.

—Trae un bichero —le dijo a DeJesus.

DeJesus salió de la cabina, se hizo con el bichero y se inclinó hacia delante al tiempo que Filipov maniobraba el *Moneyball* hasta detenerlo por completo en paralelo al cuerpo. Cuando comprobó que DeJesus lo había enganchado, dejó el motor en punto muerto y salió de la cabina para unirse a DeJesus en la baranda de babor.

Filipov observó el cuerpo. Era un hombre de unos cuarenta años de edad, con el pelo claro pegado a la cabeza, traje negro y piel muy pálida. Un reloj centelleó en su muñeca izquierda.

—Llévalo hasta la popa y subámoslo a bordo —ordenó a DeJesus.

—¿Te estás quedando conmigo? Si informamos de esto nos vamos a ver involucrados en una investigación.

—¿Quién dice que vayamos a informar de nada? ¿Has visto ese reloj? Parece un Rolex.

DeJesus dejó escapar una breve risotada.

—Rocky, tú siempre ves las cosas desde otra perspectiva.

—Acércalo hasta la popa y súbelo por la rampa.

Como había perdido impulso, el barco apenas se desplazaba, pero DeJesus se las apañó para llevar el cuerpo hasta la popa y lo subió a bordo enganchando el bichero en el cinturón. Arrastró con facilidad el cuerpo por la rampa de popa chorreando agua. Filipov se acuclilló, agarró la muñeca y le dio la vuelta.

—Fíjate. Un Rolex President Sant Blanc de platino. Por lo menos vale cuarenta de los grandes. —Lo desabrochó y se lo sacó al ahogado para mostrárselo a DeJesus.

DeJesus lo cogió y le dio la vuelta.

—Maldita sea, capitán. Todavía funciona.

—Veamos qué más podemos sacarle.

Filipov lo cacheó en un momento. Ni billetera, ni llaves, ni nada en los bolsillos. Un extraño medallón alrededor del cuello que no parecía de valor y un sello de oro en el dedo con un escudo o un símbolo. Intentó sacárselo, pero para liberarlo tuvo que romperle el nudillo.

Dejó caer la mano y examinó el anillo. Su valor radicaba en que era de oro, por supuesto: valdría tres o cuatrocientos dólares.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó DeJesus—. ¿Volvemos a tirarlo al mar? Lo que está claro es que no queremos que nos pillen con un cadáver a bordo.

Filipov observó el cuerpo. Se inclinó hacia delante y volvió a tomarle la muñeca. No estaba tan fría como debería estar. De hecho, estaba ligeramente caliente. Presionó el pulgar intentando encontrar el pulso pero no notó nada. Pasó al cuello y colocó los dedos sobre la arteria carótida. De nuevo, le sorprendió la calidez. Al presionar con el índice y el corazón notó un leve latido. Y comprobó entonces que en efecto respiraba, aunque de un modo apenas perceptible. Apoyó la oreja en el pecho y captó un ligero resuello gorgoteante, así como el lento y débil latido del corazón.

—Está vivo —dijo.

—Pues con más razón tendríamos que echarlo por la borda.

—En absoluto.

Filipov notó que DeJesus le miraba anonadado, con su calva coronilla rodeada por una mata de áspero pelo negro y con su enorme mano dando vueltas al reloj. DeJesus era un tipo de fiar, pero con la inteligencia de un filete de ternera.

—Verás, Martin. Tenemos aquí a un tipo con un reloj de cuarenta mil dólares. Acabamos de salvarle la vida. Y ahora… ¿no te parece que podríamos sacar algo de dinero con esto?

—¿A qué te refieres?

—Ve a despertar a la tripulación.

DeJesus se fue sacudiendo la cabeza mientras Filipov sacaba una pesada manta de lana de una taquilla. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que no había ningún barco a la vista, arrastró al hombre hacia popa, estiró la manta y lo envolvió bien. Tenía que hacerle entrar en calor o moriría de hipotermia. El agua estaba a unos doce grados de temperatura, y según las tablas que Filipov conocía de memoria, a esa temperatura un hombre sano podía permanecer consciente en el agua unos noventa minutos, y después tardar una hora en morir, si es que no se había ahogado antes.

El tipo en cuestión, muerto, no valía una mierda, pero vivo tal vez resultase valioso.

Una vez envuelto en la manta, Filipov pensó qué hacer con él. Cuando recuperase la consciencia estaría confundido. Tal vez causase problemas. Lo mejor sería encerrarlo en uno de los compartimentos. El de proa, el mayor de todos, resultaría adecuado: disponía de luz y tenía enchufes por si era necesario colocar un calefactor.

La tripulación había subido a cubierta, con el sueño todavía pegado a sus rostros, y se había colocado alrededor del hombre inconsciente. Filipov se puso en pie y miró a su alrededor.

—Martin, enséñales el reloj.

Se pasaron el reloj entre murmullos y asentimientos.

—Podríais compraros un Cadillac con el dinero que cuesta ese reloj —dijo Filipov—. Este hombre está forrado. —Miró a su alrededor—. Tendríais que olvidaros de vuestras vacaciones en Boston, pero tal vez se pueda sacar una buena suma con eso.

—¿Una buena suma? —preguntó Dwayne Smith, el primer oficial—. ¿Una especie de recompensa?

—¿Recompensa? Y una mierda. No hay recompensa que valga, comparada con lo que podríamos conseguir si manejamos este asunto de otra manera.

—¿Qué otra manera? —preguntó Smith.

—Un rescate.

17

Filipov estaba en pie sobre el compartimento de proa, mirando hacia abajo, al tipo misterioso esposado en el fondo de aquel agujero. Aquel hombre llevaba ya diez días con ellos, pero sabían tan poco de él como cuando lo subieron a bordo. Es decir, nada. Daba la impresión de que estaba dormido, pero Filipov no estaba seguro. Durante los primeros días, después de sacarlo del agua, había estado sumido en una especie de profundo letargo. Era comprensible, dado que había estado a punto de morir de hipotermia. Lo habían cuidado bien, manteniéndolo caliente, alimentándolo con caldo cuando fue capaz de ingerirlo, vendándole las heridas y el nudillo roto, procurando que se sintiese cómodo. Después tuvo fiebre durante tres días; nada sorprendente, por otra parte. Pero los miembros de la tripulación empezaron a ponerse nerviosos; les preocupaba el hecho de que los abordasen los guardacostas y todo se fuese al traste.

Para minimizar esa posibilidad, Filipov había llevado al *Moneyball* lejos de la península Schoodic, adentrándose en lo más agreste de la línea costera de Estados Unidos: hacia el nordeste de Maine, donde había miles de islas deshabitadas, caletas y estuarios. Filipov conocía muy bien aquella parte de la costa, y también conocía las costumbres de los guardacostas. Llevaban días saltando de cala en cala, manteniéndose a buen recaudo de las rutas de los cruceros y los buques de carga y desplazándose únicamente por la noche. Pero el clima a bordo del barco se había ido enrareciendo. Les mosqueaba sobre todo que el hombre siguiese sin hablar a pesar de haber superado la fiebre; no había dicho ni una palabra. Parecía como si hubiese sufrido una lesión cerebral, lo cual no dejaba de tener lógica, pues casi había muerto ahogado. Sin embargo, en las escasas ocasiones en las que había podido mirar a aquel hombre a los ojos, unos ojos de un gris plateado, Filipov había captado una inteligencia en estado de alerta. Tenía la impresión de que aquel tipo estaba del todo consciente. Entonces ¿por qué no hablaba? ¿Por qué lo habían encontrado flotando en el agua? ¿Y por qué estaba herido? Parecía que le hubiera atacado un oso, con aquellos terribles arañazos, cortes y marcas de mordiscos.

Estaba poniendo histéricos a todos los que estaban a bordo.

Ahora se hallaba tumbado en su posición habitual, con los ojos cerrados. Filipov lo miraba con las manos en los bolsillos, jugueteando con el sello de oro. Estaba convencido de que en aquel escudo o símbolo grabado en el anillo se hallaba la respuesta, alguna clase de respuesta. Era un emblema extraño: una insólita nube vertical con una estrella de cinco puntas en su interior y un rayo hacia abajo que apuntaba a un ojo de gato sin párpado donde había un número nueve en lugar de pupila. A Filipov le parecía que tenía un aire vagamente militar. Smith, su primer oficial y un genio con el ordenador de a bordo, se había pasado horas intentando encontrar coincidencias en internet, pero no había tenido éxito. Lo mismo podía decirse del extraño medallón que lucía aquel hombre alrededor del cuello, aunque poseía un aire menos oficial, como si se tratase de un símbolo familiar o quizá incluso medieval. Smith también había intentado encontrar la cara de aquel hombre en internet. Sin éxito. El problema era que ese tipo había estado a punto de morir, por lo que su cara estaba demacrada y macilenta y probablemente su aspecto no tenía mucho que ver con el que tenía antes, y por eso no había modo de encontrar

coincidencias.

La clave para descubrir la identidad de ese hombre estaba en el anillo, Filipov estaba seguro.

Miró a su rehén con rabia creciente. El muy hijo de perra se les estaba resistiendo. Pero ¿por qué?

Bajó al compartimento y caminó hacia él. Estaba allí tumbado, con los ojos cerrados, esposado, dormido. O más bien fingiendo dormir. Al notar que Filipov lo miraba, abrió despacio los ojos, dos relucientes monedas de plata con las pupilas negras justo en el centro. Parecía más un fantasma que un ser humano.

Filipov se inclinó hacia él.

—¿Quién eres?

Aquellos ojos se clavaron en los suyos, lo que Filipov interpretó como un gesto de insolencia. Aquel hombre había estado al borde de la muerte, pero ahora Filipov sabía que se había recuperado mucho más de lo que daba a entender.

—Voy a tirarte de nuevo al mar. ¿Qué te parece?

Para su sorpresa, el hombre habló por primera vez. Su voz apenas fue un susurro.

—Empieza a cansarme que repitas esa amenaza.

A Filipov le chocó la tranquila suavidad de la voz, el acento sureño y el evidente deje de arrogancia.

—¡Así que puedes hablar! Sabía que nos la estabas colando. Estupendo, pues ahora que has recuperado la lengua, dime quién eres.

—La pregunta importante es quién eres tú. Pero, bueno, eso tampoco importa: ya sé la respuesta.

—¿Ah, sí? Bien, pues dime quién soy yo, capullo de mierda.

—Eres el hombre con peor suerte del mundo.

Filipov soltó una palabrota y le propinó una patada en las costillas. Aun así, la expresión de aquel hombre no varió: ni siquiera apartó la mirada.

18

El capitán Filipov estaba de pie frente a la mesa de cartas, a la izquierda del timón, mirando por encima del hombro de Smith, que tecleaba en el ordenador portátil mientras intentaba explicarle su último fracaso a la hora de encontrar en internet algo relacionado con el anillo del hombre misterioso.

—Sea lo que sea —dijo Smith—, no consta ni en páginas web ni en la red oscura. Estoy utilizando el mejor software que existe para encontrar coincidencias entre imágenes. Y nada de nada.

Filipov asintió sin apartar la vista de la imagen de la pantalla: una foto que le habían hecho al anillo. El barco estaba detenido en Bunker Cove, al sur de la isla Great Spruce. Era un rincón protegido donde anclar en una noche movida, el viento soplaba de nordeste y la lluvia golpeaba contra las ventanas de la cabina del piloto.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Smith.

—Ahora no.

Smith echó la silla hacia atrás y se fue abajo. Minutos después estaba de vuelta, con una cerveza en la mano. Le dio un largo trago.

—Sea quien sea ese gilipollas —dijo Filipov sentándose delante del ordenador—, quiere permanecer en el anonimato. ¿Por qué no querrá decirnos cómo se llama?

—Sí. Eso.

Estudió el diseño en la pantalla. La extraña nube, el rayo, el ojo de gato, el número nueve. Y de repente se le ocurrió una idea. Parpadeó varias veces ante la obviedad de su ocurrencia.

—Un gato tiene nueve vidas.

—Sí.

—Así que este grupo, el que sea, va sobre supervivencia. Nueve vidas.

—De acuerdo. —Le dio otro trago a su cerveza.

—Y luego está la nube. ¿Habías visto alguna vez una nube como esa?

—Es rara. Como de tormenta.

—Tal vez no sea una nube.

—Pero entonces ¿qué es?

—Un fantasma.

Smith entrecerró los ojos, miró de cerca la imagen del anillo que aparecía en la pantalla, y después gruñó.

—Podría ser.

Filipov sacó el anillo de su bolsillo y lo estudió dándole vueltas bajo la escasa luz de la cabina del piloto.

—Fantasma. Estrella. Nueve vidas. Rayo. De acuerdo. La imagen no aparece en internet. Pero la descripción quizá sí.

Filipov introdujo en Google las palabras: «fantasma», «estrella», «nueve vidas», «rayo». Y casi de inmediato dio en el clavo. Había un pequeño artículo en el boletín informativo del FBI,

«Hall of Honour», dedicado a los agentes muertos en acto de servicio. Llevaba fecha de tres o cuatro años atrás, y describía el funeral del agente especial Michael Decker, que había muerto «en acto de servicio como resultado de una acción enemiga». El artículo describía el funeral y nombraba a algunos de los asistentes. Filipov lo leyó en diagonal hasta que se detuvo en un fragmento:

> Además de la bandera estadounidense, sobre el ataúd se mostraba el emblema de la compañía de élite Fantasma, a la que había pertenecido Decker: un fantasma sobre un campo azul, decorado con una estrella que lanza un rayo hacia un ojo de gato con el número nueve en la pupila, símbolo de las nueve vidas que se supone que tiene todo miembro de la compañía Fantasma, debido a su entrenamiento, determinación y experiencia. La compañía Fantasma era una rama altamente secreta, muy unida y especializada del extinto destacamento del ejército «Luz Azul», y había sido creada de manera específica para operar en misiones clasificadas, extremadamente peligrosas y, en ocasiones, en teatros de operaciones comprometidos no autorizados. El tiempo de operatividad de la compañía Fantasma había sido hasta cierto punto breve. «Luz Azul» se desarrolló más adelante para convertirse en el primer destacamento de las Fuerzas de Operaciones Especiales, conocido como Delta Force. El agente especial Decker formó parte de un reducido grupo de agentes condecorados que entraron en el FBI después de servir en la compañía Fantasma.

—Nuestro hombre misterioso estuvo en el ejército —dijo Filipov—. Fuerzas especiales.

Smith miró por encima del hombro respirando con dificultad.

—No me jodas —dijo señalando—. ¡Mira eso!

El artículo iba acompañado de una pequeña fotografía de un grupo de agentes que se encontraba junto a la tumba. Allí, con los brazos cruzados, podía verse a un hombre alto y de piel pálida vestido con un traje negro. Aunque su rostro quedaba un tanto borroso y no se distinguía bien, todo en su figura coincidía con el hombre que tenían encerrado en el compartimento de proa: la palidez, el cabello rubio, los ojos claros y su figura esbelta.

El pie de foto indicaba que se trataba del agente especial A. X. L. Pendergast.

—Dios santo —dijo Filipov resoplando—. Es un federal.

Se produjo un silencio, roto únicamente por las gotas de lluvia que golpeaban contra las ventanas.

—Bien, ahí lo tienes —dijo Smith—. Tiremos a ese cabrón por la borda.

—¿De verdad quieres matarlo? —preguntó Filipov.

—No vamos a matarlo. Nos limitaremos a devolverlo a donde lo encontramos. La naturaleza hará el resto. ¿Quién va a enterarse? Darán con él dentro de unas semanas y no lo vincularán con nosotros. Tenemos que asegurarnos de que no nos pillen con un federal a bordo.

Filipov seguía en silencio. Se sentía tentado de hacer caso a Smith. El capullo de abajo se le había metido entre ceja y ceja. Abrió un pequeño armarito debajo de la mesa de cartas, sacó una botella de whisky, desenroscó el tapón y echó un trago. Sintió cómo el licor descendía por su garganta. Le sentó bien. Por eso echó un trago más.

—Propongo que volvamos a la costa de Crow Island —prosiguió Smith—. Que lo dejemos allí. No muy lejos de donde debió de desaparecer. Nadie lo relacionará con nosotros. —Se detuvo, y se hizo con la botella de whisky—. ¿Te importa?

—Eso es un poco fuerte para un mormón —dijo Filipov.

—No soy practicante —replicó Smith con una media sonrisa, justo antes de llenarse la boca—. Volvemos a colocarle el reloj. Y también el anillo. No hay que dejar ninguna prueba.

Cuando el whisky empezó a calentarle el estómago, Filipov pudo ver con claridad lo que estaba tomando forma en su pensamiento. Pero esperó a que Smith llegase a la misma

conclusión.

—Que le den al reloj —añadió Smith—. No podemos arriesgarnos. Arsenault podría hablar, así que no podemos correr ningún riesgo.

—Arsenault —dijo Filipov.

—Sí, Arsenault. Quiero decir que, si él habla, vendrán a por nosotros con uñas y dientes. Y si encuentran un rehén a bordo, los cargos por drogas serán lo último de lo que tendremos que preocuparnos…

—Arsenault —repitió Filipov.

Smith al fin dejó de hablar.

—¿Qué pasa con él?

—Lo tienen los federales.

—Es lo que he dicho.

—Pero… nosotros también tenemos a un federal.

Silencio.

Filipov clavó la vista en Smith.

—Les ofreceremos un trato. Ese tipo, Pendergast, a cambio de Arsenault.

—¿Te has vuelto loco? ¿Quieres jugar a esa mierda con los federales? Nos matarán tan rápido que no tendrás tiempo ni de mear por popa.

—No si nos quedamos quietos. Y conozco el lugar adecuado. Escúchame. Los federales no tienen ni idea de dónde está. En ningún sitio se habla de él. No saben que está en un barco, y además ese sería el último lugar en el que buscarían. Como prueba de que lo tenemos, les enviaremos el anillo y el amuleto.

—Es una locura.

—Si Arsenault se viene abajo, todo habrá acabado. Pasaremos el resto de nuestras vidas en prisión.

—¿De verdad crees que va hablar?

—Creo que es posible. Lo tienen retenido desde hace cuánto, ¿casi un mes?

—Pero secuestrar a un federal a cambio… —Smith guardó silencio.

—Lo bonito de este asunto es que es sencillo. El trabajo está medio hecho: ya le tenemos, y nadie sabe dónde está. Dejaremos a uno de los nuestros en tierra con el anillo y el amuleto. Que se los envíe a los federales por correo desde, digamos, Nueva York. Nuestra petición es simple: suelten a Arsenault y entréguenle un billete de ida a Venezuela. Cuando sepamos que está a salvo, soltamos a Pendergast. Si no, matamos a Pendergast.

—¿Soltarlo? Nos ha visto las caras.

—Tienes razón. Pues cuando liberen a Arsenault lo tiramos otra vez al agua. Donde lo encontramos. —Filipov notó que le satisfacía la idea.

—Hijo de perra. —Smith frunció el ceño—. No lo tengo claro. Si matamos a un federal nos perseguirán hasta el fin del mundo. Este tío pertenece a la élite. Tendrá amigos.

—Pero nosotros tenemos dinero. Y un barco. Les llevará un tiempo atar cabos, y para cuando lo hagan, si lo hacen, estaremos muy lejos. Si Arsenault habla, igualmente nos iremos a la porra. —Ese era el argumento de peso—. Ha sido un milagro que ese tipo haya caído en nuestras manos. Sería una locura no aprovecharlo.

Smith sacudió la cabeza.

—Podría funcionar.

—Funcionará. Haz que vengan los demás. Lo hablaremos en una reunión.

19

Filipov estaba de pie en la cubierta de proa respirando el perfume que flotaba en el aire, procedente de las grandes ramas de las pináceas que sobresalían entre los árboles del acantilado, justo delante y por encima del barco. Era una mañana de otoño tranquila, fría y soleada. Y todo iba tal como habían planeado.

El capitán había descubierto Bailey's Hole cuando era adolescente, cuando entraba marihuana desde Canadá en una barca ballenera de Boston de cinco metros de eslora. Nunca le había hablado a nadie de ese lugar; a nadie. Ni siquiera cuando empezó a traficar con farlopa, que llevaba desde Phinneys Cove, en Nueva Escocia, hasta Fairy Head, en Maine, en toda una serie de barcos langosteros y de arrastre. Era el lugar perfecto para esconderse, por eso Filipov lo había reservado para cuando necesitase usarlo en serio.

Y ese momento había llegado.

Bailey's Hole estaba ubicado en un tramo muy agreste de costa entre Cutler y Lubec, no muy lejos de la frontera con Canadá. Era un profundo corte en la costa de granito, con acantilados puros en tres de sus costados, coronados por gigantescos abetos cuyo extenso ramaje proporcionaba una suerte de cubierta. El lado norte, por lo demás, estaba erosionado, y el granito formaba una especie de ola de piedra congelada bajo la cual podía ocultarse un barco de tal modo que resultaba completamente invisible. Los pocos langosteros que faenaban en esa zona evitaban ese agujero debido a su traicionero oleaje, con picos de más de cinco metros, y el pedregoso fondo, que rompía sus trampas para langostas y cortaba sus sedales.

No había sido tarea fácil meter el *Moneyball* en Bailey's Hole. Filipov lo había hecho aprovechando la bajamar, de noche, con las corrientes en calma y sin oleaje. No había manera de echar el ancla: el fondo la habría roto con facilidad, como si se tratase de una trampa para langostas, y además no había espacio suficiente para dar cabida a un barco anclado. En lugar de eso, Filipov tendió cables a ambas orillas y los ató a los troncos de las pináceas con la suficiente holgura para permitir que el *Moneyball* se meciese con las olas.

Había sido una operación compleja que había ocupado la mitad de la noche. Filipov se sentía satisfecho con el resultado. Estaban bien ocultos en aquella costa agreste. El pueblo más próximo se encontraba a veinte kilómetros y la vivienda más cercana a unos doce. No había senderos ni carreteras en los alrededores. Aquel pedazo de costa formaba parte de una zona boscosa perteneciente a la empresa Montrose Paper Mill, de Lubec. Las únicas personas que se acercaban por allí eran leñadores, pero no en esa época del año.

De camino a Bailey's Hole, habían dejado en tierra a uno de los más fiables y habilidosos miembros de la tripulación, Dalca, con el anillo y el amuleto y un fajo de billetes. Su misión consistía en ir a Nueva York y enviar ambas cosas por correo a la oficina del FBI de la ciudad, junto con una fotografía de Pendergast acompañada de sus exigencias e instrucciones. Después Dalca desaparecería en la ciudad, y pasaría desapercibido a la espera de una respuesta.

Tras dejar a Dalca en un tramo de costa solitario, Filipov puso el *Moneyball* rumbo norte, camino de Bailey's Hole.

Había sido muy precavido. Mucho antes de llegar a destino, Filipov ordenó que se desconectase el GPS del barco y también que apagasen todos los teléfonos móviles y les sacasen las baterías. Había que dejar fuera de servicio cualquier cosa que se pudiese rastrear.

Se planteó la cuestión de cómo comunicarse con el FBI. Tenía que haber un modo de hacerlo sin delatar su posición. Por suerte, Smith, primer oficial y un geniecillo con los ordenadores, sabía cómo crear un sistema de correo electrónico encriptado e indetectable. Filipov también entendía bastante de ordenadores, así que junto a Smith lograron crear ese sistema. Utilizaron un programa parecido a Tor, aunque más avanzado. Lo denominaron BLUNT, y encriptaba por cuadruplicado toda comunicación a través de internet sirviéndose del PGP y la redirigía a través de un millar de ordenadores alrededor del planeta, de modo que resultaba prácticamente imposible rastrear la señal de la IP original. Dentro de BLUNT, Smith y él generaron un servicio de correo electrónico temporal y desechable llamado Mail Insurgente en la red oscura, que resultaría, o al menos esos creían ellos, invulnerable incluso para la NSA.

Solo tuvieron que enfrentarse a un pequeño problema: en Bailey's Hole no había conexión a internet.

Eso implicó que el propio Smith tuviese que llevarse su ordenador a un lugar que sí dispusiese de conexión a internet con el fin de enviar y recibir mensajes. Dicho lugar, decidieron, sería el pueblo de Cutler, a unos veinte kilómetros al sur. Un motel en Cutler, llamado Goderre's Downeaster, ofrecía Wi-Fi gratuito. Ahí se dirigiría Smith.

El *Moneyball* tenía una lancha que hacía la función de bote salvavidas. Era una Zodiac hinchable casi nueva, de unos tres metros, con un motor Tohatsu 9.8 de cuatro tiempos. Con el mar en calma y transportando una sola persona, la lancha podía planear a más de veinte nudos. Pero entre Bailey's Hole y Cutler el mar no solía estar precisamente en calma, por lo que un hombre podía navegar como máximo a unos doce nudos, si no quería verse zarandeado como un juguete, y eso con buen tiempo. Si había tormenta… lo mejor sería olvidarse del asunto.

Tenían que ser cuidadosos. Las idas y venidas de una pequeña Zodiac en un puerto no llamarían la atención, pero verla recorrer la costa a mar abierto sí, sobre todo a los pescadores, pues considerarían una locura recorrer esa zona en un pequeño bote a finales de otoño, una escabrosa línea costera conocida por sus épicas tormentas, sus corrientes y su oleaje. Si lo viesen, querrían saber quién demonios era ese jodido loco. Los pescadores, Filipov lo sabía muy bien, eran unos malditos chismosos.

Por todo ello, Smith tendría que ir y venir de Cutler por la noche, incrementando así las posibilidades de un accidente. Pero no había más remedio que hacerlo así.

A pesar del meticuloso cuidado para asegurar el sistema de correo electrónico, Filipov sabía que tarde o temprano necesitaría utilizar también teléfonos móviles. Era muy posible, por ejemplo, que Smith tuviese que llamar en algún momento a Dalca a Nueva York. Y sabía lo bastante sobre los federales para comprender que, tarde o temprano, querrían comunicarse de viva voz.

También había pensado en eso. A bordo del *Moneyball* había dos docenas de teléfonos móviles desechables, con el prepago incluido, adquiridos con dinero en efectivo en diferentes países extranjeros; muy útiles para dirigir un negocio como el suyo. Filipov le había entregado dos a Dalca y cuatro a Smith, con instrucciones muy precisas para Smith en particular: cuando hablase con el FBI tenía que usar un aparato diferente en cada ocasión y debían ser charlas cortas, ya que identificar un teléfono móvil mediante triangulación podía lograrse en unos treinta segundos. Debía llamar Smith, y no el FBI. Tras finalizar la llamada, tenía que sacar la batería y

romper el teléfono para que no pudiese enviar «pulsiones» a la red telefónica.

Filipov volvió a aspirar la fragancia de las pináceas. Smith se había ido esa misma noche a Cutler, con el portátil y los teléfonos desechables cuidadosamente envueltos en varias capas de plástico para protegerlos del agua y la sal del océano. Smith no era la clase de marinero que uno podría desear para un peligroso viaje nocturno por mar, y Filipov le había advertido al respecto: tendría que ir bordeando la costa, manteniéndose cerca de la orilla pero apartado de la zona en la que rompían las olas. Necesitaría una linterna potente, que apagaría antes de entrar en el puerto.

Filipov le vio marchar, oyó el sonido metálico del motor que fue desapareciendo en la oscuridad. Estaban corriendo un riesgo, pero resultaba imprescindible. Habían puesto en marcha el plan y no había vuelta atrás. Durante tres días no sabrían nada, tal vez incluso cuatro.

Pero era un buen plan. Lo había reconstruido mentalmente un centenar de ocasiones, y lo había discutido con la tripulación hasta ya no poder más. Smith se registraría en el Goderre haciéndose pasar por un misionero mormón; era bastante joven y daría el pego. Y no solo eso; al igual que los demás, llevaba consigo un traje formal: un traje nuevo, caro, de incalculable valor en ciertas situaciones en las que se veían envueltos los traficantes de drogas. Por otra parte, Smith era mormón, o lo había sido durante un buen puñado de años, y había cumplido con sus años como misionero. Sabía cuál era la jerga adecuada que debía utilizar.

Tres días de silencio. Mientras estuviera en Cutler, Smith no podía comunicarse con ellos, por supuesto. No obstante, Filipov le había dado instrucciones muy precisas sobre cómo responder a una amplia variedad de posibilidades en su negociación con el FBI. Tenía que centrarse en un mensaje muy básico: si Arsenault no estaba en Venezuela al cabo de una semana, el agente del FBI moriría. Sencillo.

Filipov sabía que, en negociaciones de ese tipo, el procedimiento estándar consistía en que las autoridades pedían más tiempo y también exigían pequeñas cosas, de manera que poco a poco iban aumentando las peticiones y los requerimientos, insistiendo hasta ejercer su dominio sobre el secuestrador. Él no iba a caer en la trampa. Una semana. Si por entonces no sabían nada de Arsenault vía Skype, si no lo veían frente a la estatua de Simón Bolívar en la plaza Bolívar de Caracas, Venezuela —un escenario que era imposible falsificar—, tiraría al mar a ese federal hijo de perra, lo dejaría allí y abandonarían el país. Por supuesto, si tenían noticias de Arsenault se desharían de él igualmente.

Filipov sabía que con el FBI no podías ir de farol. Debía tenerlo muy claro: determinación, sin dar un paso atrás, sin cuestionamientos, para seguir adelante y hacer lo que había dicho que harían, sin importar nada más. Los negociadores del FBI eran expertos en detectar faroles. Si mostraba la más mínima debilidad, la más mínima duda, si aceptaba cualquiera de sus peticiones, todo habría acabado.

Había advertido con insistencia a Smith sobre este punto. Tenía órdenes estrictas. Filipov confiaba en él. Tal vez fuese incluso una ventaja que Smith no pudiese comunicarse con ellos mientras estaba en contacto con el FBI: no tendría más remedio que usar sus recursos. Mientras tanto, era imprescindible mantener con vida y en buen estado a Pendergast durante los siguientes siete días, por si acaso el FBI pedía una prueba de vida antes de soltar a Arsenault.

Estando allí, bajo la luz de la mañana, acompañado por el sonido del viento que pasaba entre las ramas de las pináceas por encima del barco, mezclándose con la cadencia regular del agua que topaba con las rocas, Filipov decidió que no había razón alguna para no comentarle al hombre que tenían allí encerrado lo que estaban llevando a cabo, lo que estaba ocurriendo. De todos modos estaría muerto al cabo de una semana.

Pero a Filipov le preocupaba una última cosa. Dos miembros de la tripulación, DeJesus y Miller, sentían un odio exacerbado hacia el FBI debido a malos rollos del pasado. Ninguno de los dos parecía estar al cien por cien de acuerdo con lo planeado. En las reuniones, ambos habían apostado por lanzar al agente del FBI al mar de inmediato. Habían votado contra lo acordado respecto al intercambio y se habían puesto hechos una furia. Esa noche, Filipov los pilló a los dos metidos en el compartimento de proa, borrachos como cubas, orinando encima de Pendergast al tiempo que reían de forma estridente, después de haberle golpeado con saña. Filipov se había enfadado mucho, pero no podía hacer nada contra ellos aparte de impedirles el acceso al licor. De hecho, tenía que admitir que en cierta medida se había alegrado de que aquel bastardo arrogante recibiese una buena tunda. Y menuda tunda: lo habían dejado inconsciente. El capitán tenía que mantener la paz, mantenerlos a todos unidos, al menos durante siete días más.

Filipov estaba inquieto por esa falta de la disciplina. Pero había algo más que le preocupaba: la mirada que el agente del FBI les había dedicado a esos dos idiotas borrachos, que maldecían y reían, le había helado la sangre, justo antes de que DeJesus le noquease con un puñetazo. Lo que Filipov había visto en aquellos ojos resultaba aterrador.

20

El agente especial al mando, Rudy Spann, se pasó una mano por el pelo, cortado a cepillo, y le echó un vistazo a la bolsa de pruebas que tenía sobre el escritorio, dentro de la cual brillaba un gastado anillo de oro y un extraño medallón, medio fundido, junto con una carta y un sobre. Sentía cierta ambivalencia respecto al caso que, como caído del cielo, y generando mucho ruido, había llegado hasta las puertas de la oficina de campo del FBI en Nueva York. Habían secuestrado a un agente. Y no se trataba de un agente cualquiera, sino de A. X. L. Pendergast. Spann, que se había convertido recientemente en el agente al cargo de la oficina de Nueva York, no conocía muy bien a Pendergast. Pero había oído muchos rumores. El tal Pendergast disfrutaba de ciertos privilegios; era una especie de agente plenipotenciario, pues podía escoger sus propios casos. Al parecer disponía de una enorme fortuna, y cobraba solo un dólar anual a modo de sueldo; un salario muy alejado de lo que solía cobrar un GS-15, nivel 10. Los rumores decían que Pendergast era una especie de disidente, algo así como un agente solitario, que forzaba las normas y al que protegían los de arriba. Entre los agentes jóvenes, a decir verdad, no era muy bien visto: les desagradaba su libertad, su riqueza y sus maneras elitistas. Los veteranos de la oficina, por otra parte, sentían cierto temor reverencial hacia él, una recelosa forma de respeto. Pero a nadie le gustaba. No era una persona agradable, no era del tipo de compañero que se va a tomar unas cervezas después del trabajo o que pasa el fin de semana en el campo de tiro. Por todos esos motivos, Spann no había tenido relación directa con él, más allá de proporcionarle el apoyo básico de la oficina de campo. El agente rara vez se había dejado ver por Federal Plaza.

Pero era un agente federal. Y si había algo que definiese al FBI, era la lealtad y la camaradería que los unía. Si un agente estaba en peligro o había sido abatido, el FBI movía cielo y tierra hasta atrapar a los culpables.

Así pues, los secuestradores de Pendergast habían provocado un furor inmediato; y para Spann era ya un caso de los que se ganan… o se pierden.

Le echó una mirada a su teléfono móvil, que descansaba sobre la mesa. El primer contacto con los secuestradores tendría lugar al cabo de escasos minutos, y estaba decidido a gestionarlo con vigor. Era uno de esos casos que pueden marcar la carrera de un agente. Spann se sentía inquieto, pero también entusiasmado: sabía que era un agente de los buenos, había sido el primero de su promoción cuando se había graduado en Quantico, y desde entonces su carrera había sido meteórica. A los cuarenta, era uno de los agentes al cargo de una oficina más jóvenes del FBI, y además en el lugar más destacado del país. Y esa era una de esas oportunidades que pasan una vez en la vida. Si resolvía aquel caso, y estaba convencido de que lo haría, el cielo sería su límite.

En cuanto llegó el paquete esa misma mañana, se olvidó de cualquier otra cosa y se puso en acción: había reunido un equipo pequeño aunque consistente, que se presentaría allí en cuestión de minutos. Quería que fuese pequeño, selecto, astuto. «Agente en peligro» era de máxima prioridad. Cualquier cosa que fuese necesaria, desde órdenes judiciales hasta trabajo de laboratorio, pasando por los forenses o el análisis de datos, lo harían de inmediato, antes que cualquier otro caso. De hecho, ya había hablado con los laboratorios para asegurarse de que todo

el mundo estaría preparado en cuanto diese la orden.

Su secretaria le anunció la llegada de los integrantes del equipo. Se puso en pie y salió de su despacho, con la bolsa de las pruebas en la mano. Todos se presentaron a la vez: tres hombres y una mujer, agentes de primera, y atravesaron la puerta en silencio, serios. Tomaron asiento en una pequeña sala de reuniones. Spann asintió a cada uno de ellos y le indicó a su secretaria que llevase café. Caminó hasta el extremo de la sala y colocó la bolsa de pruebas en una mesa bajo la pizarra blanca.

Justo cuando iba a empezar a hablar, la puerta volvió a abrirse. Todo el mundo miró hacia allí con un silencioso asombro. Spann no conocía en persona al recién llegado, pero se trataba de una leyenda dentro del FBI: Howard Longstreet, que poseía el misterioso título de director ejecutivo asociado de inteligencia. La junta directiva de inteligencia, a la que Longstreet supervisaba, no tenía nada que ver con Spann; aunque estaba por encima de Spann, no era su superior. Lo cual estaba muy bien.

Longstreet componía una figura casi tan excéntrica como la del agente Pendergast, aunque a su estilo: tenía el pelo largo y gris, llevaba un traje arrugado y su perfil era aguileño. Sus ojos negros centelleaban justo debajo de unas pobladas y agrestes cejas. Su voz parecía un gruñido y era extravagantemente alto: dos metros con cinco centímetros de altura. Tal vez a modo de compensación, o debido a una vida entera inclinándose al atravesar puertas, estaba un poco inclinado hacia delante, como unos diez grados respecto a la vertical, una postura que difería bastante de la tirantez militar acostumbrada en el FBI. Longstreet tenía un modo delicado y autocrítico de trabajar que le había dado mucha popularidad entre sus subordinados. Y luego estaban, por supuesto, todos aquellos rumores sobre el tiempo que había pasado en la legendaria, casi mítica, compañía Fantasma. Ese debía de ser, entendió Spann en ese momento, el motivo por el que estaba allí: el anillo en la bolsa de pruebas indicaba que Pendergast también había sido miembro de aquella unidad.

Spann dudó.

—Director Longstreet, menuda sorpresa.

Longstreet volvió su rostro cincelado hacia él. Apuntó con el mentón en dirección a una silla vacía.

—¿Le molesta si me uno a ustedes?

—En absoluto.

Longstreet se sentó en la parte del fondo, detrás de todos los demás.

Su repentina aparición provocó que Spann perdiese el hilo durante unos segundos, pero no tardó en recuperarlo.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo—. Tenemos pruebas de que el anillo y el medallón son auténticos. Tienen las huellas del agente especial Pendergast: las han dejado de forma deliberada, para que no haya ninguna duda. El examen pormenorizado de los cuatro elementos, el anillo, el medallón, la carta y el sobre, no ha permitido obtener otras huellas. Ni ADN, ni fibras, ni cabello… Nada.

Inició la presentación del PowerPoint tras apretar un botón. Apareció un sobre en la pantalla.

—Fue sellado en la Oficina de Correos Principal, 10001, a las tres de la tarde de ayer. Lo metieron en un buzón que hay al volver la esquina y ha llegado esta mañana. Dado que hoy es martes, pudieron enviarlo en cualquier momento entre el domingo y el lunes a las tres, pues la primera recogida de la semana en ese buzón se hace a esa hora. La carta lleva la fecha del lunes, pero eso no significa gran cosa. No hay cámaras cerca del buzón, aunque sí hay un montón en las

calles adyacentes. Estamos revisándolas todas.

Apretó el botón y apareció la siguiente imagen: una playa larga azotada por el viento.

—Aquí es donde vieron por última vez al agente Pendergast, al amanecer, hace dieciséis días. Disfrutaba de un permiso de larga duración, y estaba trabajando en un caso privado. No aportaré detalles del mismo porque sin duda resultan irrelevantes. Luchó en la playa con un asesino enloquecido, ambos fueron arrastrados mar adentro por la corriente y desaparecieron. La búsqueda fue exhaustiva, pero no se obtuvo ningún resultado. El agua estaba a unos doce grados, lo que conlleva que un hombre pueda mantenerse con vida más o menos una hora. Creíamos que estaba muerto hasta que recibimos este paquete. Así que o bien fue recogido por un barco o bien arrastrado hasta alguna playa en algún lugar. En cualquier caso, quienes lo encontraron, una vez desvelada su identidad, han decidido utilizar al agente para llevar a cabo un intercambio con un detenido. Estamos llevando a cabo un minucioso análisis de todos los barcos que pudieron pasar por la zona en ese momento, así como de las corrientes marinas.

Volvió a apretar el botón y apareció en la pantalla una copia escaneada de la carta.

—La carta fue escrita en un ordenador con una fuente de espacio fijo y después fotocopiada un montón de veces para borrar cualquier detalle característico. Aquí está.

Para el agente al cargo Spann:

1. Tenemos en nuestro poder al agente especial Pendergast.
2. Los objetos adjuntos los llevaba puestos, son pruebas.
3. Proponemos un intercambio: el FBI tiene en custodia a un hombre llamado Arsenault. Suéltenlo y nosotros soltaremos a Pendergast.
4. Suponemos que necesitarán una prueba de que Pendergast sigue vivo. Proporcionaremos esa prueba a través de una comunicación por correo electrónico; ver punto 5.
5. Hemos creado una cuenta de correo segura para comunicarnos. El correo electrónico que recibirán señalará como asunto la siguiente secuencia aleatoria como señal de que se trata de nosotros: Lv5C#C&49 ! 8u
6. Liberarán a Arsenault de Sing Sing, donde está ahora mismo encarcelado, le proporcionarán una pasaporte y dinero para viajar, y le subirán a un avión con destino Caracas, Venezuela.
7. Tendremos que haber recibido noticias de Arsenault al mediodía del séptimo día después de la recepción de esta carta. Ese día, Arsenault tendrá que comunicarse con nosotros vía Skype desde la plaza Bolívar, Caracas, frente a la estatua de Bolívar, para confirmar que ha sido puesto en libertad y que es un hombre libre.
8. Tras esa comunicación vía Skype, liberaremos a Pendergast.
9. Si no se produce dicha comunicación, o si Arsenault nos da a entender que ha sido coaccionado, torturado o ha sufrido abusos de cualquier tipo, Pendergast morirá.

Cualquier desviación de los nueve puntos de esta carta dará como resultado la inmediata muerte de Pendergast. El plazo de siete días es totalmente innegociable.

—Y aquí está el correo electrónico que hemos recibido hoy. —Spann apretó una tecla y apareció otra imagen: la fotografía de un hombre, Pendergast, con un aspecto llamativamente demacrado pero sin duda vivo, tumbado sobre un sucio pedazo de lona. Junto a él, desplegado, un ejemplar del *USA Today* con la fecha del día anterior—. Estamos utilizando toda nuestra tecnología para rastrear esa dirección de correo electrónico, pero por lo visto lo han creado siguiendo un doble encriptado y es probable que no podamos llegar hasta el origen.

Spann pasó al plan que había preparado para la negociación con los secuestradores. Se trataba de un clásico, basado en las muchas experiencias del FBI, y también en las suyas propias, en el tratamiento de situaciones relacionadas con raptos y secuestros. Mostrarse en desacuerdo; rebajar la primera oferta; mantener a los secuestradores ocupados todo el rato; se gana tiempo con pequeñas peticiones. Cansarlos, hacerles perder el control poco a poco, al tiempo que los mejores

agentes intentan localizarlos.

Fue explicando todos estos detalles a los miembros del grupo, de modo que cada uno de los agentes se ocupase de un aspecto de la investigación. Se reservó para sí el papel de negociador.

—Y en última instancia —dijo— tenemos un plan B: si esta estrategia no funciona, accedemos a cumplir sus demandas. Liberamos a Arnault. Y recuperamos a Pendergast.

Se detuvo y miró a su alrededor, esperando los comentarios.

—Obviamente, usted sabe que van a matar a Pendergast de todos modos —dijo Longstreet en voz baja.

—Matar a un agente federal conllevaría la pena de muerte —dijo Spann—. Si liberamos a su hombre, ¿por qué iban a dar ese paso tan radical?

—Porque Pendergast sería el testigo que podría encarcelarlos de por vida.

Silencio. Spann calculaba cómo responder a eso.

—Señor Longstreet, está muy claro que esos hombres no son estúpidos.

En ese momento, Longstreet se levantó de la silla con una especie de movimiento fluido y caminó hacia la parte frontal de la sala.

—Lamento ser tan directo, agente Spann, pero creo que su plan más bien garantiza la muerte de Pendergast.

Spann miró a Longstreet.

—Con todos mis respetos, no estoy de acuerdo. Se trata de un procedimiento estándar, investigado y probado de manera exhaustiva.

—Y ahí radica precisamente su error. —Longstreet se volvió despacio hacia el grupo—. Pendergast está a bordo de un barco. Traficantes de droga, casi seguro. Lo sacaron del agua, acabaron dándose cuenta de quién era y echaron cuentas. Se trata de un plan de lo más estúpido, porque son gente estúpida; aunque está claro que se creen muy listos. Por eso Pendergast está en grave peligro. Si fuesen listos, como usted cree, su propuesta podría funcionar. Pero no lo son. Hagamos lo que hagamos, se desharán del cuerpo y echarán a correr.

—¿Traficantes de droga? —preguntó Spann. ¿Cómo demonios sabía eso?

—Arsenault es traficante. Cabe suponer que esos tipos son sus colegas. Están desesperados y quieren que lo liberemos antes de que cante.

Longstreet ahora caminaba de un lado para otro.

—Así pues, ¿qué hacemos ahora? —Alzó uno de sus arácnidos dedos—. A: fingimos pánico. Aceptamos todas sus demandas de inmediato. Que dé la impresión de que hacemos todo lo necesario para salvar a nuestro preciado agente. Los mantenemos involucrados: mientras hablemos con ellos, Pendergast no morirá. —Levantó un segundo dedo—. B: presionamos a Arsenault, le apretamos las clavijas, pero con la mayor discreción. Tal vez los identifique. C: están ocultos en un barco en alguna parte, así que peinamos la costa Atlántica. D, y esta es la más importante: los obligamos a salir de su escondrijo. ¿Cómo? Traemos a Arsenault a Nueva York desde Sing Sing. Debo añadir que es imprescindible que toda la operación se realice en completo secreto: no solo de cara a la prensa, sino también en relación con la policía de Nueva York e incluso dentro del FBI; que solo tengan conocimiento de la misma este equipo y unos pocos altos mandos.

Spann se quedó quieto. Miró primero a Longstreet y después a su equipo. Habían centrado toda la atención en Longstreet. Sin que nadie se hubiese percatado, como si tal cosa, Longstreet había tomado el mando. Spann sintió que ardía de humillación y de rabia en su interior.

21

En la enormidad de los subterráneos que corrían bajo el 891 de Riverside Drive, Constance Greene estaba sentada frente al escritorio en su pequeña biblioteca, con el ceño fruncido y sus ojos violeta enfocados. Había centrado la atención en lo que tenía sobre la mesa: un antiguo jarrón japonés con un sencillo ideograma grabado en el esmalte. Contenía tres ramitas de un membrillo en miniatura, y los capullos temblaban ligeramente mientras ella trabajaba.

En las últimas cuarenta y ocho horas, preocupada por su estabilidad mental, Constance se había concentrado en sus ejercicios espirituales y mentales porque sabía que la ayudarían a mantener el equilibrio emocional; se trataba de cultivar una perfecta indiferencia hacia el mundo exterior, una capacidad que la enorgullecía al tiempo que le servía como defensa. Se levantaba a las cuatro de la madrugada para meditar, para contemplar el nudo trascendental en una cuerda de seda que le habían regalado en Tsering, en concreto un monje que hablaba inglés del monasterio de Gsalrig Chongg, donde le habían enseñado las complejidades de la práctica espiritual tibetana conocida como Chongg Ran. A través de un entrenamiento concienzudo, era capaz de alcanzar el *stong pa nyid* , el Estado de Puro Vacío, en cuestión de minutos, y lograba mantener ese estado de trance meditativo durante una hora cada mañana. Dicha práctica, había descubierto con alivio, la ayudaba a calmar su desasosiego. Por las tardes ya no se sentía adormilada, ni se despertaba de golpe en mitad de la noche.

También la había ayudado en otros sentidos.

Su invisible compañero, o pretendiente, o lo que fuese, porque no sabía cómo llamarlo, no se había dejado notar en las últimas cuarenta y ocho horas. De no ser por los regalos, que eran materiales, podría haber sido producto de su morbosa imaginación. Las comidas también habían vuelto a ser sencillas. Aunque seguían siendo más exóticas y la presentación era más elegante que las que acostumbraba a preparar la señora Trask —la última había sido raviolini de setas salvajes—, ya no eran tan sofisticadas. Y ninguna de las dos últimas cenas iba acompañada de vino.

Intentó pensar lo menos posible en su misterioso compañero.

Ahora que se había acostumbrado algo más a su peculiar situación y parecía ir reconciliándose con la idea de la muerte de su tutor, había vuelto a dedicarse a una de sus actividades preferidas: el ikebana, el arte japonés de los arreglos florales. Le atraía no solo por su carácter antiguo, sino también por su belleza y sutilidad. El año anterior había instalado, en una de las estancias del gabinete de curiosidades de Enoch Leng, una lámpara de fósforo de cuatrocientos vatios y, debajo, un estante con árboles en miniatura: un naranjo, un albaricoque y un caqui. Prefería el estilo *shōka* , utilizando solo tres ramas de la planta en cada arreglo, que simbolizaban el cielo, la tierra y el ser: una filosofía budista que, así lo sentía ella, casaba a la perfección con la disciplina Chongg Ran.

Prefería trabajar con ramas de árboles frutales, no solo por su belleza y transitoriedad, sino también por su delicadeza y por sus formas extrañas, difíciles de dominar. Trabajaba con paciencia, con exquisito cuidado, sin dejar de pensar en la fragilidad de la planta. Si acababa

gustándole el diseño final, lo colocaría en la sala de los grabados sobre madera, quizá en un nicho vacío frente al t'angka de su hijo…

De repente se detuvo. Desde algún lugar, como un eco en el laberinto de estancias de piedra más allá de sus aposentos privados, le llegó el evanescente sonido de la música de un clavicémbalo.

Se sentó en el sillón. No se trataba de una melodía soñada que la hubiese despertado: alguien estaba tocando allí mismo, en el sótano, y daba la impresión de que se encontraba en la vieja sala de música.

Se quedó quieta, escuchando. Su frágil compostura se convirtió al instante en confusión, acosada por una oleada de emociones. Se trataba de una música lírica, emotiva, pues era interpretada con una etérea sensibilidad. A Constance le pareció asombrosamente hermosa.

Constance dejó sin terminar el arreglo en el que había estado trabajando, se quitó la bata de seda blanca y los guantes y se levantó, con el estilete en una mano y la linterna en la otra. Se sacó los zapatos para moverse en silencio por los pasillos de piedra y poder escuchar con plena intensidad. No parecía que hubiera nadie más en el sótano, ni olor ni movimiento en el aire que resultase extraño: solo el eco distante de la música. No era Aloysius: él no sabía tocar el clavicémbalo. En cualquier caso, la breve esperanza de que estuviese vivo había sido poco más que un burdo ensueño, ahora lo entendía.

No tenía miedo. El desconocido intentaba cortejarla, era evidente; aunque de un modo un tanto excéntrico.

Giró a la derecha, hacia la sala de música, moviéndose con rapidez e intentando no hacer ruido. A medida que avanzaba, permitiendo que el haz de luz de la linterna iluminase unos instantes las paredes de ladrillo de delante, la música iba aumentando de volumen. Pasó por debajo de media docena de arcos y atravesó un montón de estancias, cada una con una parte específica de la colección de Enoch Leng, hasta que giró de golpe a la izquierda y se detuvo frente a dos tapices medievales desplegados sobre un dintel de piedra. La sala de música estaba justo al otro lado.

La música cesó.

Prescindiendo de toda prudencia, dejó a un lado los tapices y apuntó con la linterna hacia la estancia a oscuras. Iluminó los objetos con el haz de luz, mientras con la mano agarraba el estilete, dispuesta a atacar en cualquier momento.

No había nadie allí. La estancia estaba vacía. El clavicémbalo, de color carmesí, estaba en mitad de la sala, solitario y en silencio. Se abalanzó sobre el instrumento, apuntando con la luz hacia todas partes, iluminando todos los rincones y entradas. Pero quien hubiese estado tocando había desaparecido. Colocó la mano sobre la banqueta: seguía caliente.

—¿Quién anda ahí? —gritó—. ¿Quién estaba tocando?

Su voz resonó en el silencio. Se inclinó sobre el teclado, con el corazón latiéndole con fuerza. El clavicémbalo era uno de los instrumentos más preciados de la colección. Había pertenecido a la condesa húngara Elizabeth Báthory, la asesina en serie que, según contaba la leyenda, se bañaba en sangre de vírgenes para mantenerse joven. Nunca habían llegado a explicar de manera satisfactoria qué clase de tinte o barniz le había otorgado al instrumento su tonalidad carmesí, aunque Constance tenía su propia teoría.

Se sentó en la banqueta y apunto el haz de luz hacia la oscuridad.

—Quienquiera que esté ahí, que se muestre, se lo ruego.

No hubo respuesta. Esperó, con los dedos colocados sobre las teclas. La colección musical era

la más singular de entre todas las que formaban el gabinete de curiosidades de Enoch Leng, a quien jamás le había interesado la música. Sin embargo, todos los instrumentos que conformaban la colección estaban allí por alguna razón que excedía su capacidad para crear música: todos y cada uno guardaban relación con la violencia y el asesinato. El violín Stradivarius que contenía la urna de cristal en la pared del fondo, por ejemplo, había pertenecido a Gabriel Antonioni, el infame asesino de la Siena de 1790, que degollaba a sus víctimas y luego les tocaba alguna pieza mientras agonizaban. Junto al violín había una trompeta de plata enmarcada, abollada y con rasguños, que había sido utilizada para arengar a las tropas de Ricardo III en la batalla de Bosworth Field, un momento histórico horripilante.

Posó la mirada en el atril del clavicémbalo. Había abierta una partitura manuscrita de un compositor no identificado. Le picaba la curiosidad, así que colocó el estilete sobre la tapa levantada del teclado, al alcance de la mano, y empezó a tocar un ligero arpegio.

Por lo que ella sabía, aquel instrumento no había sido utilizado desde hacía muchos años. Sin embargo, en cuanto tocó las teclas se dio cuenta de que estaba perfectamente afinado.

Centró la atención en la música. Parecía tratarse de la transcripción de un concierto para piano, adaptado para el clavicémbalo. En la parte superior de la primera página había una dedicatoria, escrita con la misma letra que aparecía en el libro de poemas de amor: «Para Constance Greene». Y en ese momento cayó en la cuenta de que aquella letra le resultaba algo familiar.

Casi contra su voluntad, empezó a tocar. Tras unos pocos compases lo entendió: era la misma pieza que la había despertado; la música que había alterado sus sueños; la música que había recorrido los pasillos del sótano hacía tan solo unos minutos. Era dolorosamente hermosa, sin sentimentalismo alguno. Aquellos melancólicos y magnéticos compases le recordaron los conciertos para piano, olvidados desde mucho tiempo atrás, de compositores como Ignaz Brüll, Adolf von Henselt, Friedrich Kiel y otros oscuros compositores del Romanticismo.

Una vez captada la cadencia del primer movimiento, se detuvo. Y entonces, mientras el sonido de las cuerdas se esfumaba, oyó el eco de una voz que llegaba de entre las sombras. Decía una palabra, solo una palabra:

—Constance.

22

Constance reconoció aquella voz de inmediato. Agarró el estilete y al levantarse tiró al suelo la banqueta del clavicémbalo. ¿De dónde había llegado la voz? Percibió cómo en su interior se mezclaban los sentimientos de humillación, indignación y violación de su intimidad con la sorpresa y la rabia homicida.

«Está vivo», pensó mientras se colocaba en el centro de la estancia, apuntando con la linterna hacia todos lados, buscando dónde se encontraba. «De algún modo, de alguna manera, sobrevivió.»

—Muéstrate —soltó con un bufido apenas audible.

No hubo respuesta. Constance permaneció allí de pie, temblando. Así que había sido él quien había ideado de un modo tan ingenioso toda aquella representación. Y pensar que se había permitido disfrutar con todo aquello. Pensar que había admirado una orquídea descubierta por él, que él mismo había llevado hasta sus aposentos privados. Pensar que había comido y se había deleitado con lo que él le había preparado. Un escalofrío de repulsión recorrió sus miembros hasta hacerla temblar de ira. La había estado espiando, la había acosado. La había visto dormir.

La luz de la linterna reveló que la sala estaba vacía, pero había muchas puertas y un buen número de tapices colgando de las paredes. Él estaba allí. Riendo en silencio al verla tan consternada.

Si quería jugar, ella le proporcionaría el juego adecuado. Apagó la linterna y el sótano quedó sumido en la oscuridad. Por lo visto, él estaba familiarizado con ese lugar, pero no podía conocerlo tan bien como ella.

A oscuras, ella tendría ventaja.

Esperó, apretando el estilete, deseando que volviese a hablar, que hiciera algún movimiento, pues desvelaría su posición. La vergüenza y el terror que le provocaba saber que había jugado con ella la reconcomían por dentro: todos esos platos decadentes, acompañados de vino… El poema con la pluma de un pájaro extinguido… Su propia traducción en los márgenes del libro… La nueva especie de orquídea que ahora llevaba su nombre… Por no hablar de que había descubierto la identidad de su hijo y dónde se escondía. Incluso había pintado un t’angka con sus rasgos, para ella.

«Mi hijo…» La ansiedad se confundía con la furia. ¿Qué pensaba hacer Diogenes exactamente con su hijo? O peor aún: ¿qué había hecho ya?

Constance iba a matarlo. Había fallado en una ocasión, pero no volvería a fallar. Llegado el caso, en las colecciones del sótano podía encontrar un montón de armas y venenos. Tal vez dispondría de la oportunidad de armarse mejor. Por el momento, el estilete estaba bien afilado y, bien utilizado, podría resultar más que suficiente.

—Constance —dijo la voz surgiendo de la oscuridad.

Produjo un eco extraño, distorsionado por los pasadizos de piedra y amortiguado por los tapices. El mero sonido de su voz era para ella como bilis y ajenjo; provocaba en su interior una furia a la vez física y emocional.

Se lanzó hacia delante, en la oscuridad, hacia el punto incierto de donde salía el sonido, y hundió la cuchilla en uno de los tapices, después en otro, clavando y cortando. Una y otra vez la cuchilla se topaba con la piedra, privándola de la satisfacción de sentir cómo se adentraba en tejido humano. Prosiguió alrededor de toda la habitación a oscuras, derribando instrumentos y tropezando con expositores; solo se oía el sonido del cuchillo al rasgar y cortar los tapices, tras los que —estaba convencida— se ocultaba Diogenes.

Como mínimo, el poder de su furia se fue aplacando. Se estaba comportando como una loca: estaba reaccionando tal como Diogenes esperaba. Regresó al centro de la sala respirando despacio. La estancia, como otras muchas del sótano, disponía de unas construcciones de piedra, que eran conducciones de aire para liberar los insanos vapores de aquel subterráneo y mezclarlos con el aire de arriba. Él estaba valiéndose de aquellas conducciones para confundirla. Podía estar en cualquier parte.

—*Fils a putain!* —dijo hacia la oscuridad—. *Del glouton souduiant!*

—Constance. —La voz, de nuevo, surgió de todas partes y de ninguna en concreto. En esta ocasión sonaba triste pero dulce.

—Voy a decirte cuánto te odio —susurró ella—, aunque una no puede odiar el excremento que ha pisado. Simplemente rascas para quitarlo del zapato. Creía que te había quitado de mi zapato. Qué vergüenza que sobrevivieses. Sin embargo, en parte me consuela el hecho de que no ardieses en el Strómboli.

—¿Por qué? —dijo la voz.

—Ahora podré matarte, por segunda vez, con mis propias manos. Y en esta ocasión podré verte agonizar más aún hasta morir.

A medida que hablaba, su voz fue aumentando de volumen y de tono. Pero la niebla roja se desvanecía y era reemplazada por una calma helada. No iba a darle el placer de oír cómo el odio la traicionaba. Él no merecía que hiciera ningún esfuerzo; excepto una estocada con la cuchilla. Le gustaría utilizarla con sus ojos, se dijo: primero uno y después el otro. «¡Fuera, vil gelatina!» Y tras eso se tomaría su tiempo. Pero debía esperar el momento adecuado para atacar.

—¿Qué te ha parecido mi composición? —preguntó Diogenes—. Has tocado de maravilla, por cierto. Espero haber logrado captar algo de la pasión del contrapunto de Alkan, en uno de sus estados de ánimo más conservadores.

—No ha sido muy inteligente por tu parte remitir a Alkan —replicó Constance—. Solo provocará que tu fin resulte más doloroso.

Se produjo una pausa.

—Tienes razón. Ese comentario debe de haber sonado, bueno, no, haber sido, insensible. No era mi intención. Eran palabras propias de mi viejo yo. Te pido disculpas.

Por una parte, Constance no podía creer, simplemente no podía entenderlo, que estuviese hablando, conversando, con el hombre que le había mentido y seducido para lograr sus perversos objetivos, y que después se había librado de ella con aquel desdén triunfante y aquel desprecio. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y por qué? No cabía duda que deseaba humillarla un poco más.

Diogenes no dijo nada. El silencio se prolongó. Constance seguía esperando a que se presentase su oportunidad.

—Aloysius tenía razón —dijo ella—. Me advirtió de que debía esperar una confrontación: y aquí estamos ahora. «No des nada por supuesto», esas fueron sus palabras. ¿Estabas en los túneles subterráneos de Oldham? ¿Eras tú a quien vi en las dunas de Exmouth, observándonos?

Silencio.

—Ahora ya has llevado a cabo la venganza contra tu familia. Felicidades. Aloysius ha muerto, gracias a esa cosa que tú liberaste. Te has creído que podrás volver a jugar conmigo. Has creído que podrías seducirme una segunda vez, con tus poesías y tus efectos estéticos y toda tu basura intelectual. Y que entonces, llegado el momento, me clavarías el puñal… de nuevo.

—No, Constance.

—Pero en esta ocasión, *connard* , seré yo la que te clave el cuchillo: te castraré. Me muero de ganas de ver tu cara cuando lo haga. Ya la vi una vez, ya sabes: el día en que te empujé por el borde del volcán. Fue el gesto de sorpresa de un hombre que perdía su masculinidad.

A medida que hablaba, sentía cómo volvía a crecer la furia en su interior. Quería dejar de hablar, permitir que se impusiese de nuevo la fría compostura, para no fallar cuando se presentase la oportunidad.

Al final, Diogenes volvió a hablar:

—Lo siento, Constance, pero te equivocas. Te equivocas respecto a mis acciones. Y por eso te equivocas también respecto a mis motivaciones.

Constance no contestó. Había recuperado la calma. Y la mano que agarraba el estilete estaba lista para lanzarse y alcanzar su objetivo a la más mínima señal de movimiento o al más leve sonido. Los años que había pasado a oscuras en ese sótano habían agudizado sus sentidos como si se tratase de un gato; de hecho, lo raro era que sus ojos estuviesen tardando tanto en acostumbrarse a la oscuridad. Había pasado demasiado tiempo en la luz.

—Permíteme que te diga una cosa. No busco vengarme de mi hermano ni de nadie. Ya no. Ahora mis intereses son otros. Tu odio me cambió. Tu singular búsqueda me cambió. El volcán me cambió. Soy un hombre diferente, transformado…, reformado. La razón de que esté aquí es que tú estás aquí.

Constance no dijo nada. La voz sonaba más fuerte, como si estuviese más cerca. «Solo unos pocos pasos más… unos pocos pasos más…»

—Voy a ser sincero contigo. No mereces menos. Además, tu elevada inteligencia descubriría cualquier mentira. Cuando acabe entenderás que te estoy diciendo la verdad, te lo prometo.

Una breve pausa.

—Es verdad, hubo un tiempo en el que quería desesperadamente ver sufrir a mi hermano, tal como yo había sufrido de niño. En aquella época, eras para mí, y perdona mi rudeza, un mero instrumento para destruir a Aloysius. Ya ves, Constance, que por aquel entonces no te conocía.

Descalza, solo con los calcetines, dio un paso lento hacia la voz. Y después otro.

—Resulté muy malherido cuando caí dentro de La Sciara. Durante los meses en que estuve recuperándome, dispuse de mucho tiempo para pensar. Barajé la posibilidad de vengarme de ti. Pero entonces todo eso cambió, Constance, y ocurrió de repente, como quien retira un visillo de una ventana. Reconocí qué era mi rabia en realidad: una emoción por completo diferente. Mis auténticos sentimientos.

Guardó silencio. Diogenes ya le había hablado así antes. En aquella ocasión, sus palabras habían tenido el efecto que él esperaba. Para ella habían sido como agua de mayo.

—Deja que te explique por qué siento, a falta de un término más adecuado, veneración por ti. En primer lugar, eres la primera persona que conozco a la que intelectualmente puedo considerar mi igual. Quizá, incluso, mi igual a nivel emocional. En segundo lugar, me has superado. Eso lo respeto. Cometí el error de jugar contigo, y tú respondiste con el vigor y la fuerza de voluntad más alucinantes que yo haya visto jamás en un ser humano. Eso me dejó atónito.

Otro paso más.

—Veneración. Y respeto. Hay pocas personas en el mundo a las que respete, ya estén vivas o muertas. Tú eres una de ellas. Y gracias a mi antepasado el doctor Enoch Leng, has llevado una vida larga y plena. Su elixir te ha mantenido joven durante casi un siglo. Solo después de su muerte, como nos pasó a los demás, empezamos a envejecer con normalidad. El resultado de eso es que tú multiplicas por seis el tiempo de mi escolaridad.

Diogenes rio al decir eso. Pero no denotaba maldad o sarcasmo: era una risa ligera, discreta.

—Pero hay algo que me resulta todavía más atractivo de tu larga vida. Has vivido. Eres una persona cuya sed de conocimiento, cuya ansia de venganza y, si me permites decirlo, cuya pasión, me han alucinado por su grado de ferocidad. Constance, no solo te admiro, también me das miedo. Me di cuenta durante mi recuperación en aquella pequeña cabaña a las afueras de Ginostra, bajo el volcán, mientras escuchaba el retumbar del Strómboli. Fue toda una lección de humildad, porque hasta ese momento no había temido a nadie, ya fuese hombre o mujer. Ahora temo a una mujer.

Constance dio otro paso silencioso. Sentía que él estaba allí, a muy pocos metros de ella. Un paso más y podría embestir…

—Lo que me lleva a otro punto fundamental para entender nuestra conexión: eres la madre de mi hijo.

Sin hacer ruido alguno, ella se lanzó hacia delante y arremetió con el estilete… atravesando el aire.

—Ay, Constance. Eso me entristece. Pero no te culpo.

Constance escuchaba, inmóvil, en la oscuridad. La voz se había desplazado. De algún modo había logrado anticiparse. ¿O seguía estando cerca? Los ecos que provocaba la estancia de piedra, con sus innumerables puertas y entradas de aire, combinados con aquella voz suave, hacían imposible asegurarlo.

—Ya ves, Constance, que estoy convencido de que eres el único ser humano capaz, en el fondo, de compartir mi peculiar visión de la vida. Afrontémoslo: somos inadaptados. Somos misántropos, cortados por el mismo patrón.

A Constance le llevó un momento analizar el sentido de lo que Diogenes acababa de decirle. Al constatarlo, apretó con más fuerza el estilete.

—Ese es el punto crucial —prosiguió Diogenes—. Era ciego. Ahora veo. Ahora sí. Nos parecemos tanto en tantos aspectos… En otros, tú eres superior a mí. ¿Acaso puede sorprenderte ahora que mi veneración por ti no haya dejado de aumentar?

Durante unos segundos, Constance creyó que Diogenes iba a seguir hablando. Sin embargo, a la oscuridad se sumó el silencio; un silencio que se expandía, haciéndose más intenso. Al final, Constance rompió el silencio.

—¿Qué le has hecho a la señora Trask?

—Nada. Sigue el Albany, junto a su hermana, a la que le está costando recuperarse algo más de lo que creían en un principio. No te asustes, no es nada serio. Y la señora Trask está tranquila, pues le aseguraron que te cuidaban bien.

—¿Cuidaban? Por Proctor, ¿no? Supongo que lo habrás matado.

—¿A Proctor? No, no está muerto. Aunque en este preciso instante está muy preocupado, creo, porque se ha visto obligado, de forma inesperada, a cruzar el desierto del Kalahari.

¿El desierto? ¿Le estaba diciendo la verdad? Proctor no habría dejado de proteger la casa sabiendo que ella estaba allí. La mayor parte de lo que estaba diciendo era chocante… e increíble.

—Así que lo que te interesaba era mi hijo.

La respuesta llegó en forma de reproche:

—Constance, ¿cómo puedes decir algo así? Es cierto que tuve ciertas… desavenencias con mi hermano. Pero ¿por qué iba a querer hacerle daño a nuestro hijo?

—Tú no eres su padre.

—Es cierto que no lo soy. Pero espero que eso cambie. Ya has visto el cuadro t'anka que hice de él. Fui a la India, obviamente, para asegurarme de que nuestro hijo recibía el cuidado adecuado. Es… Es un niño de lo más excepcional. —Pausa—. Como cabría esperar, tratándose de nuestro vástago.

—Nuestro vástago. Hubo un tiempo en el que utilizabas términos mucho más desagradables para describir nuestra relación.

Se produjo otra pausa.

—Recuerdo con mucho dolor mi imperdonable comportamiento. Como muestra de mis auténticos sentimientos, por favor, échale un vistazo al compartimento que hay debajo de la banqueta del clavicémbalo.

Constance dudó un instante. Después encendió la linterna con resolución y la enfocó hacia todos los rincones. A pesar de lo cerca que había sonado su voz, no lo vio por ningún sitio.

—La banqueta, querida.

Levantó la tapa del asiento. Dentro había una fotografía junto a un puñado de papeles. Los sacó y los estudió con detenimiento.

—La foto es de hace cinco semanas —dijo la voz sin cuerpo—. Parecía muy feliz.

Al observar la fotografía, la mano de Constance que sostenía la linterna tembló ligeramente. Se trataba de una fotografía de su hijo, con una larga toga de seda, agarrado de la mano de Tsering. Estaba bajo el arco que formaban varios alcornoques. Miraba desde la media distancia, con la perfecta seriedad de un dotado niño de tres años. Al observar la fotografía, Constance sintió que de repente la invadía una sobrecogedora sensación de soledad y de anhelo.

Le echó un vistazo a la página que acompañaba la fotografía. Era una nota de los guardianes del monasterio, dirigida a ella, en la que afirmaban que el niño estaba a sano y salvo y que estaba realizando prometedores avances. La página lucía un sello especial, un sello que, ella lo sabía, demostraba que Diogenes había estado allí y que la carta era auténtica. Sin embargo, Constance no podía imaginar siquiera cómo había logrado visitar a aquellos monjes tan protectores y reservados.

—Sí —dijo Diogenes—. Es cierto. Estuve allí, acompañado por Flavia, mi ayudante, a falta de un término más adecuado. Tú la conoces: era la joven camarera del restaurante del Capitán Hull, y también trabajaba a media jornada en aquella tienda de curiosidades: Un pedacito de Exmouth.

—¿Esa chica? ¿Flavia? ¿Trabajaba para ti?

—Debo admitir que he tenido algunos problemas con ella. Es demasiado entusiasta a la hora de cumplir con sus obligaciones.

—Imagino a qué obligaciones te refieres —dijo Constance. Y al no obtener respuesta, añadió —: Acabaste con Morax. Tú pusiste en marcha el ciclo de la violencia.

—Tienes razón. Ayudé a aquella pobre y maltratada criatura a escapar de sus torturadores. No tenía ni idea de que reaccionaría como lo hizo. Lo único que pretendía era crear cierta confusión. Distraer a mi hermano. Y eso me permitió… poder verte desde más cerca.

Constance negó con la cabeza. Estaba empezando a perder la compostura. Intentó controlar su rabia.

—¿Distraer a tu hermano? Has matado a tu hermano.

—No —repuso la voz con tono apesadumbrado de nuevo—. En eso te equivocas. Puede parecer que mi hermano está muerto. Pero esa nunca fue mi intención. No sabía nada de lo que sentís, o sentíais, el uno por el otro. Perdóname, pero estaba disfrutando bastante de la competición. Lo lamento, es duro decirlo, pero son cosas de hermanos.

—Tú… —Constance se detuvo.

Se impuso otro silencio. Todas sus acusaciones, todas sus sospechas, todas sus objeciones, habían quedado en nada, y al constatarlo surgió la confusión.

—Entonces ¿por qué estás aquí? ¿Por qué? —tartamudeó.

—¿Cómo es posible que todavía no lo entiendas? —dijo la voz desde la aterciopelada oscuridad—. La razón por la cual estoy aquí es muy simple. Estoy enamorado de ti, Constance.

23

En el Goderre's Downeaster de Cutler, en Maine, Dwayne Smith estaba sentado en la cama, con los ojos fijos en los cuatro teléfonos móviles desechables dispuestos sobre la colcha. A pesar de tener la ventana abierta y la calefacción apagada, estaba sudando debido a la ansiedad. Dalca había contactado con el FBI a través del correo electrónico. La reacción había sido sorprendente y gratificante. Tal como Filipov había previsto, el FBI parecía acceder a sus demandas, con solo pequeñas muestras de amenaza y resistencia. Harían todo lo que estuviese en sus manos para mantener a aquel hombre con vida. Ese agente especial era, sin la menor duda, un activo muy valioso.

Filipov había dicho que el FBI insistiría en hablar con alguien. Y lo habían hecho. Y ese alguien era Smith. Todo estaba preparado: en cinco minutos tenía que llamar a ese tal Longstreet, al cuartel del FBI en Nueva York, con uno de los teléfonos desechables. Lo que más nervioso le ponía era la cuestión del tiempo. Según le había explicado Filipov, el FBI podía triangular una llamada telefónica en unos treinta segundos. Así pues, disponía de veinte segundos para llevar a cabo la conversación. Después tendría que colgar, desmontar el teléfono y destrozarlo. Cuatro aparatos para conversaciones de veinte segundos.

Preparó el temporizador de su reloj para esos veinte segundos. En cuanto sonase la alarma, sacaría la batería de la parte de atrás del móvil y finalizaría la llamada. Escogió uno de los teléfonos, cualquiera valdría, y le sacó la tapa. Abrió su navaja y la dejó sobre la colcha, preparada para sacar la batería. Unos pocos segundos de retraso a la hora de eliminar el teléfono podrían resultar fatales.

El momento acordado había llegado. Tecleó el número al tiempo que ponía en marcha el temporizador.

Respondieron de inmediato.

—Soy Longstreet —dijo una voz tersa, pero antes de que Smith pudiese siquiera responder, el hombre soltó su discurso—: Vamos a hacer todo lo que quieren. Pero nos va a llevar un par de días transferir a Arsenault desde Sing Sing hasta el Centro Penitenciario Metropolitano, para poder trasladarlo hasta el aeropuerto JFK y que tome allí su vuelo a Caracas.

«El Centro Penitenciario Metropolitano.» Solo quedaban diez segundos.

—¿Cuándo van a trasladarlo?

—No es asunto suyo.

—Sí es nuestro jodido asunto. Ustedes nos pidieron que habláramos. Y tengo una petición. ¿Cuándo lo van a trasladar exactamente? Quiero detalles, o mataremos a Pendergast.

Una pausa. Quedaban cinco segundos.

—Mañana a las… —Pausa—. A las tres y media de la tarde el transporte proveniente de Sing Sing estará en la entrada del Centro Penitenciario Metropolitano.

—Sienten a Arsenault en la ventanilla de la derecha.

—A cambio quiero que…

Sonó la alarma. Smith cortó la llamada, agarró la navaja y sacó la batería. Después,

metódicamente, extrajo la tarjeta SIM y la colocó dentro de un cenicero. Con la ayuda de un encendedor convirtió la tarjeta en una pequeña bola de plástico y conexiones metálicas. La habitación disponía de una encantadora chimenea de ladrillo donde, algo más tarde, quemaría el resto del teléfono, para asegurarse.

Se sentía exultante. El tal Longstreet había cedido… con rapidez. Filipov tenía razón: tenían al FBI agarrado por las pelotas. Resultaba sorprendente lo fácil que podía ser todo cuando tenías a uno de sus mejores hombres. Si se hubiese tratado de cualquier otro idiota, no podrían haberlo hecho tan bien. Ahora, con el traslado a Manhattan, Dalca podría confirmar con sus propios ojos si los del FBI jugaban al tira y afloja o si iban en serio respecto al trato.

24

El suave eco que había provocado la declaración de Diogenes fue desapareciendo poco a poco hasta que la estancia quedó en silencio.

Durante unos segundos, Constance se quedó paralizada. Había sonado sincero, una genuina declaración de amor. Pero no tardó en librarse de esa impresión. Diogenes ya la había humillado con su extraordinaria capacidad para mentir, y ahora lo estaba intentando otra vez.

Mientras daba vueltas a esos pensamientos, Constance se preguntó: ¿por qué creería Diogenes que iba a salirse con la suya de nuevo mediante semejante farsa?

«… no solo te admiro, también me das miedo.»

«… Nos parecemos tanto en tantos aspectos… En otros, tú eres superior a mí. ¿Acaso puede sorprenderte ahora que mi veneración por ti no haya dejado de aumentar?»

—Si lo que dices es cierto —propuso ella con frialdad—, ten entonces el valor que exige ese sentimiento. Muéstrate.

A sus palabras le siguió un momento de quietud. Entonces Constance oyó a su espalda el sonido de una cerilla al encenderse. Se volvió. Y allí estaba: junto al tapiz que daba entrada a la colección de música, inclinado, con los brazos cruzados, al lado de un candelabro de pared con una vela recién encendida. No parecía haber cambiado: los rasgos finos, tan parecidos y tan diferentes al mismo tiempo de los de su hermano; el mentón moldeado, los labios perfilados y pálidos, la barba pelirroja bien recortada; y aquellos extraños ojos de dos colores: uno verde y el otro de un azul blanquecino. La única novedad era la desagradable cicatriz que ahora estropeaba la cincelada perfección de su pómulo izquierdo, que nacía en la línea del pelo y llegaba hasta la mandíbula. Llevaba una orquídea prendida de la solapa de la chaqueta. Constance reconoció la *Cattleya constanciana* , la flor blanca y rosa que llevaba su nombre.

Se le quedó mirando fijamente, anonadada ante la abrupta aparición de aquella figura espectral recuperada del pasado. Y entonces, de repente, veloz como un murciélago, se abalanzó contra él, estilete en mano, apuntando a sus ojos.

Pero Diogenes se lo esperaba. Con un hábil movimiento, se apartó de la trayectoria del arma. En cuanto la cuchilla pasó de largo, aferró el brazo de Constance con la fuerza del acero y la atrajo hacia él, a la vez que fijaba el otro brazo en su costado, apretándola contra sí. El estilete cayó al suelo.

Constance había olvidado lo rápido y fuerte que era.

Giró la cara para apartarla de él, debatiéndose con violencia, aunque en vano.

—Te soltaré si me escuchas —dijo Diogenes con una voz calmada y suave—. Todo lo que te pido es que me escuches. Y después, si sigues deseando matarme, hazlo.

Permanecieron inmóviles un momento. Hasta que Constance logró controlar su ira y asintió.

Diogenes le soltó una mano, y entonces se arrodilló y recuperó el estilete. Constance barajó durante un instante la posibilidad de golpearle en la cara, pero entendió que no serviría de nada: físicamente hablando, la tenía sometida.

También podía dejarlo hablar.

Diogenes volvió a levantarse. Soltó su otro brazo y dio un paso atrás.

Constance esperó, enrojecida y respirando con fuerza. Él se quedó quieto, a la luz del candelabro, como si esperase una reacción de Constance.

—Has dicho que estás enamorado de mí —dijo ella tras unos segundos—. Es absurdo que pienses que podría llegar a creerte.

—Es cierto —respondió—. Y creo que tú ya lo sabías…, aunque no seas capaz de admitirlo.

—¿Y realmente crees, después de todo lo que has hecho, que podría corresponderte?

Diogenes extendió las manos.

—Los enamorados se ven arrastrados por esperanzas irracionales.

—Has hablado de lo que siento por Aloysius. ¿Por qué debería yo sentir el más mínimo interés por su hermano, inferior en todo, teniendo en cuenta además el modo en que abusaste de mi inocencia?

Esto último lo dijo con despecho, con sarcasmo, con toda la intención de herirle. Pero Diogenes respondió a la pregunta con el mismo tono suave y razonable que había empleado todo el rato.

—No tengo excusa. Como ya he dicho, el modo en que te traté resulta imperdonable.

—Entonces ¿por qué quieres el perdón?

—No quiero que me perdones. Quiero que me ames. Ahora soy otra persona. He pagado por mis pecados… Tú me hiciste pagar. —Por un instante se llevó la mano a la cicatriz de la mejilla —. Y respecto a lo de ser inferior en todo a Aloysius, solo te diré una cosa: tú y él nunca seríais felices juntos. ¿No lo entiendes? Él nunca podrá amar a nadie después de Helen.

—Tú, sin embargo, sí podrías ser la pareja ideal.

—Para ti… sí.

—Gracias, pero no tengo ningún interés en unirme a un asesino psicópata, misántropo, incapaz de socializar.

En ese momento, una levísima sonrisa se dibujó en el rostro de Diogenes.

—Los dos somos asesinos, Constance. Respecto a lo de ser misántropo, ¿acaso no nos parecemos en eso? ¿Y no nos cuesta horrores socializar a ti y a mí? Tal vez lo más adecuado sería que te describiese el futuro que yo imagino para los dos. Y después juzga por tu cuenta.

Constance quiso hacer otro comentario cortante, pero se lo calló, pues notó que sus respuestas empezaban a resultar estridentes.

—Eres una criatura de otra época —dijo Diogenes.

—Un bicho raro, como me llamaste una vez.

Diogenes sonrió con melancolía, e hizo un gesto con la mano para darle la razón.

—El hecho es que tú no perteneces al aquí ni al ahora. Oh, es cierto que has hecho grandes esfuerzos para adaptarte al siglo XXI , a la vida cotidiana de hoy en día, a esta insulsa sociedad. Lo sé porque he sido testigo a distancia de parte de esos esfuerzos. Pero no te ha resultado fácil, ¿verdad? Y, a cierto nivel, debes de haberte preguntado más de una vez si dichos esfuerzos habrán merecido la pena. —Dejó de hablar unos segundos—. Yo tampoco pertenezco a este tiempo, aunque por una razón diferente. Tú no pudiste evitar lo que te ocurrió: Enoch Leng se inmiscuyó en tu vida, asesinó a tu hermana y te tomó bajo su… cuidado. Tal como has dicho, yo tampoco soy muy hábil en eso de socializar. Somos como dos gotas de agua.

Al oír ese trillado refrán, Constance frunció el ceño.

Mientras hablaba, Diogenes había estado jugueteando con el estilete. En ese momento lo dejó

sobre el clavicémbalo y dio un paso atrás.

—Soy el propietario de una isla, Constance, una isla privada en los cayos de Florida. Al oeste de No Name Key y al nordeste de Key West. No es una isla grande, pero es una joya. Se llama Halcyon. Tengo una casa allí, una mansión acariciada por el viento, con libros e instrumentos musicales y cuadros. Con vistas al amanecer y a la puesta de sol. Y tengo allí guardados toda clase de vinos curiosos, y champán y otras delicias que no podrías ni imaginar. He estado preparando ese paraíso a lo largo de los años con un cuidado minucioso, excesivo incluso. Tenía que ser un bastión, mi retiro definitivo del mundanal ruido. Pero mientras me recuperaba en Ginostra, me di cuenta de que semejante lugar sería insoportablemente solitario, por ideal que fuese, si no estaba con otra persona, la persona escogida, la persona perfecta, con la que compartirlo. —Se detuvo otra vez—. ¿Tengo que decirte quién es esa persona?

Constance intentó componer una respuesta, pero no encontró las palabras adecuadas. Podía oler la leve fragancia de su colonia. La esencia única y misteriosa que le traía recuerdos de aquella única noche…

Diogenes dio otro paso adelante.

—Halcyon sería nuestro refugio en un mundo que no nos necesita ni se interesa por nosotros. Allí podríamos vivir los cuarenta o cincuenta años que nos quedan, juntos, descubriéndonos, disfrutando… y compartiendo inquietudes intelectuales. Hay ciertos problemas de teoría matemática que me gustaría abordar, problemas que no han desafiado cualquier solución en siglos, como las hipótesis de Riemann o la distribución de los números primos. Y siempre he querido descifrar el disco de Festo o llevar a cabo una traducción completa de todas las inscripciones etruscas. Se trata de rompecabezas gigantescos cuya resolución puede llevar décadas, si es que pueden llegar a ser resueltos. Para mí, Constance, se trata de un viaje, no de una meta. Un viaje que me gustaría que emprendiéramos juntos. Que estamos destinados a hacer juntos.

Guardó silencio. Constance no dijo nada. Demasiada información, demasiado rápido: la confesión amorosa, la visión de una utopía intelectual, el atractivo de un rincón apartado del mundo… A pesar de sus reparos, algunas de esas cosas le llegaron al alma.

—Y tú, Constance, podrías dedicarle todo el tiempo del mundo a tus propias odiseas mentales. Piensa en todos los proyectos que podrías llevar a cabo. Podrías escribir o pintar. O aprender a tocar un nuevo instrumento. Tengo un adorable violín Guarneri que sería para ti si quisieras tocarlo. Piénsalo, Constance: podríamos vivir en absoluta libertad, ajenos a este mundo aburrido y corrupto, dedicándonos a nuestros más queridos anhelos y deseos.

Dejó de hablar. En el silencio, la mente de Constance iba a cien por hora.

Gran parte de lo que había dicho de ella era cierto. Cuando se dio cuenta de la crueldad con que la había maltratado, Constance dejó de pensar en Diogenes como una persona. Se convirtió en la materialización de su rabia, un ser monocromático por el que había llegado a sentir un único deseo: matarlo. ¿Qué sabía ella de su historia, de su infancia? Muy poco. Aloysius había dado a entender que había sido un niño curioso, muy inteligente e introvertido: un incipiente Capitán Nemo, con su biblioteca privada y sus intereses secretos. Aloysius también había hecho veladas referencias a cierto acontecimiento, algo que se negaba a explicar pero de lo que se sentía trágicamente responsable.

Todo resultaba demasiado apabullante…

Diogenes se aclaró la garganta casi sin hacer ruido, deteniendo la cadena de los pensamientos de Constance.

—Hay algo más que debo traer a colación. Será doloroso. Será personal… Pero es de vital importancia para tu futuro. —Se detuvo—. Conozco tu historia. Sé que mi antepasado Enoch Leng concibió un arcanum, un poderoso remedio secreto, una droga que alargó su tiempo de vida. Probó esa droga contigo, y vio que funcionaba. Se convirtió en tu primer tutor. Y como bien sabes, la droga de Leng requería del asesinato de seres humanos para hacerse con su cauda equina: el grupo de terminaciones nerviosas de la base de la médula espinal. Años después, la ciencia y la química avanzaron hasta tal punto que Leng pudo crear un segundo arcanum. Este era ya totalmente sintético. Ya no se precisaba matar a seres humanos para elaborarlo.

Dio otro paso adelante. Constance permaneció rígida, escuchando.

—Y ahí radica lo que tengo que decirte: ese segundo arcanum, el que te dio durante décadas, había sido formulado de manera imperfecta.

Constance se llevó una mano a la boca. Movió los labios pero no produjo sonido alguno.

—Funciona durante un tiempo. Y tú eres la prueba viviente de ello. Pero mis investigaciones indican que tras cierto número de años, y en especial si deja de ingerirse, como has hecho tú, se produce un efecto no deseado. La persona empieza a envejecer… con rapidez.

—Eso es ridículo —dijo Constance cuando pudo recuperar la voz—. Dejé de tomar el arcanum desde que Enoch Leng murió, hace cinco años. Como es obvio, he envejecido, pero tan solo esos cinco años.

—Constance, por favor, no te engañes. Debes de haber empezado a notar los efectos del envejecimiento acelerado. Sobre todo… los efectos mentales.

—Mientes —dijo Constance.

Sin embargo, mientras lo oía hablar, recordó los cambios que había experimentado, pequeños problemas que se remontaban como mínimo hasta su viaje a Exmouth, si no antes. El insomnio, la flojera ocasional, la disminución de su afiladísima sensibilidad. Pero por encima de todo había notado que se distraía con facilidad y que sentía un desasosiego del que no era capaz de librarse. Había culpado de buena parte de ello a la pérdida de Pendergast. Pero si Diogenes estaba en lo cierto, sería terrible sentarse tranquilamente en la mansión vacía sintiendo cómo su mente se iba desvaneciendo…

No podía ser. Debía de tratarse de otra de las rebuscadas mentiras de Diogenes.

De nuevo, aquella pausada voz se inmiscuyó en sus pensamientos.

—Ahí está la clave del asunto. Después de dedicarle mucho tiempo y esfuerzo, he conseguido dos cosas. La primera, elaborar la fórmula de Leng para el arcanum original. Mi hermano creía haber quemado la única copia de la fórmula que quedaba. Se equivocó: había otra más. Me costó más tiempo del que me gustaría admitir, así como conocer a fondo esta casa, pero lo logré. Fui capaz de sintetizar, sintetizar a la perfección, dicha fórmula, para que no precise víctimas humanas. Y voy a dártela, querida mía.

Un breve silencio siguió a aquellas palabras. De nuevo, Constance notó que la cabeza le daba vueltas: todo era excesivo…, excesivo. Se sentía agobiada, a duras penas podía mantenerse en pie. Echó un vistazo a su alrededor, buscando un sitio donde sentarse, pero recordó a quién tenía delante y, con un gran esfuerzo, centró toda la atención de nuevo en él.

—Como es lógico, para hacer algo así he necesitado laboratorios, científicos… y dinero. Pero ya está hecho. Tengo la nueva fórmula sintética. No tienes por qué envejecer prematuramente. No tienes por qué sentir que tu mente va deslizándose poco a poco hacia el olvido. Tras un breve período de tratamiento con mi arcanum, tu psicología se estabilizará. Podrás vivir lo que te queda de vida sin sufrir un deterioro prematuro. Envejeceremos juntos… con normalidad. Y lo único

que quiero de ti es una palabra: «sí».

Pero Constance no dijo nada.

Al mirarla, un nuevo sentido de urgencia afloró en la expresión de Diogenes; como si, tras todo lo que había dicho, temiera que ella se negase. Alzó la voz para decir:

—¿Qué clase de vida vas a tener en esta enorme casa sin mi hermano? Incluso aunque abandones este aislamiento autoimpuesto, ¿qué clase de compañía crees que podrán ofrecerte Proctor y la señora Trask, un año tras otro? ¿Te ayudarán durante el solitario declive que estás destinada a sufrir, sin que tú tengas ninguna culpa?

Dejó de hablar. Si lo que había dicho era cierto, Constance podía hacerse una idea muy clara de la respuesta: un baldío territorio de aburrimiento y hastío, sentada en la biblioteca a oscuras, moviéndose entre los libros y el clavicémbalo, en tanto que el bien intencionado Proctor permanecía en la puerta, vigilante, y la señora Trask le servía pasta reblandecida. Sería como quedarse quieta observando el reloj que marcaba su propia muerte. Pensar que perdería sus facultades mentales era algo que no podía siquiera plantearse.

—Todos esos años —dijo Diogenes como si pudiese leerle la mente—. Todos esos años que pasaste bajo la tutela del hermano de mi bisabuelo, Leng… Qué vergüenza ver cómo semejante inteligencia, un aprendizaje tan profundo, va adentrándose poco a poco en la noche más oscura.

Esperó mirándola con atención, como si estuviese esperando que dijera algo. Pero ella se mantuvo en silencio.

Al final, Diogenes suspiró.

—Cuánto lo lamento. Por favor, me gustaría que entendieses que he corrido un gran riesgo por ti. Nunca te obligaría a tomar una decisión. Una vez completado el tratamiento, si consideras que no eres realmente feliz a mi lado en Halcyon, me quitaría de en medio. Estoy convencido de que frente a nosotros se extiende una vida bella y feliz. Pero si no puedes dejar atrás mis terribles fechorías o tu odio, y si no puedes confiar en que un amor como el mío puede transformar a un hombre…, tendré que aceptarlo.

Y entonces se alejó de ella.

Mientras le oía decir esas últimas palabras, Constance experimentó una curiosa epifanía, algo que había estado burbujeando durante su charla. Diogenes la había tratado de un modo abominable. Ella lo había odiado con una furia casi sobrehumana. Pero también era cierto que… casi había sentido un estremecimiento al atreverse a pensar en algo prohibido… Ahí estaba el Pendergast que ella podría tener, un Pendergast que, tal vez, fuese más cercano a ella de lo que había llegado a ser su hermano. Si Diogenes había cambiado de verdad.

Diogenes se estaba poniendo un par de guantes. Constance miró por encima del clavicémbalo, hacia donde había dejado el estilete. El arma seguía allí. No le tomaría más de un segundo agarrarlo y clavárselo entre los omóplatos. Seguramente, él también había pensado en esa posibilidad.

—Yo… —empezó a decir Constance, pero entonces flaqueó. ¿Cómo expresar aquel pensamiento? Se limitó a decir—: Necesito tiempo.

Diogenes se volvió hacia ella, con un evidente chispazo de esperanza dibujado en la cara; una expresión tan sincera que resultaba imposible fingirla, advirtió consternada.

—Por supuesto —dijo él—. Ahora voy a dejarte. Debes de estar muy cansada. Tómate todo el tiempo que necesites. —Y tendió la mano hacia ella.

Muy despacio, sabiendo lo que hacía, ella también extendió la mano.

Él la tomó, le dio la vuelta con un lento y cuidadoso movimiento y besó la palma. Entonces,

mientras retrocedía, se llevó la punta del dedo índice de Constance hasta los labios durante una fracción de segundo. Ella sintió que una corriente eléctrica recorría todo su cuerpo.

Después, con una sonrisa y tras una leve reverencia, desapareció.

25

En una calle trasera de uno de los barrios comerciales más maltrechos de Katutura, en Namibia, un suburbio de Windhoek cuyo nombre se traduce como «el lugar donde la gente no quiere vivir», se alzaba un edificio residencial de tres plantas, ubicado entre dos emisoras de radio y una fábrica de ropa. El edificio era sórdido y parecía abandonado, el estucado exterior estaba agrietado y descascarillado, y los desequilibrados y diminutos balcones estaban cubiertos de óxido. Cada una de las plantas estaba pintada de un color diferente, turquesa y amarillo y gris, lo cual hacía que la estructura, junto a las ventanas desajustadas y los chapuceros detalles arquitectónicos, tuviese una apariencia estrambótica e inquietante. Eran las dos de la tarde y todas las ventanas estaban abiertas con la vana esperanza de dejar pasar algo de aire fresco.

Lazrus Keronda estaba sentado junto a la ventana de su apartamento de dos habitaciones, apenas amueblado, en la segunda planta. Estaba colocado de manera estratégica, apartado ligeramente, para poder observar los movimientos de la ruidosa calle sin que le viesen. En la planta de abajo había un restaurante especializado en gusanos mopane crujientes, acompañados de un guiso de tomate, cebolla frita, cúrcuma y pimiento verde. El acre humo que despedían los gusanos al cocinarlos, ascendía hasta la segunda planta y le humedecía los ojos. Pero aun así no apartaba la mirada de la ventana.

Alargó la mano para agarrar una botella de cerveza Tafel, la sostuvo sin hacer fuerza para que su mano herida no protestase y le dio un largo trago. El fresco y amargo sabor de la cerveza le alivió un poco. Tal vez se estaba mostrando excesivamente precavido. Pero es que no quería arriesgarse. Esperaría tres días, tal vez solo dos, y después resultaría seguro marcharse de la ciudad. Tenía un hermanastro que vivía en Johannesburgo; podía acercarse, con su hermano y su familia, y pasar allí un par de meses. Y con el dinero que recibiría, podría arrancar un nuevo negocio. El concesionario estaba enterrado en deudas, así que tampoco iba a perder nada importante…

Oyó un leve sonido a su espalda, el crujido de una tabla del suelo, y se volvió.

—¡Tú! —Se le cayó la botella de cerveza y rodó lejos, sin que nadie le prestase atención, vertiendo espuma ambarina.

—Yo —respondió una voz suave.

Y entonces una mujer joven salió de entre las sombras. Tenía el pelo rubio y unos pómulos prominentes. Rondaba los veinticinco años. Llevaba puestas unas mallas negras y una camisa vaquera con los extremos de los faldones anudados a la altura de su vientre, dejando a la vista un abdomen plano y musculado, y un anillo de diamante que le perforaba el ombligo.

Keronda se puso en pie de un salto. Fue consciente de inmediato de lo extremo de la situación. Se le ocurrieron un centenar de excusas, un centenar de mentiras, distracciones, disculpas, justificaciones. En lugar de eso, balbuceó:

—¿Cómo me has encontrado?

—No ha sido fácil. —Llevaba puesta una riñonera, y cuando dio otro paso para acercarse a él, con un movimiento suave y ágil como el de una pantera, la riñonera subió y después bajó.

A Keronda se le secó la boca de golpe. ¿Qué tenía esa mujer, esa chica con ese ridículo piercing, que provocaba en él semejante miedo? No podía medir más de metro sesenta, y él pesaba como mínimo el doble que ella. Pero le daba pánico. Debía de ser algo relacionado con la frialdad de sus ojos azules; eso y también su astuta y cruel sonrisa. Él reparó en ambas cosas la primera vez que la vio; y no las había olvidado desde entonces.

—Has abandonado el concesionario —le dijo ella.

—Tuve que hacerlo —respondió—. ¡Tuve que hacerlo!

—Se te pagó para que te quedases allí. Y en cambio dejaste la puerta entreabierta, no cerraste la oficina con llave. Y había un montón de sangre en tu puesto de trabajo. Ahora la policía se ha interesado por el asunto.

—Me hirió. Me amenazó. —Alzó su mano herida a modo de súplica.

—Se te pagó muy bien para que te hiriese, para que te amenazase… y para que te ciñeses al guion que se te indicó.

Keronda balbuceaba, casi lloriqueando.

—Y lo hice. ¡Me ceñí al guion! Le dije lo que queríais que le dijese. Exactamente como me indicaste. Le di el Land Cruiser. Me aseguré de que se lo llevase.

—Entonces ¿por qué echaste a correr como un conejo asustado?

De nuevo señaló su mano vendada.

—¡Mira lo que me hizo!

Mientras sus ojos examinaban la venda manchada de sangre, su sonrisa se hizo más evidente.

—Vaya estigma. Aun así, eso no explica por qué te has apartado del plan. Se te pagó mucho dinero para que cumplieses el plan al pie de la letra. —Calló, como si pretendiese que aquellas palabras calasen en él—. ¿Qué te dijimos? Límpialo todo. Ve al médico. Mantente en tu puesto de trabajo. Que todo siga igual. ¿Y qué has hecho en cambio? Dejarlo todo hecho un asco y salir corriendo.

—¡Mira lo que me hizo! —repitió Keronda alzando ahora ambas manos.

—¿Qué crees que vamos a hacer? —fue la sedosa respuesta.

Al ver que no había más respuesta que un gemido, la chica sacudió la cabeza entristecida.

—Te prometimos que tardaría al menos una semana en volver, que tal vez incluso no volviese. Deberías habernos escuchado.

—Yo… —empezó a decir, pero no dijo nada más.

Con un movimiento en apariencia fortuito, apenas llamativo, pero ejecutado a una velocidad terrorífica, la chica rebuscó en su riñonera y sacó un cuchillo. No se parecía a ningún cuchillo que Keronda hubiese visto antes: una cuchilla multidentada, como cuatro puntas curvas de flecha alineadas, con la empuñadura fina de un color verde brillante.

Al ver el gesto de terror de Keronda al fijarse en el arma, la sonrisa de la chica se hizo más amplia.

—¿Te gusta el cuchillo? Lo llaman «matazombis». A mí también me gusta, sobre todo por la parte dentada. Es como la polla de un mujeriego: duele más al salir que al entrar. Por decirlo de alguna manera.

—¿La polla? —repitió Keronda como si no lo entendiese.

—No importa.

Entonces, con un movimiento incluso más sinuoso, lanzó la mano hacia delante y clavó el cuchillo entre sus costillas. La cuchilla estaba tan afilada que Keronda apenas notó el golpe. Sin embargo, al mirar hacia abajo, vio que se lo había clavado hasta la empuñadura.

—Soy bastante buena en anatomía. Casi tanto como lo soy con el cuchillo. —Señaló hacia la empuñadura—. Si no me equivoco, acabo de cortarte la arteria frénica. No es una de las arterias mayores, pero te vas a desangrar en unos cinco minutos, más o menos.

Se detuvo para analizar su trabajo.

—Siempre puedes sacar el cuchillo, presionar la herida y llamar a una ambulancia; que tengas suerte si lo haces. Si es ahora mismo, te doy un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir. Pero no creo que lo hagas. Ya te lo he dicho: sacarla duele más de lo que te ha dolido al entrar.

La única respuesta de Keronda fue dejarse caer en la silla.

La chica asintió.

—Lo suponía. Otro detalle interesante del matazombis es que… es barato. Si te quedas sin él no pasa nada. —Cerró la riñonera y tiró con fastidio de sus guantes—. ¿Ni una palabra de despedida? Bien, en tal caso, que tengas un buen día. —Y, acto seguido, se dio la vuelta y salió del apartamento dejando la puerta abierta.

26

Diogenes Pendergast esperaba sentado en una pequeña silla de respaldo recto en la pequeña habitación que había instalado junto a la escalera de caracol que bajaba hasta los sótanos del 891 de Riverside Drive. La puerta que llevaba a la escalera estaba abierta. Había colocado una vela en el candelabro de la pared que vertía una luz parpadeante y agradable sobre la vieja mampostería. Él esperaba, como mínimo, que resultase agradable; aunque sabía muy poco de esa clase de cosas.

Había tenido cuidado a la hora de colocar la silla para que no estuviese justo frente a la puerta. No quería dar la impresión de que era una especie de Cerbero: una figura amenazante que se encargaba de vigilar el portal. Se había esforzado mucho para asegurarse de que todo en su persona resultase tan agradable y poco amenazador como fuera posible. Se había puesto unos sencillos pantalones de lana negra y una chaqueta de tweed negra y gris… Esperaba haber acertado. No le gustaba el tweed —picaba y además era poco refinado—, pero irradiaba sinceridad, un toque hogareño, y afabilidad.

O al menos eso era, una vez más, lo que él esperaba.

«Estos fragmentos que he apuntalado contra mis ruinas…»

Con esfuerzo, proyectó su voz, la voz del viejo Diogenes, que de vez en cuando balbuceaba de manera inesperada, como el metano en una balsa de alquitrán, hacia abajo, de donde había salido. Así era entonces, y así era ahora. Había cambiado, se había reformado. Sin embargo, la Vieja Voz seguía dejándose notar en momentos de extremo nerviosismo, como ahora… o cuando, por cualquier motivo, la sangre le hervía…

Intentó concentrarse en el tweed.

Durante mucho tiempo se había enorgullecido de su sofisticación y su cosmopolitismo, despreciando las opiniones de los demás. En las únicas ocasiones en las que le había importado la opinión de los demás había sido cuando se veía comprometido en una reunión social. O cuando, por aburrimiento o rabia, engañaba, se burlaba o rondaba a alguien para divertirse. Le estaba resultando difícil mostrarle a Constance la sensación de vulnerabilidad y el afecto que sentía por ella de manera genuina. Se veía a sí mismo como un hombre que, tras pasar media vida cumpliendo con el voto de silencio, de repente se veía obligado a alzar la voz para cantar.

Ajustó la posición en la silla. La había sacado de una de las criptas del sótano donde estaba guardada, y sus vetustos cojines de seda y terciopelo estaban llenos de polvo. Cuando la silla dejó de crujir, escuchó con atención otra vez, con los sentidos alerta para captar cualquier sonido, por leve que fuese, o la más mínima variación en la presión del aire, cualquier cosa que indicase que ella se aproximaba por aquella retorcida escalera que subían del sótano.

Consultó su reloj: las diez y cuarto de la mañana. Se había despedido de Constance minutos antes de la medianoche. Había estado sentado ahí, esperándola, esperando su respuesta, desde ese momento.

El nivel de planificación y también el dinero y el tiempo empleados para completar con éxito el encuentro de la noche anterior, un encuentro en el que poder desnudar su alma sin miedo a ser

interrumpido, había sido tremendo. Pero todo valdría la pena… si ella decía que sí.

En otro momento, en otra vida, podría haber disfrutado con el mero hecho de comprobar lo bien que habían ido las cosas. El manejo de Proctor, por ejemplo, había sido perfecto: directo al aeródromo Gander, donde había preparado las cosas para que el entregado guardaespaldas aterrizase justo en el instante en que él obligaba a «Constance» —en realidad se trataba de Flavia disfrazada— a montar en el jet que les estaba esperando. Proctor, obviamente, los había perseguido hasta Irlanda… mientras él dejaba el Bombardier y subía a otro avión para regresar a Nueva York. Estaba de vuelta en la ciudad antes de las siete de la tarde, apenas seis horas después de montar en el Navigator. Lograr que ese hombre, inteligente y preparado, se lanzase en pos de una persecución salvaje hasta los confines de la Tierra había sido sin duda un trabajo brillante.

Lo del ataúd refrigerado también había sido un toque de genialidad, se dijo. Proctor no sabría qué significaba, aunque en realidad no significaba nada, sin embargo habría puesto a funcionar su imaginación… y le habría inspirado las medidas más extremas.

Pensó que enorgullecerse de algo así resultaba indecoroso, pues para Proctor debía de haber sido la experiencia más mortificante de su vida. En cualquier caso había quedado fuera de juego; estaría pasando un mal rato, pero estaba vivo. Constance jamás le habría perdonado si hubiese empleado con él una solución más drástica.

Al otro lado del pasillo en el que estaba sentado había una cámara que, años atrás, le había servido a Enoch Leng como quirófano. Desde el lugar en el que se encontraba podía ver el extremo de la mesa de operaciones, hecha con una temprana aleación de acero inoxidable martensítico. Todavía se veía pulido y brillante, y le devolvió su reflejo. Tenía una facciones espléndidas, y la cicatriz le añadía cierto vértigo a su rostro cincelado y a sus ojos de dos colores. Lo cierto era que quería creer que Constance lo vería así.

«Has hablado de lo que siento por Aloysius. ¿Por qué debería yo sentir el más mínimo interés por su hermano, inferior en todo, teniendo en cuenta además el modo en que abusaste de mi inocencia?»

¿Por qué esas palabras de Constance, lanzadas hacia él con rabia la noche anterior, regresaban ahora para atormentarlo? No obstante, siempre había sido un experto en lo de atormentarse, incluso más que en lo de atormentar a los demás. A torturarse le enseñó Aloysius. Aloysius, a pesar de no ser más inteligente, era lo suficientemente mayor como para ir siempre por delante de él, ya fuese al resolver problemas matemáticos o al leer novelas. Unos centímetros más alto. Un poco más fuerte. Gracias a su condescendencia y su santurronería desaprobadora, Aloysius provocó que mantuviese ocultos sus intereses y sus pasatiempos, y también que se hiciesen más íntimos y perversos. Y era Aloysius el que había provocado el Suceso, que puso fin a todas sus esperanzas de normalidad…

Diogenes reprimió con todas sus fuerzas aquel torrente interior de palabras, y se dio cuenta de que se le había acelerado la respiración y que el corazón le golpeaba en el pecho. Se calmó. El odio que sentía por su hermano era justo y bueno. Nunca se extinguiría, y ahora, una vez muerto Aloysius, nunca llegaría a redimirlo. Pero había ocurrido algo extraño: debido a su muerte, precisamente, Diogenes experimentaba una mayor claridad mental. Ahora sabía a ciencia cierta que había una persona en el mundo que podía darle sentido a su vida, hacerle sentirse satisfecho y feliz.

Y esa persona era Constance Greene.

Le vinieron a la mente las frases de una vieja película: «No debería quererte en absoluto y eso

me impresiona con la fuerza de lo improbable. Eres una persona improbable, igual que yo». Y así fue como, durante los primeros días, tras escapar a la furia del volcán Strómboli y a su vómito de lava…, así fue como consideró su incipiente atracción por Constance.

Incluso ahora, la escena volvía a representarse en su mente con la misma intensidad que en el pasado: la batalla contra la terrible ladera, aquellos cuarenta y cinco grados de Sciara del Fuoco. No se trataba de un flujo de lava de rocas derretidas como las de Hawaii, sino más bien de una pendiente de lava, un infernal pedazo de tierra de casi un kilómetro de largo con rocas del tamaño de casas, enrojecidas por el calor, rodando sin cesar. El calor que desprendía aquella «ladera de fuego» generaba un creciente huracán de azufre y ceniza: y había sido precisamente ese viento demoníaco lo que le había salvado la vida. Después de que Constance lo empujase desde el borde de la ladera, había rodado, pero no había caído, sino que en última estancia aquellas ráfagas de calor lo habían elevado hasta lanzarlo contra uno de los lados del abismo abrasador, donde quedó encajado en una grieta, quemándose el lado de la cara que tocaba el ardiente muro de roca. Conmocionado, se las había arreglado para liberarse, gatear hasta el borde y, a cuatro patas, abrirse camino a través del trecho por el que Constance lo había estado persiguiendo, bordeando el cono del volcán, hasta llegar al extremo más alejado de Ginostra. Ginostra, un pueblo con unos cuarenta residentes, al que solo puede llegarse en barca: una pequeña joya del pasado siciliano. Y fue allí donde, desvanecido por el dolor, una viuda sin hijos que vivía en una casa a las afueras del pueblo se hizo cargo de él. No le preguntó cómo se había hecho aquellas heridas; a ella no pareció importarle que le pidiese que guardase el secreto; daba la impresión de alegrarse de poder cuidar de sus heridas con los viejos linimentos y tinturas de los que disponía. Hasta el día antes de marcharse no descubrió la auténtica razón de su auxilio: estaba mortalmente asustada ante aquel *maloccio* , aquel demonio con ojos de dos colores que, según contaba la leyenda local, traería su ruina si ella no hacía todo lo que estuviera en su mano para ayudarlo.

Permaneció tumbado durante semanas, y sus quemaduras, el más difícil de mitigar de todos los dolores, incluso con medicinas modernas, le provocaron una insoportable agonía. Sin embargo, mientras yacía allí sumido en un universo de dolor, en lo único que podía pensar no era en el odio que sentía por Constance, sino en el igualmente inimaginable placer que había supuesto compartir con ella… una única noche.

En un principio apenas pudo creerlo. Parecía inexplicable, como si se hubiese quedado prendado de una extraña. Pero su necesidad de ella no resultaba tan inverosímil, ahora lo comprendía. De hecho, era inevitable, por todas las razones que él le había explicado la noche anterior: por la aversión que ella mostraba a un mundo burdo y servil, por la profundidad de su entendimiento único, por su increíble hermosura, por cómo apreciaba las buenas maneras, el civismo y la cortesía de ataño, y todo ello iba asociado además a un temperamento purificado por el calor y la violencia, como sucedía con el mejor acero. Era una tigresa, bellamente vestida de seda.

También era una tigresa en otros sentidos… Le atormentaba pensar lo cegado que había estado por el odio hacia su hermano, pues había considerado el éxito de su seducción como un triunfo sobre Aloysius. Tuvo que pasar un tiempo, cuando estaba convaleciente, para entender que la noche que pasaron juntos había sido la más especial, excitante, tierna, sublime y placentera de su vida. Se había entregado al hedonismo como un penitente se aferra al cilicio, y sin embargo nada en su vida se había aproximado siquiera a lo que había experimentado al encender la pasión de aquella mujer, reprimida durante cien años, inflamando aquel cuerpo flexible y hambriento…

Qué estúpido había sido al tirar todo aquello por la borda.

Los rudimentarios remedios antiguos que le proporcionó aquella mujer que cuidó de él le ayudaron más bien poco con el dolor, pero sí hicieron maravillas a la hora de minimizar la cicatriz. Y dos meses después, se fue de Ginostra… con un nuevo objetivo para su vida.

Se sobresaltó al darse cuenta de que Constance estaba delante de él. Había estado tan ensimismado que no la había oído acercarse.

Se levantó de golpe de la silla antes de recordar que su intención había sido permanecer sentado.

—Constance —dijo soltando aire.

Ella llevaba puesto un sencillo aunque elegante vestido de color marfil. Lucía una media luna de encaje bordado bajo el cuello, castamente cubierto, aunque no podía ocultar un escote de lo más admirable. La caída del vestido, que brillaba como si de una fina telaraña se tratase, bajo la luz de la vela, llegaba hasta el suelo, donde un vaporoso recogido de tela ocultaba sus pies. Constance lo miró, fijándose en cómo se le había descompuesto el rostro hasta formar una mueca que ella no fue capaz de interpretar: una compleja mezcla de interés, circunspección y, al menos así lo deseaba él, una cautelosa ternura.

—Sí —respondió ella con voz calmada.

Diogenes se llevó una mano hasta el nudo de la corbata, y lo aflojó de forma inconsciente e infructuosa. Su mente estaba tan alterada que no era capaz de decir una sola palabra.

—Sí —repitió ella—. Me retiraré del mundo contigo. Y… tomaré el arcanum.

Constance esperó una respuesta. El alivio y la satisfacción que invadieron a Diogenes le causaron tal consternación que solo entonces Constance se dio cuenta de hasta qué punto había temido que le dijese que no.

—Constance —dijo de nuevo. Fue la única palabra que se vio capaz de pronunciar.

—Pero debes asegurarme algo —dijo ella con aquella sedosa voz suya.

Diogenes esperó.

—Necesito saber que el arcanum funciona de verdad, y también que su creación no ha implicado hacer sufrir a ningún ser humano.

—Funciona, y nadie sufrió por su causa, te lo prometo —dijo con voz ronca.

Ella lo miró escrutadora a los ojos durante un largo minuto.

Casi sin saber lo que estaba haciendo, él le tomó la mano entre las suyas.

—Gracias, Constance —dijo—. Gracias. No puedes imaginar lo feliz que me haces. —Le sorprendió notar que estaba llorando de alegría—. Y pronto sabrás también lo feliz que puedo hacerte. Halcyon es todo lo que te he prometido, y más.

Constance no dijo nada. Se limitó a mirarlo de esa extraña manera tan característica de ella: expectante, valorativa e inescrutable. Diogenes se sintió del todo desarmado ante esa mirada que, paradójicamente, resultaba inquietante y embriagadora a un tiempo.

Le besó la mano.

—Hay algo que tengo que explicarte. Como podrás imaginar, me he visto obligado a crear, y mantener, toda una serie de identidades. La identidad bajo la cual adquirí Halcyon es la de Petru Lupei. Se trata de un conde de los Cárpatos de Transilvania, donde su familia se recluyó durante la era soviética. La mayoría de ellos fueron detenidos y asesinados, pero su padre logró conservar la riqueza familiar, que Petru, aunque él prefiere que le llamen Peter, heredó como único hijo y superviviente de la estirpe de Lupei. Se dice que el castillo de su extinta familia se encuentra junto a las tierras del conde Drácula. —Sonrió—. Me gustan esos detalles. Le he

convertido en un hombre de un gusto y unas maneras impecables, siempre bien vestido, ingenioso y encantador.

—Fascinante. Pero ¿por qué me cuentas eso?

—Porque de camino al aeropuerto tendré que adoptar la identidad y la apariencia de Petru Lupei, y mantenerlas hasta llegar a Halcyon. Por favor, no te sorprendas de mi cambio de imagen temporal. En Halcyon, como es natural, podré ser yo mismo. Pero durante el viaje me gustaría que pensases en mí como Petru Lupei y que te dirijas a mí como Peter, para preservar mi identidad y garantizar mi seguridad.

—Lo entiendo.

—Sabía que lo entenderías. Y ahora, por favor, perdóname. Tengo muchísimas cosas que hacer antes de irnos, pues, si así lo quieres, podríamos irnos esta misma noche.

—Mejor mañana, si no te importa —dijo Constance—. Necesito algo de tiempo para hacer las maletas y… despedirme de esta vida.

—Las maletas —dijo Diogenes como si jamás hubiese pensado en algo así—. Claro. —Se volvió. Dudó. Se dio la vuelta de nuevo—. Ah, Constance, eres tan hermosa… ¡y yo estoy tan contento!

Desapareció entre las sombras del pasillo del sótano.

27

Proctor intentó ponerse en pie, pero solo consiguió arrodillarse. Analizó la posición del sol, que estaba justo en lo más alto, un disco blanco y caliente. Había estado inconsciente durante una hora, supuso. El nauseabundo olor de la sangre de león llenó su nariz. Sacudió la cabeza para intentar aclararse, y el mundo a su alrededor empezó a dar vueltas. Mala idea. Con el fin de tranquilizarse respiró hondo varias veces y echó un vistazo en torno a él. Su maleta estaba en la arena, a unos cien metros de distancia, donde la había tirado durante el ataque del león. Cerca de la maleta se encontraba el primer león, muerto, una pequeña montaña de piel y pelo. El segundo león estaba tumbado a su lado, lo bastante cerca para poder tocarlo: la boca abierta, los ojos y la lengua plagados de moscas. Un pegajoso charco de sangre reseca impregnaba la tierra alrededor de su pecho.

Proctor tenía a su lado su cuchillo de campaña, cubierto de sangre seca. Restregó con fuerza contra la arena varias veces para limpiarlo y después volvió a guardarlo en su cinturón.

De nuevo intentó ponerse en pie, pero comprobó que no tenía fuerzas. Se vio obligado a gatear por la arena, sintiendo el calor ardiente en las palmas de las manos. Cuando rechinaba los dientes debido al dolor, la arena crujía. Intentó escupirla pero, entre la sed y el dolor, entendió que estaba seriamente deshidratado, pues tenía los labios cortados, su lengua era como de esparto y los ojos le escocían. Tenía agua en la mochila, solo debía llegar hasta ella.

Fue acercándose muy despacio hasta que al fin, con un grito ahogado, llegó hasta donde estaba y la agarró, la tiró al suelo y la arrastró hacia él. Sacó la cantimplora con manos temblorosas y, con mucho cuidado de no verter ni una sola gota, desenroscó el tapón y tomó un buen trago. El agua estaba muy caliente. Se obligó a detenerse y a esperar, respirando hondo, permitiendo que aquel primer trago se asentase. Cinco minutos después tomó otro trago. Sintió que recuperaba algo de energía y que lo veía todo con más claridad. Un tercer trago y basta. Si no conservaba lo que le quedaba de agua, en veinticuatro horas estaría muerto.

El hedor de los leones muertos resultaba insoportable. La pistola de Proctor estaba en la arena, cerca de los animales. Gateó hasta ella y la cogió, pero de inmediato soltó el arma porque le había dado el sol y era imposible sostenerla en la mano. Rebuscó en su mochila, sacó una linterna de cuerda que descansaba al fondo, con ella enganchó la pistola por el gatillo y la guardó en un bolsillo lateral; después cerró la cremallera.

Una breve sombra atravesó el cielo y Proctor alzó la vista. Vio que se había formado una columna de buitres que volaban en círculo sin prisas, esperando a que muriese o a que se marchase para poder darse un festín con los leones muertos. «Si se trata de los leones, me parece bien, pero conmigo no contéis», se dijo.

Faltaban seis horas para la puesta de sol. Sería un suicidio desplazarse durante el día. Tendría que quedarse allí hasta que oscureciese. A cosa de un kilómetro de distancia divisó una acacia solitaria. Esa sombra le iría de maravilla, aunque tenía que llegar hasta allí.

El agua que había bebido le había dado fuerzas. Agarró la mochila de nuevo. Se había ido deshaciendo de todo lo que contenía a favor del agua, a excepción del cuchillo, la pistola, la

brújula, el mapa y un par de barritas energéticas. Pero ahora no podía comer, pues eso solo incrementaría su sed.

Hizo un esfuerzo para sentarse y después se pasó las correas de la mochila por los hombros. Ahora el objetivo era ponerse en pie. Respiró hondo un par de veces, sacó fuerzas de flaqueza y con un grito se levantó, tambaleándose un poco pero sin llegar a perder la vertical.

«Paso a paso, paso a paso…»

Los dos leones se habían separado y le habían estado siguiendo durante buena parte de los tres últimos días, y al hacerlo le habían apartado de la ruta planeada. El último día se había visto obligado a volver sobre sus pasos y a avanzar en círculo en tantas ocasiones que había perdido la referencia exacta de su posición. Por fortuna, los leones eran machos y jóvenes, por lo que no eran buenos cazadores. Si hubiesen sido hembras adultas, no habría sobrevivido al ataque. Aun así, había gastado todo un cargador de la pistola para detener al primer león. El segundo apareció tan de repente que no tuvo tiempo de recargar y no le quedó más remedio que matarlo con el cuchillo.

Había resultado herido en el hombro izquierdo y le había mordido en la pantorrilla, pero lo que más daño le había causado fue el tremendo golpe que le propinó el león en su salto final, que lo tumbó y lo dejó inconsciente. El león en ese momento ya estaba fatalmente herido en el corazón, y se desangraba. Proctor recuperó la consciencia para descubrir que tenía al león encima y que los rodeaba un charco de sangre reseca. Logró salir de debajo de la bestia, pero enseguida volvió a desmayarse.

Al final consiguió ponerse al amparo de la sombra del árbol y allí se quitó la mochila y se dejó caer, con la espalda apoyada en el tronco y la cabeza dándole vueltas. ¿Otro trago de agua? Se hizo con la cantimplora y la sacudió un poco. No. Tendría que esperar al anochecer para tomar otro sorbo; confiaba en que eso le aportase la fuerza necesaria para caminar durante la noche. Si lograba llegar a la carretera de Mopipi, tal vez pasaría un motorista y le encontraría.

De mala gana, rasgó la pernera del pantalón con el cuchillo, con la intención de echarle un vistazo a la herida que había causado la dentellada. Una hilera de marcas de dientes rezumaban sangre oscura. Había dejado atrás el botiquín, así que no podría curarse hasta salir de allí. Lo bueno era que casi había dejado de sangrar por completo. La herida del hombro estaba más o menos en las mismas condiciones, no tenía buena pinta, pero tampoco suponía una amenaza inmediata para su vida. Que se infectasen las heridas era su preocupación mayor, pero los efectos no se manifestarían hasta al cabo de doce o veinticuatro horas.

De nuevo, sin que nadie la invitase, volvió a acosarlo la insoportable agonía de su fracaso. Su terrible error, y por lo tanto su estupidez, desfilaron ante sus ojos.

«Deja de pensar.» Se reclinó contra el tronco y cerró los ojos.

Tenía que sobrevivir. De hecho, iba a sobrevivir. Estaba absolutamente convencido por una única razón: dedicar toda su vida a una misión. Estuviera donde estuviese, fuera cual fuese su plan, Proctor encontraría a Diogenes.

Y lo mataría.

28

Rudy Spann estaba sentado en la pequeña oficina de la quinta planta del Centro Penitenciario Metropolitano; se la había apropiado de cara a la operación Pendergast. Llevaba puestos unos auriculares inalámbricos. Sus hombres habían montado un pequeño centro de operaciones en esa oficina y disponían de varias pantallas de vídeo y de sistemas de audio. Recorría la habitación de un lado para otro por detrás de su equipo, y de vez en cuando se detenía junto a la ventana para observar la calle.

Preparar la vigilancia había sido pan comido. Ni siquiera habían tenido que utilizar la furgoneta especial, ni tampoco instalar un equipo en el tejado o en apartamentos cercanos. La calle donde iba a tener lugar el traslado estaba justo detrás de las instalaciones de la prisión, en Cardinal Hayes Place, una estrecha callejuela flanqueada por edificios gubernamentales en los que no se podía entrar sin autorización. Así pues, quienquiera que fuese allí a asegurarse de que se hacía efectivo el traslado de Arsenault, tendría que quedarse en la calle, de pie. Era un lugar perfecto para la operación; tal vez demasiado perfecto incluso, pues podía espantar a la persona enviada por los secuestradores para ser testigo del traslado. Confiaban en la estupidez de los secuestradores, por lo que, al menos en esa cuestión, Spann se había adaptado al enfoque de Longstreet. Para empezar, secuestrar a un agente federal suponía correr un enorme riesgo. Debían de sentirse muy seguros, y eso iba a ser precisamente su talón de Aquiles. El peligro real era que los asustaran, pues entonces harían desaparecer a Pendergast.

La propuesta de Longstreet había sido de lo más inteligente, debía admitirlo. Y le carcomía por dentro más aún que aquel hombre estuviese llevando tan mal el asunto. Iban a tener la oportunidad de atrapar a uno de los secuestradores, si es que aparecía, pero las órdenes de Longstreet habían sido muy específicas: tenían que limitarse a identificarlo y dejar que se marchase. Eso iba contra todas las normas de negociación que a Spann le habían enseñado en Quantico, y también iba en contra de su propia experiencia. Dejar que se fuera… ¿Qué sentido tenía eso? Arsenault estaba demostrando ser un tipo duro de roer. Si de él dependiese, arrestaría a ese capullo y aprovecharía la confusión inicial y el miedo para asustarlo de lo lindo y hacer que hablase. ¿Secuestrar a un agente federal? Se pasaría la vida en la cárcel, sin libertad condicional posible, y si tenía suerte y salía adelante, cuando abandonase la prisión tendría la edad de su abuela. Cantaría en menos de veinte minutos; les diría dónde estaba Pendergast y a última hora del día habrían resuelto el caso. Pero no, Longstreet quería que identificasen al tipo en cuestión y dejaran que se marchase.

Y para colmo, Longstreet ni siquiera estaba allí con ellos. Como de costumbre, había desaparecido y no se le vería el pelo durante horas, sino que se limitaría a dar las órdenes vía telefónica o enviando correos electrónicos encriptados desde ubicaciones secretas. ¿Quién se creía que era, el maldito vicepresidente de Estados Unidos?

Los hombres que estaban al cargo de los ordenadores hablaban en susurros por el micrófono al resto de los miembros del equipo, dispuestos a ambos extremos de Cardinal Hayes, mientras observaban la pantalla y grababan a todo aquel que aparecía por allí. Spann escuchaba sus

concisos y económicos diálogos. Eran profesionales. Spann estaba orgulloso de ellos.

Miró su reloj. Las tres y cuarto. El sujeto no tardaría en llegar, si es que aparecía. Era una tarde tranquila, faltaba media hora para que las primeras oficinas gubernamentales dejasen salir a sus trabajadores. Había gente que iba de un lado para otro, como en todas las calles de Manhattan, pero desde su aventajada posición, y también gracias a la cámara situada a pie de calle, justo debajo de donde se encontraba, sabían que de momento su hombre, o mujer, no había aparecido.

Dado que Longstreet no estaba presente, Spann decidió realizar un pequeño cambio en el plan trazado. No estaba dispuesto a permitir que el tipo en cuestión pasara de largo: lo seguirían. Descubrirían adónde se dirigía, dónde estaba su guarida. Después de todo, eso no contravenía las órdenes de Longstreet.

Tomó la radio y dio la orden: «Sigan al sospechoso a pie. Solo dos hombres. Aborten si sube a un taxi o llama a un Uber». Tanto si era un taxi como un Uber podrían localizarlos después, así que no tenían por qué seguirlos. Y si tenía cómplice que conducía un coche, mucho mejor: podrían apuntar la matrícula y pillarlos en cinco minutos.

Las tres y veinticinco. Vio entonces cómo un hombre bordeaba la esquina de la calle Pearl y entraba en Cardinal Hayes. Vestía un bonito traje, llevaba el pelo peinado hacia atrás, estaba bronceado y en forma. Daba la impresión de ser un bróker de Wall Street o un pirado de los fondos de inversión. Spann, que había pasado mucho tiempo en el centro de la ciudad, conocía a esa clase de hombres: caminaban rápido, muy rápido. Sabían adónde iban y eran de esos que se pasaban el día trabajando, comían quinoa y kale y corrían cuarenta kilómetros a la semana.

Pero ese tipo andaba despacio, demasiado despacio. Fingía pasear, ir oliendo las flores. Iba por la acera de enfrente.

Era el hombre que esperaban. Estaba remoloneando para asegurarse de que se llevaba a cabo el prometido traslado de Arsenault. Spann ni siquiera tuvo que decir nada: los miembros de su equipo también se habían fijado en él. Escuchó por los auriculares la conversación que mantenían.

—¿Habéis visto a ese tipo?

—Bingo.

—No hay nada en el telefoto. Sonríe, estás saliendo en la cámara oculta.

Y tal como habían previsto, la furgoneta negra giró por la calle Pearl, despacio y con cuidado. El hombre en cuestión, que seguía caminando a su ritmo, miró hacia la furgoneta como quien no quiere la cosa al ver que se aproximaba, intentando adaptar sus movimientos para echar tan solo un vistazo hacia allí. Pero no lo logró. Porque se la quedó mirando.

Oh, sí. Era su hombre. Spann podía verlo en su expresión. Era como un regalo de los dioses.

La furgoneta de transporte dejó atrás al tipo y encaró despacio y sin brusquedad la rampa que descendía hacia el patio de seguridad. Allí esperó a que comprobasen la acreditación del conductor, hasta que las grandes puertas se abrieron y la furgoneta desapareció.

Perfecto.

Se fijó entonces en los dos hombres de su equipo que entraban en acción. Uno de ellos, que había permanecido hasta entonces sentado en un banco mientras se comía un kebab de un carrito de comidas cercano, lanzó el kebab a la papelera y echó a andar calle abajo.

—Perro uno en marcha —murmuró el hombre a un micro invisible.

En la esquina más cercana, su segundo hombre, que había estado fingiendo tener problemas para aparcar en paralelo, salió del coche cuando el sospechoso pasó por su lado.

—Perro dos en marcha —dijo.

El sospechoso giró a la derecha, hacia Saint Andrews Plaza, dejando atrás los juzgados y desapareciendo del ángulo de visión de Spann. Los dos miembros del equipo que lo seguían no tardaron en desaparecer también. El canal de radio seguía abierto.

—Sospechoso cruzando la plaza Foley, camino de Duane —se oyó decir a Perro uno. —Instantes después, añadió—: A la izquierda por Elk.

Qué trayectoria más curiosa. ¿Adónde se estaría dirigiendo?

Segundos después:

—A la izquierda en Reade. Ha sacado un teléfono móvil. Parece que esté tecleando algo.

El tipo estaba rodeando el edificio. «Hijo de puta.»

—¿Perro uno? —dijo Spann al micrófono—. Es posible que os haya visto. Sigue caminando por Elk. Perro dos, gira a la izquierda en Centre, frente a él, y ve en su misma dirección.

—Mierda. Ha echado a correr en dirección al sur, por Centre, hacia Chambers.

«Joder.» De algún modo, los había descubierto.

—¡Atrapadlo! —gritó Spann por el aparato—. ¡A todas las unidades! ¡Atrapadlo!

En un abrir y cerrar de ojos, toda la zona estaba infestada de policías, y en menos de quince segundos la cosa había acabado: el hombre estaba tumbado bocabajo sobre el pavimento, esposado, frente a Police Plaza.

—Retenedlo ahí. Ya bajo —dijo Spann.

La operación se había ido al traste, pero tal vez sería mejor así. Bien pensado, sí lo era. Ese había sido el resultado que él había deseado desde el inicio. Tenían a uno de sus hombres y ahora él, en persona, haría cantar a ese capullo. Para cuando llegase Longstreet, dispondrían de la información necesaria y ya estarían planeando el rescate del rehén.

29

Filipov oyó el ronroneo de la Zodiac y salió a cubierta justo a tiempo para ver cómo Smith llegaba a Bailey's Hole. Eran las cinco de la tarde, todavía no se había puesto el sol.

Smith se aproximó a demasiada velocidad, no le dio tiempo a frenar y la Zodiac topó con la puerta de carga.

—¿Qué demonios estás haciendo? —dijo Filipov—. ¡Todavía es de día!

—Han pillado a Dalca —dijo Smith tirando de la amarra. La fijó y subió por la resbaladiza regala.

Filipov abrió la puerta de carga, le tendió la mano y tiró de él.

—¿A Dalca? ¿Cómo lo sabes?

El resto de la tripulación se había reunido en la popa de la cubierta.

Smith tomó aliento.

—Lo han pillado. Era una trampa. Ha bajado para asegurarse de que trasladaban a Arsenault, pero tenían vigilada la calle. Lo han detenido.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Me ha enviado un mensaje… y me ha dicho que lo seguían.

—¿Te ha enviado un mensaje? ¿Llevaba un móvil?

—Sí, uno de prepago. Me he deshecho del teléfono al que me ha enviado el mensaje. Estoy convencido de que no han llegado a ser veinte segundos.

Filipov sacudió la cabeza. Menudo marrón. Todo se había ido al traste.

Intentó transmitir con la voz una calma que en realidad no sentía.

—No lo entiendo. ¿Qué quieres decir con que era una trampa?

—Nos dijiste que no nos fiásemos del FBI, ¿verdad? Eso fue lo que dijiste. Que no nos fiásemos de lo que dijesen. Así que Dalca ha bajado a ver si lo trasladaban. Un agente del FBI, Longstreet, dijo que iban a trasladar a Arsenault al Centro Penitenciario Metropolitano para prepararlo para el vuelo a Venezuela. Yo sabía la hora exacta del traslado porque Longstreet me lo dijo y yo se lo dije a Dalca.

—¿Y?

—Dalca ha ido al centro, se ha vestido como uno de esos tipos de Wall Street y se ha puesto a andar por la acera cuando ha llegado la furgoneta. Para asegurarse de que llevaban en ella a Arsenault. —Smith extendió las manos—. Eso es todo.

Filipov miró a Smith cuando dejó de hablar. Por primera vez, fue consciente del terrible error que había cometido al confiar en personas como Smith y Dalca para llevar a cabo algo tan arriesgado. No eran más que dos estúpidos traficantes. Habían caído de pleno en una trampa más que obvia. Dalca acabaría hablando; pues claro que hablaría. Tal vez no de inmediato, pero no tardaría en hacerlo. Y si Dalca hablaba, harían hablar también a Arsenault, enfrentando a uno contra el otro mediante la táctica habitual de el-que-primero-confiese-se-libra.

Ahora sí estaban jodidos. Respiró hondo, haciendo un gran esfuerzo para mantener su rabia bajo control. No tenía sentido tirarse de los pelos; el daño ya estaba hecho, y necesitaba a todos

sus hombres para afrontar lo que estaba por venir. Su única esperanza ahora consistía en largarse del país lo más rápido posible.

Filipov echó un vistazo a la tripulación. Al fijarse en la expresión de sus caras supo que la mayoría de ellos, si bien en diversa medida, entendían la situación. También supo que estaban empezando a plantearse a quién culpar.

—Se acabó —dijo, haciendo un esfuerzo supremo para hablar con un tono de voz bajo y tranquilizador y dándoles tiempo para que asimilasen la noticia—. Tenemos que mantenernos unidos y arreglar este estropicio.

—La hemos jodido —dijo DeJesus—. Prometiste que todo saldría bien. —Sus palabras se vieron respaldadas por un coro de murmullos.

—No estamos peor de lo que estábamos antes —repuso Filipov con calma—. Arsenault iba a hablar tarde o temprano. Centrémonos en lo que tenemos que hacer y sigamos adelante.

—Sí, pero ¿de quién fue la idea de secuestrar a un agente federal? Me refiero a que ¡estamos muy jodidos!

—Canadá está aquí al lado. Tenemos dinero y pasaportes. En veinticuatro horas estaremos montados en un avión hacia cualquier parte. —Miró a su alrededor—. Hace buen tiempo. Casi ha oscurecido. Enfilaremos hacia el golfo de Maine. Conozco una ensenada segura cerca de Yarmouth donde podemos deshacernos del barco. Yarmouth tiene aeropuerto internacional. Mañana estaremos fuera del país.

—No me lo creo —dijo DeJesus, dando un paso adelante y apuntando con el dedo hacia Filipov. Escupió en la cubierta—. ¡Fuiste tú el que quiso recoger el cuerpo! ¡Fuiste tú el que trazó el plan! ¡Tú nos lo propusiste! Pues bien, yo ya no voy a hacer caso nunca más de tus mierdas.

—¿Y cuál es tu plan…?

—Voy a montarme en la Zodiac. Voy a salir de aquí. Y el que quiera venirse conmigo será bienvenido. —Se dispuso a darse la vuelta.

—La Zodiac se queda en el barco —dijo Filipov. Por el tono de sus voces y por sus miradas, comprendió que la tripulación estaba llegando a un punto de inflexión. Si no hacía algo rápido, podía perderlos.

Filipov se inclinó hacia delante y agarró a DeJesus por el hombro. DeJesus se volvió, furioso, abrió la boca para soltar cualquier chorrada, y ahí fue donde Filipov se anticipó. Con la mano derecha tenía aferrada la culata de su pistola, así que la sacó y se la metió en la boca a DeJesus.

El hombre opuso resistencia, pero Filipov apretó con más fuerza.

—¿Vas a discutir por esto?

DeJesus replicó de manera furiosa e incomprensible.

—Asiente para decir sí o no. No creas que es un farol. —Filipov tensó el dedo sobre el gatillo. Lo haría si tenía que hacerlo.

DeJesus se fijó en la mirada de Filipov y dejó de luchar. Tras un par de segundos acabó asintiendo. Filipov aflojó la mano y retiró la pistola.

Filipov miró otra vez a su alrededor.

—¿Alguien más quiere quejarse?

Nadie respondió.

—Lo hecho hecho está. Estamos entre la espada y la pared. Si nos separamos, estamos jodidos. ¿Entendido, DeJesus?

DeJesus le dedicó una mirada torva.

—En cuanto salgamos de Canadá podremos separarnos. Pero hasta entonces permaneceremos juntos. Nadie va a quedarse en Estados Unidos, lo pillarían seguro. Todos tenemos dinero. Tenemos pasaportes. Todavía no nos han identificado. Hay una docena de países en los que podemos ocultarnos durante un tiempo y de los que no podrían extraditarnos: Cuba, Venezuela, Croacia, Montenegro, Camboya.

Volvió a escrutarlos con la mirada y vio que estaban con él. Guardó la pistola en el cinturón.

—¿Y qué pasa con el federal? —preguntó Smith.

—Es el menor de nuestros problemas. En cuanto zarpemos, lo matamos y nos libramos de él. —Miró a su alrededor—. Cortad esos cables, yo llevaré el timón. Vayámonos de aquí echando leches.

30

Diogenes encontró a Constance en sus aposentos de la segunda planta de la mansión de Riverside Drive. Había dejado junto a la cama una maleta cuadrada de Louis Vuitton y un baúl de madera. La maleta, por lo que vio, estaba llena de libros, revistas, incunables y un rollo de lo que parecía ser un antiguo lienzo. El baúl estaba medio lleno de vestidos, así como unas pocas faldas y blusas. Constance estaba mirando hacia otro lado, muy quieta, como si la hubiesen esculpido en mármol. Tenía un brazo extendido hacia el armario abierto y sus pálidos dedos jugueteaban con el aire. Era el puro retrato de la indecisión.

Diogenes notó que el corazón le daba un vuelco y se le atragantaban las palabras.

Se aclaró la garganta para anunciar su presencia. De inmediato, Constance se volvió hacia él. Sus ojos destellaron con una fugaz emoción, que desapareció al instante.

—Perdona la intrusión —dijo Diogenes—. Simplemente quería decirte que todo está listo. He llevado a cabo los preparativos necesarios para nuestro viaje. Por favor, dime a qué hora tengo que avisarte por la mañana.

Constance tardó unos segundos en hablar. Tenía los ojos fijos en el baúl abierto.

—A las ocho debería ser suficiente.

—Muy bien. Constance… —Dudó—. Antes de marcharme, quiero contarte una historia. Una historia real sobre un hombre malo.

Constance alzó una ceja con aire inquisitivo, pero no dijo nada.

—Su nombre es Lucius Garey. Hace seis años, en Nochebuena, irrumpió en casa de un médico de Jacksonville interrumpiendo a la familia, que en ese momento cantaba villancicos alrededor del árbol. El médico tenía dos hijas adolescentes. Garey violó a las dos, al tiempo que obligaba a sus padres a mirar a punta de pistola. Después hizo lo mismo con la madre, de nuevo con todos los miembros de la familia como testigos. Finalmente, disparó a los padres y degolló a las dos chicas.

—Por el amor de Dios, ¿por qué me has contado eso? —repuso Constance con brusquedad.

—Ten paciencia, por favor. A las autoridades les llevó un mes dar con Garey. Un agente de policía murió durante la detención. Garey fue declarado culpable de cinco asesinatos y condenado a muerte. Antes de llegar al corredor de la muerte, sin embargo, logró estrangular a otro preso con sus propias manos. —Dio un paso adelante, con cuidado—. Te he hablado de Halcyon Key. Creo que te parecerá incluso más maravilloso de como te lo he pintado; sobre todo cuando recuperes tu vigor juvenil. También te he hablado del arcanum. Empleando una gran cantidad de tiempo y dinero, y a base de investigación, he sido capaz de reformular el viejo arcanum, o casi, sin recurrir a la desafortunada necesidad de extraerlo de un ser humano en el momento de su muerte.

—¿Casi?

—Hay un inconveniente. Con el objetivo de completar el trabajo, necesito preparar la fórmula original una sola vez.

—¿Por qué?

—La explicación es complicada.

—Esa respuesta no me satisface en absoluto. ¿Me estás diciendo que tienes que llevar a cabo una extracción de cauda equina humana?

—Sí.

—Pero puedes obtener el cauda equina de un cadáver.

Diogenes negó con la cabeza.

—Me temo que no funciona así. La cauda equina tiene que ser fresca, extremadamente fresca. Hay que extraerla en el mismo momento de la muerte. Los investigadores médicos que han trabajado para mí han llegado todos a la misma conclusión.

Diogenes vio que el rostro de Constance se teñía de rabia.

—Me has mentido —dijo, serena, con un tono de voz cortante.

—Lo que te prometí es que ningún ser humano había sufrido. Y eso es cierto: no sufrió ningún ser humano. Lo cierto es que mi investigación habría sido menos complicada y menos cara si hubiese recurrido a seres humanos. Pero sabía que tú te opondrías. Y… ya no soy un asesino.

—Es decir, todavía no has matado a nadie, pero lo harás. Eso es despreciable.

—Deja que me explique, Constance. Por favor.

Constance lo miró sin decir nada.

—Se trata de un hombre que va a morir igualmente. Dentro de tres días, Lucius Garey será ejecutado mediante una inyección letal, en una cárcel al sur de Florida. Ha agotado todas sus apelaciones y el gobernador no ha conmutado la pena. Garey es un sociópata que no ha manifestado ninguna clase de arrepentimiento; todo lo contrario, ha alardeado de lo mucho que disfrutó. Ese hombre horrible, ese sádico asesino y violador, morirá tanto si yo intervengo como si no.

Miró a Constance con intensidad. Ella no dijo nada. Su cara reflejaba de nuevo aquella expresión incomprensible.

—Intenta entenderlo. —Diogenes ahora hablaba más rápido—. Necesito la cauda equina, una cauda equina muy fresca, para llevar a cabo la síntesis química necesaria para recrear la fórmula mejorada. No se puede sintetizar una droga partiendo de la nada. Hay que conocer su estructura química. Tengo que analizarla y determinar la estructura química de ciertos componentes. Estamos hablando de proteínas y componentes bioquímicos complejos que tienen millones de átomos dentro de una única molécula, unidos de formas muy complejas. Durante los dieciocho meses que he trabajado con los bioquímicos que analizaban el problema he aprendido mucho. En cuanto pueda obtener una muestra de la fórmula original, mi trabajo habrá concluido.

Constance se mantuvo en silencio. A Diogenes le ponía muy nervioso la opacidad de su gesto.

—Constance, te lo suplico, piénsalo bien. Se trata de un proceso que solo se producirá una vez. Después la síntesis del arcanum quedará completamente clara. Y nadie resultará herido, porque Garey ya es hombre muerto.

—¿Y cuál es tu plan para apropiarte de la cauda equina «fresca» de ese hombre? —Su voz era fría como el hielo.

—Tras la ejecución, un médico tiene que practicarle la autopsia. Lo prepararé todo para ser yo ese médico. En cuanto tenga la cauda equina, me quedaré con lo que necesito, llevaré la muestra a Halcyon y la sintetizaré bioquímicamente en el laboratorio que he construido allí. Todo está preparado… excepto esto. No se necesitarán más cuerpos. Y tú, mi querida Constance, recuperarás tu vitalidad juvenil, tu salud, por completo. Por favor, Constance. Por favor.

Guardó silencio sin dejar de mirarla. Ella no movió un pelo durante lo que pareció una

eternidad, como si lidiara con alguna clase de conflicto interno.

—De acuerdo —se limitó a decir Constance, en un tono apenas audible.

Diogenes sintió un tremendo alivio.

—Gracias. Gracias por hacerte cargo de la situación —contestó—. Dejaré que sigas haciendo las maletas. Nos veremos mañana, a las ocho.

Y con una sonrisa se dio la vuelta y salió de la habitación.

31

El mar a medianoche parecía una superficie de vidrio ondulado, con la luna en cuarto menguante sobre el horizonte; era una noche perfecta para el asunto que se llevaban entre manos. Filipov estaba al timón y no dejaba de consultar en la pantalla la carta náutica. Había tomado rumbo sur desde Bailey's Hole, pasando por el extremo sur de la isla de Machias Seal, para evitar de ese modo Grand Manan Banks y la flotilla de barcos pesqueros que allí faenaban. Iba en busca de aguas más profundas que las adecuadas para la pesca de arrastre, y según las cartas de navegación la cuenca de Jordan era el lugar idóneo. Estaban ya a ochenta kilómetros de la costa, todavía en aguas estadounidenses, aunque lejos del límite territorial de los veinte kilómetros. El radar no indicaba presencia alguna de barcos, ya fuesen de pesca o de otro tipo, hasta allí donde alcanzaba su frecuencia. Era una de las zonas más profundas de la placa continental, un área muy pobre en cuanto a pesca se refería. El cuerpo podría llegar hasta el fondo y nunca, nunca más volver a subir a la superficie, ni siquiera mediante una red de arrastre.

Filipov aceleró, trazó un círculo con el barco y redujo la marcha hasta mantener una velocidad estable. Estaban en plena corriente del Labrador, un flujo indolente de escasa velocidad y de agua muy fría que descendía de la costa de Labrador, sin viento ni apenas oleaje. No tenía sentido echar el ancla; el barco podía ir a la deriva.

La tripulación se había reunido junto a la cabina del piloto. La luz rojiza del puente apenas iluminaba sus rostros. Filipov miró a Miller. Aquel hombre sentía un odio especial hacia el FBI, así que el capitán decidió dejarle a él los honores; le acompañaría Abreu, el ingeniero, cuya anatomía recordaba a una letrina construida con ladrillos. Eso les alegraría. En cuanto acabaran con el federal y lo lanzasen por la borda, pondrían rumbo a Canadá. Después, en cuanto le resultase humanamente posible, Filipov se libraría de esa pandilla de perdedores y se iría a Macedonia, de donde provenía su familia, pues allí todavía le quedaban parientes. Tenía un montón de dinero, así que podría llevar una vida discreta y ver cómo se desarrollaban las cosas. Pero primero debía asegurarse de que todos llegaban a Canadá, de que nadie decidía probar suerte por su cuenta quedándose en Estados Unidos.

—Miller, Abreu —dijo—. Bajad, coged al federal y subidlo aquí. Y cuidado, se trata de un tipo peligroso. Comprobad vuestras armas.

—¿Por qué no le pegamos un tiro ahí abajo y ya está? —preguntó Miller.

—Dejaríamos sangre y ADN por todas partes y nos llevaría unas diez horas limpiarlo. No. Colocaremos unas lonas en la cubierta de popa y le dispararemos allí. Así podremos limpiarlo todo con la manguera.

Miller y Abreu sacaron sus armas, las comprobaron, se dieron la vuelta y se adentraron en la oscuridad.

Filipov se dirigió a Smith:

—Dwayne, trae seis metros de la cadena de quince milímetros y coloca algunos trozos de lona en la cubierta de popa. Al resto: manteneos atentos. No quiero darle ni una sola oportunidad a ese tipo. Tiene una pinta de mil demonios, pero su aspecto puede resultar engañoso. Distribuíos

por la borda.

Se acercó hasta el panel electrónico y comprobó las mareas nocturnas, bañando con una luz deslumbrante la cubierta de trabajo. Después salió de la cabina del piloto y dejó la puerta abierta. Smith estaba extendiendo las lonas en el suelo y les ponía encima la cadena. La trampilla del compartimento se abrió y apareció Abreu, que tiraba de Pendergast por las esposas; Miller salió tras ellos. Filipov no quería relajarse; recordaba muy bien la mirada que había visto en los ojos de aquel hombre.

—Que todo el mundo tenga sus armas a punto. Vosotros dos, tumbadlo en la lona.

Abreu llevó al agente medio a rastras hasta donde estaban extendidas las lonas y lo dejó caer. El hombre tenía un aspecto horrible, con la cara magullada por la reciente paliza. Sus ojos eran apenas dos ranuras, con los párpados hinchados y ennegrecidos como una masa informe, y tenía sangre reseca alrededor de la nariz. Su cuerpo cayó sobre la lona, con las manos esposadas estiradas sobre la cabeza.

—Acabemos con esto —dijo Filipov—. Miller, hazlo tú.

—Será un placer. —Miller dio un paso al frente hasta colocarse junto al agente, alzó su pistola con ambas manos y apuntó a la cabeza—. Trágate esto, cabrón.

En ese momento, el federal abrió los ojos por completo, mostrando unos asombrosos puntos blancos en aquellos agujeros negros. Miller, sorprendido, apretó el gatillo, pero falló el tiro y, de inmediato, se tambaleó y cayó. A Filipov le dio la impresión de haberlo visto todo a cámara lenta: el federal había golpeado con fuerza el tobillo de Miller provocando que cayese sobre la resbaladiza lona. Mientras Miller caía, el hombre se levantó con un armónico movimiento. Su rostro transmitía de repente la intensidad propia de una criatura demoníaca. Le arrancó a Miller la pistola y le disparó. Después se volvió y disparó a Abreu. Todo sucedió con una increíble rapidez y, sin embargo, a ojos de Filipov, el tiempo se había ralentizado hasta convertirse en un horripilante baile. Pendergast siguió girando, como si fuese una máquina. A continuación disparó al cocinero. La tapa de los sesos de Abreu y la del cocinero salieron disparadas, primero una y luego la otra. Pendergast seguía a lo suyo, moviéndose, acercándose a Smith.

En cuanto Filipov se recuperó del shock, reaccionó y empezó a disparar, al igual que DeJesus, pero Pendergast los había pillado con la guardia baja, en pánico, y disparaban demasiado rápido. El federal esquivó los disparos agachándose y balanceándose, escabulléndose hasta ponerse a cubierto detrás de la cabina de mando.

Smith empezó a disparar también, y los tres se enzarzaron en un terrorífico e inútil tiroteo que, como pudo observar Filipov, no hacía más que acribillar el espacio vacío donde hasta hacía un segundo había estado aquel hombre.

Al darse cuenta de que estaba expuesto, Filipov reculó y se puso a cubierto tras la cabina; Smith y DeJesus se le unieron de inmediato. Se agacharon tras la pared de acero, cerca de la baranda. Se produjo un momentáneo silencio.

—Está al otro lado de la cabina —dijo DeJesus—. Voy a subirme encima.

—No —dijo Filipov jadeando—. Necesitamos un plan.

—Yo ya tengo un plan. Voy a subirme a la cabina antes de que lo haga él y nos dispare. Ese cabrón ha matado a mi amigo. Se va a quedar sin munición. La pistola de Miller tiene siete balas y ya ha disparado tres. Voy a freírle el culo.

—Ese hombre es demasiado rápido. Me lo temía: ha estado fingiendo. Dame un segundo para pensar en…

—A la mierda tanto pensar. Estuve en las fuerzas especiales, sé lo que me hago. Tú y Smith

bordead la cabina hasta la parte de delante. Lo atraparemos mediante un movimiento de pinza. Dejemos que empiece a disparar. Vaciará el cargador… y entonces estará jodido.

Filipov entendió que era un buen plan y dejó de protestar. Vio cómo DeJesus se agarraba al asidero del borde del tejado de la cabina y, con un veloz movimiento, tomaba impulso y saltaba hasta apoyarse sobre el vientre, para encaramarse.

«DeJesus tiene razón», pensó. «Hay que tomar la posición elevada.» Se acercó a Smith y empezaron a avanzar hacia delante, agachados. En el punto en que la cabina se curvaba alrededor del timón, se detuvo a escuchar. No se oía nada. El federal estaba a babor; debía de haberse puesto a cubierto o bien debía de estar desatando la Zodiac. Los tres dispararían y él se quedaría sin munición. Ellos, en cambio, disponían de un montón de cargadores de repuesto.

Filipov le hizo un gesto a Smith para que lo siguiese mientras se deslizaba hacia el rincón. ¿Qué estaba haciendo DeJesus? Era raro que no se oyese nada.

Y entonces ocurrió: un repentino y controlado estallido de disparos, en ráfagas de dos. Una pausa y después más disparos. «DeJesus.» Entonces oyó que las balas impactaban contra la Zodiac, porque sonaba como un tamborileo de aire cuando los pontones empezaron a llenarse de agujeros. La Zodiac era como mantequilla para las balas de calibre 45; no ofrecía ningún tipo de protección. DeJesus iba a dejarla hecha un colador. O al menos eso era lo que Filipov esperaba.

Una tercera ráfaga de disparos. DeJesus estaba usando su tercer cargador.

De nuevo, silencio. Filipov avanzó. Aquel hombre tenía que estar muerto, puesto que DeJesus le estaba disparando desde arriba.

Cuando dobló la esquina del otro lado, agachado, dubitativo, oyó un único disparo. Y a continuación un grito y el sonido de un cuerpo al caer al agua.

Silencio otra vez.

Filipov sintió que se le helaba la sangre. Le había parecido que aquel grito era de DeJesus. ¿Un solo disparo?

Notó un golpe en la espalda y al volverse vio a Smith. Le indicó que debían dar la vuelta y juntos recularon hasta el otro lado de la cabina del piloto, medio arrastrándose, respirando con dificultad. Filipov nunca había sentido tanto miedo. Smith parecía igualmente asustado.

—¿Qué cojones estamos haciendo? —susurró Smith con voz temblorosa.

A Filipov la mente le iba a mil por hora. Tenían que hacer algo, y de inmediato. Pero por su vida que no se les ocurría nada.

32

«Vamos, Filipov», se dijo. «Piensa. Piensa.»

Y entonces, como por ensalmo, supo qué tenía que hacer. Tenían que pillar desprevenido a aquel hijo de puta.

«Hundamos el barco.» El agua estaba a siete grados. Aquel bastardo quedaría inconsciente y moriría en unos quince minutos. Si podían meterse en la cabina, podrían ponerse los trajes de inmersión y salir por la escotilla. El casco del barco era de acero, por lo que no tardaría en hundirse.

Y cuando el barco se hundiese, la radiobaliza de emergencia que indicaba la posición se activaría y, tal como había sido diseñado para ese tipo de casos, enviaría su señal de emergencia. Los guardacostas estarían allí en unas dos horas. Los rescatarían. Pendergast estaría muerto, el *Moneyball* y todas las pruebas incriminatorias estarían en el fondo de océano, así que nadie los condenaría. El cadáver de Pendergast, si es que salía a flote, sería arrastrado muy lejos por la corriente. Tan solo se trataría de otro extraño accidente de navegación.

Se estaba poniendo la luna. Pronto la oscuridad sería total.

Filipov agarró a Smith por el hombro.

—Metámonos en la cabina del piloto. Y bajemos a la sala de máquinas.

Smith asintió. Estaba paralizado por el terror.

—Tú sígueme.

Smith asintió de nuevo.

Filipov alzó el arma y disparó a la ventana de plexiglás una, dos veces, haciendo saltar astillas.

—¡Adentro!

Smith saltó a través del marco de la ventana y Filipov le siguió. A trompicones, bajaron la escalerilla hacia la sala de máquinas. Al cerrar la escotilla de acero, Filipov vio una sombra que se adentraba en la cabina del piloto. Fijó el cierre justo en el momento en que el federal se lanzaba hacia la escotilla.

Lo habían pillado por sorpresa.

Oyó los esfuerzos que hacía el hombre para abrir la escotilla. Filipov entendió que lo primero que haría sería conectar la radio en el canal VHF y enviar un aviso de SOS, el tipo de SOS equivocado. Por otra parte, Smith y él estaban en una situación vulnerable, porque si bien los ojos de buey eran demasiado pequeños para que un hombre pudiera entrar por ellos, sí podía disparar a través del cristal.

—¡Cubre los ojos de buey! —bramó Filipov.

Se lanzó hacia delante, abrió la caja de fusibles, agarró un puñado de cables y tiró de ellos provocando una lluvia de chispas. Después abrió el compartimento de la batería. Había allí cuatro baterías de barco, dos principales y dos de repuesto. Abrió de un tirón uno de los cajones de herramientas, sacó unas tijeras con mango de goma y, tras varios chasquidos eléctricos, cortó los cables positivos: uno, dos, tres y cuatro.

El barco se vio sumido en la oscuridad. También la radio quedó inutilizada.

«La radiobaliza de emergencia.» ¿Sabría aquel bastardo que lo único que tenía que hacer era lanzarla al agua para que se activara y enviara una señal de SOS? A menos que fuese marino, no tenía por qué saberlo. Filipov dio por hecho su desconocimiento.

Se acercó hasta el armario de emergencia, lo abrió y extrajo dos trajes de inmersión. Empezó a ponerse uno a toda prisa y le lanzó el otro a Smith. Oyó gritar a Smith y disparar dos veces a través de una de las escotillas del techo.

—Póntelo. Yo te cubro.

Smith agarró el traje y tuvo que esforzarse para ponérselo, mientras Filipov apoyaba la espalda contra el casco. Los ojos de buey estaban cubiertos, pero no las rejillas de ventilación. Todo estaba oscuro, pero vio cómo una sombra pasaba corriendo por encima de una de las rejillas del techo. Disparó y la destrozó. Entonces le vino a la mente otro detalle: había otro modo de entrar en la sala de máquinas, a través de la trampilla del pique que daba al compartimento del ancla. Era la única escotilla lo bastante grande para que pudiese pasar una persona. Si el federal sabía que estaba ahí, tendrían problemas. Y había otras dos rejillas más pequeñas en el propio pique de proa.

Filipov se apresuró a alcanzar el pique y echó un vistazo a las dos oscuras rejillas del techo. El federal no podría verlos desde allí debido a la oscuridad, pero él sí podría verlo si aparecía gracias a la luz de la luna. Esperó. Oyó ruido de movimiento, aunque muy ligero, a lo largo de un costado del barco hacia la proa. Pasos lentos encima de la sala de máquinas. Un paso, otro paso. Vio una sombra que cubría la rejilla. Estaba preparado y disparó.

La rejilla se hizo añicos. Esperó, controlando la respiración. El corazón le latía tan desbocado que apenas oía nada más. ¿Estaría muerto? Filipov sabía que no. El federal se había levantado del suelo con aquellos ojos plateados, demoníacos, y había matado a tres personas en un suspiro, como si fuera una máquina…

Y en aquel instante el magullado rostro del federal apareció en el hueco de la rejilla, luciendo la misma desdeñosa sonrisa y hablando con el mismo tono de voz aceitoso:

—El hombre con menos suerte del mundo.

Con un rugido de furia, Filipov disparó una y otra vez hacia el lugar en el que había aparecido la cara, y después oyó el chasquido metálico del percutor porque el cargador estaba vacío. «Hijo de puta.»

Smith apareció a su lado, vestido con el traje de inmersión color naranja.

—¿Qué pasa? —Estaba aterrorizado, esperando como un niño a que le dijeran lo que tenía que hacer, histérico al comprobar que Filipov había perdido el control.

Filipov intentó calmarse.

—Hazte con un mazo de la caja de herramientas. Vamos a romper la entrada de la refrigeración del motor en el casco.

Smith dudó.

—Nos hundiremos.

—Esa es la intención.

—Pero…

—Los trajes nos mantendrán a salvo. El federal se congelará. La radiobaliza de emergencia se activará cuando el barco se hunda y automáticamente lanzará una llamada de socorro.

Smith lo entendió. Abrió la puerta que daba al motor y desbloqueó la amplia escotilla que había en el suelo, dejando a la vista la válvula de refrigeración.

—Espera. El dinero. —Dios, casi lo había olvidado. Filipov abrió el compartimento de

almacenaje. Había allí seis pequeñas bolsas de deporte impermeables, cada una con una parte del dinero. Las sacó todas, se colgó tres del hombro y le dio las otras tres a Smith—. Flotarán.

—Pero los guardacostas se preguntarán…

«Mierda.»

—¿Para qué querrían abrirlas y registrarlas? Les diremos que son nuestra ropa.

Smith asintió.

—De acuerdo. Ahora golpea la válvula. Con fuerza.

Smith alzó el mazo y golpeó la válvula. La tubería se torció.

—¡Otra vez!

El federal era como un maldito murciélago: revoloteaba por todas partes, buscaba un modo de entrar. Todavía no había descubierto la rejilla del pique de proa. Tampoco había activado la radiobaliza de emergencia. O sea, que no era marinero. Bien.

¡Bang! Smith golpeó con el mazo. Surgió un potente chorro de agua.

¡Bang!

Filipov oyó pasos apresurados. Smith dio un paso atrás y dejó el mazo.

—Perfecto. Sale como un maldito surtidor.

El agua brotaba como si de un pozo de petróleo se tratase. No iba a tardar nada en cubrir el suelo de la sala de máquinas.

—Salgamos por la rejilla del pique de proa. Abandonemos este maldito barco y alejémonos todo lo posible, fuera de su alcance. A ese tipo solo le quedan cuatro balas y muy pronto tendrá cosas mucho más importantes de las que preocuparse.

—Es verdad.

Smith abrió la puerta que daba al compartimento del ancla.

—Con calma —susurró Filipov—. No abras hasta que te haga una señal. —Asintió.

Smith agarró la rueda y desbloqueó la escotilla que tenía debajo. Entonces esperó a la señal de Filipov. Estaba tan oscuro que este apenas podía verlo. Se metió en el pequeño compartimento, apretándose contra Smith.

—Súbeme. Tiraré de ti desde arriba. —Mientras decía aquellas palabras, Filipov pensó en lo conveniente que resultaría que Smith se hundiese con el barco. De ese modo, él sería el único superviviente.

—De acuerdo —dijo Smith.

—A la de tres. —Puso el pie sobre las manos de Smith.

—Uno, dos y tres. —Smith empujó y Filipov salió a través de la trampilla abierta, se aferró al borde y se impulsó hasta estar fuera. Se volvió y cerró de golpe la trampilla.

Oyó un grito apagado:

—¿Qué demonios…?

Filipov corrió hacia la borda con la intención de sumergirse en el agua, pero de repente ocurrió algo inesperado y, sin saber por qué, cayó tendido sobre la cubierta de proa; las tres bolsas de dinero salieron disparadas. Incluso antes de que pudiese recuperarse, sintió la dolorosa presión de un pie contra su espalda y el frío acero de una pistola se pegó con violencia a su oreja.

—Quítate el traje —dijo una voz tranquila—. O morirás.

La escotilla de proa, que solo podía accionarse desde el interior, se abrió y por ella salió Smith. Filipov dejó de sentir la pistola en la oreja y oyó un único disparo y un grito, y de nuevo sintió la presión contra la oreja, causándole mayor dolor.

—Odio tener que repetir las cosas.

Filipov guardaba la pistola bajo el traje, y si pudiese cogerla… Buscó a tientas la cremallera para abrirla, pero entonces recordó que el cargador estaba vacío. Se detuvo.

—Vamos, quítatelo.

Filipov miró al agente federal. La cubierta ya estaba escorada.

—Pero… nos estamos hundiendo.

—No hace falta que constates lo obvio. Necesito tu traje.

Filipov dudó y el federal disparó el arma. La bala agujereó la cubierta tan cerca de su oreja que le alcanzaron las astillas de fibra de vidrio.

—De acuerdo. ¡Ya me lo quito, ya me lo quito! —No sin esfuerzo, Filipov se quitó el traje. Tal vez dispondría de una oportunidad cuando el federal se lo pusiese; era condenadamente complicado.

—Pon las manos donde pueda verlas, si no te importa —dijo el federal tirando del traje—. Ahora retrocede, un poco más, así es. ¡Excelente!

Le golpeó en la sien con la pistola.

Cuando despertó, el federal todavía estaba a su lado, totalmente vestido con el traje de inmersión naranja y empuñando la pistola.

—Bienvenido de nuevo al barco que se hunde —dijo—. Lamento decirte que ahora vas a ser tú el único que va a morir de hipotermia. A menos, claro está, que sepas cómo evitar que el barco se hunda. Dado que ya no dispones del traje, tienes un poderoso incentivo.

Filipov estaba tumbado sobre la cubierta, mirándolo, y la cabeza le dolía horrores. La cubierta estaba muy escorada. Tres cuartas partes del barco estaban ya bajo el agua.

—No hay… No hay modo.

—¡Oh! Qué lástima.

—¡Por el amor de Dios, déjame bajar a ponerme un traje!

Duda.

—Si dejas que me congele, será asesinato a sangre fría.

—Tienes razón —dijo el hombre—, y mi conciencia es más bien blanda. Muy bien. Levántate, pero por favor no intentes ninguna estupidez. Ve a por el traje y sube otra vez enseguida.

Filipov se puso en pie temiendo desmayarse debido al dolor de cabeza, se deslizó sobre la cubierta escorada y se agarró al asidero cuando abrió la escotilla de proa. Observó aterrorizado que todo estaba medio cubierto de agua. Tendría que bucear a oscuras para conseguir otro traje.

—¿Y la Zodiac? —preguntó con un hilo de voz.

—Está hecha un colador, gracias a tu entusiasta amigo.

Filipov sintió entonces todo el peso del pánico. No había otra opción: había que bucear y abrirse camino hasta el armario de los trajes.

—Voy a tener que… bucear —dijo.

—Eso me temía.

Filipov descendió por la trampilla de proa. El agua le llegaba a la cintura. La radiobaliza de emergencia ya debía de haberse activado a esas alturas y los guardacostas estarían de camino, pero no podía preocuparse por eso. Tomó aire varias veces, contuvo la respiración y se sumergió.

Sentía el agua helada como un martillo que golpeara su cuerpo. Pateando consiguió pasar por la puerta de proa hacia la sala de máquinas, con los ojos abiertos aunque estaba totalmente a oscuras. Los pulmones le ardían cuando llegó a babor, intentando orientarse en la oscuridad. La

corriente que provocaba el agua que atravesaba el casco lo empujaba hacia un lado y se sintió desorientado. Empezó a notar espasmos en el diafragma. Al darse cuenta de que se estaba quedando sin aliento, se dio la vuelta y buceó hacia la proa, pero en lugar de llegar a donde quería chocó contra una pared y, de repente, encontró una bolsa de aire en la parte alta de la sala de máquinas. Boqueando para recuperar el aliento, volvió a orientarse. El agua ascendía con rapidez y la bolsa de aire empequeñecía; el aire escapaba con un siseo a través de la rejilla rota del techo. Mierda, el barco de acero se hundiría del todo en cualquier momento. Volvió a bucear palpando los laterales de la sala de máquinas… Y allí estaba. ¡El armario con los trajes! Todavía abierto. Se coló dentro, agarró la tela de goma y tiró de ella para volver a aprovecharse de la bolsa de aire. Pero ahora ya solo quedaba medio metro de aire en la sala de máquinas. Peleándose con el traje, intentó colocárselo en el agua, pero tenía las manos adormecidas y no había manera. Apenas podía mover los brazos, estaba congelado, y con sus movimientos bruscos solo conseguía que el aire desapareciera más rápido y el siseo fuera más potente. Y entonces, sin previo aviso, notó que el barco descendía de golpe y la bolsa de aire desaparecía, y comprendió que estaban descendiendo hacia las frías profundidades del Atlántico…

33

El teniente Vincent D’Agosta colocó el desayuno que acababa de preparar —una tortilla de huevo blanca con estragón y pimienta molida— sobre la mesa de la cocina del diminuto apartamento de dos dormitorios que compartía con Laura Hayward. Odiaba los huevos blancos, pero había aprendido que conservar la línea, o lo que en su caso podía considerarse como conservar la línea, requería estar siempre a dieta y controlar la comida. Al otro lado de la mesa, su esposa leía el último número de la *Revista de Ciencia Forense y Criminología* mientras disfrutaba de su propio desayuno: el archifamoso sándwich neoyorquino a base de huevo, beicon y queso en un rollo de pan vienés con mantequilla. Poco importaba lo que comiese, ella no engordaba ni un gramo. Resultaba deprimente. D’Agosta cortó un trozo de tortilla, suspiró y la hizo girar sobre el plato con el tenedor.

Hayward dejó la revista.

—¿Cómo tienes la agenda hoy?

D’Agosta pinchó el pedazo de tortilla y se lo llevó a la boca.

—No tengo gran cosa —dijo tras tomar un sorbo de café—. Limpieza. Papeleo sobre el asesinato de Marten.

—Resolviste el caso en tiempo récord. Eso tendría que haber alegrado a Singleton.

—Le gustó la corbata que llevaba ayer.

—¿La moderna? Qué sorpresa.

—Supongo que quiso halagarme para colocarme otro caso. Ya verás.

Hayward sonrió y se centró en la revista.

D’Agosta daba vueltas a la tortilla en el plato. Era consciente de que Hayward, durante las últimas semanas, había procurado que el tono de sus conversaciones fuese intrascendente. Y se lo agradecía. Ella sabía lo mucho que le habían afectado las noticias sobre la desaparición y muerte de Pendergast. Aunque ya había pasado un mes, aún sentía una descarga eléctrica cada vez que pensaba en Pendergast, lo cual sucedía con frecuencia. Por supuesto, había tenido que enfrentarse en otras ocasiones a noticias similares relativas a la muerte del agente del FBI, pero su amigo siempre había acabado reapareciendo, como si de un gato con nueve vidas se tratase. En esta ocasión, sin embargo, parecía las nueve se habían gastado. Se sintió culpable, como si hubiese debido estar allí, en aquel pueblo pesquero de Massachusetts; como si su presencia hubiese podido cambiar de algún modo el fatal desarrollo de los acontecimientos.

El teléfono de D’Agosta empezó a sonar y el tema «Who Let the Dogs Out» acalló por un momento el sonido del tráfico que llegaba desde la Primera Avenida. D’Agosta sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y observó la pantalla: NÚMERO DESCONOCIDO .

Hayward alzó las cejas a modo de pregunta.

—Anónimo. Seguramente son otra vez los de la compañía de préstamos. No se rinden nunca. —Pulsó el botón de IGNORAR .

—Qué mal gusto, llamar antes de las ocho.

El teléfono volvió a sonar. número desconocido . Se miraron en silencio hasta que paró de sonar.

D’Agosta dejó el tenedor.

—¿Me permites probar el sándwich?

Al inclinarse sobre la mesa, el teléfono sonó por tercera vez. NÚMERO DESCONOCIDO . Tras soltar un taco, agarró el aparato y apretó el botón de CONTESTAR .

—¿Sí? —dijo con voz cortante.

La señal llegaba con dificultad; había mucha estática.

—¿Vincent? —dijo una voz débil y distorsionada.

—¿Quién es?

—Vincent, soy yo.

D’Agosta sintió que sus dedos se aferraban con fuerza al teléfono. De repente la habitación parecía estar en penumbra, le resultaba extraña, como si hubiese caído en un sueño.

—¿Pendergast?

—Sí.

Intentó pronunciar unas palabras, pero lo único que logró fue balbucear algo incoherente.

—¿Está ahí, Vincent?

—Pendergast… ¡Oh, Dios mío, no puedo creerlo! ¡Dijeron que había muerto!

Al otro lado de la mesa, Hayward bajó el periódico y se quedó mirando a su marido.

—¿Qué ha pasado? —soltó D’Agosta abruptamente—. ¿Dónde está? ¿Por qué no…?

—¡Vincent! —El tono cortante de Pendergast acalló a D’Agosta—. Necesito que haga algo por mí. Es de vital importancia.

D’Agosta apretó el teléfono contra su oreja.

—Sí. Lo que sea.

—No he podido encontrar a nadie en mi residencia de Riverside Drive: ni a Proctor, ni a Constance, ni a la señora Trask. He llamado al teléfono de la casa y al móvil de Proctor varias veces. Nada. Estoy muy preocupado. Vincent, por favor, vaya allí de inmediato, ahora mismo, y dígame qué pasa. No voy a poder estar de regreso en Nueva York hasta esta noche, y eso como pronto.

—Por supuesto.

—¿Tiene un bolígrafo?

D’Agosta rebuscó en sus bolsillos: sabía que Hayward lo observaba con atención.

—Ya lo tengo.

—Muy bien. —Pendergast le dio el número del teléfono móvil.

—Ahora escúcheme. En la columna de la izquierda de la puerta principal, a un metro y medio del suelo, encontrará un compartimento oculto. Dentro hay un teclado. Introduzca el siguiente código para desconectar la alarma y abrir la puerta: 315-514-17-804-18.

D’Agosta garabateó los números.

—De acuerdo.

—Por favor, apresúrese, Vincent. Estoy sumamente inquieto.

—Le llamaré desde la casa. Pero me gustaría saber dónde ha estado las últimas semanas, la verdad…

D’Agosta no tardó en comprobar que no había nadie al otro lado de la línea: Pendergast había colgado.

—¿Vinnie…? —empezó a decir Laura, pero se detuvo. No dijo nada más; no hacía falta.

D’Agosta comprobó que en el rostro de su mujer se mezclaban las emociones: alivio por que

Pendergast estuviera vivo y preocupación por lo que eso significaba… y por que aquel hombre, otra vez, pudiera arrastrar a D’Agosta a un caso nuevo y peligroso.

Estiró el brazo sobre la mesa y apretó la mano de Laura.

—Lo sé. Tendré cuidado.

Entonces D’Agosta se puso en pie, le dio un beso, vació su taza y salió a toda prisa del apartamento.

34

Mientras cruzaba la ciudad en su coche, D'Agosta no podía siquiera imaginar que algo fuera mal en la mansión Pendergast. Había hablado con Proctor hacía tres semanas sobre la búsqueda del agente desaparecido, y sabía por propia experiencia que aquel reservado y taciturno chófer y guardaespaldas era un hombre de lo más capaz e ingenioso. Si él estaba de servicio, nada malo podía pasar allí. La señora Trask y Constance no acostumbraban a responder al teléfono, y tampoco tenían móvil. Por otra parte, Proctor seguía un horario de lo más extraño.

D'Agosta aparcó junto a la puerta cochera y salió del coche. Eran las ocho y cuarto y la enorme casa parecía sumida en el sueño. Había una furgoneta oscura para pasajeros en la curva, con un distintivo UBER en la ventanilla, pero eso no tenía por qué significar nada: el conductor se estaría tomando un descanso o esperando a un cliente de aquellos edificios cercanos.

Todo estaba en calma. Tan solo se oía el repiqueteo de sus tacones contra el empedrado al acercarse a la puerta principal. Tras una breve búsqueda, localizó el pequeño nicho donde se ocultaba el teclado de acceso, que se abrió cuando lo apretó. Sacó un papel de su bolsillo e introdujo el código. Se oyó un chasquido sordo cuando la enorme puerta de entrada se desbloqueó.

D'Agosta agarró el pomo con la mano, le dio la vuelta y empujó hacia dentro. Con un suspiro la puerta se abrió. Enfrente quedaba el vestíbulo principal, y más allá el extenso refectorio, sumido en las espesas sombras de primera hora de la mañana. Dejó la puerta abierta y se adentró en el refectorio. Llamó a Constance Greene e imaginó que en esos momentos estaría tomando una taza de té en la biblioteca.

Pero al pensarlo mejor no lo vio tan claro. En aquel opresivo silencio algo resultaba inquietante.

Entonces se dio cuenta. Todas las luces estaban apagadas, y había muy pocas ventanas exteriores en esa zona de la mansión. Él mismo no era más que una silueta negra en aquella oscura estancia. Si Proctor lo viese de repente, sin previo aviso, una silueta en penumbra, tal vez tomaría alguna rápida medida por precaución que podría resultar desagradable. Reculó hasta una pared en sombra y analizó la situación.

¿Debería llamar a la puerta? Si no recordaba mal, de hecho no había timbre. Por otra parte, si algo no iba bien, lo último que debería hacer sería indicar su presencia.

Sacó el teléfono móvil, consultó su lista de contactos, encontró el número de Proctor y llamó. Sonó ocho veces antes de cortarse; no tenía buzón de voz.

D'Agosta sacudió la cabeza. Eso era una locura. Estaba dejándose llevar por el nerviosismo. Volvió a guardarse el teléfono móvil en el bolsillo de la chaqueta y recorrió el refectorio hasta el gran vestíbulo. Se trataba de un espacio amplio y elegante, de algún modo mejor iluminado, y se detuvo para apreciar el suave resplandor de las vitrinas de madera que se alineaban en las paredes, los diversos tesoros colocados en orden tras los cristales o en los estantes decorativos de los muros. A su derecha estaba la puerta de dos hojas que llevaba a la biblioteca. Se acercó y anunció su presencia con una discreta llamada.

Cuando cruzó el suelo de mármol, apareció un hombre por un oscuro pasillo desde el otro extremo de la sala. Iba vestido con un traje gris oscuro y llevaba en la mano una maleta cara. Al fijarse en los detalles más llamativos de aquel individuo —era alto, esbelto, pelirrojo y lucía una barba estilo Van Dyke perfectamente recortada—, la sorpresa y la incredulidad lo dejaron helado.

Sabía quién era ese hombre. No solo porque había visto fotografías y reconstrucciones faciales que el propio Pendergast le había mostrado, sino también por la evidente similitud con su hermano. «No puede ser», pensó. «Es imposible.»

Por supuesto, aquel hombre también lo reconoció, y también pareció sorprenderse, aunque controló la expresión al instante.

—Ah, el teniente —dijo con calma aunque con un desagradable deje en su voz.

D'Agosta también conocía aquella voz: la había oído en la semioscuridad de Iron Clock, el cambio de vías que se encontraba más allá del centro de Manhattan, durante una tensa confrontación hacía ya casi cuatro años.

Diogenes Pendergast.

Toda esa información acudió a su mente en un solo segundo. El hombre empezó a moverse, pero le estorbaba la pesada maleta, así que la dejó caer al suelo. Acto seguido, D'Agosta sacó su pistola y le apuntó adoptando una postura de disparo.

—Las manos donde pueda verlas.

Muy despacio, Diogenes sacó la mano que había mantenido bajo el faldón de la chaqueta y alzó los brazos dando un paso atrás hasta colocarse bajo un rayo de luz solar, que cruzó su rostro e iluminó la cicatriz que lucía en una de sus mejillas y también sus ojos: uno plateado y el otro verde.

Se produjo un movimiento entre las sombras que se extendían tras Diogenes y apareció Constance Greene. Se detuvo de golpe.

D'Agosta asintió hacia ella.

—Ponte detrás de mí, Constance.

Durante unos segundos, Constance no se movió. Al cabo, con absoluta compostura, cruzó la estancia, dejó atrás a Diogenes, que tenía las manos en alto, y se colocó tras D'Agosta.

—Así van a ir las cosas a partir de ahora —dijo D'Agosta apuntando a Diogenes—. Voy a pedir refuerzos. Y vamos a esperar a que lleguen, los tres. Si mueves las manos, si mueves un solo músculo, si hablas, si tan solo tienes un tic, te voy a volar los sesos y…

D'Agosta sintió entonces un enorme golpe contra la base de su cráneo. Una luz blanca y brillante cegó su visión, y después todo se volvió negro y cayó al suelo.

Durante un segundo, Diogenes parpadeó ante la escena que acababa de tener lugar. Después miró a Constance, con aquel elegante vestido de color beis y aquel sombrero antiguo pero distinguido, con velo incluido. Todavía llevaba el bolso colgando del hombro. Al mirarla, al comprobar lo que había hecho para protegerlo, se sintió extraordinariamente henchido de emoción. Bajó los brazos y recuperó el equilibrio.

—Eso era de la dinastía Ming —dijo.

Constance dio un paso adelante y miró a D'Agosta. Los fragmentos del jarrón que había utilizado estaban dispersos sobre la espalda inmóvil del teniente.

—Nunca me cayó bien este hombre —murmuró. Y cuando vio que Diogenes rebuscaba en su

chaqueta, se apresuró a añadir—: No es una amenaza para nosotros. Y se trata de no matar a nadie, ¿lo recuerdas?

—Claro que sí, querida, solo pretendía sacar mi pañuelo. —Sonrió, lo sacó, enjugó su pálida frente y lo guardó otra vez—. Permíteme que vaya a por el baúl y podremos irnos.

Diogenes se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad de la mansión.

35

Un ruido en la habitación del hospital despertó a D’Agosta de su sopor narcótico. Se sentía confundido, como sumido en una extraña bruma. Percibía un leve aunque constante pitido en los oídos y notaba un ligero dolor en la parte de atrás de la cabeza. La habitación entera oscilaba como si estuviese bajo el agua.

Intentó aclarar la mente sacudiendo la cabeza. Grave error. Con un gruñido volvió a tumbarse con cuidado y a cerrar los ojos.

Oía voces, voces que reconocía. Abrió los ojos de nuevo. Parpadeó con la intención de disipar la confusión y el efecto de los sedantes. El gran reloj de la pared indicaba que eran las cinco en punto. «Dios mío, ¿he estado inconsciente todo el día?» Laura estaba sentada en una silla al lado de su cama. Su rostro componía un gesto que él reconoció: una mirada hostil, protectora, como si de una leona que cuidara a su pareja se tratase.

—¡Vinnie! —dijo poniéndose en pie.

—Mmm —dijo él intentando hablar, pero la lengua no respondía a su voluntad.

—Vincent, amigo mío.

Esa nueva voz provenía de los pies de la cama. D’Agosta, sin mover la cabeza, desplazó la mirada en aquella dirección. Allí estaba sentado el agente especial Pendergast. D’Agosta volvió a parpadear, impactado por su apariencia esquelética, por los cercos grises que tenía bajo los ojos, por la palidez de la piel bajo la suciedad, por su cara, cubierta de cortes y arañazos. Llevaba puesto un anorak del FBI excesivamente grande para su demacrada figura.

Todos hacían demasiado ruido, incluso cuando empezó a caer otra vez en un estado de semiconsciencia. Permaneció tumbado con los ojos cerrados, intentando centrarse en la conversación. Pendergast le hablaba en ese momento a Laura.

—El helicóptero me ha llevado hasta el helipuerto del centro de Manhattan —dijo Pendergast —. Me han contado lo ocurrido y he venido directamente aquí. ¿Lo ha encontrado usted?

—Al no poder contactar con él por el móvil, he pedido que un coche patrulla se acercase a tu casa. Lo han encontrado en el suelo, en el vestíbulo, bocabajo, inconsciente.

—Supongo que la policía de Nueva York habrá montado un gran dispositivo.

—¿Estás de broma? ¿Por una mujer secuestrada y un policía herido? Han llamado a la caballería.

D’Agosta logró hablar de nuevo. Se le estaba aclarando la mente.

—¡Pendergast!

El agente del FBI se volvió hacia él.

—¿Cómo se siente?

—Mejor que nunca. Dios, cómo me alegro de verle… —Notó que la voz se le quebraba.

Desde la silla en la que estaba sentado a los pies de la cama, Pendergast hizo un gesto de impaciencia.

—Entonces… ¿qué pasó? —logró decir D’Agosta.

—Estuve… en el mar. Para no alargarme demasiado, diré que los caballeros que me salvaron

de morir ahogado decidieron secuestrarme. Me mantuvieron preso en su barco hasta que por desgracia se hundió. Aunque ahora todo eso resulta irrelevante. No era yo mismo cuando le he pedido que asumiese ese riesgo. Lo lamento mucho.

—Olvídelo —dijo D'Agosta.

Una pausa.

—¿Podría decirme, por favor, qué sucedió? —dijo Pendergast.

—No lo fuerce —dijo Laura.

Incluso a pesar de los efectos de la medicación, D'Agosta advirtió que su amigo estaba nervioso y preocupado; algo muy raro en él. Se aclaró la garganta luchando contra una sobrecogedora sensación de fatiga. El médico le había dicho que era posible que también experimentase cierto grado de amnesia, pero por fortuna no había sido así; aunque los detalles exactos de lo ocurrido durante la mañana le resultaban un tanto vagos.

—He entrado en la casa usando el código que me ha dado. He ido hasta el vestíbulo justo antes de que… de que apareciese Diogenes.

Pendergast se puso en pie de un salto.

—¿Diogenes? ¿Está seguro?

—Sí. Venía de la parte de atrás de la casa. Lo he reconocido de inmediato. —D'Agosta se detuvo un momento para recapacitar—. Llevaba una maleta en una mano.

—¿Y qué ha pasado?

—Él también me ha reconocido. —D'Agosta tragó saliva—. He sacado el arma. Entonces Constance ha entrado en la habitación.

Pendergast palideció un poco más.

—Constance.

—Le he dicho que se protegiese colocándose a mi espalda. Le estaba apuntando y me disponía a pedir refuerzos cuando he notado que me golpeaban en la cabeza… —Se detuvo—. Lo siguiente que recuerdo ha sido abrir los ojos en la ambulancia.

Era casi imposible sostener la mirada del rostro demacrado de Pendergast.

—Constance —dijo como para sí mismo.

—Parece bastante claro —dijo Laura—. Diogenes tenía un cómplice, que Vinnie no ha podido ver, que le ha golpeado desde atrás. Estamos buscando huellas en los restos del jarrón que al parecer han usado para golpearle.

—Creía que Diogenes había muerto —dijo D'Agosta.

—Todos lo creíamos —respondió Pendergast. Se sentó de nuevo, inmóvil. Volvió a hablar—: ¿Cómo ha reaccionado Diogenes al verle?

—Se ha sorprendido tanto como yo.

—Y Constance. ¿Estaba esposada? ¿Inmovilizada de algún modo?

D'Agosta intentó recuperar sus recuerdos.

—No, por lo que yo he podido ver.

—¿Qué impresión le ha causado? ¿Parecía contrariada? ¿Drogada? ¿Coaccionada?

—Nunca he conseguido entender sus expresiones. Lo siento. Llevaba un bolso colgado del hombro. Ah, y un sombrero. No recuerdo qué aspecto tenía.

—¿Se ha opuesto? ¿Ha dicho algo?

—Nada. Se ha colocado detrás de mí tal como le había pedido. No ha dicho una sola palabra.

—¿Diogenes llevaba un arma?

El pitido que D'Agosta sentía en los oídos se hizo más fuerte.

—Yo no he visto ninguna.

—Creo que Vinnie ya ha tenido suficiente —dijo Laura con la intención de ponerle fin a la charla.

Pendergast no replicó. Su mirada parecía perdida en ese momento. Pero no tardó en volver al presente. Su aspecto, el destello de sus ojos plateados, era peor de lo que D'Agosta había visto nunca.

Se puso en pie.

—Vincent, le deseo una rápida recuperación.

—Lo cierto es que usted no tiene muy buena pinta —dijo D'Agosta—. Hablando de todo un poco.

—Me ocuparé de mí más tarde. ¿Capitana Hayward? —Se dio la vuelta, le dedicó a Laura una ligera inclinación de cabeza, después encaró la puerta y salió a toda prisa. Antes de que volviese a desaparecer, D'Agosta pudo fijarse en que, debajo del anorak del FBI, el agente llevaba puestos unos sucios pantalones negros hechos jirones prácticamente de arriba abajo.

36

Diogenes Pendergast, bajo la trabajada identidad de Petru Lupei, salió a la terraza particular de la suite que tenía en la décima planta del hotel Corcoran. Se detuvo, como en él era costumbre, para analizar lo que le rodeaba con cuidado obsesivo. El océano Atlántico corría de norte a sur formando una línea uniforme, y las puntas blanquecinas del oleaje reflejaban el tono rosado de las nubes al atardecer. El ajetreo del barrio de South Beach, en Miami, rodeaba el hotel por los cuatro costados, y la música de salsa flotaba en la refrescante brisa que precedía a la noche. Nada parecía ir mal.

Sondeó su sexto sentido para el peligro, esa alarma psíquica en la que confiaba más que en cualquier otra cosa. No indicaba nada.

Dejando de lado la inopinada aparición del teniente de la policía de Nueva York esa misma mañana en Riverside Drive, algo para lo que Diogenes, obsesivo a la hora de planearlo todo, no estaba preparado, todo había salido bien. Incluso la inesperada sorpresa había acabado convirtiéndose en una chispa de esperanza: le había encantado la rapidez con la que Constance, sin dudarlo siquiera, había actuado para neutralizar la amenaza.

Miró entonces hacia ella, que estaba sentada en la silla junto al escritorio, vestida con una falda blanca que le llegaba hasta la rodilla y una blusa de color amarillo pálido; también llevaba puesto un sombrero de paja de ala ancha que oscurecía su rostro y unas gafas oscuras. Tenía uno de sus finos tobillos cruzado sobre el otro y en una mesilla cercana había dejado un vaso helado con refresco de limón.

Era el conjunto que él le había sugerido que llevara cuando se registrasen en el hotel. Diogenes había escogido la ubicación, en Ocean Drive, el corazón del barrio art déco de South Beach, porque allí les resultaría muy fácil ocultarse a plena luz del día entre aquella muchedumbre glamurosa, ensimismada y ostentosa. Y había elegido ese hotel no solo por su elegancia y confort, pues se trataba del viejo Vanderbilt Arms, construido, como la mayoría de los hoteles de Ocean Drive, al estilo aerodinámico, aunque por fortuna con cierto comedimiento, sino también porque era enorme. Acababa de llegar precisamente un crucero lleno de turistas alemanes que acaparaban toda la atención del personal. Se planteó la posibilidad de alquilar el ático, que ocupaba la planta superior entera y disponía de cuatro dormitorios, un piano de cola de dos metros y una piscina infinita, pero consideró que aquello tal vez llamaría la atención. En lugar de eso, se decidió por una Grande Suite de la docena de las que disponía el hotel, con tres dormitorios y ducha de lluvia, ropa de cama Frette y sauna de madera de cedro. Le pareció una buena transición entre la austeridad en la que había vivido Constance en Riverside Drive y el lujo sutil de Halcyon.

El vuelo en primera clase hasta Miami había ido como la seda. Gracias a la férrea e incuestionable veracidad de su identidad como Petru Lupei, no había sido necesario «cambiar de rol» para el vuelo. Todo estaba transcurriendo según el plan; y, sin embargo, al mirar a Constance sentía una punzada de preocupación. Por debajo del sombrero y detrás de las gafas de sol Bulgari, su expresión resultaba inescrutable, pero la quietud de sus extremidades y su manera

de mirar hacia el mar totalmente inmóvil, o el hecho de que no hubiese tocado su bebida, le llevó a pensar en la impenetrable tranquilidad con la que la había visto hacer el equipaje, prepararse para dejar atrás para siempre el 891 de Riverside Drive.

Al mirarla se preguntó si, de hecho, habría sido adecuado quedarse en South Beach mientras obtenía su cosecha de cauda equina. Tras una infancia pobre y espantosa, Constance había vivido confinada en la mansión de Riverside Drive. Incluso estando ya bajo la tutela de su hermano, apenas se había aventurado a salir al mundo exterior: tan solo a algunos rincones de Nueva York, Italia, Inglaterra, Nueva Orleans y la costa de Massachusetts. La estridencia que presidía Ocean Drive —todos aquellos detalles retro y art déco, todos aquellos neones, impregnados de un llamativo narcisismo— resultaba incluso más extravagante que Las Vegas. Esconderse a plena vista en semejante atmósfera moderna había sido parte de la tapadera que Diogenes había escogido para ellos. Sin embargo, ahora se preguntaba si semejante choque cultural, teniendo en cuenta el momento de cambio que atravesaba la vida de Constance, había sido lo más adecuado.

Constance tomó un sorbo de refresco de limón.

—¿Constance? —dijo él amablemente. Ella se volvió hacia Diogenes—. ¿Te importaría entrar un momento? He pensado que sería buena idea hablar de lo que he estado preparando para los próximos días.

Tras unos segundos, ella se levantó. Daba la impresión de que estaba un poco mareada, pues apoyó una mano en la silla del escritorio de camino al salón de la suite. Se sentó en un sofá atiborrado de cojines, se sacó el sombrero y lo dejó sobre el brazo del sofá, se pasó la mano por la frente, y después se quitó las gafas de sol.

Diogenes se sorprendió. Dentro de la habitación, apartada del resplandor del sol, su rostro se veía pálido y ojeroso, como si estuviera magullado ligeramente. ¿Sería a causa del vuelo, o de la conmoción por haber abandonado la casa en la que había vivido tantos años? No. Esas muestras tenían pinta de ser orgánicas, no emocionales. ¿Sería posible que, ahora que había dejado de negar la degeneración física causada por la falta del elixir de Leng, estuviese sucumbiendo a sus efectos? Al mirarla, sintió que el dolor y la empatía se mezclaban con el amor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó sopesando sus palabras.

Ella negó con la mano.

—Un ligero dolor de cabeza. Se me pasará.

Diogenes se sentó en una silla frente a ella.

—Este va a ser el siguiente paso. Está previsto que Lucius Garey sea ajusticiado mañana a las nueve de la noche, en la prisión estatal de Florida, en Pahokee, a unos ciento cuarenta kilómetros al noroeste de aquí. Ya ha sido firmada la orden de ejecución y no será revocada. Ocuparé el lugar del examinador médico, que en el último momento se sentirá indispuesto; nada serio, te lo aseguro, pero le surgirá un asunto que le impedirá cumplir con su deber. El cuerpo llegará a la oficina del forense a eso de las diez. Extraeré de inmediato la cauda equina y la estabilizaré. Después examinaré el cuerpo, tal como exige la ley. Tendré que preparar un informe y cumplir con el papeleo para que transfieran el cuerpo a los familiares. La incisión que llevaré a cabo en la parte baja de la espalda será pequeña y en mi informe la justificaré. A nadie le llamará la atención. Todo se hará según las reglas. Mis credenciales y afiliación pasarán el control.

Hizo un gesto con la mano para abarcar la habitación.

—Durante la próximas treinta y seis horas, mientras esté fuera, te ruego encarecidamente que permanezcas en la suite. Cuanto menos nos vean, mejor. He hecho todo lo que he podido para que esto sea un retiro confortable. Elige el dormitorio que más te apetezca. Hay libros, música y

una videoteca a tu disposición. He incluido la filmografía completa de Yasujirō Ozu, por cierto, y te recomiendo sus películas si todavía no las has visto. Hay servicio las veinticuatro horas, tanto de criada como de mayordomo, obviamente, y un completo menú para comer en la suite a tu disposición. En la nevera hay agua mineral, zumos de frutas y Dom Pérignon. —Palmeó un teléfono móvil que descansaba sobre la mesa de cristal entre los dos—. Si necesitas cualquier cosa, llámame a la hora que sea.

Se puso en pie.

—Debería estar de vuelta pasado mañana a primera hora. Mi yate está amarrado en el puerto de South Beach. Esa misma tarde estaremos en Halcyon. Habré sintetizado el arcanum… y tú recuperarás la salud. —Le echó un vistazo a su reloj—. Tengo que irme en un minuto. ¿Puedo hacer algo más por ti, para que te sientas cómoda en mi ausencia?

—No, gracias.

—¿Necesitas medicinas? ¿Relajantes musculares? ¿Estimulantes?

Ella negó con la cabeza.

De repente, siguiendo un impulso, se arrodilló frente a ella y la tomó de la mano.

—Constance, quiero hacerte una promesa solemne: dentro de dos días, habremos empezado nuestra nueva vida en mi isla privada. Nuestra isla privada. Y me dedicaré en cuerpo y alma a cuidar de tu salud y de tu felicidad.

Se llevó las manos a los labios y le besó las palmas. Constance sonrió.

Diogenes volvió a ponerse en pie.

—Recuerda: llámame siempre que lo necesites. Te quiero.

Entonces se dio la vuelta, tomó el elegante bastón de ratán de Petru Lupei y, silenciosamente, salió de la suite del hotel.

37

Más o menos al mismo tiempo que Diogenes salía de la suite del hotel, Pendergast, todavía ataviado con el anorak del FBI y con los pantalones y la camisa destrozados, entraba en su mansión del 891 de Riverside Drive. Ignoró la cinta policial que acordonaba el lugar de los hechos, cruzó el vestíbulo y dejó atrás las etiquetas para las pruebas y el polvo para las huellas dactilares de la biblioteca.

Nada parecía fuera de lugar excepto la carta que habían dejado en una de las mesitas: una carta dirigida a la casa en la que nunca se recibían cartas salvo las que llegaban al apartado de correos. Era una carta de la señora Trask a Proctor.

Pendergast la abrió. La carta confirmaba que, debido a los problemas de salud de su hermana, la señora Trask se veía obligada a permanecer en Albany una o tal vez dos semanas más de lo previsto. El ama de llaves se disculpaba, pero estaba convencida de que para Proctor no supondría una carga cuidar de Constance.

Pendergast dejó la carta. Permaneció inmóvil durante unos segundos escuchando el silencio de la casa vacía. Después salió de la biblioteca y se dirigió a las plantas superiores de la mansión por la escalera. Primero se detuvo en los aposentos de Proctor y después, a una considerable distancia, en los de Constance.

La casa estaba desierta. Proctor había dejado unas cuantas pistas de que había salido de allí a toda prisa y, a juzgar por la cantidad de polvo acumulado en los muebles, de eso debía de hacer unos nueve o diez días. Su mochila de emergencia también había desaparecido.

Tampoco daba la impresión de que las estancias de Constance hubiesen sido ocupadas recientemente, aunque había muestras de que habían estado preparando el equipaje.

Pendergast, quieto, en medio de aquella conmovedora oscuridad, sacó su teléfono móvil del bolsillo y marcó un número de River Pointe, el suburbio de Cleveland. Recibió respuesta tras el tercer tono. Pendergast esperó en silencio durante quince segundos hasta completar el requerido proceso de identificación.

—¿Estoy hablando con mi agente secreto particular? —dijo al fin en un susurro aquella voz familiar. Hablaba desde una habitación iluminada únicamente por el fulgor de las pantallas de ordenador y una única vela, colocada sobre la ventana de la buhardilla—. Por lo visto, tiene un número nuevo. Y también un móvil nuevo: iPhone 6s, según el hashtag interno. Muy bonito.

—Mime, necesito que haga algo por mí.

—¿Y no es siempre así? Nunca me llama para charlar.

—Es de lo más urgente.

—Eso también es lo habitual. —Suspiró de manera exagerada—. De acuerdo, ¿qué necesita?

—¿Conoce a mi chófer, Proctor?

—Por supuesto. Exmilitar, compartieron unidad durante un tiempo, si no recuerdo mal, de nombre…

—Muy bien. Ha desaparecido de la mansión de Riverside. Hará cosa de diez días, según mis deducciones. Necesito que trace su rastro.

—Eh, eso suena divertido. Y cuando lo haya hecho, ¿podrá hacer usted algo por mí? Los del FBI tienen un juguete nuevo que deseo con locura, un teléfono móvil duplexer que enmascara…

—Lo que quiera. Usted encuentre a Proctor, y manténgame informado. Gracias, Mime. — Pendergast devolvió el móvil al bolsillo. Echó un vistazo a su alrededor una vez más.

A pesar de que la habitación parecía abandonada, D'Agosta había visto esa mañana a Constance en la casa, junto a Diogenes. D'Agosta le había dicho que Diogenes cargaba con una maleta. Y que Constance llevaba puesto un sombrero. Eso no era frecuente en ella, pues solo se lo ponía cuando se disponía a viajar.

«Diogenes.» Que sobreviviese a la caída dentro del volcán Strómboli ya parecía imposible. Pero que estuviese en la casa esa mañana solo podía significar una cosa: venganza. Vengarse de Pendergast y en especial de Constance, quien lo había empujado al volcán hacía casi cuatro años.

Pero algo no encajaba. Las respuestas de D'Agosta habían suscitado ciertas discrepancias; discrepancias llamativas, inquietantes, que Pendergast no se veía capaz de resolver.

Abrió la puerta del vestidor de Constance. A pesar de que su vestuario era muy amplio, Pendergast vio con claridad que faltaban cosas.

Se quedó inmóvil pensando. Habían pasado veinticuatro días desde la pelea en Massachusetts, cuando lo arrastró la corriente del océano. Sin lugar a dudas, durante su ausencia habían ocurrido muchas cosas, a cuál más preocupante. ¿Por qué se había ido Proctor de casa, abandonando de ese modo a Constance? Era lo único que aquel hombre no habría hecho jamás. ¿Adónde había ido? ¿Por qué no había vuelto? A pesar de lo que le había pedido a Mime, Pendergast temía que Proctor hubiese muerto a manos de Diogenes. ¿Qué había estado haciendo Constance, sola, en la casa vacía?

Sin embargo, lo más extraño de todo era intentar imaginar la clase de escena que D'Agosta había presenciado cuando entró en la mansión, poco después de las ocho, aquella mañana. Su descripción de lo sucedido no tenía ni pies ni cabeza.

Había dos escenarios posibles. El primero implicaba que habían pillado a Diogenes con las manos en la masa cuando intentaba secuestrar a Constance con la intención de vengarse, ya fuese de ella o de él o de los dos. No obstante, el comportamiento de Constance, así como su vestuario y sus acciones, tal como los había descrito D'Agosta, no encajaban con esa posibilidad.

El segundo escenario… el que mejor encajaba con los hechos… era demasiado perverso, demasiado horrible, siquiera para tenerlo en cuenta.

Salió de sus ensueños de repente, y se puso en marcha. Abandonó la habitación y empezó una intensa y metódica búsqueda por toda la mansión. Subió al laberíntico desván y desde allí fue descendiendo en busca de información, cualquier clase de información que pudiese ayudarle a resolver el enigma que constituía la casa vacía. No podía quitarse de la cabeza la idea de que, incluso en ese momento, el reloj avanzaba imparable hacia el desconocido destino de Constance…

Dieciséis horas más tarde, Pendergast se encontraba en el sótano, sentado frente al escritorio que Constance tenía en sus reducidos aposentos subterráneos. Reparó entonces en un detalle de suma importancia: ella había estado viviendo allí durante las dos últimas semanas, como mínimo. Frente a él, sobre la mesa, había cuatro objetos: una orquídea, un libro de poemas de amor de Catulo, con una anotación manuscrita en el margen que le resultó familiar, una partitura musical holográfica dedicada a Constance y una pintura t'angka tibetana en cuyo centro se veía la representación de un niño-dios cuyas facciones, una vez más, le resultaban inquietantemente familiares.

Pendergast se sintió contrariado como nunca lo había estado en la vida. Había llegado a la siguiente conclusión: Constance había sucumbido a un proceso de cortejo hermosamente orquestado, sutil e inexorable.

Le resultaba inconcebible pensar que, de todas las mujeres del mundo, Constance hubiese podido ceder a algo así, que hubiese sido engañada, vencida por semejante despliegue de atenciones. Sin embargo, todas las pruebas apuntaban a que era eso lo que había ocurrido.

Pendergast se vio obligado a admitir que, a pesar de su habitual perspicacia en relación a la vertiente criminal de la naturaleza humana, andaba perdido a la hora de entender a las mujeres y las complejidades relativas a las relaciones íntimas. Y de todas las mujeres que había conocido, Constance, con sus fuertes y violentes pasiones, era la más enigmática.

Pendergast le echó un vistazo a la habitación. Estaba detenido, tras horas de incesante actividad, con sus pálidos ojos centelleando al volver a posarse sobre los objetos que había en la mesa. Todavía seguía pareciéndole imposible.

Había un modo de asegurarse, pensó. Se quitó el anorak y, sin tocarlos, envolvió la partitura y el libro de poemas de Catulo, se puso en pie y, tras hacerse con el cepillo del pelo que Constance tenía en su dormitorio, se dirigió a la biblioteca principal.

Encendió un ordenador portátil que guardaban tras uno de los paneles de madera, entró en la página web segura del Departamento de Policía de Nueva York y, tras acceder a la base de datos de huellas digitales, extrajo varias muestras de Diogenes, recogidas cuando su hermano había estado en busca y captura por el robo de un diamante conocido como el Corazón de Lucifer.

Con las huellas digitales de Diogenes en la pantalla, sacó un kit de extracción de huellas portátil y, usando el polvo de impresión y la cinta adhesiva, espolvoreó la partitura musical y el libro de poemas de Catulo. Consiguió extraer dos series de huellas diferentes; una pertenecía a Diogenes.

Las huellas de Constance Greene no figuraban en la base de datos, ni de manera oficial ni de ningún otro modo. Pendergast se centró en el cepillo, extrajo muestras de una única serie de huellas y las examinó, comparándolas con las otras series de huellas del libro y de la partitura. Coincidían con una. Ahí estaba la prueba de que había sido Diogenes, y no otra persona, la que había cortejado a Constance mientras Pendergast estaba prisionero a bordo del barco de los traficantes.

Quedaba otra prueba más por realizar. A Pendergast le asustaba llevarla a cabo.

Permaneció sentado en la oscura biblioteca durante un buen rato. A final, tras acceder de nuevo a la página web de la policía, consiguió las huellas que la policía había extraído de las piezas del jarrón Ming con el que habían golpeado a D'Agosta en la cabeza.

Conocía muy bien aquel jarrón. Era excepcional y frágil. Golpear a un hombre con él podía dejarlo fuera de combate pero no matarlo. Las fotografías de la policía evidenciaban que el jarrón —boca, cuello, asa y cuerpo— se había hecho añicos. Solo el pie del jarrón había quedado intacto.

Pendergast vio en la pantalla las huellas que habían extraído del pie. Había unas cuantas diferentes, pero una destacaba respecto a las otras, y el lugar en el que las encontraron daba a entender que la última persona que había agarrado aquel jarrón lo había hecho de un modo muy particular: con la intención de utilizarlo como arma.

Esas huellas pertenecían a Constance.

Apartó las manos del teclado del portátil y empezó a temblar. Su hermano había cortejado a Constance. A pesar de todo lo que ella sabía sobre Diogenes, y a pesar de la conflictiva historia

entre ellos, había sucumbido a sus encantos y se había ido con él. D'Agosta había interrumpido su partida y ella lo había dejado inconsciente al golpearlo con el jarrón.

Lo invadió una oleada de emociones desconocidas: pánico, confusión y, en el fondo, unos celos nauseabundos. Tenía que hacer algo… de inmediato. Pero ¿qué? ¿Qué estaría haciendo Constance en ese preciso instante? ¿Seguiría con vida? Unas repugnantes imágenes se colaron en su consciencia. ¿Estaría ella ahora —que Dios le perdonase— con su hermano, justo en ese momento? Su pensamiento regresó de golpe a la inesperada discusión que había mantenido con Constance en su habitación del hotel de Exmouth. ¿Acaso la torpeza con la que había gestionado aquel momento íntimo había ayudado de algún modo a lanzarla en los brazos de su odiado hermano?

Sobrecogido, Pendergast se llevó las manos a la cabeza y, tirándose del pelo, de ese pelo rubio casi blanco, lanzó un grito, un grito de dolor, de vergüenza, de rabia impotente… y de un insoportable sentimiento de culpa. Fuera lo que fuese lo ocurrido en aquella casa durante su ausencia, una cosa era evidente: en última instancia, el responsable, siquiera parcialmente, había sido él.

A partir de ese instante no quedaba más remedio que dejar el destino de Proctor en manos de Mime. Pendergast se dedicaría a buscar a Constance y, cuando la encontrase, de eso estaba convencido, también encontraría a su hermano.

Y entonces se aseguraría, de una vez por todas, de que aquel fuese su último encuentro.

38

Durante muchos años, Diogenes Pendergast mantuvo escrupulosamente cuatro identidades falsas diferentes elaboradas hasta en el más mínimo detalle. En cierto sentido, para él se habían convertido en algo real, pues le permitían transformarse en otra persona, y esas transformaciones le servían para expresar varios aspectos de su complicada personalidad. El hecho de poder adoptar otra identidad era una especie de válvula de escape, unas vacaciones de sí mismo, de su peliaguda y torturada persona.

Esas personalidades se habían ido formando, desarrollando y fijando. Crear una nueva identidad en la era digital había supuesto en determinadas ocasiones todo un reto, pero una vez completada, mantener el rastro digital resultaba sencillo. Sin embargo, requería algo más que simple trabajo informático: también requería la presencia física. Conservar a sus *doppelgängers* actualizados y en movimiento, con una vida visible y productiva, sin lapsos sospechosos, conllevaba una considerable cantidad de tiempo. Todo eso, sumado a la creación de Halcyon, había copado casi por completo sus intereses y su quehacer en los últimos tiempos. Dos de sus identidades habían quedado «aparcadas» —a falta de un término mejor— en Estados Unidos. La otra estaba en Europa del Este, donde resultaba más sencillo mantener el anonimato, si bien esta identidad últimamente había permanecido inactiva porque ya no le iba a resultar necesaria.

Había perdido su identidad favorita, la de Hugo Menzies, conservador del Museo de Historia Natural de Nueva York, durante los acontecimientos que culminaron con el desastre ocurrido en el volcán Strómboli. Lamentaba mucho esa pérdida: Menzies había sido la primera de sus identidades falsas y había dedicado muchísimo esfuerzo a su mantenimiento, pues era un distinguido miembro entre el personal de ese gran museo. Después de lo del Strómboli, obviamente, había tenido que centrar toda la atención durante unos cuantos meses en el mero hecho de sobrevivir. Sin embargo, ahora que había recuperado la salud, había tenido tiempo de revisitar las dos identidades falsas que todavía le quedaban y asegurarse de que seguían intactas, actualizadas y fuera de peligro, pues disponían de explicaciones adecuadas para justificar sus ausencias durante la recuperación.

Petru Lupei era una de esas identidades, la más longeva, pero ahora la otra iba a resultarle de especial utilidad. Durante los últimos once años, había sido (entre otras cosas) el doctor Walter Leyland, un médico que residía en Clewiston, en Florida, en la orilla sur del lago Okeechobee. Clewiston estaba bastante lejos de centros urbanos con una población mayor, como Palm Beach o Miami, por lo que resultaba más sencillo mantener el engaño. El doctor Leyland poseía grandes conocimientos de medicina debido a sus estudios. Por otra parte, estaba soltero y tenía una consulta privada en la que atendía a un limitado número de clientes. Pasaba la mayor parte de su tiempo en el extranjero, trabajando para Médicos Sin Fronteras, lo que le había llevado a convertirse en un respetado miembro, aunque más bien ausente, de la comunidad de Clewiston. De hecho, llamaba la atención la ingenuidad con que sus colegas médicos habían aceptado su buena fe como garantía. Además había preparado un historial de acreditación, tanto de la universidad de medicina, como de una residencia en patología y una beca de investigación en

patología forense, que le habían permitido, bajo ciertas circunstancias, ejercer como sustituto del médico forense en el condado de Hendry.

Su objetivo para hacer algo así había sido tener acceso libre a determinadas instalaciones, equipo médico y medicamentos útiles para sus proyectos personales; por ejemplo, había podido disponer de cadáveres a los que de otro modo le habría resultado muy complicado acceder. Y si bien ya no tenía esa clase de aficiones, el avatar del doctor Walter Leyland ahora iba a resultarle de lo más útil.

Las leyes del estado de Florida permitían que los condenados a pena de muerte escogiesen el método para pasar a mejor vida: silla eléctrica o inyección letal. Lucius Garey había escogido la última. Esa elección facilitaba bastante las cosas a Diogenes.

Eran las ocho menos cuarto de la tarde cuando llegó a la puerta principal de la prisión estatal de Florida en Pahokee, flanqueada por hileras de palmeras rechonchas. Iba vestido con un traje serio y con el resto de los elementos del disfraz que daba vida al doctor Walter Leyland: cabello entrecano, lentes de contacto marrones y guata de algodón en el interior de las mejillas. Llevaba un maletín de médico en el asiento del copiloto y había borrado cuidadosamente la cicatriz de su rostro con maquillaje teatral. La barba había desaparecido, pues tanto Petru Lupei como el doctor Leyland iban rasurados. Le mostró su identificación al guardia, quien comprobó su validez en el ordenador que tenía en la garita.

—Bienvenido de nuevo, doctor Leyland —dijo el guardia—. No le veíamos por aquí desde hacía tiempo.

—He estado en el extranjero. Por la epidemia de Ébola.

El guardia asintió con una momentánea mueca de incomodidad.

—Supongo que sabe adónde tiene que ir, que no necesita que lo acompañe, ¿verdad, doctor?

Diogenes sabía perfectamente adónde tenía que ir.

Una de las labores de los forenses del condado de Hendry consistía en examinar los cuerpos de los criminales ajusticiados y firmar su certificado de defunción. Otra, bastante infrecuente para un forense, era administrar las inyecciones letales, si el encargado no estaba en disposición de hacerlo. En una ocasión, hacía ya unos cuantos años, el forense del condado, un tal doctor Caulfeather, le había pedido a Diogenes, por aquel entonces residente en Clewiston como Walter Leyland, que lo ayudase como forense asistente durante la ejecución de un prisionero del corredor de la muerte que había agotado sus apelaciones y tenía programada su ejecución.

Se trataba de una circunstancia que Diogenes, al crear la identidad de Leyland, no había tenido en cuenta. Se había visto felizmente obligado a aceptar, y agradeció a los caprichos de la fortuna que le hubiera puesto al alcance de la mano esa oportunidad, algo que a él jamás se le habría ocurrido.

La experiencia había resultado de lo más interesante. Fue la primera ocasión en la que Diogenes participó de forma legal en la muerte de otro ser humano, con el apoyo y la aprobación del estado. Tras esa ocasión, Diogenes expresó su voluntad de ayudar al doctor Caulfeather en el futuro, siempre que se requiriese su pericia. En los años siguientes se había visto involucrado en tres ejecuciones más, en dos de ellas de forma directa.

Esa noche, sin embargo, tanto al verdugo estatal como al doctor Caulfeather les había resultado imposible asistir a la ejecución de Lucius Garey. El verdugo había tenido que atender una urgencia familiar y el doctor Caulfeather notaba los síntomas de una incipiente apendicitis; ambas incidencias se debían a la intervención de Diogenes, claro. Así pues, las autoridades de Florida, siempre dispuestas a llevar a cabo una ejecución si estaba programada, habían requerido

los servicios del doctor Walter Leyland.

Pendergast detuvo el coche alquilado en el aparcamiento destinado al personal y después pasó el control de seguridad que daba acceso a las instalaciones de la prisión. El área donde se llevaban a cabo las ejecuciones estaba en un edificio separado de donde se encontraba el corredor de la muerte. Entre sus muros estaba la cámara de ejecuciones, donde la seguridad era algo más relajada que en el resto de la cárcel, debido al tráfago de civiles, ya fuesen periodistas, familiares de la víctima o del condenado. En el control interior Diogenes volvió a mostrar su identificación y atravesó una primera y una segunda puertas de acero. La estancia destinada a la inyección letal estaba a la derecha; la de la silla eléctrica, a la izquierda. Diogenes tomó el pasillo de la derecha.

Las ejecuciones en Florida se llevaban a cabo con total puntualidad. Diogenes le echó un vistazo a su reloj. A esas alturas, el condenado ya habría cenado por última vez en su vida, ya le habría visitado el alcaide y, si lo deseaba, un capellán. Le habrían quitado la ropa y le habrían puesto una bata de hospital. Probablemente, en ese preciso instante el médico de la prisión, LeBronk, estaría colocando los electrodos en el pecho de Lucius Garey.

Cruzó las dos puertas que llevaban a la zona de testigos, en la que había una sala para los familiares de la víctima y una sala separada para los del condenado, y se fijó en que en la de los familiares de la víctima había media docena de personas y en la de los familiares del condenado no había nadie.

Siguió adelante hasta llegar a una pequeña habitación, donde se preparaban las inyecciones letales. En un extremo había una puerta que daba a la sala de ejecución. Estaban allí, en aquella pequeña estancia maloliente, el alcaide, dos guardias, varios funcionarios de la prisión asignados a ejecuciones y el médico de la cárcel, LeBronk.

El alcaide asintió en dirección a Diogenes.

—Gracias por venir a pesar de la poca antelación, doctor Leyland.

Diogenes le dio la mano.

—Cumplo con mi deber.

El doctor LeBronk se enjugó la frente sudorosa con un pañuelo y después le tendió la mano a Diogenes. Como la mayoría de las personas que tenían algo que ver con el sistema penal de Florida, LeBronk creía en la pena de muerte con cada fibra de su ser. Sin embargo, cuando tenía que asistir al acto en sí, aquel hombre languidecía como un lirio de invernadero expuesto al sol.

—Un tanto irregular —dijo LeBronk—. Me refiero al hecho de no disponer de nuestro equipo de ejecución.

—¿El sujeto está preparado? —preguntó Diogenes al tiempo que se colocaba una bata blanca que acababa de coger de un colgador. Desde el momento en el que el condenado salía de su celda por última vez, él o ella se convertían en «el sujeto» durante el resto del procedimiento.

LeBronk asintió.

—Por lo general no permitimos que se lleven a cabo ejecuciones con un solo miembro del equipo —dijo el alcaide—. Para tranquilidad del equipo de ejecuciones, como comprenderá, no por consideración hacia el sujeto. Sin embargo, el doctor LeBronk, aquí presente, no se sentía en condiciones. Espero que esto no le resulte demasiado… inconveniente —prosiguió fulminando con la mirada al médico de la prisión.

Diogenes sabía leer entre líneas. El protocolo dictaba que las ejecuciones se llevaran a cabo a dos manos, de modo que ambas inyectaran la mezcla de fármacos en un tubo intravenoso. Solo uno de dichos tubos, sin embargo, estaba conectado a las venas del condenado; el otro vertía su contenido en una bolsa desechable. De ese modo, los encargados de la ejecución podían

consolarse pensando que tal vez quien habían acabado con la vida de un ser humano era el otro. Era la psicología del escuadrón de fusilamiento: uno de los soldados tendría munición de fogueo, el resto munición real.

—No supone ningún problema —dijo Diogenes, cuidándose de que su voz mostrase el tono adecuado de lúgubre resolución, que no se notase en lo más mínimo su buena disposición. Dejó el maletín médico en una mesa—. Hay que cumplir con la ley. Y todos sabemos cuánto le gusta al gobernador que sus ejecuciones se lleven a cabo a tiempo. Sería inhumano, para todos los implicados, reprogramar.

—Pienso exactamente lo mismo. —El alcaide asintió—. Si usted está listo, procedamos.

Diogenes miró la hora en su reloj: justo las ocho y media.

—Estoy listo.

El alcaide se dio la vuelta, les hizo un gesto a los guardias y estos salieron de la habitación. Iban a buscar a Lucius Garey, Diogenes lo sabía, para llevarlo a la sala de ejecuciones.

39

Cinco minutos más tarde, los guardias condujeron a Garey al interior de la cámara. Les seguía un consejero espiritual, de afiliación genérica, vestido de negro. Tumbaron al sujeto en una pesada camilla de acero, le ataron las muñecas y los tobillos con gruesas correas de cuero. Diogenes se fijó en que el monitor para el corazón estaba conectado.

—¿Necesita ayuda para la venopunción? —preguntó el doctor LeBronk. Diogenes negó con la cabeza—. También podría hacerlo todo de principio a fin.

Cruzó la puerta que llevaba a la sala de ejecución. La pared del fondo estaba cubierta por unas cortinas oscuras. Garey estiró su grueso cuello para echarle un vistazo al causante de su inminente muerte. Era un hombre muy corpulento, llevaba la cabeza rapada, sus ojos eran de un azul pálido y casi inexpresivos, y tenía la piel de los brazos, el cuello y el pecho cubierta casi por completo de azulados tatuajes carcelarios. Resultaba difícil saber qué clase de emociones estaría experimentando, pues por su rostro parecían ir desfilando, uno tras otro, el miedo, la ira y la incredulidad.

Diogenes miró a su alrededor con la intención de familiarizarse con el espacio mientras repasaba mentalmente el procedimiento a seguir. Alargó el brazo para hacerse con un tarro con bolas de algodón y limpió el interior del brazo derecho del hombre con alcohol.

El tubo intravenoso iba desde el administrador de fármacos de la habitación contigua hasta el soporte que había junto a la camilla. Diogenes le practicó un torniquete y apretó con el índice sobre la piel de Garey para buscar la vena cubital. Le costó un poco controlar ese tipo de aguja, pero no tardó en encontrar la vena y clavar la aguja conectada al tubo intravenoso. Después soltó el torniquete.

Garey observó el procedimiento sin mostrar la menor curiosidad.

Diogenes procedió con los últimos pasos preliminares, luego se apartó de la camilla y cruzó la puerta que llevaba a la habitación desde la que se administraban los fármacos. Cuando quedó fuera de la vista, con una sábana le cubrieron a Garey las piernas hasta el vientre. Entonces las cortinas que tapaban la pared del fondo se abrieron con un zumbido, dejando a la vista dos amplios paneles con cristales de efecto espejo. Garey no podía ver a los testigos que estaban al otro lado, pero ellos sí podían verle a él.

Se oyó un leve chirrido por megafonía.

—Silencio en la sala de testigos, por favor —dijo la voz del alcaide. Y tras una breve pausa añadió—: ¿Quiere el condenado decir unas últimas palabras?

—Que os jodan —dijo Garey. Ahora en su rostro no había más que ira. Escupió en dirección al cristal de efecto espejo.

En la sala de administración de fármacos, Diogenes firmó los papeles que le tendió el alcaide. Acto seguido comprobó el mecanismo que contenía los fármacos, que incluía una serie de jeringas listas y cargadas por los funcionarios de la prisión. En lugar de la habitual pareja de dosis, esa noche había solo una. En Florida, al igual que en otros muchos estados, se usaba una combinación de tres fármacos, un controvertido cóctel que caducaba fácilmente, basado en la

disponibilidad de dichos fármacos. El resultado, sin embargo, era siempre el mismo. El primer fármaco inducía la inconsciencia, el segundo causaba parálisis y respiración vacilante y el tercero detenía el corazón. Siempre se inyectaban en el mismo orden.

Diogenes examinó los fármacos y las dosis en el aparato que las administraba: cien miligramos de clorhidrato de midazolam, seguido por dosis masivas de bromuro de vecuronio y cloruro de potasio. Tomó los gruesos formularios estatales de la ejecución y rellenó la primera de las dos secciones indicando su nombre, el nombre del sujeto, su número de identificación como médico, el número de la licencia de ejecución y los fármacos administrados.

—Cinco minutos —dijo el alcaide.

Diogenes rompió los precintos de papel que rodeaban las jeringas, después las fijó en las tres líneas intravenosas, de una en una. En la sala de ejecución, Garey estaba empezando a gritar; era un parloteo rabioso y básicamente incoherente, menos las palabrotas. Sin prestarle atención, Diogenes encendió el monitor para el control del corazón con el fin de comprobar el ritmo cardíaco del sujeto. Era bastante elevado… como cabía esperar.

Uno de los guardias entró en la sala.

—¿Es su última declaración? —preguntó el alcaide con tono cansino, prosiguiendo con la lista de verificación estándar.

—Si quiere llamarlo así, sí, señor —respondió el guardia.

—¿Y la oficina del gobernador?

—Da luz verde.

Todo estaba en silencio en la sala salvo por las palabrotas de Garey, más fuertes ahora, que se colaban por la puerta entreabierta. El alcaide observó la aguja del reloj de pared, que despacio marcó un minuto y luego otro. Y entonces se volvió hacia Diogenes.

—La ejecución debería comenzar —dijo.

Diogenes asintió. Se volvió hacia la primera jeringa e inyectó el midazolam. El líquido incoloro bajó por el tubo intravenoso que se colaba, junto a otros cuantos más, por un pequeño agujero circular que daba a la cámara de ejecución.

«Constance», susurró para sí mismo, casi de modo reverencial.

En un primer momento, Garey continuó vociferando, pero sus gritos fueron cada vez más apagados y confusos. En cuestión de unos treinta segundos, ya solo podía oírse un incoherente y esporádico murmullo.

Diogenes presionó la segunda jeringa para dar salida al paralizante. Todos los ojos que había en la habitación estaban fijos en la puerta parcialmente abierta que daba a la cámara de ejecución, o bien en la pequeña ventana de observación de la pared más cercana. Nadie se dio cuenta de que Diogenes metía una mano en el bolsillo de su bata de laboratorio, agarraba otra jeringa que había sacado de su maletín médico, la colocaba allí, con la aguja insertada en la válvula de inyección del tercer catéter, e introducía el contenido en el tuno intravenoso. Con la misma velocidad, devolvió la jeringa, ahora vacía, al bolsillo.

Ese cuarto ingrediente secreto del cóctel mortal era una aportación personal de Diogenes: una combinación de benzoato de sodio y sulfato de amonio, que solía utilizarse, entre otras cosas, para mantener la carne fresca.

Segundos después empezaron a oírse bufidos en la habitación, y a continuación toda una serie de murmullos.

—Mírenlo —dijo el guardia de la sala de ejecución—. Está dando vueltas como un pez. Nunca había visto algo así.

—Parece como si estuviese sufriendo mucho —dijo LeBronk con voz tensa.

—¿Cómo es posible? —El alcaide maldijo entre dientes. Se volvió hacia Diogenes—. ¿Qué está ocurriendo?

—Por lo que a mí respecta, nada. Todo está en orden. Voy a introducir el cloruro de potasio.

—Dese prisa —dijo el alcaide.

Con suma lentitud y cuidado, Diogenes bajó el émbolo de la tercera jeringa, cuyo contenido provocaría una parada cardíaca y causaría la muerte. Debido a los productos químicos no autorizados que corrían por sus venas, tal vez el asesino estaba sufriendo más de lo habitual. Bastante más de lo habitual, para ser exactos. Sin embargo, era muy importante que lo que Diogenes tenía que recoger estuviese lo más fresco posible.

El émbolo descendió hasta abajo. Ahora ya solo era una cuestión de tiempo. Diogenes observó el monitor y vio que el ritmo cardíaco se ralentizaba de forma inexorable al tiempo que, en la sala de ejecución, Lucius Garey luchaba débilmente, boqueando y jadeando en busca de aire; era evidente que sufría, a pesar del sedante y del paralizante. «Así es como el mundo acaba. Así es como el mundo acaba.» Respiró hondo y apartó de sí esa vieja voz. Pasaron doce minutos antes de que la actividad cardíaca cesase por completo.

—Hecho —dijo Diogenes con energía, apartándose del monitor.

El alcaide intercambió una mirada con el médico de la prisión. Ambos tenían un aspecto ceniciento. El condenado había tenido una muerte desagradable, prolongada y dolorosa. A Diogenes le molestó la debilidad e hipocresía de uno y otro.

El alcaide respiró hondo para intentar recomponerse.

—Muy bien —dijo—. Doctor Leyland, ¿podría por favor confirmar que el sujeto ha expirado y firmar el certificado de defunción?

Diogenes asintió. Se alejó del monitor, sacó varias cosas de su maletín —y aprovechó para guardar la jeringa vacía— y entró en la sala de ejecución. Las cortinas habían vuelto a cerrarse. Los miembros del equipo de la prisión ya habían acompañado a los familiares fuera, y los testigos oficiales firmarían ahora la documentación. Diogenes se acercó al cadáver de Lucius Garey. El hombre, en su agonía, había tirado con fuerza de las correas de cuero, como demostraban las marcas y los restos de sangre en las muñecas y en los tobillos. Diogenes extrajo la aguja de la vena cubital y la tiró al cubo de residuos médicos. Enfocó la luz de una linterna a los ojos de Garey y confirmó que las pupilas estaban fijas y dilatadas. Ya no volvió a mirar el rostro del cadáver: le resultaba ofensiva su desagradable expresión, y también la protuberancia grasienta en la que se había convertido su lengua, una especie de polo helado de color berenjena, hinchada como si hubiese sufrido alguna clase de intoxicación. No obstante, siguió de manera metódica los pasos necesarios para confirmar su muerte. Apretó el trapecio para asegurarse de que no había dolor reflejo, observó el color de la piel, comprobó que no hubiera signos de esfuerzo respiratorio y palpó la arteria carótida para verificar que no había pulso. Con el estetoscopio auscultó atentamente el pecho del cadáver durante dos minutos por si había signos de respiración o de ritmo cardíaco. No oyó nada. Lucius Garey estaba bien muerto. Dio un paso atrás, se dio la vuelta y se alejó deprisa del cuerpo con sensación de alivio: Garey había vaciado sus intestinos durante la ejecución.

Diogenes salió de la sala, informó al alcaide y a LeBronk y rellenó después el papeleo oficial atestiguando la fecha y la hora. Ahora ya estaba todo hecho, todo excepto lo que para Diogenes era el paso más importante de todos.

Sabía que en aquel momento habría una furgoneta refrigerada esperándolo en un pequeño

aparcamiento fuera del edificio. Le dio la mano al alcaide y luego a LeBronk. Todavía se les veía un tanto alterados por la prolongada agonía de Garey. A Diogenes no dejaba de sorprenderle que nadie de los allí presentes, o de donde fuese, se hubiese fijado en que el doctor que había administrado a Garey el cóctel de fármacos letal era también el médico que daba fe de la muerte y realizaba la autopsia, algo sumamente inusual. Como resultado, el extraño conservante que había añadido a la mezcla jamás sería descubierto en la sangre del muerto. Por supuesto, no le había dicho a Constance que él iba a ser verdugo y forense a un tiempo, pues eso la habría inquietado sin necesidad.

En cosa de cinco minutos había salido de la cárcel y se dirigía a LaBelle, en el condado de Hendry, donde se encontraba la oficina del forense. Miró hacia el sudeste, en dirección a Miami. «Mientras mi pequeña, mientras mi preciosa, duerme.» En el maletero del coche alquilado, junto al magnífico traje, el tinte rápido para cabello y las lentes de contacto de color de Petru Lupei, llevaba un recipiente médico especial, preparado para transportar órganos o tejido humano en caso de trasplante o para emergencias. En ese momento estaba vacío.

En cuestión de una hora, pensó, ya no lo estaría.

40

La oficina de Howard Longstreet en la planta veintitrés del número 26 de Federal Plaza no se parecía en nada a la típica oficina del FBI, que era como a Longstreet le gustaba que fuera. Principalmente por una cosa: allí rara vez recibía visitas. El director ejecutivo asociado de inteligencia citaba a otros; a él nunca lo citaban. Pero había otras razones: teniendo en cuenta la elevada posición de Longstreet en el FBI, era un tanto espartana. Longstreet evitaba los típicos trofeos, los certificados o premios enmarcados y las fotografías con el presidente que eran habituales en esa clase de oficinas. Ni siquiera tenía ordenador, pues realizaba sus trabajos digitales en cualquier parte. En lugar de todo eso, tenía tres de las paredes cubiertas de estanterías con libros sobre cualquier tema imaginable, una mesa pequeña en la que apenas cabía un servicio de té y dos sillones orejeros de agrietado cuero rojo.

Longstreet, con todo lo alto y delgado que era, estaba apoltronado en uno de los silloncitos. Estaba leyendo, al mismo tiempo, un informe confidencial y una novela de George Eliot, concretamente *Daniel Deronda* . De vez en cuando se detenía para tomar un sorbo de la bebida helada que tenía en la mesilla.

Llamaron con suavidad y acto seguido la puerta se abrió apenas.

—Está aquí, señor —anunció la voz de su secretario personal.

—Hazlo pasar —ordenó Longstreet.

La puerta se abrió por completo y A. X. L. Pendergast entró en la habitación. Dos días después de su rescate, su rostro más bien inquietante seguía mostrando las marcas de los numerosos arañazos y quemaduras, pero de nuevo lucía su característico traje negro.

—Aloysius —dijo Longstreet—. Buenos días. —Señaló hacia el sillón vacío, un tanto polvoriento debido al desuso. Longstreet indicó con un gesto su bebida—. ¿Puedo ofrecerte un Arnold Palmer?

—No, gracias.

Longstreet le dio un sorbo a su vaso.

—Has estado ocupado.

—Podría decirse así.

Aquellas pocas personas que conocían bien a Pendergast se habrían dado cuenta de que se dirigía a Longstreet de un modo diferente a como se dirigía a los demás. Había menos ironía en su tono de voz, y su habitual distancia sideral se veía un tanto temperada por algo que podría pasar por deferencia. Se trataba de un vestigio —Longstreet lo sabía— por el hecho de encontrarse en compañía de un hombre que en el pasado había sido su superior en la cadena de mando.

—Quiero agradecerte que me hayas rescatado —dijo Pendergast—, y que me hayas traído de vuelta a Nueva York tan rápido.

Longstreet hizo un gesto con la mano para restarle importancia. Se inclinó hacia delante y clavó sus brillantes ojos negros en Pendergast.

—Puedes agradecérmelo respondiendo a unas preguntas, con la sinceridad que siempre espero

y exijo de ti.

Pendergast se relajó un poco.

—Contestaré cuanto pueda.

—¿Quién te trajo al FBI?

—Ya lo sabes: Michael Decker.

—Sí. Michael Decker. —Longstreet se pasó una mano por su larga cabellera gris—. Mi informante directo, y tu mano derecha, mientras estuvimos en la compañía Fantasma. Te salvó la vida en dos ocasiones durante la última operación táctica, ¿no es cierto?

—En tres ocasiones.

Longstreet alzó la ceja como si le hubiese sorprendido el dato, pero lo cierto era que ya conocía la respuesta a esas preguntas.

—¿Y cuál era el lema de la compañía Fantasma?

—*Fidelitas usque ad mortem* .

—Cierto. «Lealtad hasta la muerte.» Mike y tú erais íntimos, ¿verdad?

—Para mí era como un hermano.

—Para mí era como un hijo. Después de la compañía Fantasma, ambos fuisteis como hijos para mí. Y desde su muerte he intentado asumir su papel en lo que a ti respecta. He hecho todo lo que estaba en mi mano para darte carta blanca en aquellos casos que más te interesaban. Porque, después de todo, eres el mejor, y sería una vergüenza malgastar o, Dios no lo quiera, no contar con tus servicios. Varias veces, incluso, te protegí de la ira del FBI. Hasta donde fui capaz, claro está. Hubo una o dos ocasiones en las que no pude ayudarte todo lo que habría querido.

—Lo entiendo, Howard. Y siempre te estaré agradecido.

—Pero ahora de lo que quiero hablar es de la muerte de Mike Decker. —Longstreet le dio otro sorbo a su bebida.

Pendergast asintió despacio. Tres años atrás, habían encontrado a Decker en su casa de Washington D. C, asesinado; le habían clavado la cabeza al sillón de su despacho con una bayoneta.

—En un primer momento, algunos sospecharon que tú podías ser el asesino. Yo, por supuesto, no estaba entre ellos. Después quedó claro que fue tu hermano, Diogenes, quien mató a Mike, para de paso implicarte a ti.

Longstreet observó su bebida.

—Y ahora es cuando llegamos al meollo del asunto. Pocos meses después, cuando se aclararon los falsos cargos, hablaste conmigo en privado y, aunque no utilizaste estas palabras exactas, obviamente, me dijiste: «Esto no te lo he dicho yo, pero mi hermano ha muerto». Cuando te pedí una prueba me contestaste que si bien no habías visto el cadáver con tus propios ojos, tenías todas las pruebas necesarias para confirmar su muerte. Me pediste que no llevara a cabo ninguna investigación y que aceptase tu palabra. Tu explicación fue que no querías que yo, tu amigo y mentor y antiguo superior, perdiese un montón de horas dirigiendo una investigación que en última instancia resultaría infructuosa. Me diste a entender que, llegado el momento, tendría que enterrar la muerte de Mike Decker con discreción entre los casos sin resolver. Y así lo hice.

Longstreet se inclinó un poco más hacia delante y apoyó ligeramente el índice en la rodilla de Pendergast.

—Pero ahí radica el problema. Cuando desapareciste, al parecer ahogado cerca de Exmouth, en Massachusetts, como es lógico enviamos un equipo de campo para que llevase a cabo una

cuidadosa investigación. Y si bien no encontramos rastro de tu persona, ya fuese vivo o muerto, dimos con tres huellas dactilares, todas en un muelle de observación de madera con vistas a la playa del pueblo, que pertenecían a tu hermano. Diogenes.

Longstreet se reclinó hacia atrás y dejó que sus palabras flotasen en el aire un momento antes de proseguir.

—Mantuve ese descubrimiento en silencio. Pero puedes imaginar qué me vino a la mente. Como miembros de la compañía Fantasma, una de las unidades más pequeñas, más secretas y más profundamente leales del ejército, hicimos un juramento de sangre para vengar a cualquier miembro que hubiese muerto a manos de otro. Cuando en concreto me dijiste que tu hermano, el asesino de Mike Decker, había muerto, de hecho me estabas pidiendo que dejase de lado mi juramento de sangre. Ahora, años más tarde, hay pruebas concluyentes que indican que, a pesar de todo, no está muerto. —Clavó la mirada en Pendergast—. ¿Qué está pasando, Aloysius? ¿Me mentiste, traicionaste nuestro juramento común, porque tu hermano era tu hermano?

—No —respondió Pendergast de inmediato—. Creía que había muerto. Todos creíamos que había muerto. Pero no es cierto.

Longstreet permaneció inmóvil durante un momento. Después asintió, y se acomodó en el sillón esperando.

Pendergast parecía estar en otra parte, muy lejos de allí. Tras varios minutos, se puso en pie.

—Voy a tener que compartir una historia contigo —dijo—. Una historia familiar de carácter privado. Tú has mencionado que Diogenes intentó involucrarme en el asesinato de Mike Decker, entre otras cosas. Durante un tiempo tuvo éxito, y estuve en prisión.

Pendergast de nuevo guardó silencio durante un rato.

—Tengo una protegida cuyo nombre es Constance Greene. Aparenta poco más de veinte años. Ella también tiene un pasado difícil que ahora no viene al caso. Lo que sí importa es que es una mujer muy frágil tanto mental como emocionalmente. Posee un temperamento explosivo. Cualquier amenaza hacia ella o hacia aquellos pocos que considera íntimos puede desencadenar en ella una reacción violenta, incluso homicida. —Respiró hondo—. Cuando estuve en prisión, Diogenes sedujo a Constance y después se libró de ella mediante una cruel nota en la que le sugería que se suicidase antes que vivir con la vergüenza. La respuesta de Constance fue perseguir a Diogenes guiada por una furia imparable. Lo buscó por toda Europa y al final le dio caza en la isla de Strómboli. Allí, lo lanzó a la corriente de lava que descendía desde el volcán.

La única reacción de Longstreet fue alzar sus tupidas cejas.

—Tanto Constance como yo creímos que Diogenes había muerto. Y en los años siguientes no hubo razón para creer otra cosa. Hasta los últimos días que pasé en Exmouth.

—¿Se puso en contacto contigo?

—No. Pero lo vi, o creí verlo, en una ocasión… mirándome desde la distancia. Más tarde tuve pruebas de que había estado merodeando cerca. Pero antes de que pudiera hacer algo al respecto la corriente se me llevó mar adentro y después me secuestraron. Estas semanas, por lo visto… —Pendergast se detuvo un segundo para tranquilizarse—, Diogenes se las ha ingeniado para… inmiscuirse otra vez en la vida de Constance.

—¿Inmiscuirse?

—Todas las pruebas apuntan a que o bien la ha secuestrado, o drogado, o bien el síndrome de Estocolmo la ha obligado a convertirse en su cómplice. En cualquier caso, los vieron salir o escapar juntos de mi residencia de Riverside Drive hace dos días.

Longstreet frunció el ceño.

—El síndrome de Estocolmo implicaría una participación activa por parte de ella. El secuestro no. Hay una gran diferencia.

—Las pruebas señalan que Constance ayudó activamente en su secuestro.

La oficina quedó en silencio. Longstreet estiró sus largos y finos dedos y apoyó su greñuda cabeza en ellos. Pendergast permaneció inmóvil como una estatua de mármol en aquel viejo sillón orejero. Pasaron unos cuantos minutos. Hasta que Pendergast carraspeó y dijo:

—Lamento no haber compartido contigo estos detalles con anterioridad. Son dolorosos. Mortificantes. Pero… necesito tu ayuda. Soy consciente del juramento de sangre que hicimos. Antes me fallaban los nervios porque concernía a Diogenes. Pero ahora me doy cuenta de que solo existe una posible respuesta: mi hermano debe morir. Tenemos que trabajar juntos para seguirle el rastro y asegurarnos de que no sobrevive a su captura. Como has dicho, se lo debemos a Mike Decker: debemos asegurarnos de que el tema queda zanjado de una vez por todas.

—¿Y la joven? —preguntó Longstreet—. ¿Constance?

—Tiene que resultar ilesa. Sabremos su grado de implicación en el asunto cuando Diogenes haya muerto.

Longstreet recapacitó unos segundos. Entonces, en silencio, le tendió la mano.

Guardando el mismo silencio, Pendergast se la estrechó.

41

La lancha dividió el agua cerúlea con su desplazamiento sedoso; el cálido aire agitaba el cabello caoba de Constance y jugueteaba con su largo vestido. Estaba tumbada en una silla tapizada de color turquesa junto a Diogenes, que llevaba el timón. Habían partido en el yate del puerto de South Beach y habían llegado a un lugar llamado Upper Sugarloaf Key. Allí, junto a un bungalow abrigado por los pinos que crecían junto a la orilla, habían cambiado de embarcación por una más pequeña con menos calado. Diogenes le había hablado de ella en tono reverencial: se trataba de una lancha Chris Craft de carreras, de seis metros de eslora, construida en 1950, que él había restaurado igualando los costados, colocando cubiertas nuevas y rehaciendo con meticulosidad el motor. El nombre de la lancha, en letras de oro con rebordes negros, era PHOENIX , y debajo podía leerse HALCYON KEY .

A medida que se aproximaban a su destino, Diogenes iba cambiando. No era un hombre voluble de entrada, pero se había vuelto más comunicativo, por no decir hablador. Al mismo tiempo, su rostro, habitualmente cubierto por una suerte de máscara, estaba ahora relajado y tranquilo, y mostraba una expresión casi soñadora; un cambio de lo más extraño, pues por lo general su gesto era más bien vigilante y grave. El viento agitaba su corto cabello color jengibre y miraba hacia delante con los ojos entrecerrados. En tanto que Petru Lupei, entre otros detalles, usaba lentes de contacto de colores para ocultar la blancura de su ojo muerto, pero Constance se dio cuenta de que, al parecer, se las había quitado en algún momento, lo que devolvía a sus ojos su natural estado heterocromático; también se había quitado el tinte del pelo. Su barbita estilo Van Dyke estaba volviendo a crecer. Incluso su forma de moverse, y de hablar, parecían haber cambiado. Ahora recordaba mucho más al Diogenes que ella había conocido hacía ya casi cuatro años, aunque poseía una mentalidad diferente: no era tan radical, y ni mucho menos tan arrogante o cruel.

—A la derecha están los cayos conocidos como Rattlesnake Lumps —dijo, soltando el timón cromado y señalando con la mano un grupo de islas diminutas cubiertas por palmeras enanas.

Constance miró hacia donde le había indicado. El sol estaba ya cerca de la línea del horizonte, a su izquierda, un enorme globo amarillo que trazaba centelleantes senderos sobre el agua y bañaba aquellas diminutas islas con una luz dorada. Allí donde miraba veía islas bajas, deshabitadas y salvajes. Nunca había pensado demasiado en los cayos de Florida, pero jamás se habría esperado encontrar un lugar con semejante belleza y serenidad, y aislamiento tropical. Las aguas no eran profundas —Constance podía ver el fondo a medida que avanzaban—, pero Diogenes pilotaba el barco con seguridad, como si conociese de memoria aquellos canales poco profundos y sinuosos.

—A ese pequeño cayo de la izquierda lo llaman Happy Jack, y el que tenemos enfrente es Pumpkin Key.

—¿Y Halcyon?

—Pronto llegaremos, querida mía. Pronto. Ese gran cayo a la derecha, cubierto de manglar casi por completo, es conocido como Johnston Key.

Giró el timón y la lancha viró suavemente a la izquierda, hacia el sol poniente, dejando Happy Jack a la izquierda y Johnston a la derecha.

—Ese de ahí delante es Halcyon Key.

Más allá de Johnston, perfilada en oro, Constance vio una enorme isla rodeada por cuatro pequeños islotes. A medida que la lancha se aproximaba quedaba a la vista una extensa playa, con un pequeño risco arenoso en un extremo, y junto a él el tejado blanco de una casa de considerable tamaño. El manglar se extendía a lo largo de dos tercios de la isla. Los islotes también estaban cubiertos de manglar, aunque había pequeñas playas en los extremos que se adentraban en el mar. Un largo muelle se extendía desde el cayo, con un pequeño mirador de madera en la punta.

Diogenes condujo la lancha con suavidad hasta el punto en el que el muelle trazaba una L. Puso un par de defensas y dio marcha atrás un momento, y la lancha hizo el resto. Apagó el motor, saltó, aseguró las amarras y le tendió la mano a Constance. Ella la agarró y subió al maltrecho muelle.

—Bienvenida —dijo Diogenes. Se fue hasta la cabina de la parte trasera y sacó las maletas—. ¿Me permites que te diga «bienvenida a casa»?

Constance se detuvo un instante en el muelle y tomó aliento. El aire era fragante y rico, olía a mar, y el sol se había colocado justo sobre las palmeras que bordeaban la playa. A la derecha, más allá de los dispersos cayos deshabitados, Constance pudo distinguir la gran extensión del golfo.

Dos torpes pelícanos se posaron en los postes que había a ambos lados en el extremo más distante del muelle.

—Estás muy callada, querida.

—Todo esto es muy nuevo para mí. —Tomó aire y se abrazó a sí misma intentando librarse de la sensación de ser una extraña, de estar aventurándose en un territorio desconocido y peligroso. Se preguntaba si no habría cometido el mayor error de su vida, si acabaría por lamentarlo amargamente. Pero no, tenía que seguir adelante y no mirar atrás—. Háblame de la isla.

—Halcyon Key tiene una extensión de unas tres hectáreas y media —dijo Diogenes, recorriendo ya el muelle cargado con el equipaje—. De ellas, dos y media son manglar y el resto palmeras, playas arenosas y ese risco de allí, muy poco habitual en los cayos.

Al verlos avanzar por el muelle, los dos pelícanos alzaron las alas y echaron a volar pesadamente. Al llegar a tierra, Constance siguió a Diogenes por un sendero de travesaños de madera sobre la playa y atravesaron una pequeña zona agreste que, de repente, se abrió formando un amplio claro con arena muy fina, medio en sombras debido a las numerosas palmeras reales que se elevaban hacia lo alto formando un exuberante jardín. En medio de ese claro se erigía una enorme casa victoriana de dos pisos pintada de blanco, con verandas que rodeaban por completo ambas plantas, y una torre cuadrada que se elevaba en uno de los extremos. Era una casa amplia y aireada, el tejado y los gabletes brillaban bajo la luz del atardecer.

—Fue construida en 1893 por un rico bostoniano que se retiró aquí con su esposa —dijo Diogenes—. Tenían la romántica idea de convertirlo en un hotel, pero una vez aquí se dieron cuenta de que era un plan muy poco realista y un lugar demasiado solitario, y no tardaron en marcharse. Después se sucedieron toda una serie de dueños insolventes y al final quedó abandonada… hasta que yo la compré hace veinte años y la restauré para que recuperase su esplendor original. Estamos rodeados por los cuatro costados por la Reserva Natural de la Gran Garza Blanca. Al crear la reserva, incluyeron en ella este cayo y la casa.

—No he visto barcos por los alrededores.

—Las aguas son muy poco profundas y los canales, demasiado enrevesados para la mayoría de los barcos a motor. Aunque sí verás algunos kayaks en primavera y verano.

—Es hermoso —murmuró Constance.

—Ven.

Diogenes la ayudó a subir la escalera hasta la ancha veranda, desde la que se veía el exuberante jardín y, más allá, el muro de manglar. Le abrió la puerta de la casa y ella entró. Un recibidor revestido de nogal llevaba hasta una escalera, con el salón a la derecha y la biblioteca a la izquierda, ambas estancias con grandes chimeneas, alfombras persas y dos lámparas de araña venecianas. La casa desprendía un agradable olor a cera de abeja, abrillantador y flores secas aromáticas.

Constance sintió la mirada de Diogenes, esperando su reacción. Al ver que no decía nada, prosiguió:

—Quiero presentarte a mi hombre de confianza.

—¿Tienes ayuda?

—Sí. —Se volvió y dijo en voz alta—: ¿Señor Gurumarra?

Apareció un hombre sin hacer ruido, como salido de la nada. Era muy alto y delgado, de piel oscura y con el rostro extremadamente arrugado y abundante cabello gris. Resultaba imposible deducir su edad; daba la impresión de ser intemporal.

—Señor Gurumarra, esta es la señorita Greene, la nueva residente de Halcyon Key.

El hombre dio un paso adelante y le estrechó la mano; era una mano fría y seca.

—Encantado de conocerla, señorita Greene. —Hablaba de un modo muy formal, con acento australiano.

—Yo también me alegro de conocerlo, señor Gurumarra —dijo Constance.

—El señor Gurumarra es de Queensland. Es aborigen. Cualquier cosa que necesites él puede prepararla aquí o traerla a la isla para ti. Sospecho que necesitarás un vestuario nuevo que sea apropiado para este clima cálido. Si haces una lista, el señor Gurumarra se ocupará de ello.

—Gracias.

El hombre volvió a desvanecerse entre las sombras del pasillo.

—Ha estado conmigo desde que compré la isla —dijo Diogenes—. Su discreción es absoluta. No cocina, eso es cosa mía, pero mantiene la casa en orden, compra y lidia con todos esos pequeños detalles cotidianos que a mí me resultan tan molestos.

—¿Dónde vive?

—En la caseta del jardinero, al otro lado de los sicomoros, una vez pasada la playa. —La tomó de la mano un instante y la condujo hasta la escalera trasera—. Seguramente querrás asearte después del viaje. Deja que te enseñe tus habitaciones.

Constance lo siguió escaleras arriba. Llegaron a la sala de estar de la segunda planta que daba a la veranda por la parte de atrás de la casa. Desde allí se tenía una vista espectacular al norte, hasta más allá de los cayos que bordeaban el golfo, hacia una enorme extensión de agua. El sol había alcanzado ya la línea del horizonte y se hundía con rapidez. Las ventanas estaban abiertas y la brisa marina hinchaba las cortinas y las atravesaba refrescando la habitación.

—Dispones de tu propia ala de la casa —dijo Diogenes—. Tres dormitorios y una sala de estar a tu disposición, chimenea y una pequeña cocina. Accesible a través de la escalera trasera. Todo muy privado.

—¿Y tú dónde duermes?

—En el ala frontal. —Dudó—. La disposición, por supuesto, no es fija y puede… cambiar.

Constance entendió a la perfección el sentido de sus palabras.

Diogenes depositó la maleta y el baúl en el suelo.

—Te dejo para que puedas escoger tu habitación e instalarte. Te esperaré en la biblioteca para tomar algo. ¿Te parece bien un poco de champán?

Aquella rara sensación de extrañeza resultaba casi abrumadora. Constance se preguntó si tendría la voluntad necesaria para lidiar con todo eso.

—Gracias, Peter.

Él sonrió y la tomó de la mano.

—En Halcyon soy Diogenes. Aquí soy yo mismo. Aquí estamos en familia. —Se detuvo—. Y hablando de familia, llegados a este punto, deberíamos hablar de qué vamos a hacer con la nuestra.

—¿A qué te refieres?

—Querida, tenemos que pensar en nuestro hijo. Y también está, por descontado, el hijo de mi hermano. Tristram. Quiero que todos mis parientes consanguíneos estén bien cuidados.

Constance dudó.

—De mi hijo, quiero decir, de nuestro hijo se cuidan los monjes de Gsalrig Chongg. No se me ocurre un lugar mejor para él.

—Estoy de acuerdo. De momento. Las circunstancias pueden cambiar.

—Y respecto a Tristram, ya le comunicaron la desaparición de su padre y supongo que le habrán notificado oficialmente su muerte. Está bien en el internado, pero quizá podamos convertirnos en sus tutores cuando llegue el momento.

—Un plan ideal. Sé muy poco del único hijo vivo de mi hermano, y quiero conocerlo mejor. Pero de momento, *adieu* .

Empezó a llevarse la mano de Constance a los labios, pero ella la apartó con cuidado. A Diogenes no pareció importarle.

—En la biblioteca a las seis.

Él salió y ella permaneció en la sala de estar mirando hacia el mar. El sol había desaparecido bajo la línea que dibujaba el mar y un cálido crepúsculo parecía surgir del agua.

Recorrió las tres habitaciones que tenía a su disposición y acabó escogiendo la que daba al este, desde donde podía ver un archipiélago de diminutos cayos deshabitados, para disfrutar del sol naciente. No le llevó mucho tiempo deshacer las maletas. Ni una sola de sus prendas de ropa parecía adecuada para Florida. Se había llevado muy pocas cosas de la mansión de Riverside Drive, y ni un solo recuerdo de Aloysius; eso solo le habría causado dolor.

Llegó a la biblioteca a las seis y se detuvo en la puerta. Se quedó anonadada.

Diogenes, sentado en un sillón orejero junto a la pequeña chimenea, se puso en pie.

—Me he esforzado mucho para que la estancia te resultase agradable. Es el corazón de la casa.

Constance dio un paso adelante. Era un espacio suntuoso, de dos plantas de altura. El suelo estaba cubierto por alfombras persas, las paredes plagadas de estanterías, con una escalera de roble sobre raíles de metal para acceder a los libros y una chimenea de mármol rojo. En una de las paredes, en lugar de libros, había colgados pequeños cuadros, muy juntos, de estilo decimonónico. Y copando uno de los extremos de la estancia, un clavicémbalo con marquetería.

—Qué preciosidad —murmuró Constance acercándose al instrumento.

—Es un clavicémbalo del constructor florentino Vicenzo Sodi, data de 1780. Pastillas de doble lengüeta con plectro de cuero suave y recio al estilo de Cembalo Angelico. Un sonido adorable.

—Espero poder tocarlo.

—Y en las estanterías encontrarás tus libros favoritos, en raras ediciones, junto a muchos, muchos títulos nuevos por descubrir. Títulos bellos y sorprendentes, como el *Livre de Prierès* , de Verga, en vitela, lo más cercano a un manuscrito iluminado del siglo XIV que puede encontrarse; o *Night Fall in the Ti-Tree* , el extraño y exquisito conjunto de grabados sobre madera coloreados de Teague y Rede. Por nombrar solo dos. ¡Ah, y los cuadros! Como ya habrás comprobado, son de Bronzino, Pontormo, Jan van Eyck, Pieter Bruegel el Viejo y Paul Klee.

Diogenes se movía haciendo cabriolas, casi como si fuese un bailarín, señalando a un lado y a otro.

—En ese rincón encontrarás una selección de instrumentos musicales. Y en esas cajas hay juegos, cartas y puzles, ajedrez y otras cosas. Y la construcción que ves en ese otro rincón es una casa de muñecas eduardiana.

Se trataba de un trabajo de artesanía enorme y complicado, casi mágico. Constance se acercó para apreciarlo. Era exquisito, justo lo que le habría gustado tener de niña, más que cualquier otra cosa. Mientras la examinaba, su sensación de incertidumbre y la tensión física desaparecieron. No pudo evitar sentirse encantada.

—Ven, disfrutemos del champán.

Diogenes la acomodó en un sillón junto al fuego. Tras la puesta de sol, había empezado a refrescar ligeramente. De nuevo, la sensación de irrealidad se apoderó de ella al verlo sentarse en el sillón orejero de cuero, sonriendo con complacencia doméstica mientras tomaba la botella de champán de una cubitera plateada, servía dos copas y le ofrecía una.

—Cols d'Ambonnay, 1995, de Krug —dijo Diogenes alzando la copa y brindando con ella.

—Desperdicias un buen champán ofreciéndomelo.

—Solo hasta que desarrolles tu gusto.

Constance tomó un sorbo y le maravilló su sabor.

—Mañana te mostraré el resto de la isla. Pero, por ahora, esto es para ti. —Sacó del bolsillo de su chaqueta una cajita envuelta, con una cinta alrededor, y se la tendió.

Ella la aceptó y la desenvolvió. Era una caja de madera de sándalo. Quitó el pestillo y la abrió. Sobre un forro de terciopelo, había una bolsa para perfusión intravenosa con un líquido ligeramente rosado en su interior.

—¿Qué es esto?

—El arcanum. El elixir. Para ti, Constance. En exclusiva para ti.

Ella observó el líquido.

—¿Y cómo lo tomaré?

—Por infusión.

—¿Intravenosa?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras. ¿Mañana?

Ella observó la bolsa.

—Ahora.

—¿Quieres decir ahora mismo?

—Sí. Mientras tomamos champán.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Constance. ¡No dudas! —Diogenes se puso en pie, se acercó hasta un armario alto que había a un lado, abrió la puerta y sacó de él un brillante e inmaculado carrito para transfusiones, con todo el equipo necesario.

Constance sintió una leve punzada de alarma. Pasar por eso sería como cruzar el Rubicón.

—La infusión dura más o menos una hora.

Colocó el carrito junto al sillón, encendió la bomba electrónica y el monitor, lleno de tubos y válvulas.

—Súbete la manga derecha, querida.

De repente, a Constance se le ocurrió una idea de lo más inquietante. ¿Y si todo eso era una farsa? ¿Estaría engañándola de nuevo? Tal vez el amor que Diogenes sentía por ella era puro teatro. Tal vez se trataba de un macabro truco para introducir en sus venas una droga deformante o un veneno. Sin embargo, tan pronto surgió ese pensamiento, lo rechazó: nadie, ni siquiera Diogenes, podría llevar a cabo semejante engaño. De haber sido así, ella habría notado que algo iba mal. Se arremangó.

Diogenes tocó el brazo con sus cálidos dedos, lo palpó con suavidad y le practicó un torniquete.

—No mires si no quieres.

Ella miró de todos modos mientras él introducía la aguja con pericia. Diogenes colgó la bolsa del carrito, abrió la llave de paso. Constance se volvió entonces para observar cómo descendía el líquido violáceo por el tubito hacia su brazo.

42

La calle principal de Exmouth, Massachusetts, tenía un aspecto muy diferente a la última vez que Pendergast la había visto a la luz del día. Habían pasado… veintiocho días, se dijo tras pensarlo. En aquella ocasión, todos los habitantes del pueblo se habían reunido frente a la comisaría desplegándose por las calles, y la sensación de alivio y alegría era palpable: la nube que se había cernido sobre el pueblo había desaparecido. Tanto los recientes asesinatos como los vestigios de un venenoso pasado habían sido resueltos. Sin embargo, ahora la comisaría estaba a oscuras, sumida en el silencio: la Guardia Nacional había construido unos barracones temporales a un lado, y allí estarían hasta que el pueblo se recuperase de lo ocurrido y se eligiese un nuevo jefe de policía.

A simple vista, la calle principal daba la impresión de pertenecer al típico pueblo pescador de clase trabajadora de Nueva Inglaterra, pero la cosa cambiaba si uno se fijaba mejor. Entonces saltaban a la vista las diferencias: las ventanas selladas, los múltiples carteles de EN VENTA , los escaparates vacíos de las tiendas. Pasarían años antes de que el pueblo recuperara la normalidad, si es que la recuperaba.

Pendergast sabía que, en Nueva York, Howard Longstreet, con la calma que le caracterizaba, estaba empleando todos los recursos que tenía a su alcance para responder a una única pregunta: ¿dónde se había escondido Diogenes? Había tenido que pedir favores, había consultado a otras agencias de seguridad, incluso había llamado a la NSA. Sin embargo, no había sacado nada en claro. De ahí que Pendergast estuviese en Exmouth: ese era el último lugar en el que habían visto a su hermano antes de que él desapareciese en el océano.

Había pasado la mañana hablando con varios habitantes de Exmouth, compartiendo recuerdos con unos y haciéndoles preguntas vagas e indirectas a otros. Ahora conducía por la calle principal e iba mirando a un lado y a otro. Desde esa esquina, por ejemplo, Constance y él habían estado observando la celebración del último día. «Constance.» Pendergast retuvo su imagen un momento y después se obligó a apartarla de su pensamiento. La inquietud, las dudas y el sentimiento de culpa amenazaban con nublar su capacidad de juicio. Resultaba de vital importancia que se dejase de especulaciones sobre los motivos de Constance.

En un extremo de la zona comercial, Pendergast se detuvo un instante para echarle un vistazo a la maltrecha casa victoriana que, hasta hacía bien poco, había sido el hotel Capitán Hull. La valla publicitaria que lo anunciaba ya no estaba. Había sido reemplazada por un cartel monocromático con el símbolo de la corporación R. J. Mayfield, donde se comunicaba el inminente derribo del edificio, que iba a ser reemplazado por una serie de «bloques de apartamentos con vistas al océano a precios asequibles», llamados Exmouth Harbour Village. Si, después de la tragedia, el pueblo no lograba aferrarse a sus raíces como pueblo pesquero, siempre podría convertirse en otro lugar de vacaciones para la clase media.

Al husmear el olor de los grandes rollos, Pendergast giró hacia Dune Road y condujo despacio con la intención de comprobar los números de los buzones. Cuando llegó al número 3 se detuvo. Era una casa típica de la región: pequeña, estilo Cape Cod, con tejas gastadas y una valla de

estacas blancas alrededor de un pequeño y cuidado jardín.

Mientras examinaba la casa, empezó a sonar su teléfono móvil. Lo sacó de la chaqueta.

—¿Sí?

—¡Agente secreto! —dijo la voz desde River Pointe, en Ohio.

—¿Qué quiere, Mime?

—Llamo para ponerle al día. Por lo visto, su chófer ha estado viajando mucho. El 8 de noviembre alquiló un jet privado en el aeropuerto de Teterboro, sin previo aviso, a la compañía DebonAir Aviation. Su destino era Gander, en Newfoundland. Bueno, ese era el destino del vuelo, en cualquier caso. Metiéndome en algunos intercambios de correo privado entre los empleados de DebonAir he descubierto que su chófer no se comportó precisamente como un pasajero modélico.

—¿Proctor está todavía en la zona de Gander?

—No consigo encontrar ni rastro de él. Ni en los moteles, ni en los pueblos de los alrededores. Nada. Por eso diría que Gander no era su destino final.

—Pero Gander constituye el extremo oriental de Norteamérica.

—¡Punto para su equipo! Tire el dado y sigamos jugando al Monopoly: ¿adónde podría haberse dirigido su muchacho?

—¿Europa? —preguntó Pendergast casi en un susurro.

—Es una posibilidad.

—Persista, Mime. Utilice todos los recursos disponibles, nacionales o internacionales.

—Oh, lo haré. Mejor internacionales. Tengo un montón de amigos por ahí que piensan como yo. Y no lo olvide: el contador sigue en marcha. Lo comprobaré cuando sepa algo más.

La comunicación se cortó. Pendergast volvió a guardar el teléfono en el bolsillo, pensativo. Le alivió saber que Proctor podía estar vivo. Pero, de nuevo, se obligó a dejar que Mime se encargase de encontrar a Proctor. Él tenía que concentrar todas sus energías en el misterio que le ocupaba.

Permaneció inmóvil en el asiento, controlando su respiración, ralentizando de manera consciente el ritmo cardíaco, poniéndose en situación. Después abrió la puerta del coche, se encaminó hacia la casa y llamó a la puerta.

Le respondió un hombre bajo y corpulento que rondaba los sesenta, con pelo castaño muy bien peinado, ojos pequeños y brillantes y lo que parecía ser una expresión de permanente sospecha en el rostro. Miró a Pendergast de arriba abajo.

—¿Qué desea?

—Gracias, entraré. Aquí fuera hace más bien frío. —Pendergast pasó junto al hombre y se adentró en una sala de estar ordenada y limpia, con imágenes náuticas en las paredes y una alfombra deshilachada en el suelo.

—Un momento —protestó el hombre—. Yo no le he…

—Abner Knott, ¿no es cierto? —dijo Pendergast mientras se sentaba en una silla frente al fuego que crepitaba en la chimenea—. Oí su nombre en el pueblo.

—Yo también he oído hablar de usted —repuso Knott mirándole de arriba abajo con sus ojillos de cerdo—. Usted es ese hombre del FBI que estuvo en el pueblo el mes pasado.

—Demuestra sagacidad al reconocerme. Me gustaría que respondiese a unas pocas preguntas. No le robaré más que un par de minutos de su tiempo.

Knott se acercó hasta una silla que había frente a la de Pendergast, pero no se sentó. Se quedó allí, mirándolo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Si no estoy mal informado, tiene usted tres casas en alquiler aquí, en Dune Road. —Pendergast había descubierto ese detalle, y otros muchos, esa misma mañana preguntando en el pueblo. También se había enterado de que a los vecinos del pueblo no les gustaba Abner Knott. Se decía de él que era tacaño y desagradable, y se le tenía en tan poca estima como a R. J. Mayfield, el encargado de derribar el hotel Capitán Hull, el constructor de los desastrosos bloques de apartamentos que no tardarían en convertirse en el castigo de Cape Ann y de cuanto quedase de ahí hacia el norte.

—Soy el dueño de tres casas. No es ningún secreto. Dos las heredé de mis padres y la tercera la construí yo mismo en una parcela de terreno que había al lado.

—Gracias. Por lo que sé, durante el mes de octubre dos de esas casas estuvieron vacías, algo normal, fuera de temporada. Sin embargo, la tercera sí estuvo ocupada, aunque solo dos semanas, algo infrecuente, pues creo que usted alquila sus casas por meses.

—¿Quién ha estado hablando de mí? —preguntó Knott.

Pendergast se encogió de hombros.

—Ya sabe usted que apenas existen secretos en pueblos pequeños como Exmouth. En cualquier caso, estoy interesado en la persona que le alquiló la casa. ¿Puede decirme algo de ella?

La expresión de Knott se había ido haciendo más hostil a medida que Pendergast hablaba.

—No, no puedo decirle nada.

—¿Y eso por qué?

—Porque a lo que se dediquen mis inquilinos es cosa suya, y no me gusta ir contándolo por ahí. Y menos a usted.

—Pendergast lo miró sorprendido.

—¿A mí?

—A usted. Cuando usted apareció por aquí empezaron todos nuestros problemas.

—¿En serio?

—Bueno, así es como yo lo vi. Como lo vi entonces y como lo veo a día de hoy. Así que, si no le importa, voy a pedirle amablemente que salga de mi casa… y de mi propiedad. A menos que disponga de una orden judicial.

—Señor Knott —dijo Pendergast al cabo de unos segundos—. Resulta extraño que mencione lo de la orden judicial. Tal vez usted no esté al corriente, pero mi repentina partida de Exmouth dio como resultado una importante operación del FBI. Después de lo que he descubierto hoy aquí, podría conseguir esa orden… en unas cuarenta y ocho horas.

La expresión de Knott se hizo incluso más hostil, si eso era posible.

—Adelante.

Pendergast tuvo que asimilar lo que acababa de oír.

—La puerta está por ahí.

Pero Pendergast no hizo el ademán de levantarse.

—¿Así que se niega a responder mis preguntas sin una orden?

—Es lo que le he dicho, ¿no?

—Sí, en efecto. También ha dicho que yo he sido el causante de los problemas de este pueblo. —En ese momento, Pendergast miró directamente a los ojos del hombre bajo que tenía delante —. Pero no todo han sido problemas, ¿no es cierto?

Knott frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—A ese contratista, R. J. Mayfield. La mayoría de la gente del pueblo no está muy contenta con su plan para construir bloques de apartamentos en Exmouth. Va a derruir el hotel y va a erigir una monstruosidad.

—No sabía nada de eso —dijo Knott.

—Pero, claro, unos pocos lo ven de un modo diferente: aquellos que están ansiosos por vender sus tierras a la corporación Mayfield. La fase dos del Exmouth Harbour Village, todavía en fase de desarrollo, claro está, ocupará parte de la línea costera hacia el sur, más allá del viejo hotel.

Knott permaneció en silencio.

—Y eso incluirá sus casas. Por lo visto, señor Knott, va a ganar usted una buena suma con el Exmouth Harbour Village. Toda una suerte, teniendo en cuenta cómo están los precios en el resto del pueblo.

—¿Y qué tiene de malo? —replicó Knott—. Cualquier hombre tiene derecho a ganar dinero.

—Lo que pasa es que corre el rumor de que su sección de la línea costera está formada por arena y piedra caliza, lo cual implica, de ser cierto, que durante el último siglo las aguas freáticas han ido comiéndoselas. Es decir, que podría abrirse un agujero en cualquier parte en cualquier momento. Me apostaría lo que fuera a que no suele comentar ese detalle a sus inquilinos, ¿verdad?

—Eso son chismorreos —dijo Knott.

Pendergast rebuscó en su abrigo y sacó un sobre.

—Este es un informe que prepararon los geólogos de la Universidad de Tufts en 1956… ¿Chismorreos? Me pregunto qué ocurriría si este informe cayese en manos de Mayfield. Digamos que esta misma tarde.

Knott abrió la boca.

—Usted…

—Oh, no cabe duda de que acabará enterándose: realizará prospecciones, estudios de ingeniería y esas cosas. Pero de este modo lo sabrá antes de firmar el contrato con usted. —Pendergast negó con la cabeza—. Y entonces, su suerte, señor Knott, cambiaría… muy rápido. —Se detuvo—. Como comprenderá, entre usted y yo, preferiría no tener que esperar cuarenta y ocho horas para obtener una orden.

Se produjo un largo y gélido silencio.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Knott en voz muy baja.

Pendergast se recostó y se puso cómodo en la silla, tomándose su tiempo. Sacó una libreta, pasó las páginas hasta encontrar una en blanco.

—¿Cuándo llegó su inquilino a la casa?

—Tres o cuatro días después de que llegase usted al pueblo.

—¿Le interesó una casa en especial?

—Sí. La que tuviese las mejores vistas a las Rocas Destrozacabezas.

—¿Y cuándo se fue?

—El día después de… —Knott se detuvo de golpe, y no dijo una palabra durante unos segundos—. El día después de que todo se fuera al infierno —dijo al fin bajando la vista.

—¿Era este hombre? —Pendergast le tendió una fotografía policial de Diogenes.

—No.

—Mírelo bien.

Knott se inclinó y entrecerró los ojos para observar la fotografía.

—No se le parece en nada.

A Pendergast no le sorprendió.

—Su inquilino… ¿Le dijo por qué estaba aquí?

—No lo sé. Tendría que preguntárselo a su amiga.

—¿Amiga?

—La mujer que vivía con él.

Pendergast se sintió invadido de repente por un sentimiento sobrecogedor. «¿Acaso es posible…?» No, no lo era. Tenía que controlarse.

—¿Podría describir a la mujer?

—Rubia. Joven. Baja. Atlética.

—¿Qué puede decirme de ella?

—Tuvo un par de empleos en el pueblo. Antes de que los dos se fuesen sin más, quiero decir.

—¿Qué dos empleos?

—Camarera en el Chart Room. También trabajó a tiempo parcial como ayudante en una tienda para turistas: Un pedacito de Exmouth.

Pendergast permaneció en silencio unos segundos. Había visto a esa mujer; de hecho, se había fijado en ella. Le había atendido en más de una ocasión en el hotel. Así pues, ¿Diogenes tenía una cómplice, una asistente, una ayudante? Nunca antes la había tenido.

Le devolvieron al presente los movimientos nerviosos de Knott delante de él.

—¿Algo más? —preguntó el hombre.

—Solo una cosa más. Me gustaría pasar una hora o dos en la casa que alquilaron. Solo. No quiero que me molesten.

Al ver que Knott no se movía, Pendergast le tendió la mano, con la palma hacia arriba, a la espera de que le entregase la llave.

—Gracias —dijo—. Ha sido usted de gran utilidad.

43

Constance se levantó justo antes del amanecer, a tiempo para ver cómo el sol rasgaba el distante horizonte marino y ascendía por aquel cielo azul sin nubes. Había dormido con la ventana abierta, y había sido una noche fría. Se quitó el camisón y sintió el sol sobre su piel, cálido y seductor. Se dio la vuelta y entró en el baño. Era espacioso y blanco, con una bañera antigua y también ducha. Abrió el grifo de la bañera y regresó al dormitorio. Colocó varias de sus posesiones en la cómoda. La infusión sanguínea había resultado decepcionantemente tranquila, y no notaba ninguna sensación diferente esa mañana, comparada con anteriores. Sin embargo, Diogenes le había dicho que era posible que tardase un par de días en sentir los efectos, que según él serían notables, estimulantes y vigorizantes.

Cuando salió del baño notó el aroma del café recién hecho. Descendió por la escalera trasera, que acababa en un pequeño pasillo que llevaba al invernadero; un breve trayecto la condujo hasta la cocina. Diogenes estaba sentado a la barra del desayuno, junto a un mirador que daba a los jardines. Su esbelta figura estaba envuelta en una elegante bata de seda, con su cabello color jengibre peinado hacia atrás; se le veía fresco, esbelto, seguro de sí mismo y atractivo. El parecido con su difunto hermano resultaba innegable. Los ojos de dos colores le daban incluso un toque de apostura. De nuevo, Constance tuvo una singular sensación de extrañeza, como si hubiese sido arrancada de su vida cotidiana y hubiese caído en un planeta desconocido.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó Diogenes.

—¿Tienes arenque ahumado?

—Pues sí.

—Vale. Entonces, si no es mucho problema, arenques ahumados, dos huevos escalfados, beicon y una tostada.

—Un desayuno fuerte. Me parece bien. ¿Café o expreso?

—Expreso, gracias.

Diogenes le llevó una taza y se colocó tras los fogones mientras ella se tomaba el café. Constance no tardó en tener delante el desayuno. Él se sirvió lo mismo. Comieron en silencio. Diogenes era una de esas personas, según Constance, a las que no les molestan ni les ponen nerviosas los silencios largos. Era de agradecer. Alguien que hablara por los codos le habría resultado intolerable.

Finalmente, Diogenes dejó su taza vacía.

—Y ahora… ¿un tour?

Se puso en pie, la tomó de la mano, la llevó hasta la parte de atrás de la veranda y bajaron la escalera hasta la arena blanca. El sendero, flanqueado por ricos lechos de flores, serpenteaba hasta atravesar una pintoresca palapa, una chimenea exterior y un patio de piedra con una vieja parrilla de ladrillo y toda una serie de muebles de teca maltrechos por la intemperie. Desde ahí, el sendero atravesaba un grupo de sicomoros hasta ir a parar a una extensa playa blanca. A través del follaje podía verse la casa de Gurumarra. El sol hacía brillar el agua, que susurraba al tiempo que acariciaba la arena.

Diogenes estaba en silencio, pero sus ligeros pasos y su grácil manera de moverse, así como el brillo de sus ojos, le daban a entender lo hermoso que encontraba aquel lugar. Constance se sentía torpe con aquel vestido largo y pasado de moda.

En un extremo de la playa, el manglar impedía el paso por la orilla y el sendero se desviaba tierra adentro para ascender hasta lo alto de la pendiente del risco, no muy alta y arenosa, y luego descender por el otro lado. Una vez allí, aparecía como de repente una construcción de lo más insólita, oculta tras la curva del risco, que miraba hacia la playa y el golfo. Era una construcción de gastado mármol oscuro y parecía un pequeño templo circular, pero entre las columnas tenía unas elevadas ventanas con parteluz, y los cristales eran de un misterioso color gris oscuro, casi negro.

La visión resultaba tan sorprendente que Constance, sin querer, se detuvo.

—Ven —le dijo Diogenes bajando la voz y guiándola alrededor de la edificación.

Agarró el pomo de bronce de una puerta alta, que al abrirse susurró y dejó a la vista el sencillo interior. Diogenes tomó de la mano a Constance, la hizo entrar y cerró la puerta a sus espaldas.

Constance se sintió impresionada. La sencillez era absoluta, con el suelo de mármol negro, las columnas grises y el techo en forma de cúpula. No obstante, eran las ventanas con parteluz y la calidad de la luz lo que daba al interior el aspecto de pertenecer a otro mundo. Las hojas eran de una especie de sustancia vidriosa ahumada, impregnada de millones de pequeñas partículas que centelleaban según la posición en la que se encontraba el observador. La luz que los atravesaba poseía una extraña y atenuada cualidad que hacía que en el interior no se apreciase el color. Y al mirar a Diogenes, al fijarse en el arrobado gesto de su rostro, advirtió que ambos habían adquirido un tono en blanco y negro, como si hubiesen extraído los colores al aire. Era un fenómeno asombroso. Pero en lugar de resultar desagradable, le pareció que transmitía calma y espiritualidad, como si hubiese sido eliminado cualquier elemento innecesario, cualquier vulgar adorno, y hubiesen dejado que imperase la simplicidad y la autenticidad. El templo estaba vacío, salvo por un diván de cuero negro que ocupaba un lugar más o menos central.

Permanecieron inmóviles, en silencio, durante varios minutos antes de que Diogenes hablase. Aunque en realidad no dijo nada: canturreó una suave melodía que Constance reconoció como las notas iniciales de la *Passacaglia y fuga en do menor* de Bach. Y mientras tarareaba la primera voz, le añadió la segunda voz, y la tercera y el templo empezó a llenarse con el sonido, capa a capa, creando un maravilloso contrapunto de voces.

Diogenes calló, pero el sonido se prolongó durante unos segundos hasta morir lentamente.

Se volvió hacia Constance y ella pudo apreciar el destello de una lágrima en su ojo muerto.

—Aquí es adonde vengo para olvidarme de mí mismo y del mundo. Este es mi lugar de meditación.

—Es extraordinario. El efecto de la luz resulta casi increíble.

—Sí. Como ves, Constance, lo más terrible de mi vida es que solo soy capaz de ver en blanco y negro. Desde el Suceso… fui privado de los colores.

Ella inclinó la cabeza. «El Suceso», ella lo sabía, remitía al trágico accidente de su infancia que le dejó ciego de un ojo, entre otras cosas.

—Me he aferrado al recuerdo del color. Pero cuando entro aquí, bajo esta luz monocromática, de algún modo puedo entrever esos colores que con tanta desesperación echo de menos. Puedo ver, casi en una esquina de mi visión, efímeros destellos de color.

—¿Cómo es posible?

Diogenes extendió las manos.

—Estos cristales están hechos con polvo de un mineral llamado obsidiana. Cristal volcánico. La obsidiana adquiere propiedades especiales cuando interactúa con la luz. Hace tiempo llevé a cabo un detallado estudio sobre los efectos de la luz y el sonido en el cuerpo humano, y este es uno de los resultados de ese estudio.

Constance volvió a mirar a su alrededor. El sol matinal impactaba contra uno de los laterales del templo y la luz se difundía por el interior, fría y gris, de manera que daba la impresión de que provenía de todas partes y de ningún punto en concreto. El extremo opuesto estaba a oscuras, pero no por completo. No había nada de color blanco puro ni negro puro en aquella estancia, todo era una infinita gradación de grises.

—Así que esta es tu cámara de obsidiana.

—Cámara de obsidiana… podría llamarse así. Sí, tienes razón, podría llamarse así.

—¿Y tú cómo la llamas?

—Mi Tholos.

—Tholos. Un templo circular griego.

—Así es. Este en particular se basa en las dimensiones de un pequeño tholos de Delfos.

Diogenes dejó de hablar y a Constance le agradó simplemente estar allí e impregnarse de aquella extraordinaria serenidad, de aquella hermosa simplicidad del espacio. Sumida en el silencio, Constance se dejó llevar por un peculiar ensueño, un estado de ensimismamiento en el vacío que posibilitaba que su yo se disolviese.

—Prosigamos.

Constance tomó aire, de regreso a la realidad, y acto seguido se vio en el exterior, parpadeando debido a la brillante luz, abrumada por la marea de colores que la engullía.

—¿Continuamos con el tour?

Constance lo miró.

—Me siento… un poco desorientada. Me gustaría volver a la biblioteca y descansar. Más tarde, si no te importa, me gustaría explorar por mi cuenta.

—Por supuesto —respondió Diogenes extendiendo los brazos—. Esta isla es tuya, querida mía.

44

Diogenes, sentado en la sala de estar de la segunda planta, escuchó los tranquilos pasos de Constance al descender por la escalera trasera, abrir la puerta de atrás y caminar por la veranda. Ella se desplazaba con ligereza, pero como él poseía una capacidad auditiva más aguda de lo habitual, podía seguir sus movimientos tan solo a través del sonido. Diogenes se puso en pie y miró por la ventana, y al instante la vio caminando por el sendero hacia el extremo sur de la isla.

En muchos sentidos, Constance era como un animal salvaje, ahora lo entendía. Era como un tigre, tal vez, o como un caballo de la pradera. Domar a semejante animal requería una infinita paciencia, amabilidad y dulzura. Y al igual que ocurriría con el domador de un tigre, forzar cualquier impedimento podría resultar fatal. Todavía le asombraba el hecho de haberla conquistado, al menos en parte, haber logrado sacarla de la mansión Pendergast, donde había vivido prácticamente toda su vida, y haber conseguido llevarla allí. Había cumplido uno de sus sueños más anhelados, de sus fantasías más preciadas. Pero todavía no había conseguido domarla, ni mucho menos. Ahora empezaba el proceso más delicado, pues se encontraban en un punto en el que incluso el menor desliz podría provocar que el animal escapara.

El detalle más importante en el trato con animales salvajes era otorgarles libertad. No había que atosigarlos o acorralarlos nunca. Se domesticaban desde el interior, nunca desde el exterior. Se trataba de una seducción, no de una conquista. Constance se marcaría voluntariamente sus propios límites, sus propias restricciones, y se los impondría a sí misma; solo de ese modo podrían funcionar las cosas. Aunque él, por descontado, disponía del reclamo definitivo: el arcanum. Cuando empezase a notar el efecto rejuvenecedor… Estaba convencido de que ese detalle marcaría el punto de inflexión.

Ahora que ella estaba fuera de la casa, se volvió hacia la bandeja que Gurumarra le había llevado, con la única carta que había llegado al apartado de correos que mantenía en Key West. Tomó un abrecartas de nácar y abrió con soltura el borde más largo del sobre de reenvíos y sacó del interior un sobre más pequeño. También lo abrió y extrajo una única página de papel barato. La carta estaba escrita con letra diminuta, precisa y puntiaguda. Le agradó comprobar que no había saludo inicial, ni firma al final, ni remitente; sabía perfectamente quién la había escrito.

> Me he ocupado de todo por ti. De todo. Las cosas han ido exactamente según lo planeado. No tienes por qué preocuparte de las órdenes que me diste, he cumplido con todo lo que me pediste que hiciera y no he dejado cabos sueltos. Solo que con un poco más de firmeza de la que tú me autorizaste, eso es todo. Te explicaré los detalles cuando nos veamos, y espero que sea lo antes posible.
>
> ¿Cuándo? ¿Dónde? Tengo tantas ganas de contártelo todo. Por favor, comunícame cuándo podremos vernos.

Diogenes leyó la carta dos veces con el ceño fruncido. El inoportuno tono de la carta resultaba preocupante, y solo venía a corroborar una sensación de desagrado que lo acompañaba desde hacía un tiempo. Se puso en pie y llevó la carta y el sobre hasta la pequeña chimenea alicatada, la rompió en pedazos, encendió una cerilla y prendió el borde el papel. Se quedó allí, viendo cómo

los pedazos se enroscaban y se consumían. Cuando el fuego se apagó, tomó el atizador y revolvió las cenizas varias veces.

Constance recorrió el sendero arenoso a través del manglar, que descendía hasta un prado en el extremo más al sur de la isla. Había dejado atrás hacía un rato la «caseta del jardinero», la cabaña del señor Gurumarra, escondida entre los pinos. Era un hermoso prado, flanqueado por dunas bajas y palmeras, cuyo límite era una playa blanca que formaba una lengua curvada en la punta sur. Podía ver desde allí varias estructuras entre los juncos marinos, agrupadas alrededor del grueso tronco de un almácigo medio muerto.

Eran viejas edificaciones victorianas, construidas con ladrillo rojo, maltrechas y medio derruidas. Una de ellas tenía una chimenea que ascendía unos seis metros, cubierta de enredaderas. Constance avanzó por el camino hacia ellas con curiosidad. La primera edificación, y la mayor, la de la chimenea, tenía en la fachada de ladrillo un viejo letrero, casi borrado, en el que distinguió la palabra DYNAMO . Se acercó hasta el marco de una ventana destrozada para mirar en el interior y una bandada de golondrinas salió volando a través de la puerta, que estaba rota, haciendo mucho ruido. Echó un vistazo y pudo ver unos restos de maquinaria cubiertos de maleza. Debía de ser la vieja central eléctrica de la isla, pensó, abandonada desde hacía mucho tiempo. Más allá de ese edificio se distinguían tres hileras de relucientes paneles solares nuevos y, a un lado, otro edificio sin ventanas con una puerta de metal.

Intrigada, se dirigió a ese otro edificio, agarró el pomo de la puerta, que no estaba cerrada con llave, y la abrió. El interior era un espacio único lleno de estantes con baterías, unidas por gruesos manojos de cables: la nueva fuente de energía de la isla.

Volvió sobre sus pasos y cerró la puerta. Había otro pequeño edificio de ladrillo allí cerca, muy antiguo, con una puerta con revestimiento de cobre de color verde. El techo inclinado llegaba a tocar el suelo; la puerta daba a una cámara subterránea. Constance se acercó. La palabra CISTERNA estaba pintada sobre la puerta. Intentó abrirla pero estaba cerrada con llave.

Acercó la oreja a la cerradura y escuchó el leve ronroneo de maquinaria y el distante sonido del agua corriente.

Dejó atrás esos edificios y llegó hasta la punta de la isla, donde dos preciosas playas se encontraban formando una lengua de arena que se adentraba en las aguas color turquesa del mar. Se sintió cansada debido al paseo y, curiosamente, un tanto apática. Un refrescante chapuzón tal vez la ayudaría a reanimarse. Echó un vistazo a su alrededor. No había nadie, claro, y la casa se encontraba en el otro extremo del cayo, oculta tras el manglar, y solo despuntaba la torre. No había barcos por aquella zona.

Era como si el agua que se extendía ante ella hasta alcanzar el horizonte fuera su baño privado.

Sintió un arrebato de independencia, así que se quitó los zapatos, se desabrochó el vestido, lo dejó caer y se quedó allí de pie desnuda, tocando el agua con los dedos de los pies. De nuevo miró a su alrededor furtivamente y a continuación se metió en el agua hasta que la cubrió por completo. Se tumbó de espaldas, mirando hacia el cielo azul, intentando calmar su mente, limitándose a sentirse viva, sin pensar, sin recelos, sin miedos, sin incómodas voces interiores.

En la torre de la casa, con uno de sus ojos fijado en la lente de un telescopio, Diogenes observaba la blanca figura de Constance flotando en las aguas verdeazuladas. Se le aceleró la respiración y

notó cómo el corazón golpeaba el interior de su pecho. Con un gran esfuerzo, se apartó del telescopio.

45

El Centro de Operaciones Especiales ocupaba casi la mitad de toda una planta en el edificio de Federal Plaza. Era un inextricable laberinto de cristales y cromados, iluminado por fluorescentes azules, con incontables cubículos, dispositivos de monitorización, pantallas de seguimiento de satélites, monitores de todos los tamaños, terminales para controlar drones Predator y Reaper y salas de reunión para comunicaciones vía satélite o para cribar terabytes de datos de correo electrónico. Y había montones de técnicos federales desmontando teléfonos móviles o utilizando algoritmos de desencriptación en ordenadores portátiles. En todos los rincones persistía una especie de zumbido, una mezcla de pitidos electrónicos, susurros de procesadores, así como el murmullo de una docena de conversaciones. Gran parte de la actividad de ese día estaba centrada en un único tema: analizar una enorme montaña de datos con la intención de descubrir el paradero de Diogenes Pendergast.

En una sala con paredes de cristal en una de las esquinas del centro, y tras una puerta de cristal cerrada, Pendergast y Howard Longstreet estaban sentados ante una mesa de conferencias. Una máquina de ruido estático enmascaraba su conversación para que nadie que pasase por allí pudiera oírla. Aunque era una de las muchas salas de las que se servía Longstreet dentro de Federal Plaza, estaba vacía, salvo por dos ordenadores portátiles, un teléfono fijo y una pantalla mural.

—Tu viaje a Exmouth ha resultado instructivo —le dijo Longstreet a Pendergast—. Gracias al propietario, tenemos las identidades tanto de Diogenes como de su compañera femenina.

—Yo no me centraría en exceso en la identidad de Diogenes —dijo Pendergast—. Creo que tiene dos tipos de «avatares» de largo recorrido, como el de Hugo Menzies, a los que cuida meticulosamente y que superarían un escrutinio oficial, así como nombres de usar y tirar como el que utilizó cuando alquiló la casa en Exmouth, que además le sirvió para conseguir el avión que, estoy convencido, mi ayudante Proctor iba persiguiendo. Esos nombres no merece la pena investigarlos. Tenemos que centrarnos en las identidades de largo recorrido. No sé cuántas seguirá usando, pero tras haber perdido la de Menzies, y con lo que pasó en Strómboli, dudo que le queden muchas. Llegados a este punto, tener que mantener dobles, tripes o cuádruples vidas debe de ser una carga para él.

—Bien —dijo Longstreet—, en cuanto a su cómplice no tenemos la menor duda. Flavia Greyling es, de hecho, su nombre auténtico. Tiene un pasado largo e inquietante. A un par de agencias de seguridad no les importaría poder charlar con ella. Es interesante que usase su nombre auténtico durante el tiempo que pasó en Exmouth.

—Da a entender su desprecio por la autoridad.

—Estoy de acuerdo. —Longstreet apretó varias teclas y apareció una imagen en la pantalla: una mujer joven con el pelo rubio, los ojos azul hielo y unos pómulos prominentes. La foto pertenecía obviamente a algún departamento de policía y, dado que la escala que indicaba su altura estaba en centímetros, había sido tomada fuera de Estados Unidos.

—Ahí la tenemos —dijo Longstreet haciendo un gesto hacia la imagen—. En una de las

escasas ocasiones en las que alguien se las ingenió para detenerla. —Consultó el ordenador que tenía delante—. Nació hace veinticuatro años en Cape Town, Sudáfrica. Cuando tenía ocho años, encontraron a sus padres muertos: los habían golpeado con una especie de bate de críquet, supuso el comisario. Nunca encontraron el arma y los homicidios se atribuyeron al allanamiento de morada. Tras la muerte de sus padres, la niña pasó por varias casas de acogida; nunca permaneció en ninguna más que unos pocos meses. La echaban cada vez, porque, según declaraban las familias, temían una reacción de violencia física por su parte. Al final pasó a estar a cargo del Estado, en un orfanato. Los informes de los trabajadores sociales que la entrevistaron indican que fue víctima de abuso sexual por parte de su padre siendo muy pequeña. La describieron como una persona con serios problemas de adaptación, agresiva, manipuladora, introvertida, fascinada por las artes marciales y las armas, sobre todo los cuchillos, auténticos o improvisados, que le confiscaban constantemente, y con tendencia a la violencia.

Longstreet utilizó el ratón para ir pasando los datos en la pantalla.

—No transcurrió mucho tiempo hasta que la trasladaron del orfanato a un reformatorio. Protagonizó varios casos de agresión mientras estuvo allí; en una ocasión, golpeó a otra reclusa casi hasta matarla. En última instancia, cuando tenía quince años, se cursó una petición para su traslado a una prisión de alta seguridad, a pesar de su edad, porque el personal del reformatorio era incapaz de controlarla. Sin embargo, antes de que pudiese cumplirse el trámite, escapó; por el camino le clavó un bolígrafo en el ojo a un psicólogo y lo mató.

Leyó con detenimiento durante un momento lo que ponía en la pantalla.

—Intentaron dar con ella, pero era muy astuta. Dejó tras de sí un rastro de crimen y violencia. Dejó bien claro que odiaba a los hombres: una de sus tácticas preferidas era merodear por barrios sórdidos hasta que alguien le llamaba la atención o intentaba aprovecharse de ella. Entonces castraba al sujeto en cuestión y le metía los genitales en la boca.

—Encantadora —murmuró Pendergast.

—A los dieciséis, sus devaneos la llevaron a Japón, donde se relacionó con la mafia yakuza. Tras algunos estallidos de violencia que la policía de Tokio todavía está investigando, se fue a Cantón, en China, donde se unió a las tríadas de la ciudad. Según nuestros servicios de inteligencia, su querencia natural por la violencia la ayudó a ascender con rapidez. Casi de manera inmediata, pasó de «49» a «426», un sicario «Polo Rojo» cuya especialidad consiste en planear y llevar a cabo operaciones de ataque. A los veintiuno había ascendido todavía más dentro de la organización, pero algo pasó, no sabemos bien qué, y dejó China para volver a Estados Unidos.

Longstreet apartó la vista de la pantalla.

—Desde entonces, se estableció aquí, aunque por lo visto viaja a Europa de vez en cuando. Basándonos en los crímenes que puede haber cometido, creemos que es una sociópata extremadamente funcional, que mata y mutila más que nada por diversión. Ha demostrado una evidente destreza a la hora de esconderse a plena vista y de sortear a las autoridades cada dos por tres. Esta foto policial es la única que tenemos de ella. Se la sacaron en Amsterdam. Se escapó al día siguiente.

—La cómplice ideal para Diogenes —dijo Pendergast.

—Así es. —Longstreet suspiró—. Haber identificado a Greyling es un éxito, no cabe duda, pero dada su habilidad para eludir a las fuerzas del orden en el pasado, no estoy seguro de hasta qué punto eso supone un avance. —Miró a Pendergast—. Doy por hecho que registraste con especial cuidado la casa en la que estuvieron.

—Claro.

—¿Y?

—La habían limpiado con mucho esmero.

Longstreet se encogió de hombros y se pasó una mano por aquella melena suya de color acero.

—En cualquier caso, enviaremos a un equipo científico.

—Dudo mucho que encuentren algo más que esto. —Pendergast metió la mano en el bolsillo, sacó algo que había guardado en una bolsa de plástico y se lo pasó a Longstreet: una pequeña tira de papel azul turquesa.

Longstreet cogió la bolsita.

—Interesante.

—La encontré incrustada entre dos lamas de madera del suelo junto a una salida de aire. —Mientras Longstreet le daba vueltas a la bolsa con las manos, Pendergast prosiguió—: Es parte de un recibo de una joyería: un anillo de oro con una extraña incrustación de tanzanita, una piedra preciosa. Supongo que fue un regalo de Diogenes a Flavia, tal vez una recompensa por el trabajo bien hecho.

—Así pues, con un poco de suerte, podríamos usar esto para desandar el camino hasta Diogenes —dijo Longstreet—. Si sabemos dónde compró el anillo. Aunque, por desgracia, el nombre de la tienda se ha borrado.

—Sí que sabemos en qué tienda lo compró. Solo hay una que utilice ese color en particular para presentarse ante el mundo.

Longstreet observó de nuevo el fragmento del recibo. Y entonces sonrió, una sonrisa lenta y triunfal.

46

Diogenes entró en la biblioteca. Llevaba consigo una cubitera plateada con hielo y una botella de champán, y dos copas. Lo dejó todo en la mesa y se volvió hacia Constance, que estaba sentada en la banqueta frente al clavicémbalo, ojeando distraídamente las páginas de una partitura.

—¿Te importa si disfruto de una copa mientras te escucho? Si es que tienes ganas de tocar, claro.

—Sin duda —respondió ella volviéndose hacia el teclado.

Diogenes se fijó en la partitura abierta sobre el atril: los preludios de *L'Art de Toucher* de François Couperin. Descorchó el champán, se sirvió una copa y se acomodó en el sillón.

Estaba preocupado; más que preocupado. Esa mañana, Constance se había levantado a las diez. A él le parecía ciertamente tarde, aunque tampoco lo tenía muy claro, dado que algunas personas dormían una exageración. Constance había cenado muy poco la noche anterior y apenas había tocado el estupendo desayuno que le había preparado. Habían transcurrido casi cuarenta y ocho horas desde la infusión sanguínea, por lo que ya debería notar los efectos, y mucho. Por supuesto, estaba enfrentándose a una nueva vida y tenía que adaptarse a ella, como cabía esperar. Lo que él detectaba podía ser de carácter emocional, más que físico. Tal vez Constance dudaba sobre lo que había hecho.

A pesar de su preocupación, oyó las primeras notas del *Primer Preludio en do mayor* , lentas y majestuosas. Desde un punto de vista técnico, no era una pieza musical difícil. Aun así, cuando Constance desplazó los dedos por el teclado y el matizado sonido del clavicémbalo llenó aquella acogedora estancia, Diogenes advirtió que las notas sonaban a destiempo, vacilantes. Hizo una mueca al oír una nota equivocada, y luego otra. Y entonces Constance dejó de tocar.

—Lo siento —dijo ella—. Por lo visto estoy distraída.

Diogenes se esforzó por disimular la poderosa sensación de consternación, incluso de pánico, que estaba empezando a poseerle. Dejó las gafas, se levantó del sillón, se acercó a Constance y la tomó de la mano. Su mano estaba caliente, demasiado caliente, y también seca. Tenía la cara pálida y unas oscuras medias lunas bajo los ojos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó como sin darle importancia.

—Muy bien, gracias —respondió de modo cortante—. Lo que pasa es que no tengo ganas de tocar.

—Sí, sí, claro. ¿Champán?

—Esta noche no. —Apartó su mano de la de Diogenes.

Él se quedó pensativo unos segundos.

—Constance, antes de cenar, me gustaría disponer de un minuto de tu tiempo. Tengo que hacerte un análisis de sangre rutinario, ahora que el arcanum lleva ya dos días en tu sistema sanguíneo.

—Ya me has pinchado suficiente, gracias.

«No lo bastante para mi gusto», pensó Diogenes, pero se libró al instante de ese indigno pensamiento.

—En serio, querida, es una parte imprescindible del proceso.

—¿Por qué? No me lo comentaste.

—¿No lo hice? Lo siento. Es pura rutina, te lo aseguro. Una rutina que hay que seguir después de cualquier infusión farmacológica.

—¿Qué podría ir mal?

—¡Nada, querida, nada! Es una precaución médica. ¿Puedo, entonces? Venga, acabemos con eso.

Constance se apartó el cabello de los ojos.

—De acuerdo. Hazlo rápido, por favor.

Constance empezó a arremangarse. Diogenes fue hasta el armario en el que guardaba los instrumentos para la infusión, sacó el kit para extracción de sangre y regresó. Dejó una almohadilla sobre la mesita, colocó el brazo de Constance encima, le practicó un torniquete, palmeó las venas, insertó una aguja de extracción Vacutainer y extrajo treinta mililitros.

—¿Tanta sangre necesitas? Hay suficiente para atragantar a un vampiro.

—Pura rutina. —Era bastante más de la habitual, pero necesitaba una buena cantidad para trabajar adecuadamente.

Sacó la aguja con rapidez, colocó una bola de algodón sobre la marca y le dobló el brazo.

—¡Ya está! —dijo tan animado como pudo.

Ella le miró enfadada.

—Creo que me voy a ir a dormir temprano. Me siento agotada… literalmente.

—¿No vas a cenar? He preparado *brochettes d'agneau à la Grecque* .

La mirada de Constance se suavizó un pelín.

—Lo siento, suena delicioso, pero no tengo hambre.

—Perfecto, no hay problema. ¿Puedo verte arriba?

La mirada enfadada regresó.

—Por favor, no me agobies. Puedo arreglármelas sola.

Constance desapareció por la puerta de la biblioteca y un instante después él oyó sus ligeros pasos ascendiendo la escalera.

Permaneció inmóvil, escuchando con atención cualquier leve sonido que hablase de sus movimientos; oyó que corría el agua, y al final silencio.

Rápidamente, Diogenes tomó el vial de sangre y atravesó las habitaciones en penumbra hasta llegar a la puerta del sótano, donde se encontraba el laboratorio. Se dejó llevar entonces por una sensación de aprehensión. Empezó a preparar a toda prisa el instrumental para realizar el test sanguíneo: el análisis bioquímico y el hemograma, fibrinógeno, hemoglobina A1C, DHEA, proteína reactiva C, TSH y estradiol.

En un momento dado, avanzada ya la noche, se dio cuenta de que le temblaban las manos y tuvo que dejarlo todo un momento, cerrar los ojos, apoyar las manos, centrar su mente y vaciarla. Después prosiguió, concentrado al máximo. No podía cometer más errores.

Después de la medianoche dispuso ya de los resultados finales. Cuando los números fueron estables y la imagen clara, Diogenes empezó a temblar de nuevo. Era un desastre. ¿En qué se había equivocado? En realidad sabía la respuesta. Solo había podido disponer del material de un cadáver, había tenido que simplificar algunas cosas, llevar a cabo algunas conjeturas menores perfectamente razonables.

Pero la medicina nunca funcionaba en línea recta. Tendría que haber empezado a trabajar con el material de dos cadáveres. No era un error fatal; o al menos no lo había sido hasta ahora. Pero,

por el bien de Constance, se trataba de un problema que había que resolver… de inmediato.

Cuando rompió el alba sobre el océano, Diogenes emergió sin prisa del sótano. Se retiró a sus habitaciones, se cambió de ropa, humedeció y peinó su cabello, se pellizcó las mejillas para que adquiriesen algo de color y bajó a la cocina. Para su sorpresa, encontró a Constance frente a la máquina de café, preparando un expreso.

—Te has levantando temprano —le dijo, enmascarando la voz con un tono alegre.

—No podía dormir.

Y esa era la impresión que daba. Ojeras, una tonalidad grisácea en su ya de por sí pálido cutis, con las venas azuladas visibles en el cuello y en los hombros desnudos, y un leve brillo de sudor a pesar del frescor de la mañana. Diogenes evitó preguntarle si se encontraba bien.

—Querida, espero que no te importe, pero hoy voy a tener que ir Key West a comprar algunas plantas y suministros para mi laboratorio. Estaré fuera todo el día, la noche y quizá parte de mañana. ¿Estarás bien aquí sola?

—Nunca estoy mejor que cuando estoy sola.

—El señor Gurumarra se quedará aquí por si necesitas algo.

—Muy bien.

Diogenes la tomó de la mano un instante, se dio la vuelta y se marchó.

47

Pendergast cruzó la gran fachada de granito rosa de la famosa tienda de Tiffany & Co. en la Quinta Avenida y se metió en la puerta giratoria para salir a la ajetreada planta principal. Allí las vitrinas de caoba destellaban bajo la luz, las alfombras parecían recién aspiradas y las paredes de mármol veteado y los marcos de las puertas brillaban. Se detuvo, fingiéndose confundido, por lo que al instante atrajo la atención de un esbelto y dispuesto vendedor.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

Pendergast sacó el fragmento del recibo que había sacado de entre las tablas del suelo de la casa de Exmouth.

—Tengo una pregunta sobre esta pieza. Aquí está el recibo. Se pagó en efectivo.

El vendedor cogió el papel.

—¿Y cuál es su pregunta, señor?

—Es de carácter personal. Me gustaría hablar con alguien que tenga autorización para acceder a los registros de ventas.

—Verá, la mayoría de esos registros son confidenciales…

—Señor, si no le importa, dejemos la conversación en este punto. Lléveme ante la persona en cuestión.

El vendedor se sobresaltó, pero respondió con el mismo tono frío y aristocrático de Pendergast.

—Sí, señor, pero tendré que comprobar si está disponible…

—¡Proceda!

Completamente intimidado, el hombre condujo a Pendergast con celeridad a través de la amplia sala hacia un ascensor de la parte trasera, que los llevó a una planta de oficinas. Cuando llegaron frente a una puerta de caoba, se detuvieron. En la puerta podía leerse un nombre en letras doradas ribeteadas de negro:

BARBARA MCCORMICK
VICEPRESIDENTA

Pendergast observó con atención en el nombre. Bajo el apellido McCormick, como si se tratase de un palimpsesto apenas visible, pudo apreciar que hasta hacía bien poco figuraba el nombre de otra persona.

—Permítame comprobar si está disponible… —dijo el vendedor, pero Pendergast ya había aferrado el pomo de la puerta y estaba abriéndola.

—Espere… ¡No puede entrar, señor!

Pendergast se metió en el despacho y el vendedor le siguió, pero el agente federal se volvió, apoyó una mano en el pecho del hombre con firmeza, lo empujó hacia atrás y cerró la puerta en sus narices. Al ver que había un cerrojo, lo cerró y se dio la vuelta para encarar a la persona que había allí. Era una mujer de unos cuarenta años, y estaba sentada tras un gran escritorio antiguo.

Lo miró con un gesto de incredulidad.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Pendergast la miró durante un rato. Era una mujer atractiva, vestía un traje elegante, tenía el pelo rubio y lucía un hermoso y sutil collar de perlas alrededor del cuello. La rabia y la alarma teñían su rostro. El vendedor estaba llamando a la puerta, con suavidad pero igualmente frenético. Su voz sonaba amortiguada:

—¡Señor, señor, no puede colarse de ese modo! ¡Es posible que la señorita McCormick no esté disponible! Hola, señorita McCormick, señorita McCormick, ¿debería llamar a seguridad?

Pendergast miró a la mujer.

—Haga que se vaya.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se le ocurre entrar de esta manera? ¡Ha cerrado la puerta! —Alargó la mano para coger el teléfono.

Pendergast se inclinó levemente.

—No soy más que un cliente con un pequeño problema que usted, mi querida señorita McCormick, puede solucionar. ¿Podrá usted, por favor, por favor, ayudarme? —Le ofreció entonces la más deslumbrante de las sonrisas.

—¡Señorita McCormick! ¡Señorita McCormick!

McCormick se puso en pie, observó de arriba abajo a Pendergast con una mirada penetrante y se dirigió a la puerta.

—Todo está en orden —dijo a través de la madera—. No es necesario avisar a seguridad. Me encargaré del cliente. Puede irse.

La mujer se volvió de nuevo hacia Pendergast y lo rodeó sin dejar de mirarlo con curiosidad. Su cara ya no reflejaba alarma.

—¿Cuál es su nombre?

—Aloysius Xingu Leng Pendergast.

Ella alzó las cejas.

—Menudo nombre, señor Pendergast. ¿De Nueva Orleans?

—Excelente. Por favor, llámeme Aloysius.

—Aloysius —dijo ella, colocándose tras el escritorio pero sin sentarse—. ¿Y tiene usted un pequeño problema?

—Así es. —Sacó el sucio recibo de su bolsillo y se lo mostró—. Esto es por una pieza de joyería que compraron hará unas cinco semanas. Pagaron en efectivo. Necesito el nombre de la persona que lo compró.

—Como sin duda sabrá usted, esa clase de información es estrictamente confidencial. Somos una joyería. Imagínese cómo se sentirían nuestros clientes si cualquiera pudiese venir aquí y conocer el nombre de un comprador.

—Lo entiendo.

—Y si pagaron en efectivo, no dispondremos de ningún nombre.

—Era un anillo, y según este papelito, volvió para que lo ajustasen.

—De acuerdo, en ese caso sí dispondríamos de un nombre. Pero… como ya le he dicho, es confidencial.

—Por eso he acudido a usted. Verá, mi esposa me ha sido infiel. Alguien le compró un anillo. Quiero saber quién fue.

McCormick frunció el ceño al oír aquellas palabras, y una mezcla de sorpresa, empatía y tristeza empezó a dibujarse en sus labios.

—Ah, la vieja historia. La vieja historia de siempre.

—Estoy destrozado por tener que verme en semejante situación. No sé qué otra cosa puedo hacer. ¿Qué me aconseja usted?

—Olvídese del nombre. Divórciese. Poco importa con quién se haya acostado. Líbrese de ella. Ese es mi consejo.

—Pero… la amo.

—Dios mío. No sea bobo. ¿Que la ama? ¡Venga ya! El mundo está lleno de mujeres a las que amar. Y lleno también de joyas que regalarles —añadió con una sonrisa y un guiño.

—Soy más bien ingenuo en esta clase de asuntos —dijo Pendergast con un tono de voz que pretendía transmitir lástima—. Por lo visto, no entiendo en absoluto a las mujeres. ¡Ni… ni lo humillantes que pueden llegar a ser!

—Verá, yo sí conozco a las mujeres. Un caballero como usted no tendrá problemas para encontrar una mujer que le quiera y le cuide. Lo que debería preguntarse es por qué quiere conocer el nombre de alguien que le ha engañado. Si no hubiese sido ese hombre, habría sido otro. Tal vez incluso haya habido otros. Mi consejo: no entre en ese juego.

—Solo quiero saber el nombre; es una cuestión de orgullo. No saber quién es, cuando tus amigos lo saben, resulta vergonzoso. Lo único que quiero es el nombre. Así podré… —Titubeó, se inclinó hacia ella y adoptando un tono confidencial le susurró—: Bueno, permítame ser sincero con usted.

—De acuerdo. Sea sincero.

—Si sé el nombre, podré fingir que lo sé desde siempre y comportarme con total indiferencia. Eso es todo. Me gustaría… salvaguardar el poco orgullo que me queda.

—Lo entiendo. Sí, claro. Es usted un hombre rico, ¿no es cierto?

—Muy rico.

—Y ella está intentando quedarse con su dinero.

—Eso es.

—¿No firmaron acuerdo prenupcial?

—Yo era joven e ingenuo. ¡Oh, qué tonto fui!

Se produjo una larga pausa.

—De acuerdo. Entiendo perfectamente por lo que ha pasado. Yo misma he conocido esa clase de humillación, cuando todos tus amigos hablan a tus espaldas y nadie te dice nada. Y tú… tu siempre eres el último en enterarte. —Su voz había adquirido un dejo de amargura.

Pendergast alzó la mirada.

—Cómo me alegra que lo entienda. Significa mucho para mí…, Barbara. —Vacilante, le tomó la mano y la apretó ligeramente.

Ella le dedicó una leve sonrisa, dejó que tomase su mano unos segundos y después la apartó.

—A ver, Aloysius, permítame comprobar en mi ordenador qué tenemos al respecto. Pero recuerde: no se acerque a él. Manténgase a distancia. Y recuerde también que esta información no se la he facilitado yo. —Se hizo con el recibo, se sentó y tecleó a toda velocidad—. De acuerdo. —Arrancó una hoja de un bloc de notas que tenía en el escritorio, apuntó algo en ella y se la pasó a Pendergast.

Con una adorable letra de colegiala había escrito un nombre: Morris Kramer.

Pendergast advirtió que ella le miraba con perspicacia y compuso toda una serie de expresiones: sorpresa, desdén, desprecio.

—¿Él? Qué canalla. Ese mierdecilla. Mi antiguo compañero de habitación en Exeter. Bueno,

tendría que haberlo supuesto.

McCormick le tendió la mano y él le devolvió la hoja con el nombre. Ella hizo una bola, la tiró a la papelera y lo miró con atención.

—Como ya le he dicho, Aloysius, el mundo está lleno de mujeres a las que amar. —Le echó un vistazo a su reloj—. Oh, es hora de tomar un tentempié. Aquí al lado hay un salón de té encantador. ¿Le apetece tomar algo conmigo?

Pendergast le dedicó una generosa sonrisa.

—Será un placer.

48

Diogenes se dijo que la Grande Suite del hotel Setai de Miami, con sus trescientos cincuenta metros cuadrados, era más grande que la mayoría de las casas. No solo ofrecía unas alucinantes vistas sobre el océano Atlántico, sino también una habitación con toda clase de aparatos electrónicos, un puñado de caras estatuas, óleos originales en las paredes, una cocina Sub-Zero y baños con sanitarios de granito negro. Sin embargo, al contrario que la mayoría de los hoteles de cinco estrellas, estaba decorado con un gusto sutil e impecable: un bombardeo de refinamiento y lujo para los sentidos. Diogenes esperaba que produjese el efecto deseado, porque el objetivo de ese bombardeo no siempre sabía disfrutar de esa clase de cosas.

Dicho objetivo estaba ahora sentado en el envolvente sofá de cuero de uno de los dos salones de la suite. Al entrar, con una copa de Lillet Blanc en cada mano, Diogenes le dedicó una de sus más cálidas sonrisas. Flavia Greyling le miró a los ojos. Llevaba puestos unos vaqueros azules rotos y una camiseta, así como su sempiterna riñonera; y no sonreía. En lugar de eso, su rostro mostraba una expresión que no fue capaz de descifrar: en parte incertidumbre, se dijo, pero también había esperanza, curiosidad… y algo que se parecía a la rabia.

—Aquí tienes tus beneficios —dijo Diogenes tras dejar las copas en la mesa que había frente al sofá—. Así pues, ¿ese fue el último punto de tu agenda?

Flavia no tocó la copa.

—Sí. Te envié esa nota desde el servicio de redirección de correo, después salí de Namibia y fui de polizón en un vapor hasta Sierra Leona, al piso franco. Lo que preparaste para el billete de avión desde aquí salió adelante ayer.

—Excelente. —Diogenes le dio un sorbo a su Lillet. Para poder estar ahí, en el Setai, había tenido que adoptar la identidad de Petru Lupei, con sus encantadoras maneras europeas, la cara afeitada y la cicatriz invisible, su exquisito traje a medida, el leve deje de un acento imposible de identificar y las lentes de contacto que ocultaban sus ojos blanquecinos—. Pero tengo que hacerte una pregunta: ¿era imprescindible que te encargases del propietario del concesionario de automóviles, el señor…?

—Keronda.

—Keronda, sí. ¿Era necesario que te encargases de él de manera… mmm… definitiva? Dadas las circunstancias, quiero decir.

—Por supuesto. Se desvió de lo previsto en el guion. Tu guion. En lugar de seguir trabajando como siempre, abandonó el concesionario y lo dejó todo manchado de sangre. Eso llamó la atención de la policía que, como dijiste, era lo último que queríamos.

—Cierto, eso dije.

—No hemos dejado rastro. Keronda era el único cabo suelto. Se había dejado llevar por el pánico; tarde o temprano habría hablado. Supongo que no era eso lo que querías. ¿O sí?

Al decir esto último, Flavia lo miró a los ojos con una repentina expresión penetrante. Contra su voluntad, Diogenes sintió una punzada de preocupación. Flavia tenía un modo de mirar a la gente que era casi como si te clavara físicamente uno de sus muchos cuchillos. Él había sido

testigo de cómo los utilizaba con otras personas, y sabía el efecto que producían. Y no le gustaba que los usase contra él.

—No, por supuesto que no —contestó con rapidez—. Hiciste lo que tenías que hacer. —Diogenes se dijo que aquella era una razón más para librarse de esa chica de una vez para siempre. Sabía muy bien hasta qué punto ella disfrutaba matando—. Te estoy sumamente agradecido —dijo con el tono de voz más agradable que fue capaz de adoptar—. Mi más profundo y sincero reconocimiento.

La mirada de Flavia se suavizó un poco. Ahora sí le dio un sorbo a su Lillet. Dejó la copa en la mesita y se sentó sobre sus piernas dobladas hacia atrás en lo que, al parecer, ella entendía como un gesto femenino.

—¿Y ahora qué? Ya sabes que lo pasé muy bien en Exmouth. No fue como otras misiones que me habías encargado. Dispusimos de un montón de tiempo libre. Tiempo para conocernos mejor. No te pareces a nadie que haya conocido. Creo que me entiendes, entiendes por qué hago lo que hago. Creo que tampoco me tienes miedo.

—Claro que no, mi querida Flavia. Y tienes razón: nos entendemos el uno al otro la mar de bien.

Ella se sonrojó.

—No tienes ni idea de lo importante que es para mí eso. Porque significa que…, bueno, que eres como yo, Peter. Tu manera de pensar, las cosas que te gustan… ¡Como lo que pasó con aquel sirviente en Bruselas el año pasado! ¿Te acuerdas de cómo intentó tocarte las narices? ¡Nada menos que a ti! —Se echó a reír y después le dio otro sorbo a su copa.

Diogenes se acordó del sirviente de Bruselas, pero ni de lejos con el regodeo que había mostrado Flavia. Reprimió aquel recuerdo con una sonrisa indulgente.

—Entonces ¿qué nos toca ahora, jefe? —Flavia había pronunciado la última palabra con cierta ironía.

—Excelente pregunta. La verdad es que por eso te he pedido que vengas. Como ya te he dicho, el trabajo que hiciste fue magnífico. No podría haber deseado un trabajo mejor, o más completo. De hecho, como resultado, ahora ya no queda nada más que hacer.

Flavia se detuvo cuando iba a coger la copa.

—¿Nada más?

—Nada que precise tu ayuda. Creo que, desde el principio de nuestra colaboración, Flavia, te dije que trabajo en una serie de proyectos simultáneos.

—Lo recuerdo. Y quiero ayudarte.

—Pero tienes que entenderlo: hay ciertas cosas que debo hacer solo. Soy como un director de orquesta: no siempre puedo bajarme del podio y mezclarme con la orquesta.

—La orquesta —repitió Flavia—. ¿Me estás diciendo que soy un simple instrumento? ¿Uno entre tantos? ¿Que puedes tocarlo cuando te va bien y después dejarlo de lado?

Diogenes se dio cuenta de que la sonrisa no era de las buenas. También se dio cuenta de que había infravalorado la paranoia y la obsesión de Flavia. Ella se había mostrado tan distante cuando se conocieron, tan orgullosa y solitaria, y tan autosuficiente… Era todo lo que él habría podido desear de una «asistente»: ingeniosa, absolutamente leal, intrépida, implacable y astuta. Cuando la conoció, su primera impresión fue que odiaba a todos los hombres. No se le ocurrió que pudiese enamorarse de él. Gracias a Dios, él había sido muy reservado respecto a sí mismo: no le había dicho su verdadero nombre ni le había hablado de sus principales identidades, por ejemplo, ni de la casa de Halcyon. La situación era intolerable. En otro momento de su vida, se

habría librado de ella sin más. Pero ya no actuaba de ese modo…, sobre todo bajo esa identidad que, en tanto que propietario de Halcyon, iba a intentar conservar durante el resto de su vida, de su muy larga vida.

—No —contestó Diogenes—. Flavia, no he dicho eso, en absoluto. Me he expresado mal. Tú y yo formamos un equipo. Tienes razón: yo te entiendo. Es más: creo que eres la única persona del mundo que no me juzgaría. Y, créeme, hay muchas que sí. Para mí es importante saber que tú no lo harías.

Flavia no respondió. En lugar de eso, se puso a juguetear con el anillo que él le había regalado, deslizándolo arriba y abajo a lo largo del dedo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó con una voz ligeramente ronca—. ¿Volveré a verte?

—¡Por supuesto que volverás a verme! Es más: volveremos a trabajar juntos. Varias veces. Pero ahora no es el momento. Están ocurriendo demasiadas cosas en… la parte de mi vida que no tiene nada que ver contigo.

Por un momento temió que ella hiciese alguna clase de declaración, que le confesase sus sentimientos, pero no dijo nada.

—Queridísima Flavia, no pasará mucho tiempo. No tardaré en buscarte. Nos hemos tomado un respiro en otros momentos, no lo olvides. Y será como has dicho: tendremos mucho tiempo para estar juntos, para conocernos mejor. Y eso para mí es tan importante como lo es para ti.

Flavia, que había estado mirando al suelo, alzó la vista y le miró a los ojos.

—¿Realmente lo piensas?

—Lo sé. «Nuestras dos almas, por tanto, que son una, / aunque debo partir, brecha alguna no soportan / sino solo una expansión, /como el oro, que se bate hasta aérea delgadez.»

Flavia no dijo nada. La cita de Donne rebotó contra ella como una bola de squash contra una pared de cemento cubierta de grafitis. Diogenes entendió que había sido otro presuntuoso error táctico por su parte, y se propuso no cometer más.

—Hasta que volvamos a vernos, me aseguraré de que vivas con la comodidad que mereces. —Rebuscó en su bolsillo y sacó un sobre grueso—. He preparado un nuevo piso franco en el que podrás vivir hasta nuestro siguiente proyecto. Está en Copenhague. Muy lujoso. —Palmeó el sobre—. Dentro están la dirección y la llave, así como un pasaporte, un móvil nuevo, un billete en primera clase en un vuelo que sale mañana y un carnet de conducir danés.

Flavia seguía sin decir nada.

—Y un adelanto por los futuros trabajos —añadió con rapidez. Dejó el sobre encima del sofá, entre los dos.

Flavia no hizo ni el ademán de cogerlo.

—Es un regalo principesco, ya ves —le dijo Diogenes—. Una prueba de lo mucho que me importas.

—¿Cuánto? —preguntó al fin Flavia.

—¿Cuánto significas para mí? No podría ponerle un precio a la estima que te tengo.

—No. ¿Cuánto dinero?

Eso resultaba esperanzador.

—Quinientos mil dólares.

—¿Tanto, Peter? —Su cara palideció.

—¿Te encuentras bien, Flavia? —le preguntó con calma.

No hubo respuesta.

—Flavia, ¿eres consciente ahora de lo que mucho que me importas? ¿Y entiendes por qué

tiene que ser así? Debes confiar en que contactaré otra vez contigo pronto…, muy pronto.

Ahora, por fin, Flavia asintió.

—Sabía que lo entenderías, porque, como tú has dicho, somos iguales. Y ahora, si no te importa, tengo que irme. Contactaré contigo por el teléfono. Probablemente dentro de un mes, como mucho. —Se inclinó hacia ella y la besó en la frente; después se puso en pie.

—¿Por qué? —preguntó Flavia de repente.

Diogenes se volvió para mirarla.

—¿Por qué me voy?

—No. ¿Por qué, exactamente, realizamos el último trabajo? Lo de fingir que era esa chica, la peluca y el abrigo, el absurdo secuestro falso y la muerte, todos esos cambios de aviones y los sobornos a los pilotos y a los médicos en Namibia y lo de meter un maniquí en el ataúd refrigerado… Y lo de organizar una persecución en Botswana. Y Keronda. Me prometiste que me lo explicarías algún día. Así que…

Él agitó una mano.

—Por supuesto. Ahora que todo eso se ha acabado, estaré encantado de explicártelo. Mi mejor amigo es un agente de primera en el FBI, pero en cuestión de mujeres es como un niño pequeño.

—¿Y?

—Esa mujer, Constance, la que viste en la tienda de Exmouth y en el restaurante, es una cazafortunas de la peor calaña, solo anda tras el dinero. Consiguió que le cediese un millón del dinero de la familia, la muy bruja. Solo quería que recuperase el dinero. Pero en fin… todo acabó mal, como creo que ya sabes. Mi amigo se ahogó. Sin embargo Constance todavía tiene el dinero. De ahí el secuestro, para que su cómplice se viese atrapado y entregase el dinero a modo de rescate. Todo salió a la perfección, gracias a ti.

—¿Y qué le pasó a ella?

Diogenes volvió a agitar la mano con desdén.

—¿Te refieres a Constance? Una vez que recuperé el dinero, ¡se esfumó! Sin duda se fue en busca de otro ricachón.

—¿Y el dinero?

—Bueno, mi amigo murió, así que a él el dinero ya no le importa. ¿Por qué no compartirlo con mi ayudante más íntima, Flavia? —Y le dedicó una sonrisa lenta y cómplice.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Entiendo.

Diogenes se sintió muy aliviado. Estaba desesperado por ponerle punto final a esa conversación. Podían pasar un montón de cosas en un mes o dos. Tal vez Flavia encontrase un novio, o se viese involucrada en un accidente de coche, o sufriese una sobredosis. Para cuando quisiese dar con él, si es que lo intentaba, el rastro que llevaba a Halcyon, por otra parte bien oculto, apenas resultaría visible. Se puso en pie.

—Hasta que volvamos a encontrarnos.

Se inclinó hacia delante y en esta ocasión le dio un beso en los labios, fugaz y ligero. Después se irguió y la miró a los ojos. ¿En qué estaría pensando Flavia? Estaba tan pálida e inmóvil… Pero aun así sonreía.

—Bueno, Flavia, ¡disfruta de Copenhague! Te lo mereces. Y lleva siempre contigo ese móvil; te llamaré pronto. Pero por ahora, *à bientôt* , querida.

Y tras una inclinación de cabeza, se volvió y salió de la habitación.

Acto seguido, la puerta principal de la suite se cerró con un suave clic. Flavia no se movió. Incluso antes de que Peter hubiese salido del apartamento, la sonrisa había desaparecido de su rostro. Se quedó allí sentada, inmóvil, rememorando las palabras de Peter, rememorando las cosas que le había oído decir a otros, cosas que no sentía, que demostraban habilidad e inteligencia y una consumada capacidad de manipulación. Y, sobre todo, pensaba en el trabajo que habían acabado, el trabajo en el que el meollo, por lo visto, era la chica: Constance Greene.

Se puso en pie de repente, cruzó la sala de estar y salió al balcón. Metió la mano en su riñonera; se le había ocurrido una idea. Sacó el anillo que Peter le había regalado e intentó arrancar la cara piedra preciosa haciendo palanca. Al ver que no podía, empezó a golpearlo contra la barandilla del balcón, una y otra vez, rascándose los nudillos, hasta que por fin se desprendió. Quitó la piedra, la hizo rodar entre sus dedos un momento y después la lanzó hacia el Atlántico. La montura del anillo seguía estando en su dedo, aunque ahora los cuatro agarres de oro que habían sostenido la piedra sobresalían vacíos.

Entró entonces en la sala de estar y miró a su alrededor estudiando el espacio con frialdad. Caminó hasta una vitrina, la abrió, extrajo una estatua de mármol y, tras un breve examen, la usó para romper el cristal de la vitrina. A continuación, todavía con los nervios bajo control, entró en la cocina y, una tras otra, sacó las piezas de cristal de los armarios y fue estrellándolas contra el suelo. Después recorrió los tres dormitorios de la suite mientras con los agarres del anillo rasgaba todos los cuadros que colgaban de las paredes hasta hacerlos trizas. Agarró el sacacorchos del bar, volvió a entrar en el salón y acuchilló los módulos del sofá de cuero en el que había estado sentada junto a Peter hacía apenas unos minutos.

Cuando acabó, se dio cuenta de que jadeaba ligeramente. Entró en el dormitorio, ese dormitorio para el que, hacía media hora, había tenido expectativas muy diferentes, e hizo su pequeña maleta. Salió de la suite y bajó en el ascensor hasta el lujoso lobby.

—Soy la señora Lupei —le dijo al hombre que había tras el mostrador—. Me temo que mi marido ha montado algo de jaleo en la Grande Suite. Por favor, carguen todos los gastos a su tarjeta de crédito. Yo ya dejo la habitación.

Dicho eso, le dedicó al hombre una breve sonrisa, giró sobre sus talones y se dirigió a la salida del hotel; en el suelo de mármol caía de vez en cuando una gota de sangre de sus agrietados nudillos.

49

Justo al final de la hora punta, se tardaban quince minutos en coche, con tráfico intenso, desde el hotel Setai hasta el Hospital Baptista de Miami, uno de los más grandes del sur de Florida. Petru Lupei aparcó su coche de alquiler en un sucio aparcamiento a unos trescientos metros de distancia del hospital, y lo colocó en un punto ciego tras una columna de acero que bloqueaba la visión de la cámara de seguridad que cubría esa zona. Dentro del coche, se quitó el elegante traje de Lupei y lo dejó con cuidado en el asiento. Después se puso las ropas del doctor Walter Leyland. Llevaba los pantalones color caqui típicos de Leyland, una camisa azul y una corbata de poliéster anudada de cualquier manera, y encima se puso la bata blanca de laboratorio del hospital con su identificación enganchada en la solapa. Se metió la billetera del doctor Leyland en el bolsillo, con su carnet de conducir de Florida y sus tarjetas de crédito, y guardó el teléfono móvil de Leyland en el otro bolsillo. Cogió dos bolas de algodón del maletín de médico que tenía en el asiento del copiloto, se las metió en la boca, las colocó entre las encías superiores y los dientes para proporcionar a Leyland su característico rostro rechoncho, y cambió las lentillas azules de Lupei por las marrones de Leyland. Echó polvos blancos en el cabello de Lupei para pasar del color castaño a un tono entrecano.

Al cambiar de identidad, Diogenes se sintió un tanto triste, pues había creado con gran afán y cariño al doctor Walter Leyland, de Clewiston, Florida, y en breve tendría que librarse de él. En cierto sentido era como ver morir a un buen amigo. Pero había que hacer ciertos sacrificios. Por otra parte, nunca había puesto en la identidad de Leyland el cariño que le había dedicado, digamos, a Hugo Menzies, o en especial a Petru Lupei. Lupei, de hecho, era su obra maestra: inexpugnable, imposible de rastrear, absolutamente auténtico, con su número de la Seguridad Social, ideado y construido con meticulosidad: era el nombre bajo el que pensaba ocultarse el resto de su vida.

Leyland colocó con cuidado la ropa y los zapatos de Petru Lupei en la enorme bolsa del doctor. Encima colocó la caja de acero inoxidable con el instrumental quirúrgico del médico, un recipiente para lentillas y una pequeña botella de color para el pelo, así como la billetera de Lupei y sus gafas.

Junto a todo eso, en la bolsa también había un pequeño recipiente médico para transportar tejido humano.

El coche no tardaría en resultarle sumamente interesante a la policía. Lo había alquilado el doctor Leyland y habría ADN suyo por todas partes. No podía hacer nada al respecto. Las muestras de ADN del coche corresponderían al doctor Leyland, y las huellas digitales también. Si coincidían con la base de datos de ADN y huellas digitales, el caso se resolvería con rapidez. Había otra persona en el mundo que tenía el mismo ADN que Leyland, llamada Diogenes Pendergast, y ese ADN, por desgracia, sí estaba en la base de datos del FBI. Pero esa segunda búsqueda difícilmente se llevaría a cabo si la coincidencia con Leyland se descubría pronto. Y aunque se llevara a cabo, Petru Lupei se había cuidado mucho de no dejar ningún registro oficial de su propio ADN. Nada en el coche tendría conexión con Petru Lupei.

Excelente.

Cerró el maletín y salió del aparcamiento por una ruta revisada con antelación; una ruta que le aseguraba que el bueno del doctor Leyland quedaría debidamente grabado en los vídeos de seguridad que controlaban el perímetro del hospital. Una vez más, se dijo que cuanto antes acabase todo aquello, mejor.

Recorrió la calle Noventa y cuatro en dirección al sudoeste, cruzó el ajetreado campus del hospital y enseguida alcanzó la entrada principal. Aproximadamente unos dos mil médicos estaban inscritos en ese hospital, por lo que no temía que le llamasen la atención. Ya se había encargado, por lo demás, de que su identificación estuviese validada; una tarea sencilla para cualquier médico de Florida con credenciales y unas mínimas habilidades informáticas. Pasó su tarjeta con la banda magnética en el control de seguridad, bajo la atenta aunque amistosa mirada de los guardias, y entró en el espacioso vestíbulo. Había memorizado el plano del hospital, por lo que pasó rápido por delante de más cámaras de seguridad de camino a los ascensores, dando la impresión de ser un médico con un objetivo, y subió hasta la unidad de cuidados intensivos. En esa planta había también toda una serie de quirófanos.

Leyland sabía que cualquier doctor no identificable que se adentrase en la UCI llamaría la atención e incluso podría ser detenido por una enfermera, a pesar de que se dirigiría a él con un amable «Hola, doctor, ¿en qué puedo ayudarlo?». Para minimizar esa posibilidad, antes de entrar en la UCI se coló en uno de los quirófanos y usó su tarjeta para entrar en el vestuario de los médicos. Allí, frente a la hilera de taquillas, encontró lo que andaba buscando: un dispensador de ropa quirúrgica desechable, del tamaño de un gigantesco archivador. Deslizó su tarjeta y la máquina desbloqueó servicialmente el panel de vidrio frontal, lo que le permitió hacerse con una bata estéril de su talla. Se la puso sin demora. Ahora, la posibilidad de ser interpelado por alguien se reducía en buena medida.

Desde ahí se dirigió hacia un almacén seleccionado con antelación. Había coreografiado con minuciosidad toda la actividad que llevaría a cabo. Haciendo uso de nuevo de su tarjeta logró entrar. Allí no había cámaras de seguridad, ni tampoco en el pasillo de al lado; un detalle crucial para su plan.

Sacó el kit de cirugía, colocó su maletín en un estante de la parte trasera, escondido tras varias bolsas, y encajó el kit en su cinturón, oculto bajo la bata. Salió del almacén y se encaminó a la UCI, a la que accedió sin problemas. Tenía que admitir que resultaba comprensible el grado de seguridad del Hospital Baptista, debido al tamaño de las instalaciones y a su localización en una zona de elevada delincuencia, pero en este caso la seguridad trabajaba a su favor. Siempre y cuando no tuviese que afrontar ningún inconveniente inesperado. Un detalle crucial de su plan era que siempre había que certificar la entrada a una zona restringida, pero nunca había que certificar la salida.

Le echó un vistazo a su reloj. Notaba un creciente e insano arrebato de excitación que no había tenido tiempo de controlar. «Si hay que hacerlo, hagámoslo rápido.» En la UCI no había cámaras de seguridad, pero la ratio de enfermeras por paciente era muy elevada —una por cada tres—, así que no podía arriesgarse a entrar sin más en la habitación de un paciente, porque la enfermera que le hubieran asignado no tardaría en seguirle para preguntarle quién era y qué estaba haciendo allí. Por suerte, existían los descansos concertados por convenio, y la enfermera que a él le interesaba acababa de tomarse el suyo, tal como él tenía previsto.

Pasó a toda prisa frente al mostrador de las enfermeras y se metió en una habitación en la que descansaba una paciente de ochenta y dos años, Frederica Montoya, sumida en la última fase de

una demencia tras sufrir un fallo cardíaco. En su tablilla podía leerse la orden: «No resucitar». Nadie acudiría corriendo cuando las máquinas indicaran un paro cardíaco, pero de todos modos llegarían bastante rápido, así que tendría que trabajar a toda velocidad.

Aquella anciana se encontraba a las puertas de la muerte. Si Constance llegaba a saber alguna vez lo que iba a hacer, difícilmente le criticaría.

Tras entrar en la habitación cerró la puerta. La paciente estaba en la cama, inconsciente, con respiración asistida. Agonizaba, aunque se estaba tomando su tiempo. Sus constantes vitales, según el monitor de la pared por detrás de la cama, eran débiles pero estables.

Extrajo el kit quirúrgico, sacó una aguja e inyectó una dosis letal de morfina, medida con el máximo cuidado, en el gotero. El efecto del agente anestésico fue casi instantáneo, por lo que se puso manos a la obra de inmediato, sin esperar a que la máquina certificase la muerte. Retiró la ropa de cama, hizo rodar a la mujer hacia un lado, le abrió el camisón de hospital y practicó una rápida incisión en la parte baja de la espina dorsal. Procedió con extremo cuidado y rapidez. Los signos vitales de la anciana se hicieron erráticos mientras se afanaba, y para cuando extrajo la cauda equina, murió y se dispararon toda una serie de alarmas. Rápidamente guardó la cauda equina en un tubo de ensayo esterilizado, lo selló y lo introdujo en el kit quirúrgico.

Sin embargo, aún no había pasado a la segunda fase de su plan cuando se abrió la puerta de la habitación —por qué demonios no podían cerrarse por dentro— y apareció un médico, no una enfermera. El hombre se detuvo para asimilar la escena, la mujer muerta de lado y la dichosa incisión, y lanzando un grito se abalanzó sobre Leyland guiado por el terror.

—Doctor, por el amor de Dios, ¿qué…?

El grito del médico se vio silenciado por un largo escalpelo que le rajó el cuello de abajo arriba. Leyland dio un salto hacia atrás y a la vez hacia un lado, y al hacerlo degolló al médico y evitó que la sangre le salpicara. El médico cayó al suelo emitiendo un desagradable sonido gutural. Leyland no perdió ni un segundo: se fijó en el nombre que el médico lucía en su tarjeta de identificación, abrió la puerta y miró hacia fuera. Una enfermera corría ya por el pasillo, respondiendo a la llamada.

—El doctor Graben y yo nos ocupamos, enfermera, si no le importa —le dijo—. Es un caso de no resucitación, y ya casi está. Por favor, intentemos mantener su dignidad.

Cerró la puerta despacio.

Se le acababa de presentar una oportunidad inesperada que no había previsto. Colocó al médico bocabajo. Agarró su bata blanca y la desgarró con el escalpelo. Después hizo lo mismo con la camisa, dejando a la vista la espalda del hombre. Había algo en la grumosa blancura de la piel, sabiendo además que iba a atravesar la carne, que le excitó. Palpó la columna vertebral y encontró el punto donde había que practicar la incisión, clavó el escalpelo y apretó hacia un lado de la columna, pues tenía que acceder a la cauda equina en ángulo.

Brotó sangre de la incisión, pero no demasiada. Eso se lo ponía todo más fácil. Abrió la parte inferior de la columna y extrajo la cauda equina, la «cola de caballo», denominada así por la cantidad de fibras nerviosas, como si fueran miles de cabellos grisáceos.

Esa segunda e inesperada muestra resultaría de muchísima ayuda. No había tenido la intención de matar a un hombre joven y sano, pero no había podido evitarlo. Ahora disponía de una generosa cantidad de material con el que trabajar, y eso no solo haría que la formulación resultase infalible sino que también le permitiría lograrlo en mucho menos tiempo.

Metió el tejido en el tubo de ensayo, junto a la primera muestra, y se dispuso a preparar un escenario de crimen. Usando el escalpelo, en primer lugar seccionó la garganta del médico varias

veces más, rajó su rostro y después dejó la espalda hecha trizas para enmascarar la incisión. «Quién iba a pensar que este viejo tendría tanta sangre en su interior…» Procedió a rajar los torsos de ambas víctimas con el escalpelo, marcándolos de forma aleatoria, cuidando de no mancharse de sangre pero intentando que las incisiones pareciesen obra de un loco. La sensación del escalpelo penetrando en la carne, los tirones, la suave resistencia y después la repentina impresión de liberación, los chorros de sangre que disminuían rápidamente… Le frustraba no poder recrearse, no disponer de tiempo para disfrutarlo, verse sometido a la presión de las prisas.

Acabó incluso demasiado rápido. Miró su reloj y comprobó que había hecho todo lo que tenía que hacer en menos de noventa segundos.

Dispersó los escalpelos por el suelo, se levantó y estudió la escena con mirada criminal. Era gloriosamente chocante, infame y desagradable: sangre por todas partes, en las níveas sábanas, en el suelo de linóleo, por las paredes. Sin duda el resultado de la pura locura. Y no había permitido que le salpicase una sola gota. Extraordinario.

Se arregló la ropa, caminó hacia la puerta, la abrió, salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda. La enfermera seguía en el pasillo, inquieta y preocupada.

—¿Enfermera? —dijo Leyland—. Quédese aquí y espere a las indicaciones del doctor Graben. Sigue con la paciente y no hay que molestarlo. Ya no tardará.

—Sí, doctor.

Atravesó las puertas y salió de la UCI. La alarma no tardaría en sonar. Seguramente el doctor Walter Leyland no tendría tiempo de salir del hospital. Y aunque lo consiguiera, una docena de cámaras lo habrían grabado.

Leyland aceleró el pasó, dobló una esquina y después otra y se metió en el almacén donde lo esperaba la ropa de Petru Lupei. Entonces empezó a sonar la alarma.

50

Pendergast estaba de pie en una esquina del apartamento de dos habitaciones, quieto como una estatua, observando cómo trabajaba el extenso equipo científico del FBI. Estaban recogiendo: habían dejado a un lado el equipo fotográfico; el kit para huellas digitales ya estaba cerrado y habían archivado las muestras obtenidas con cinta adhesiva; los ordenadores portátiles estaban apagados; los casilleros para pruebas, prácticamente vacíos, habían sido almacenados para trasladarlos.

Estando ahí de pie, sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo y comprobó quién le llamaba. Era un número oculto, claro.

—¿Sí? —respondió.

—¡Agente secreto! —Era la voz de Mime—. Le llamo para ponerte al día, tal como le prometí.

—Dígame.

—Siento haber tardado tanto, pero su hombre, Proctor, no ha sido nada fácil de rastrear. Sobre todo cuando llegó a África.

—¿África?

—Así es. Y además se salió de cualquier ruta. He necesitado a toda mi pandilla, por decirlo de algún modo, para recabar información. De acuerdo, esto es lo que sé. Seré breve porque supongo que está ocupado y no me gusta pasar más tiempo del imprescindible al teléfono, aunque sea este teléfono. Pudimos rastrearlo desde Gander hasta Mauritania, hasta el aeropuerto Hosea Kutako, en Namibia. Y le aseguro que ha costado lo suyo. Pero a partir de ahí el rastro se enfría.

—¿Y no tiene ni idea de adónde fue desde el aeropuerto?

—Basándome en conversaciones de la policía local, he llegado a creer que, bueno, visitó un concesionario de coches de alquiler frente al aeropuerto y después se dirigió al este, tal vez hacia Botswana. Pero eso es todo. He probado de todo, pero mis trucos sucios y mis puertas traseras no han dado resultado. Cuando hablamos de lugares como esos no podemos confiar en el futuro digital.

—Lo entiendo. Pero ¿hay señales de que pueda haber muerto?

—No. Un cadáver siempre acaba saliendo a la superficie, digitalmente hablando. Está vivo, pero vaya a saber dónde demonios está.

—Gracias, Mime.

—Haría cualquier cosa para hacer feliz a mi agente federal favorito. ¿Qué hay de mis honorarios? Ese duplexer para móviles me resultaría de lo más útil.

—Estoy intentando conseguir uno que le vaya bien. Naturalmente, usted lo utilizaría tan solo para ayudar a las fuerzas del orden.

—¡Naturalmente! —Se oyó una sonora risotada.

—Gracias, Mime. —Y Pendergast volvió a guardar el móvil en el bolsillo de su chaqueta.

Observó durante unos minutos más cómo el equipo científico acababa el trabajo. Después cruzó la sala de estar, tan limpia y ordenada como el resto de las habitaciones, hasta llegar a la

ventana más cercana. Los apartamentos Hamilton Heights eran uno de los edificios más nuevos del vecindario, un bloque de veinte plantas en el cruce de Broadway con la calle Ciento treinta y nueve que empequeñecía los edificios de ladrillo marrón y las casas adosadas que copaban las calles de los alrededores.

La ventana daba al oeste, hacia Riverside Drive y el río Hudson. Una barcaza con carga se abría camino río arriba, con destino a Albany.

Pendergast oyó un ruido a su espalda y al volverse vio a Arensky, el agente del FBI que estaba al cargo del equipo forense, que esperaba amablemente para hablar con él.

—¿Sí? —preguntó Pendergast.

—Señor, hemos acabado. Si le parece bien, volveremos al centro y empezaremos a registrar los datos.

—¿Hay muchos?

Arensky negó con la cabeza.

—Solo alguna que otra huella suelta.

Pendergast asintió.

Cuando Arensky se dio la vuelta y empezó a reunir a su equipo, se abrió la puerta principal y apareció Longstreet; su alta figura ocupó el marco de la puerta. Al verlo, Arensky corrió a su lado y se puso a hablar con él en voz baja. Arensky hacía gestos a un lado y a otro, llamando a diferentes miembros de su equipo, con la intención de que informasen a Longstreet.

Pendergast observó durante un momento. Y luego volvió a mirar por la ventana. Al contemplar los tejados de los bajos edificios que se extendían en dirección oeste hacia el río, pudo fijarse, más allá de las líneas que trazaban los edificios de ladrillo marrón, en los altos gabletes y las almenas de la mansión de Riverside Drive. Incluso sin prismáticos, fue capaz de distinguirla con claridad: la puerta principal, la entrada de la servidumbre, la puerta de servicio; incluso las ventanas cerradas de la biblioteca.

Obviamente, habían escogido ese apartamento porque permitía una excelente observación de la actividad en el 891 de Riverside.

Se inclinó entonces hacia delante para fijarse en el antepecho de la ventana. Habían hecho seis agujeros en la madera del alféizar, en dos secciones de tres, formando dos triángulos de unos quince centímetros de lado. Fijaciones, no cabía duda, para el trípode de un telescopio. Un telescopio pesado, de sesenta u ochenta potencias, como el que habría usado Diogenes, requería de un anclaje así, ya que proporcionaba mayor estabilidad para estudiar la privacidad de los domicilios.

Cuando se irguió, Longstreet se le acercó. A modo de respuesta a la pregunta que Pendergast no llegó a formular, asintió.

—El agente Arensky me ha puesto al corriente —dijo—. Es más o menos lo que esperábamos encontrar. El apartamento fue alquilado por un tal señor Kramer, hará unos tres meses, con un contrato para un año.

—Una de las identidades prescindibles de Diogenes, no cabe duda. ¿Y qué se sabe del tal señor Kramer?

—Hemos interrogado a los vecinos y a los porteros. La vecina de al lado, una mujer de casi ochenta años con pocas cosas que hacer, ha resultado de especial ayuda. Hemos traído a un dibujante de la policía para llevar a cabo una reconstrucción facial; no creo que nos sirva de mucho. Al principio, el señor Kramer se dejaba ver de vez en cuando, habitualmente acompañado por una mujer joven.

—Flavia.

Longstreet asintió.

—Varias personas la han reconocido a partir de las fotografías que les hemos enseñado. A Diogenes, sin embargo, no. Aunque estuvo aquí. —Longstreet hizo un gesto para abarcar la habitación—. Incluso a partir del simple cotejo con el ordenador de los forenses, hemos encontrado huellas de los dos por todo el apartamento.

—Entiendo.

—Durante un tiempo dejaron de verlos a los dos. Eso debe de corresponder al período que pasaron en Exmouth. Pero después, hará unas cuatro semanas, el tal señor Kramer regresó; esta vez sin Flavia. Empezó a seguir un horario un tanto extraño: salía de noche y volvía a casa al amanecer. Varios porteros, y también la vecina, lo vieron entrar y salir varias veces… hasta hará una semana. De repente, desapareció, y se llevó todas sus cosas. —Longstreet frunció el ceño—. Y en esta ocasión, Flavia parece haber sido más cuidadosa. No hay restos que indiquen adónde se pueden haber ido; o lo que es más importante, adónde ha ido él.

Se produjo un silencio.

—Me temo que es más o menos lo mismo que nos ocurre en Operaciones Especiales —prosiguió Longstreet—. No ha habido registros recientes ni en los sistemas de seguridad de los transportes, ni en bancos ni en entidades de crédito ni nada parecido. Los datos cruzados de las agencias de seguridad no han dado ningún resultado. Mis equipos de campo, y tengo mucha gente empleada en esto, no han descubierto nada. El rastro se ha enfriado. —Suspiró—. Lo siento, viejo amigo. Sé que haber seguido el rastro del recibo, que nos ha traído hasta aquí, te habrá generado ciertas expectativas. Yo las he tenido. Pero ahora es como si Diogenes se hubiese volatilizado.

—Lo sé —dijo Pendergast con una voz apagada.

—Quiero atraparlo tanto como tú —añadió Longstreet—. Créeme, esta va a seguir siendo mi prioridad. Aunque me temo que vamos a tener que bajar la intensidad en nuestra búsqueda de Diogenes, al menos temporalmente. Nos obligan a redestinar a varios de nuestros hombres para que se encarguen de la matanza del doctor carnicero de Florida. No será durante mucho tiempo. Te lo prometo.

—¿La matanza del doctor carnicero? —preguntó Pendergast apartándose de la ventana.

—Sí. Un doctor, al menos en apariencia, en cualquier caso, cuyo nombre no recuerdo. Entró en un hospital de Miami y mató a una mujer mayor. Una mujer moribunda, lo creas o no, debido a un problema de corazón. La acuchilló de un modo impresionante, al estilo Jack el Destripador. Por lo visto, otro doctor lo sorprendió con las manos en la masa y ese lunático también lo mató y lo acuchilló un montón de veces. Y después desapareció. —Longstreet sacudió la cabeza—. Una locura. Ha salido en la prensa nacional, lo que lo ha convertido en una prioridad para nosotros.

Pendergast permaneció inmóvil durante unos segundos. Después miró a Longstreet con una curiosa expresión en el rostro.

—Cuéntame un poco más de ese doble asesinato.

A Longstreet le sorprendió aquella petición.

—¿Por qué? No es más que una distracción. Se trata de un sociópata, está claro, lo atraparán pronto y podremos volver a centrarnos en lo nuestro.

—El doble asesinato —repitió Pendergast—. Compláceme, viejo amigo, hazme el favor.

51

Era otro espléndido día de noviembre en los cayos cuando Diogenes acercó la lancha Chris Craft al muelle, la amarró y desembarcó de un salto. Sacó la pequeña bolsa nevera de la parte de atrás de la cabina, llena de hielo y con los dos tubos de cauda equina, y recorrió deprisa el muelle hasta llegar a la casa. Estuvo atento por si veía aparecer a Constance, pero todo estaba tranquilo.

Entró en la casa hecho un manojo de nervios, evitó la biblioteca y fue directamente hacia el laboratorio del sótano. Cerró la puerta a su espalda.

Seis horas más tarde salió con una caja bajo el brazo. Era ya última hora de la tarde y tanto la casa como la isla estaban sumidas en la suave luz dorada característica de los cayos. Ahora sí fue a la biblioteca, y allí encontró a Constance, sentada junto a la chimenea apagada, con un libro en la mano.

—Hola, querida —dijo Diogenes.

Ella alzó la mano. A él le sorprendió lo distraída que parecía, pero logró mantener una expresión de buen humor.

—Hola —contestó ella en voz baja.

—Espero que hayas estado bien durante mi ausencia.

—Sí, gracias.

Diogenes esperaba que le preguntase sobre su viaje, o sobre por qué se había afeitado su barbita estilo Van Dyke, que ahora empezaba a crecer otra vez, pero no lo hizo. Vaciló. El asunto podría complicarse.

—Constance, hay algo que quiero comentarte.

Ella dejó el libro y se volvió hacia Diogenes.

—Tengo… tengo que confesarte que te mentí respecto al análisis de sangre. No fue rutinario. Y reveló que algo iba mal.

Constance alzó las cejas, una leve muestra de interés en su rostro.

—El arcanum que te di falló.

Diogenes respiró hondo, y esperó a que asimilase lo que acababa de decirle. Había ensayado esa escena una docena de veces en su mente durante el viaje de vuelta desde Miami. No podía ir con prisas: tenía que darle tiempo a Constance para que asimilara la información y reflexionase sobre la situación.

—¿Falló?

—Supongo que estás notando los efectos secundarios. Lo siento muchísimo.

Ella titubeó y miró hacia otro lado.

—¿Qué ocurrió?

—La bioquímica es compleja en extremo. Digamos que cometí un error. Ahora lo he corregido. —Dejó la caja y la abrió, dejando a la vista una bolsa de transfusiones de trescientos mililitros con un líquido violeta.

—¿Por eso fuiste a Key West?

—Sí.

—¿Para obtener más cauda equina?

Diogenes esperaba esa pregunta.

—¡No, por Dios! —Negó con la cabeza enérgicamente—. Claro que no. He sintetizado por completo el fármaco, ya no necesito más tejido humano. Lo que pasa es que la primera síntesis fue defectuosa porque cometí un error. Ahora he sintetizado una nueva remesa, reformulada. Una remesa buena.

—Entiendo.

Parecía tan cansada, que daba la impresión de estar enferma más que exhausta.

—Me gustaría inyectártela, ahora, para que recuperes la salud.

—¿Y cómo sé que esta remesa no es de nuevo errónea? —Su tono de voz había adquirido una aridez que a Diogenes no le agradó en absoluto.

—Por favor, confía en mí, Constance. Descubrí qué era exactamente lo que había ido mal y lo he corregido. La fórmula funcionará. Te lo juro por la fuerza de mi amor: esta funcionará.

Constance no respondió. Diogenes se puso en pie y caminó hacia el armario donde guardaba el instrumental para infusiones, sacó el carrito y lo llevó junto al sillón. Desplegó una almohadilla estéril sobre la mesita, practicó un torniquete, localizó la vena e insertó la aguja de perfusión. Ella lo observó todo con apatía, sin resistirse. Diogenes trabajó deprisa: empezó con la solución salina, colgó la bolsa con el arcanum, abrió la válvula y acto seguido el líquido rosáceo empezó a descender por el tubo.

—Confié en ti —le dijo Constance con un deje de irritación—. ¿Por qué debería volver a confiar?

—La primera vez me dejé llevar por el ansia; tenía prisa por ofrecerte el milagro de prolongar la vida.

—Todavía pareces tener prisa.

Diogenes respiró larga y profundamente.

—Tengo prisa porque te quiero y deseo que estés sana y seas feliz. Pero no me he dado prisa al preparar el fármaco.

Ella permaneció en silencio un minuto; todavía con un aire de suspicacia.

—No sé si me apetece ser tu conejillo de Indias.

—Mi adorada Constance, eres un conejillo de Indias en el sentido de que este fármaco ha sido formulado para una única persona: tú. No hay nadie más con quien pueda probarlo.

—Podrías probarlo contigo.

—No sería suficiente. —«Qué rápida es, incluso ahora», se dijo Pendergast.

Ella negó con la cabeza y él habló deprisa.

—Todo es tan nuevo… Y estás enfermando. Dale tiempo, por favor. Es todo lo que te pido.

Constance suspiró con evidente irritación y se apartó el cabello de la cara. No dijo nada. Diogenes observó la bolsa. Había aumentado el flujo para que descendiese lo más rápido posible y ya casi había desaparecido la mitad.

—Tu malhumor es un síntoma de la errónea formulación del arcanum —explicó Diogenes. Y en cuanto dijo eso se dio cuenta de que se había equivocado.

—Mi malhumor —respondió ella— se debe a tus excesivas atenciones, a que te pasas el día arrastrándote por la casa mientras escuchas todos mis movimientos. Me siento acosada.

—Lo siento, no me había dado cuenta de que te molestaba. Te daré toda la libertad que quieras. Dime cómo tengo que comportarme.

—Para empezar, líbrate del telescopio que tienes en la torre. Hace que me sienta espiada.

Contra su voluntad, Diogenes notó que se sonrojaba.

—Sí —añadió ella mirándolo con intensidad—. Vi cómo me espiabas. No me cabe la menor duda, cuando estaba nadando el otro día.

Diogenes se sintió desconcertado. No podía negarlo. Y como no encontró una réplica adecuada, su silencio se convirtió en la confirmación que ella necesitaba.

—Todo ha ido bien aquí mientras no estabas. Ojalá no hubieses vuelto.

Sus palabras provocaron una reacción inmediata en Diogenes.

—Eso no solo es cruel, también es injusto. Todo lo que he hecho, todo, lo he hecho por ti.

—¿Cruel? ¿Y esto lo dice el maestro de la crueldad?

A Diogenes aquello le sentó como una patada. Notó una creciente oleada de humillación, y algo más: una punzada de rabia.

—Elegiste venir aquí. Conocías muy bien mi historia. No está bien echármelo ahora en cara.

—¿No está bien? ¿Quién eres tú para decidir lo que está bien o lo que está mal?

Constance dejó escapar una risotada sarcástica.

Esa réplica salvaje dejó tocado a Diogenes. No supo cómo responder, qué decir. Tres cuartos del fármaco ya habían desaparecido. Solo podía esperar que hiciese efecto pronto. Constance parecía estar hablando para sí misma, dejándose llevar por la ira.

—Cuando pienso en lo que hiciste —continuó la mujer—, en toda aquella historia. Cuando pienso en hasta qué punto hiciste infeliz a Aloysius, me pregunto cómo puedes vivir contigo mismo.

—Aloysius también me hizo daño. Por favor, Constance.

—Por favor, Constance —repitió ella en tono de burla—. Qué terrible error cometí al confiar en ti. En lugar de hacer que me sienta bien, me has envenenado. ¿Cómo sé que no lo estás haciendo de nuevo? —Sacudió la vía intravenosa con la mano libre.

—¡Ten cuidado! —Diogenes sujetó el carrito para proteger aquel valioso fármaco.

—Debería haber sabido que tus promesas no valen nada.

—Constance, mis promesas son inalterables. Toda esta rabia tuya… Es la enfermedad la que habla. No eres tú.

—¿Ni siquiera ahora?

Constance agarró los tubos. Él se abalanzó sobre ella para detenerla, pero ya era tarde: se los arrancó del brazo y el líquido violeta salió disparado mezclado con restos de sangre, y el carrito cayó al suelo con estrépito.

—¡Constance! ¡Por Dios! ¿Qué estás haciendo?

Ella le arrojó los tubos, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Diogenes se quedó allí, paralizado, mientras oía sus pasos apresurados en la escalera trasera, el portazo en el ala de sus aposentos y el golpe del cerrojo, que resonó en toda la casa. Intentó atenuar su ritmo cardíaco para poder escuchar con atención, y de hecho percibió un leve y sofocado llanto en el piso de arriba. ¿Constance llorando? Eso le sorprendió más que cualquier otra cosa. Miró al suelo y vio los restos de su precioso arcanum goteando de la bolsa sobre la alfombra.

52

Tras pasar casi una hora llevando a cabo un escrutinio pormenorizado en la habitación del hospital en la que la anciana y el médico habían muerto, Pendergast, con la aprobación tácita de Longstreet, se había apropiado de una de las salas para médicos del Hospital Baptista de Miami para realizar toda una serie de interrogatorios. Longstreet observaba con una distante despreocupación. Se sentía lo bastante tranquilo como para no estar presente en el escenario del crimen. A pesar de que estaba acostumbrado a la sangre, aquellas extravagantes manchas y chorretones estilo Jackson Pollock que cubrían una considerable superficie de las paredes de la habitación eran algo excesivo incluso para él. Ahora sentía curiosidad por saber con exactitud qué era lo que andaba buscando Pendergast; si es que andaba buscando algo.

En primer lugar, Pendergast habló con el teniente de policía al cargo del asesinato. Fue trabajándose poco a poco al policía con preguntas sobre todo lo que había descubierto. Por lo visto, no había causa aparente. El asesino había escogido a una víctima, al parecer de forma azarosa —el modo más extraño de escoger a una víctima—: alguien que de hecho estaba al borde de la muerte. El asesino se había visto interrumpido por un joven y eminente cardiólogo, el doctor Graben, que pagó con su vida por esa intromisión. Ambas víctimas fueron mutiladas con un escalpelo del modo más espectacular imaginable, cortándolos en tiras, básicamente.

La policía había iniciado una cuidadosa investigación para encontrar al asesino, del que todavía no se sabía casi nada. Había sido identificado por las cámaras de seguridad, también por testigos, y por la tarjeta que había utilizado para acceder a las diferentes zonas del hospital. Se trataba del doctor Walter Leyland, de Clewiston, Florida. No estaba afiliado al Hospital Baptista de Miami, por lo que sabían, y nunca había tenido contacto o trato con ninguna de las dos víctimas. A pesar de que los interrogatorios oficiales apenas habían dado comienzo, sabían ya que el tal doctor Leyland había pasado mucho tiempo en el extranjero realizando servicios de voluntariado para Médicos Sin Fronteras y otras organizaciones, y que su lista de pacientes era más bien corta; de hecho, estaban intentando acceder a su consulta, pues no tenía secretaria ni enfermera que respondiese al teléfono, por lo que habían cursado una orden judicial. Además, por lo visto el doctor Leyland trabajaba, en contadas ocasiones, como médico designado por el Estado, pero en ese sentido también se encontraban en una primera fase de la investigación. Según el teniente, conocerían más detalles en las próximas horas y días. Habían localizado el coche del doctor y todavía lo estaban analizando, así como sus tarjetas de crédito y su teléfono móvil. El mayor misterio, sin embargo, era por qué había irrumpido de ese modo para matar a dos personas con semejante salvajismo.

A continuación Pendergast habló con la enfermera de la UCI, que corroboró que el doctor Leyland entró en la habitación de Frederica Montoya, de ochenta y dos años, que se encontraba a escasos días, o incluso horas, de morir debido a un fallo cardíaco. Pocos minutos después, el doctor Graben también entró en la habitación. Sorprendida, la enfermera se dispuso a hacer lo mismo, pero el doctor Leyland sacó la cabeza por la puerta y le dijo que por favor dejara el caso en manos de los dos doctores. Cinco minutos más tarde, el doctor Leyland salió de la habitación

y le dijo a la enfermera que el doctor Graben todavía estaba con la paciente y que no quería que lo molestasen. Al ver que cinco minutos después el doctor Graben no salía, la enfermera empezó a preocuparse y entró en la habitación.

Pendergast despidió a la enfermera y llamó al encargado de seguridad del hospital. El hombre le dijo que todavía no había acabado con el análisis de las cintas de seguridad, pero que si bien disponía ya de numerosas imágenes del doctor Leyland accediendo al hospital, entrando en el vestuario de los doctores y otros lugares, todavía no habían encontrado ninguna imagen de él saliendo de allí. No, la tecnología de vídeo no podía explicar aquella discrepancia.

Pendergast le pidió una imagen del doctor Leyland y el hombre se la entregó; era una captura de pantalla muy granulada. Pendergast y Longstreet estudiaron la imagen durante un rato: un hombre con el cabello entrecano y mofletes hinchados.

—No tiene el aspecto del típico asesino en serie —dijo Longstreet—. Aun así, algo me resulta familiar en él.

—A mí no —murmuró Pendergast.

Por último, llamó al jefe de la policía científica. El hombre había dispuesto de dos días para escribir sus conclusiones y tenía toda una serie de interesantes observaciones para compartir. Si bien la anciana había muerto primero, los violentos cortes y apuñalamientos empezaron cuando el desafortunado doctor entró en la habitación.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —preguntó Pendergast.

—El análisis de las salpicaduras de sangre —respondió el policía—. Había restos de sangre arterial del doctor Graben en las partes bajas de las paredes, en la cama y en el equipo de monitoreo. Pero estaban debajo de las manchas de sangre de la señora Montoya.

—Eso no tiene sentido —dijo Longstreet—. Si a Leyland lo interrumpieron cuando estaba matando a la señora Montoya, lo normal habría sido que las manchas de sangre mostrasen justo lo opuesto.

—Así es —dijo el policía científico—. Y hay algo más: hay mucha menos sangre de la señora Montoya en las paredes que del doctor Graben.

Pendergast reflexionó durante unos segundos.

—Gracias —le dijo al final al policía—. Ha sido de gran ayuda.

Cuando el hombre salió del despacho, Longstreet miró a Pendergast.

—De acuerdo. Admito que es un misterio. ¿Cómo pudo salir el doctor Leyland del hospital sin que nadie le viese? ¿Y por qué cometió semejante atrocidad, acuchillando a dos inocentes? Pero lo que a mí me interesa de verdad es: ¿por qué te interesa este caso?

—Excelentes preguntas. ¿Crees que podrás organizarlo para que veamos los cadáveres?

—¿Te refieres a ir al depósito de cadáveres? Sí, claro, si hago unas cuantas llamadas ya mismo. Aquí, en Florida, no dejan a los cadáveres mucho tiempo metidos en hielo. —Longstreet frunció el ceño—. Un momento… no estarás pensando que…

Pendergast alzó una ceja, como si esperase el final de la frase.

Pero Longstreet negó con la cabeza.

—No. No tiene sentido.

—Sí. Eso es lo que estoy pensando. Y no tiene sentido. Eso es, precisamente, lo que me interesa: la naturaleza extraña y por completo inexplicable de estos asesinatos. Y también la captura de pantalla del doctor Leyland. Espero que examinar los cadáveres arroje algo de luz sobre todo esto. —Y Pendergast señaló hacia el teléfono móvil que Longstreet guardaba en el bolsillo—. Así pues, y si no te importa, Howard. Has dado a entender que el tiempo es crucial.

53

Constance llevaba veinticuatro horas encerrada en su habitación, veinticuatro horas de absoluto silencio, de no ser por el sonido del agua corriente y de unas ligerísimas pisadas en el suelo, lo que confirmaba a Diogenes que, como mínimo, seguía viva. No había salido ni siquiera para comer. La tarde anterior, Diogenes se había acercado hasta su puerta y había llamado suavemente. Llevaba una bandeja con comida para ella: unas exquisitas mollejas con foie gras y ternera lechal con una reducción de vino. No oyó nada tras la puerta, no hubo respuesta a su llamada. Por eso se apoyó en la puerta y susurró que le había llevado algo para cenar. Del otro lado le llegó un extraño susurro a modo de réplica, que le sorprendió por la proximidad y la extrañeza de su tono.

—Vete… ya…

Ahora, mientras anochecía, se sentó en la biblioteca y se aferró a los brazos del sillón. No podía concentrarse. No podía leer. No quería escuchar música. Ni siquiera podía pensar en condiciones. ¿Qué estaba haciendo en aquella habitación? ¿Había surtido efecto el arcanum? ¿Acaso había vuelto a equivocarse, a pesar del obsesivo esfuerzo por lograr una nueva formulación? El equilibrio mental de Constance siempre había sido más bien precario. ¿Habría perdido definitivamente el juicio?

Tenía que controlarse y dejar de lado esos tétricos pensamientos. El lugar adecuado para hacerlo era la cámara de meditación. Salió de la casa por la puerta de atrás, casi a la carrera, bajó la escalera y se apresuró por el camino de arena que llevaba hasta el risco. Poco después apareció en la zona de juncos. Al rodear el risco el templo apareció tras una duna, centelleando bajo la luz del atardecer, saludándole. Abrió la puerta y entró, se acercó temblando hasta el diván de cuero negro que presidía el centro de la estancia, donde se tumbó, exhausto y cubierto de sudor.

De inmediato, la magia de aquel lugar empezó a causar efecto en él: la frescura, la paz, el gris silencio y la luz atemperada. Entrecerró los ojos y, ¡sí! Pudo ver, de forma oblicua, retazos de color, como si se tratase de franjas del arcoíris surgiendo de un pedazo de cristal que rotaba.

Sí, mejor así. Constance acabaría saliendo de su habitación; el hambre la obligaría a hacerlo. Y entonces él podría lidiar con cualquier cosa, sacaría a relucir todo su encanto e intentaría con todas sus fuerzas retenerla en la isla, hacer que lo amase como él la amaba a ella. Hasta entonces lo había hecho bien; ahora no fallaría.

Poco a poco su respiración recuperó el ritmo normal a medida que le embargaba la calma. El sol había descendido en el cielo y uno de los laterales del templo resplandecía con un brillo perlado, mientras que en el otro lado, en sombras, reinaba la oscuridad y el misterio.

Se estiró sobre el largo diván sintiendo la suavidad del cuero. Recordó que tratar con ella era poco menos que domar un animal salvaje. No podía, no debía, presionarla o forzarla en ningún sentido. Constance tenía que salir de aquella habitación por su propia voluntad. Y entonces él comprobaría si el arcanum había funcionado. Estaba convencido de que en cuanto sintiese los efectos, miraría su propia vida desde otra perspectiva. Una perspectiva que le incluiría; al menos eso era lo que quería que sucediese.

De repente, una sombra difusa cruzó los paneles de cristal de obsidiana. Alguien había pasado cerca. Y volvió a pasar: un tenue contorno que se dirigía despacio hacia la puerta. No era Gurumarra, pues tenía prohibido acercarse por esa parte de la isla.

Quienquiera que fuese se había quedado junto a la puerta. Esperaba. Y entonces, sumido en algo parecido a un gélido terror, observó cómo el pomo de la puerta giraba y que la puerta se abría.

Y allí, enmarcada por la flameante luz del sol poniente, estaba Constance.

Se miraron a los ojos. Él se puso en pie. Ella había cambiado, de algún modo se había transformado por completo: estaba estupenda, radiante de salud y vigor. Llevaba puesto uno de los viejos vestidos que se había llevado de Nueva York, pero ahora, al entrar en el templo y cerrar la puerta, vio que se llevaba las manos al cuello y desabrochaba el vestido. Era como un sueño. No podía apartar los ojos de ella. Muy despacio, Constance abrió todos los corchetes, uno a uno, y después sacó los brazos de las mangas. Durante unos segundos, mantuvo el vestido en su lugar, pero al cabo lo soltó y lo dejó caer al suelo.

No llevaba ropa interior. Su esbelto y pálido cuerpo, delgado pero voluptuoso, con la musculatura marcándose apenas bajo la piel blanca, era una especie de visión.

Constance sacudió ligeramente la cabeza para soltarse el cabello. Él no podía moverse. Fue ella la que dio un paso hacia él, y después otro, y un tercero, hasta detenerse muy cerca, hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del de Diogenes. Despacio, empezó a desabrocharle la camisa, y Diogenes se dio cuenta de que a Constance se le aceleraba la respiración, de que su pecho jadeaba de emoción, de que se había sonrojado. Era extraordinario: el cambio que el arcanum había operado en ella era poco menos que un milagro.

Sin apresurarse, tocándolo apenas, le quitó la camisa y después se arrodilló, le sacó los zapatos, desabrochó los pantalones… hasta que se encontraron ambos de pie, a escasos centímetros de distancia, desnudos. Solo entonces ella se inclinó hacia él y le dio un delicioso, largo y profundo beso antes de empujarlo con suavidad hasta tumbarlo en el diván.

54

Poco después de la una de la madrugada, la oscura figura que pilotaba el hidrodeslizador por las aguas de la Reserva Natural de Great White Heron dejó atrás el último grupo de pequeñas islas que impedían el paso a la amplia zona de tierra identificada, según el atlas de clasificación costera, como Halcyon Key. El motor funcionaba a escasas revoluciones para evitar llamar la atención. Había sido un viaje muy complicado, pues dada la escasa profundidad de las aguas y el carácter laberíntico de los canales, la zona apenas era navegable, incluso de día, pero el calado del hidrodeslizador era mínimo. Se aproximó a un largo muelle. Había amarrado en él una lancha rápida: una antigua barca de madera llamada *Phoenix* .

Flavia Greyling apagó el motor y dejó que la inercia la llevase hasta la extensa playa que se extendía a ambos lados del muelle hasta llegar a los manglares. Saltó del hidrodeslizador y lo dejó bajo el muelle. El crujir de la arena apenas podía distinguirse del susurro del viento entre las palmeras. Se agachó detrás de la glorieta que había al final del muelle y analizó la situación.

Al otro lado de un ligero risco pudo ver el tejado de una casa grande, rodeada por palmas reales. Un poco más allá, vio una construcción más pequeña, que tenía pinta de ser la casa del servicio, medio oculta entre el manglar.

Flavia iba vestida totalmente de negro y calzaba las botas ligeras típicas de las fuerzas especiales. Había cambiado su habitual riñonera azul por una de color ébano, y también llevaba guantes de cuero negro de diseño italiano, que había escogido más por lo finos que eran que por su estilo. No había llegado al extremo de tiznarse la cara o teñirse de negro su rubia cabellera, como había hecho en otras misiones en las que había participado; después de todo, se trataba de otra clase de trabajo.

Avanzó como un gato hacia el límite del risco. Una vez allí sacó un visor monocular de su riñonera y examinó la casa y los alrededores. Todo parecía tranquilo. Había pocas luces encendidas, lámparas de gas o tal vez de queroseno, a juzgar por el parpadeo, pero no detectó ningún tipo de movimiento.

Guardó el visor en la riñonera y cerró la cremallera.

La rabia se había apoderado de ella desde el momento en que Peter la dejó en la habitación del hotel en Miami; estaba más furiosa de lo que le gustaba recordar. No solo porque la estuviese apartando de su vida privada, sino también por el modo en que intentó burlarse de ella con halagos y dándole dinero después, justo antes de irse; como si el dinero pudiese compensar todo el tiempo que habían pasado juntos, todo lo que ella había hecho por él, como si fuese poco menos que una puta. A pesar de que todavía no lo habían hecho, ella sabía que él había tenido tentaciones. Le había visto mirándola.

Lo que más le había dolido era que le había visto hacer lo mismo con otros, y la enfureció pensar que él creía que ella también se lo tragaría. Obviamente, no confiaba en ella, a pesar de todo lo que había hecho. De acuerdo, el juego de la decepción funcionaba en ambas direcciones. Lo pillaría con la guardia baja. Él daba por hecho que la había convencido: creía que se estaba gastando su dinero en Copenhague, esperando junto al teléfono a que se decidiera a llamarla… o

no.

A la mierda con esa llamada. No le iba a permitir que se fuese como si nada. Por eso estaba ahí.

Había conseguido su número de tarjeta de crédito en el hotel. Le resultó sencillo porque se habían registrado como marido y mujer. Empezó por ahí, y no le costó mucho tiempo saber más sobre Petru Lupei. Era el tipo de investigación que había llevado a cabo con anterioridad en muchas ocasiones, cuando perseguía a su presa, y se le daba muy bien.

Combinando algo de ingeniería social con pirateo informático básico, rastreo de datos de acceso público y la obtención de una dirección postal vía tarjeta de crédito, logró unir todas las piezas. Empezó con el apartado de correos, que contenía algunos retazos de información muy útiles. A partir de ahí, y después de realizar varias llamadas telefónicas al registro público y a otras entidades gubernamentales relacionadas, logró trazar un rastro de miguitas de pan que la colocaron, de forma inadvertida e indirecta, a rebufo de Petru Lupei. Pasó de una compañía fantasma a otra hasta llegar a una corporación llamada Incitatus, LLC, que tenía un único activo: una isla al sur de la costa de Florida llamada Halcyon Key, adquirida hacía unos veinte años.

En lancha motora se tardaba una hora desde Miami.

En la oscura playa, mientras observaba la casa, Flavia sonrió. Petru sabía, por supuesto, que ella era muy buena en lo que hacía. Él era el tipo de persona que nunca escogería al segundo en algo. Le había quedado claro que él no sentía por ella lo mismo que ella por él; o, como mínimo, todavía no. Pero ella le gustaba, de eso estaba segura.

Sin embargo, en aquel momento y lugar, ella disponía de una carta ganadora. Había descubierto su secreto. Había descubierto su escondite privado. No solo eso: lo había descubierto por su cuenta y había logrado llegar hasta allí. Ahora, cuando se mostrase ante él, Petru comprendería lo inteligente y capaz que realmente era. Iba a sorprenderlo. Y esa sorpresa haría que la respetase, lo sabía muy bien, porque Petru respetaba a las personas capaces de sacar lo mejor de él, cosa que casi nunca solía ocurrirle. Y ese respeto podría transformarse con facilidad en amor, estaba convencida. Sobre todo en un lugar como ese. Tendría que admitir que formaban la pareja perfecta en todos los sentidos.

Sin hacer ruido, subió por el risco y atravesó la zona arenosa que llevaba a la casa, que casi parecía etérea bajo la luz de la luna. Accedió a la veranda, se aproximó a la puerta principal y, al comprobar que no estaba cerrada, entró rápido y la cerró a su espalda. Le sorprendió la falta de seguridad, pero recordó entonces la remota ubicación de la isla, su difícil acceso, sin duda su mejor defensa.

Se detuvo en el vestíbulo, sumido en la oscuridad y el silencio, y llevó a cabo un rápido reconocimiento: los accesos de la izquierda y de la derecha llevaban a lo que parecían ser la biblioteca y el salón respectivamente, mientras que la amplia escalinata ascendía hasta la segunda planta. Entró en la biblioteca llevada por la curiosidad. La luz de la luna que se colaba por los amplios ventanales reveló que se trataba de un espacio al parecer con dos ambientes, con caras alfombras en el suelo y con las paredes cubiertas de libros y de pequeños cuadros enmarcados. También había un extraño y diminuto piano en un extremo.

Flavia frunció el ceño. Algo en aquella estancia parecía impropio del Peter que ella conocía. Daba la impresión de que la decoración tenía… un toque femenino. Casi pudo notar un rastro de perfume en el aire.

Cruzó el pasillo y llegó al salón. La estancia, si bien era también hermosa, transmitía algo diferente. La lámpara de araña de cristal tallado, los pesados sillones orejeros, la felpa de los

sofás y los cojines, todo poseía una elegancia anticuada, nada que ver con el estilo moderno, casi fríamente sencillo, que siempre le había gustado a Petru Lupei.

Al menos, por lo que ella conocía de él.

En un extremo del salón, una puerta se abría a la oscuridad. Escuchó con atención para asegurarse de que nadie había notado su presencia todavía; sorprendería a Peter cuando ella lo decidiese, a su modo. Sacó una pequeña linterna de la riñonera, la encendió y, sosteniéndola con una mano, cruzó la puerta. Conducía a otra biblioteca, mucho más pequeña que la que estaba al otro lado del pasillo, parecida en este caso a un despacho. Observó un minuto los libros de las estanterías y también los cuadros enmarcados. La baraja de cartas del tarot que había sobre el escritorio era de Albano-Waite, la preferida de Peter. Había allí libros sobre estrategia militar, antiguos métodos de tortura, novelas escritas en lo que parecía ser italiano; eso encajaba más con el Peter que ella conocía. Con el ceño fruncido escogió un libro: *El Renacimiento* , de Walter Pater.

Lo abrió y pasó las páginas. Le sorprendió toparse con un nombre desconocido, escrito con tinta: Diogenes Pendergast .

Se encogió de hombros y devolvió el volumen a su sitio. Ese hombre se lo habría prestado a Peter y este habría olvidado devolverlo, o tal vez se lo había quedado voluntariamente. Propio de él. Cogió otro libro: Suetonio, *Vida de los doce césares* .

De nuevo, el nombre del dueño escrito en el interior de la tapa, con la misma grafía: Diogenes Pendergast.

El trazo de la letra le resultaba familiar. Y de repente también recordó el apellido. Pendergast. Era el apellido del agente del FBI al que habían estado espiando en Exmouth.

«Mi mejor amigo es un agente de primera en el FBI, pero en cuestión de mujeres es como un niño pequeño…»

Colocó el libro de vuelta con un golpe seco, pero no con tanta fuerza como para hacer ruido. ¿Era esa la vida secreta de la que Petru Lupei le había hablado? ¿Acaso ese «mejor amigo» era en realidad algo más, tal vez un pariente? ¿Su hermano? ¿Tendría Petru otro nombre: Diogenes Pendergast?

Sabía, como no podía ser de otro modo, que Petru era un nombre falso, una identidad temporal pensada para el trabajo que habían hecho; la había usado en Exmouth y en Nueva York. Aun así, hasta ese momento no se le había ocurrido pensar que el propio Petru Lupei no fuera más que otra de esas identidades.

Notó crecer en su interior un sentimiento de profunda incomodidad por su candidez, mezclado con la rabia de saber que la habían usado. Por primera vez en su vida, había permitido que sus sentimientos por una persona le hiciesen bajar la guardia.

Con el mismo sigilo, aunque con mayor rapidez, subió ahora la escalera. El piso de arriba estaba dividido en dos alas, y cada una de ellas constaba de una serie de habitaciones: dormitorios, vestidores, lavabos. Ambas alas parecían estar ocupadas. En una de ellas encontró varios objetos que reconoció como pertenencias de Peter: una navaja, un clip para billetes, una corbata Hermès cuidadosamente extendida en el respaldo de una silla.

La otra ala estaba ocupada por una mujer.

Tras examinar con cautela y sin prisa todas las habitaciones, la mayoría vacías, Flavia regresó al distribuidor central de la segunda planta. Se sentía del todo confundida. ¿Qué significaba todo aquello?

Descendió la escalinata, salió de la casa por la puerta principal, y la cerró de nuevo a su espalda. Miró a su alrededor y echó a andar sigilosamente por la playa, dejó atrás las estancias del servicio y enfiló el sendero que se adentraba en el manglar tierra adentro.

Siguió por el sendero hasta otro risco arenoso y entonces se detuvo. Ante ella se alzaba una extraña construcción, una estructura circular, semejante a un antiguo templo, encarada hacia el golfo. Entre las columnas de mármol había unas ventanas que no parecían de cristal sino de algún tipo de mineral oscuro que centelleaba como el mercurio a la luz de la luna.

Flavia observó aquella construcción durante un rato. Una extraña sensación se adueñó de ella, una aprensión de lo más insospechada, como si en aquel edificio se guardase un terrible secreto que era mejor no conocer. No obstante, al ver que había una puerta con parteluz entre dos de las columnas, tomó aire y avanzó. Mientras lo hacía, sacó de su riñonera uno de los cuchillos matazombis que siempre llevaba consigo. No solo resultaban útiles para clavarlos, también resultaban muy prácticos para abrir cerraduras.

Pero cuando alcanzó la puerta se detuvo. Al oír los sonidos que llegaban del interior sintió una curiosa mezcla de emociones. Tras unos segundos, se arrodilló para mirar por el agujero de la cerradura. En el interior reinaba la oscuridad, apenas podía verse nada, pero la luz de la luna se filtraba lo suficiente a través de las ventanas ahumadas para ver con claridad lo que estaba ocurriendo. Se quedó helada. Notó cómo crecían en su interior la rabia, el odio y la repulsión.

Así que todo era mentira, todo. Su «mejor amigo», la «cazafortunas», el millón de dólares perdido. Nada de lo que le había dicho era verdad. Y ahí estaba él, con esa mujer, haciéndole el amor, a su pesar, con tal pasión que Flavia se había quedado sin aliento.

Se apartó de la puerta y apoyó la espalda en la fría pared del templo. Quería levantar los brazos, taparse las orejas con los dedos, dejar de oír aquellos ruidos…, pero era como si se hubiese quedado sin fuerzas. Excepto en las manos: seguía jugueteando con el cuchillo, pasándoselo de una mano a otra, sin dejar de oír los sonidos de aquella escena de sexo, una y otra vez.

55

La oficina del forense del condado de Miami-Dade se encontraba en un moderno edificio de colores apagados de un estilo arquitectónico indistinguible. El interior era tan frío como abrasador era el exterior que daba a la Décima Avenida. En el sótano, entre las anchas paredes con las neveras para cadáveres, todavía se estaba más fresco. Sensible como siempre al frío, Pendergast abotonó la americana de su traje y se enrolló la corbata alrededor del cuello.

El médico forense, que los recibió en la entrada del depósito de cadáveres, el doctor Vasilivich, era un hombre fornido y alegre que lucía una especie de tonsura similar a la de los monjes medievales.

—Está muy bien que disponga usted de contactos —comentó a Longstreet después de que se presentasen—. Y que haya podido llegar tan rápido. Estábamos a punto de entregar ambos cuerpos a sus familiares.

—No vamos a robarle mucho tiempo —dijo Longstreet dirigiendo una mirada significativa a Pendergast, quien sabía que su antiguo superior estaba empezando a cansarse de seguirle la corriente.

—¿Qué es lo que buscan exactamente? —preguntó Vasilivich.

—No estamos seguros —contestó Pendergast antes de que Longstreet pudiese hablar.

Vasilivich asintió y les guio. A izquierda y derecha y desde el suelo hasta la cintura, las paredes estaban cubiertas con puertas alineadas de acero inoxidable.

—Entonces, primero Montoya —dijo—. La edad por delante de la belleza. —Rio entre dientes.

Se detuvo frente a una de las puertas, a la altura del suelo, agarró el tirador y tiró de él con suavidad. Había un cuerpo cubierto con una sábana sobre el frío acero.

—Si tiene alguna pregunta en concreto, hágala —dijo mientras se colocaba unos guantes de látex—. Me temo que soy el único que puede tocar los cadáveres.

—Entendido —dijo Longstreet.

—Prepárense —dijo Vasilivich cuando agarró la sábana que cubría el cuerpo—. Lo que van a ver hace que *Hellraiser* parezca el Capitán Canguro.

Tiró de la sábana y dejó a la vista el cuerpo desnudo de una mujer anciana.

—Cristo bendito —masculló Longstreet.

La cabeza y el pecho estaban cubiertos por docenas de heridas profundas y amplias; los cortes habían adquirido un curioso tono grisáceo debido a la ausencia de sangre. Daba la impresión de que las laceraciones cubrían cada centímetro del torso, y la cara estaba tan rajada que apenas resultaba reconocible. Los dos agentes observaron el cuerpo en silencio.

—No se le ha practicado autopsia —observó Pendergast al ver que el cuerpo no mostraba la característica incisión en forma de Y.

—El forense del condado lo consideró innecesario —dijo Vasilivich—. Al igual que con el doctor Graben. —Se detuvo—. Curioso, en cualquier caso.

—¿A qué se refiere? —preguntó Pendergast.

—Según el informe toxicológico, la señora Montoya murió por un fallo cardíaco provocado seguramente por una sobredosis de morfina.

—¿Estas heridas no fueron la causa de la muerte? —preguntó Pendergast.

—La franja de tiempo entre ambos acontecimientos es tan breve que resulta difícil asegurarlo. Pero al menos algunas de las laceraciones fueron post mortem. Había tanta sangre en las sábanas de la cama como en las paredes… Insuficiente presión vascular.

—¿La muerte pudo ser provocada por el shock causado por las heridas iniciales? —preguntó Longstreet.

—Es posible. Como ya he dicho, la sobredosis es solo la causa más plausible. Pero dada la violencia del ataque, varios condicionantes podrían haber causado la muerte; y es probable que fuese así.

El forense se apartó del cuerpo y se desplazó varias filas más allá, abrió otra puerta y sacó otro cadáver. Cuando retiró la sábana, quedó a la vista el cuerpo de un hombre. Ese cuerpo estaba todavía más lacerado que el de la anciana.

—No hay duda sobre la causa de la muerte —dijo Vasilivich mientras rodeaban el cuerpo—. Se desangró como consecuencia de la sección transversal de la aorta. Probablemente ese fue el primer golpe del asesino. Se aprecian otros cortes severos, sin embargo, que podrían haber provocado también su muerte: el de la arteria femoral, por ejemplo, aquí.

Guardó silencio un momento.

—¿Qué podría haber causado la sobredosis de morfina? —preguntó Longstreet—. ¿Podría deberse a un mal funcionamiento del gotero?

—Eso sería de lo más extraño, sobre todo hoy en día. Esas máquinas son a prueba de tarados.

—Es decir, que seguramente fue intencionado —observó Pendergast—. Ahora bien, si la causa de la muerte fue una sobredosis, fue administrada casi al mismo tiempo que las cuchilladas para permitir que las arterias salpicaran de ese modo.

—¿Por qué alguien querría matar a una anciana con una sobredosis y después cortarla a tiras? —preguntó Vasilivich.

—Porque lo o la interrumpieron —respondió Longstreet.

—Sí —dijo Pendergast—. Si la teoría de la sobredosis es correcta, tal vez la idea original del asesino no fuese acuchillarla. La mujer estaba al borde de la muerte, de todos modos; cualquiera habría supuesto que se trataba de muerte natural. Pero el doctor Graben irrumpió en la escena del crimen por sorpresa. El asesino lo acuchilló hasta matarlo, y después mató a Montoya del mismo modo, para que pareciese obra de un perturbado.

—No se parece a la obra de ningún asesino perturbado que yo haya visto —repuso Vasilivich —. Y he tenido que ver más de los que me habría gustado.

—¿Por qué no? —preguntó Pendergast.

—Por los cortes en la espalda y en el torso. Los cortes de la espalda llegan hasta las costillas, como si los hubiesen hecho con un látigo de nueve colas. Es cierto que los cortes frontales no son tan extraños, Graben incluso muestra alguna herida defensiva en los antebrazos, pero ¿qué asesino se tomaría la molestia de rajar la espalda de sus víctimas?

—Un individuo particularmente retorcido —murmuró Longstreet.

—Dele la vuelta, haga el favor —le pidió Pendergast.

Vasilivich dio la vuelta al cuerpo del doctor con mucho cuidado. Sin duda parecía un damero de cortes profundos, en especial en la zona lumbar, aunque también en los glúteos.

Pendergast examinó el cadáver un momento. Y de repente se quedó paralizado. Acto seguido

se inclinó sobre la parte baja de la espalda, con la mano extendida.

—Agente Pendergast —le advirtió Vasilivich.

Pendergast se detuvo.

—Fíjese en esta sección de las vértebras, aquí, entre la L1 y la S2.

—¿Sí?

—Examínela. ¿No le parece que el desgarro de la carne en la columna vertebral es resultado de algo más que el corte de un cuchillo?

Vasilivich colocó sus manos enguantadas en la parte baja de la espalda del cadáver y empezó a apartar con cuidado la carne, primero de un lado y después del otro.

—Dios mío —murmuró—. Tiene razón. Aquí ha habido una extirpación.

—¿Puede identificar qué falta? —preguntó Pendergast.

Asintió varias veces.

—Sí —dijo Vasilivich—. Parece ser…

—La cauda equina —concluyó Pendergast.

El médico le miró y parpadeó sorprendido.

—¿Cómo lo sabe?

—Examine el cuerpo de la mujer, haga el favor. Compruebe si también falta la cauda equina.

Le llevó tan solo un par de minutos determinar que, en efecto, así era.

—Aloysius —le dijo Longstreet con un extraño tono de voz—. ¿Qué está pasando aquí exactamente?

Pero Pendergast no respondió. «La cauda equina.» Muchas cosas empezaron a adquirir sentido en su mente, a gran velocidad. Enoch Leng y su elixir. Constance Greene y su hermana, Mary. «Y ahora, Diogenes.»

Así pues, el asesino había querido acuchillar desde el principio a su víctima. La morfina le sirvió simplemente para matarla, para que su trabajo resultase más sencillo. Pero una vez que se sabía dónde había que mirar, no había cortes ni laceraciones ni cuchilladas que pudieran ocultar el hecho de que se había practicado una pequeña extirpación en ambos cuerpos.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó a su hermano ausente, aunque lo hizo en un tono tan bajo que nadie pudo oír sus palabras.

En ese momento se oyó un fuerte golpe en la entrada del depósito. Vasilivich se acercó y abrió la puerta. Uno de los agentes de campo de Longstreet esperaba en el exterior. No tardó en entrar.

—¿Qué sucede? —le preguntó Longstreet.

—Ha habido un cambio en el caso Leyland —dijo el agente.

—Prosiga.

—Sabíamos que de vez en cuando había trabajado como ayudante del forense del condado de Hendry. Pero ahora hemos descubierto que, de manera esporádica, ayuda en la administración de inyecciones letales a los condenados del corredor de la muerte.

—¿Y?

—Hace siete días, supervisó una ejecución en Pahokee. Y lo hizo él solo.

De golpe, Pendergast clavó su penetrante mirada en el agente.

—¿Quién era el condenado?

—Lucius Garey. Lo enterraron antes de ayer.

Pendergast se volvió a toda prisa hacia Longstreet.

—Tienes que solicitar una orden judicial para exhumar el cuerpo del reo. Esta mañana.

—No pienso hacerlo hasta que me expliques qué está pasando.

—Te lo explicaré de camino. Y ahora, por favor, haz esa llamada. No tenemos tiempo que perder.

56

Las puertas de entrada del acertadamente denominado Cementerio Puertas del Cielo, en Lady Lake, Florida, estaban cerradas con una cadena y un candado. En el interior del pequeño cementerio había toda una serie de coches aparcados junto a una única tumba, rodeada de mamparas amarillas que se habían colocado para asegurar la privacidad.

Al otro lado de esas pantallas había siete personas: el agente especial Pendergast, el director ejecutivo asociado Longstreet, un funcionario de salud pública local, un médico del condado de Lake llamado Barnes, seleccionado por el juez para supervisar la exhumación, y dos sepultureros, que estaban en ese momento metidos hasta la cintura en un agujero de tierra fangosa. La séptima persona, Lucius Garey, estaba en esos momentos bajo tierra, en algún punto por debajo de los pies de los sepultureros. Aunque tenían previsto que volviese a la superficie en breve.

Pendergast y Longstreet estaban a un lado, separados del resto, hablando en voz baja.

—A ver si lo entiendo —estaba diciendo Longstreet—. El hermano de tu bisabuelo, Enoch Leng, creó un elixir que podía alargar la vida de una persona de manera prodigiosa.

Pendergast asintió.

—Y uno de los ingredientes que necesitaba, al menos en un principio, era cauda equina fresca, ese puñado de nervios que se encuentran en la base de la espina dorsal humana.

—Así es.

—Quería tomar ese elixir porque estaba trabajando en un complejo proyecto que él creía que requeriría más tiempo de lo que dura una vida normal. Pero antes de tomarlo, lo probó en su protegida. Constance Greene.

Pendergast asintió.

—¿En qué consistía ese complejo proyecto?

—No es relevante. Basta decir que al final acabó siendo innecesario.

Longstreet se encogió de hombros.

—Pero después, en los años cuarenta, la ciencia moderna avanzó lo suficiente como para crear el elixir a partir de fuentes sintéticas. Ya no necesitó matar a nadie para adquirir su cauda equina.

—Así es.

—Y tanto él como Constance siguieron tomando esa nueva versión sintética del elixir hasta hará unos cinco años, cuando alguien irrumpió en la mansión de Riverside Drive y torturó y luego mató a Leng.

—Sí. Se negó a divulgar el secreto de su elixir.

—¿Y qué ocurrió con el asesino? —preguntó Longstreet.

—Tampoco es relevante. Fue a reunirse con mi antecesor, el doctor Leng, en el otro mundo poco después de cometer el asesinato.

—¿Y Constance?

—Yo encontré la única copia que quedaba de la fórmula y la quemé. Tras la muerte de Leng, y sin los beneficios del elixir, Constance empezó a cumplir años con normalidad.

—Así que en realidad ella nació en 1880.

—Sí.

—Y tú quemaste la fórmula. Dios mío, menuda decisión… —Longstreet miró de refilón a Pendergast—. Me sorprende mucho, Aloysius, la cantidad de cosas sobre tu familia y sobre ti que no me has contado.

—¿Qué sentido habría tenido? Como puedes imaginar, la mayoría son penosas o mortificantes; o ambas cosas a la vez.

Ambos permanecieron en silencio unos instantes, mientras observaban trabajar a los sepultureros.

Longstreet cambió de posición y volvió a hablar.

—Doy por hecho que supones que fue Diogenes quien mató a esas personas en el hospital. Que las mató para conseguir cauda equina.

—Creo que fue Diogenes, sí. Aunque a juzgar por las pruebas, creo que solo había planeado matar a la anciana. El doctor le sorprendió en el acto y, para que no lo pillasen, mató al hombre y extrajo también su cauda equina; aprovechó la oportunidad que se le brindaba. Y después los rajó salvajemente con la esperanza de enmascarar las extracciones.

—¿Pero por qué? Has dicho que destruiste la última copia de la fórmula del elixir de Leng. ¿Lo está tomando él? ¿O es que la señorita Greene ha decidido seguir siendo joven, después de todo?

—No sabría decirlo —masculló Pendergast tras unos segundos—. Es posible que hubiese otra copia de la fórmula y que todavía exista, una que yo desconocía. Pero recuerda que los componentes de la fórmula que usó Leng durante los últimos sesenta insólitos años de su vida eran artificiales; no necesitaba cauda equina humana. Da la impresión de que Diogenes está usando la fórmula original. Por lo que sus actos resultan doblemente confusos.

—¿Crees que podría tratarse de otra persona, de una rara coincidencia?

Pendergast negó con la cabeza.

—No creo en las coincidencias. —Miró a Longstreet—. Y después de lo que nos pasó, bajo aquel puente de Tailandia, creo que tú también has dejado de creer en ellas.

Longstreet asintió despacio.

—Tienes razón. Así es.

Se oyó un golpe seco en lo profundo del agujero y uno de los sepultureros gritó. Pendergast y Longstreet se inclinaron hacia delante mientras los dos hombres apartaban el barro de la tapa del endeble ataúd. Al cabo de unos minutos, aseguraron unas sogas alrededor del ataúd y, con gran esfuerzo, lo subieron hasta depositarlo en un plástico colocado sobre el césped. El funcionario de salud pública dio un paso adelante, examinó una pequeña placa atornillada en la tapa del ataúd, comprobó la lápida, le echó un vistazo a una hoja colocada en un portapapeles que tenía en la mano y finalmente asintió. Los sepultureros abrieron el ataúd y dejaron a un lado la tapa.

Dentro estaba Lucius Garey, vestido con un traje negro y camisa blanca con el cuello abierto. Por lo visto, era demasiado alto para ese ataúd, y en la funeraria le habían doblado las rodillas hacia un lado para que cupiese. Sus ojos eran grandes e intensos, y los tatuajes carcelarios que lucía en el cuello habían adquirido una tonalidad cadavérica.

El médico del condado empezó a colocarse los guantes, pero Pendergast le dio un golpe. Con los guantes ya en sus manos, se impulsó hacia delante y, con un gruñido de esfuerzo, le dio la vuelta al cuerpo de manera indecorosa dentro del ataúd.

Hubo un coro de protestas.

—Aloysius —dijo Longstreet—, ¿qué demonios crees que estás haciendo?

En lugar de responder, Pendergast se limitó a señalar.

Como era habitual en los entierros baratos, el «traje» de Lucius Garey no le cubría todo el cuerpo. En lugar de eso, simplemente cubría su torso y la parte visible de las piernas, como si se tratase de una sábana. Su espalda desnuda había quedado expuesta mirando al cielo.

En la parte baja de la columna vertebral podía apreciarse una pequeña incisión.

—¿Doctor? —dijo Pendergast, sacándose los guantes y lanzándolos dentro del ataúd—. ¿Le importaría examinar esa incisión?

Tras una mirada fugaz al agente del FBI, el doctor se acuclilló junto a la tumba y examinó el cadáver.

Como no decía nada, Pendergast insistió:

—¿Diría usted que han extraído la cauda equina del difunto?

A modo de respuesta, el doctor se limitó a asentir.

Al verlo, Pendergast se dio la vuelta, pasó entre las mamparas de privacidad y echó a andar a paso enérgico alejándose de las tumbas. Longstreet lo observó un instante y se dirigió a los presentes:

—Gracias. Hemos acabado.

De vuelta en el coche, conduciendo despacio hacia la puerta principal, Longstreet se aclaró la garganta.

—Así pues, el doctor Walter Leyland, es decir, Diogenes Pendergast, supervisó la ejecución estatal de Lucius Garey. En su papel de médico forense, también certificó su deceso. Y al hacerlo, pudo extraer la cauda equina del hombre sin que nadie se percatase. Si estuviésemos hablando de otro contexto, podríamos decir que todo guarda una hermosa simetría.

—Podríamos, sí —comentó Pendergast.

Esperaron a que el guardia del cementerio abriese la cadena y los dejase salir.

—Hay algo que ha quedado claro —dijo Longstreet—. Diogenes no quería que nadie supiese que estaba recolectando cauda equina. De no haber sido así, no habría tenido necesidad de llevar a cabo un plan tan elaborado como lo de participar en una ejecución. —Miró a Pendergast—. ¿Hay alguna posibilidad de que Diogenes sepa que estás vivo?

Pendergast se tomó un tiempo antes de responder.

—No lo creo. Me da la impresión de que ha estado muy ocupado con… otros asuntos. Por otra parte, con las prisas por rastrearlo, no me he molestado en ocultar mi presencia. Ha sido un descuido por mi parte. —Se removió en el asiento del copiloto—. Pero hay una cosa que está muy clara.

—¿Qué?

—Tanto si mi hermano sabe que estoy vivo como si no, sigue siendo una persona sumamente cuidadosa. Solo se me ocurre una razón para que haya tenido que llegar tan lejos con el propósito de ocultar la búsqueda de cauda equina: la posibilidad de que yo todavía estuviera vivo. Porque soy la única persona capaz de entender su auténtico significado. Y la única razón por la que eso podría preocuparle sería que estuviera por aquí cerca, y hubiera planeado quedarse.

—¿Qué quieres decir?

—Diogenes, y Constance, están aquí, en Florida… no muy lejos.

57

Un sol cegador se alzó hasta lo alto del cielo a última hora de la mañana, iluminando las incontables islas cubiertas de manglar dispersas por aquellas aguas turquesa poco profundas, que acababan fundiéndose con el mar del golfo. Diogenes sintió el calor del sol en un lado de su rostro cuando se colocó junto a los fogones. Estaba preparando el desayuno: tortillas con setas *enokitake* , *prosciutto* , gruyer y brie, a lo que añadió un poco de albahaca fresca. Cogió la sartén, sirvió una de las tortillas en un plato y se lo pasó a Constance, que estaba sentada a la barra.

La tortilla vino a sumarse a las gruesas tostadas con mantequilla y mermelada, a media docena de tiras de beicon y a los tomates verdes fritos que ya le había servido antes. Estaba hambrienta, y no era de extrañar, si uno repasaba la larga noche en vela que habían pasado juntos. ¡Dios, era una mujer fuerte, y además audaz, segura de sí misma y valiente! Lo había llevado al límite un montón de veces. Lo había dejado literalmente para el arrastre.

El rostro de Constance brillaba mientras comía. Cuando por fin acabó con la tortilla, dejó el tenedor a un lado.

—Ya estoy servida, gracias.

—Querida mía, pocas veces he visto un apetito semejante.

—Apenas he comido nada desde hace días. Y además hemos quemado muchas calorías.

—Sí, sí.

Diogenes era reacio a hablar de esa clase de cosas, dada su educación estrictamente católica. Le gustó que Constance no fuese como algunas mujeres que se recreaban repasando los detalles y hablaban del tema como si tal cosa, como quien habla de conducir o salir de pesca. Pero ella no era así: por lo visto, mostraba la misma reticencia que él a compartir dichas experiencias en una conversación insulsa. Y sin embargo, no podía dejar de rememorar, con un eléctrico escalofrío, el modo en que había acariciado con sus delicados dedos cada una de sus más ocultas cicatrices…

—Vayamos a nadar —dijo ella.

—Claro. Pero tal vez tengamos que hacer la digestión primero, ¿no?

—Eso son cuentos de viejas. Vamos.

Se le ocurrió plantearle la cuestión de los bañadores, pero entendió que no tenía sentido. Se puso en pie, se quitó las zapatillas y cogidos del brazo atravesaron la veranda y los sicomoros en dirección al muelle. Constance se le adelantó y él se quedó ligeramente atrás, y antes incluso de llegar al extremo del muelle ella dejó caer su albornoz y, desnuda, se lanzó al agua. Él la siguió.

Constance nadó a crol muy rápido en línea recta; él iba detrás. Al cabo de unos minutos, Diogenes se detuvo.

—¿Constance? ¡No te alejes tanto!

Pero ella seguía nadando con intensidad, en dirección al canal.

—¡Constance!

Ella no podía oírle, por lo visto, y siguió adelante, adentrándose en uno de los canales más profundos. Pero ¿qué estaba haciendo?

—¡Constance!

Pero ahora ya estaba tan lejos que él apenas podía distinguir el leve chapoteo blanquecino que provocaban sus brazadas. De repente sintió una punzada de pánico. ¿Se había vuelto loca? ¿Quería matarse? Semejantes pensamientos parecían absurdos. No obstante casi no podía verla; de hecho, ni siquiera entornando los ojos y alzándose un poco sobre el agua podía verla.

Se dio la vuelta y nadó lo más rápido que pudo hacia el muelle. La lancha Chris Craft seguía amarrada allí. A toda prisa se puso la bata, desamarró la lancha, saltó al interior y puso en marcha el motor. Al poco surcaba las olas en dirección a donde había visto a Constance por última vez, con el corazón desbocado. La lancha no tardó en cubrir la distancia y Diogenes pudo ver su chapoteo al nadar. Aminoró la marcha, dejó el motor en punto muerto y se deslizó hasta situarse a su lado.

—¡Constance!

Ella dejó de nadar y lo miró.

—¿Qué sucede?

Atemperó su miedo. No quería que ella pensase que se había preocupado. Constance ya se había mostrado irritada con anterioridad por estarle demasiado encima.

Le dedicó una sonrisa forzada y la saludó con la mano.

—¿Te apetece un viajecito de vuelta?

—No me importaría.

Nadó hacia un costado de la lancha y se las apañó para subir a la cabina trasera, con el cuerpo cubierto de gotas de agua que centelleaban bajo el sol. Diogenes rebuscó bajo la repisa, encontró una toalla y se la tendió.

—Pareces una sirena —le dijo.

—No aprendí a nadar hasta que fui adulta —respondió Constance respirando con fuerza mientras se secaba, sin la más mínima vergüenza—. Pero se me da bien.

—Ya lo he visto.

Diogenes hizo que la lancha trazase un amplio arco para regresar a la isla aunque no directamente. Era una mañana espléndida.

—Tengo un regalito para ti —le dijo—. Está en la biblioteca. O más bien en el hueco que hay fuera de la biblioteca.

—¿En serio? No recuerdo ningún hueco.

—Ya lo verás. ¿En unos diez minutos?

—¿Podrían ser tres horas? Estoy un poco cansada del baño.

—¿Tres horas? ¿Y el almuerzo?

—Me gustaría saltarme el almuerzo, gracias. Sobre todo después de ese desayuno tan abundante.

—Muy bien, querida.

Amarró la lancha al muelle y regresaron a la casa. Constance subió de inmediato la escalera y Diogenes también, cada uno hacia una de las alas del piso superior. Diogenes se preguntó cuánto duraría la separación a la hora de dormir. Esperaba que no demasiado.

58

En lo profundo de un denso manglar en el límite occidental de Halcyon Key, al calor de la tarde, Flavia Greyling estaba metida en su saco de dormir de camuflaje. No se trataba de un descanso inquieto; la inquietud había desaparecido de su vida hacía años. Se trataba más bien de la lánguida espera de alguien que ha tomado una importante decisión y está dejando que pase el tiempo para llevarla a cabo.

En un principio se había enfadado; estaba tan enfadada que una especie de niebla rojiza había nublado su visión mientras se alejaba de la isla en el hidrodeslizador, que en más de una ocasión casi había planeado sobre las aguas poco profundas de la reserva natural. Para cuando llegó a Marathon, la niebla rojiza se había esfumado y de nuevo se había impuesto la serena expectación que siempre experimentaba antes de un trabajo, como si pisara sobre duro cemento. Oh, claro que todavía estaba enfadada, faltaría más, pero ahora su enfado era como de piedra y conocía muy bien esa sensación.

Y solo había un modo de librarse de esa sensación.

Había visitado a un supervivencialista en Marathon y, a cambio de una parte del dinero que Diogenes le había dado en Miami, compró provisiones para una semana: saco de dormir, lona para la lluvia, pala de plástico, agua potable, objetos para la higiene personal, pilas de recambio, barras energéticas de mil doscientas calorías Mayday, inevitablemente de manzana y canela, y dos docenas de bolsas Mylar individuales con comida MRE: macarrones con chile, stroganoff y pasta fagioli. En una armería de esa misma calle, usó su falsa identidad para adquirir una Glock 22, un cargador extra y dos cajas de cincuenta balas del calibre 40.

Llenó el depósito del hidrodeslizador y, aproximándose sigilosamente por la parte de costa deshabitada, regresó a la isla. Buscó deprisa un refugio entre los tupidos manglares, no muy lejos de varios edificios de mantenimiento y de una vieja chimenea. Ocultó con cuidado el hidrodeslizador y preparó el espacio para vivaquear. Y luego llevó a cabo un reconocimiento de la zona.

No detectó actividad en aquella especie de templo. Las luces de la casa estaban encendidas, pero no notó movimiento. Aun así estaba segura de que Peter, o mejor dicho Diogenes, estaba dentro. Y también su puta.

En un principio había dirigido su rabia únicamente contra Diogenes. Le había estado mintiendo todo ese tiempo, ocultando su verdadera identidad, su vida secreta, a pesar de lo que habían intimado, de los muchos peligros que habían tenido que afrontar juntos, de los retos que habían superado codo con codo. Y no solo eso, encima estaba con una mujer: Constance Greene, nada menos, la zorra chantajista por la que, según le había dicho, no sentía más que un profundo desprecio.

Todo habían sido mentiras. No obstante, cuanto más lo pensaba, mejor entendía que era injusto culparlo solo a él. Diogenes no la había decepcionado llevado por la malicia, o por alguna clase de crueldad. Lo había hecho para protegerse. Debía de haberse sentido amenazado, estaba segura. No le había contado mucho sobre su pasado, pero ella sabía por instinto que algo, uno o

varios acontecimientos, le habían causado un daño terrible; habían roto algo en su interior, algo profundo y fundamental.

Eso a Flavia no le costaba entenderlo.

No era culpa suya que no pudiese confiar en ella. De hecho, había confiado en varias ocasiones, poniendo su libertad y su vida en manos de ella. Pero no había sido del todo sincero. Ahora que Flavia conocía su verdadera identidad, podía demostrarle que no había razón para que le ocultase nada; ya no. Ella podía protegerlo de aquello que le empujaba a llevar una doble vida.

Pero Constance Greene… Eso era otra historia. Esa mujer se había inmiscuido en la vida de Diogenes, se había acomodado en su rincón más privado y le había robado su amor, un amor que, en el fondo de su corazón, Flavia sabía que le pertenecía por completo. Cuando quitase de en medio a Constance, el camino quedaría despejado. Sí, tal vez le costaría un poco ganarse de nuevo a Diogenes, pero merecía la pena intentarlo. Porque Flavia sabía que Diogenes era el único hombre del mundo por el que sería capaz de llegar a sentir algo… más allá de la repulsión. Eran almas gemelas; ella lo sabía y, con el tiempo, él también acabaría sabiéndolo. En cuanto se quitara de la cabeza a esa zorra.

Pero tenía que ser cuidadosa, tenía que hacer las cosas bien. No podía permitir que Diogenes viese a Constance como una víctima o, aún peor, como una mártir. A saber qué clase de telaraña habría tejido esa mujer, qué clase de juegos mentales estaría llevando a cabo. Por eso tenía que observar, y esperar, y elegir muy bien el momento.

Las cosas podían salir mal, era obvio. Diogenes podía no llegar a entender lo que estaba haciendo, o por qué lo estaba haciendo, y enfrentarse a ella. Por eso se había preparado, emocional y físicamente, para esa posibilidad. De ahí la munición que había comprado para la Glock: quince balas en el cargador y una en la recámara. Dieciséis disparos antes de tener que recargar. En caso de ser necesario, Diogenes recibiría una lluvia de balas.

Pero Flavia estaba segura de que eso no llegaría a ocurrir. Ahora era ella, y no Diogenes, quien estaba al mando, y ya vería como todo iba bien. La puta moriría, y ella, Flavia, sería la mujer de aquel extraño templo oscuro.

Una vez más, intentó ponerse cómoda dentro del saco de dormir y luego cerró los ojos.

59

Eran las tres y media y Diogenes estaba en la biblioteca esperando a que llegase la hora de la cita, cuando apareció Constance. Llevaba puesto, como de costumbre, un vestido victoriano.

—Necesitas renovar el vestuario —le dijo Diogenes—. ¿Te gustaría ir de compras mañana? En Key West hay unas cuantas tiendas estupendas.

—Sí —respondió ella.

—Y ahora, un regalo especial para ti, queridísima mía. Estaba esperando el momento adecuado. Creo que ya ha llegado.

Caminó hacia una de las estanterías que cubrían las paredes, asió un pequeño pomo y tiró de él. La estantería se desplazó como si fuese una puerta y quedó a la vista una estancia secreta.

—¿Qué es eso? —preguntó Constance.

Diogenes entró y encendió un interruptor. Era una habitación de lo más singular, con una mesa en el centro, unos retratos antiguos un tanto extraños en las paredes, unos cuantos candelabros de pared con varios brazos para sostener velas, una pequeña chimenea y una curiosa caja de madera que se extendía a lo largo de una de las paredes, con una cortina de seda delante.

—Esta es mi sorpresa especial para ti. En esta habitación encontrarás todos los elementos necesarios para practicar espiritismo al estilo victoriano, incluida una mesa giratoria, una tabla ouija, velas, pandereta, campanillas y una canasta con un acordeón que se puede tocar en remoto. Hay varas, palancas, cables, ganchos y embudos. Esa caja grande es lo que se conoce como gabinete espiritual. En pocas palabras, esta habitación contiene todo lo necesario para llevar a cabo una genuina sesión espiritista al estilo victoriano, incluidos todos los aparatos usados en distintos trucos o engaños. Por supuesto, tú no vas a usar ni trucos ni engaños, puesto que deseas entrar en contacto con el mundo espiritual.

Constance se acercó a la colección. A Diogenes le tranquilizó y le satisfizo comprobar que Constance parecía totalmente embelesada. Se felicitó por haber pensado en todo aquello que a ella le habría gustado tener, pero que nunca habría creído que pudiera ser suyo.

—Pude añadir a toda esta colección las pertenencias de una famosa médium británica conocida como Estelle Roberts. Cinco días después de la muerte de sir Arthur Conan Doyle, en 1930, y frente a una multitud congregada ante el Royal Albert Hall, Roberts contactó con el espíritu de Doyle; o al menos eso afirmó ella. Nadie, por descontado, pudo jamás refutarlo, o confirmarlo, ni esa ni otras sesiones de espiritismo.

—¿Cómo las conseguiste?

—Cuando murió, en 1970, cerraron su casa de Monken Hadley y se fue deteriorando. Siempre me han interesado esa clase de cosas. Como bien sabes, la magia y la prestidigitación han interesado a la familia Pendergast durante generaciones. Hace seis meses, la vieja casa salió a la venta. Supuse que a lo mejor te haría gracia, así que la compré, recogí todos los artilugios para las sesiones de espiritismo, los restauré con sumo cuidado… y los traje aquí. Después vendí la vieja casa e incluso gané dinero; en Londres, los bienes inmuebles hoy en día son una muy buena inversión.

Diogenes la observó encantado mientras ella estudiaba el gabinete espiritista echando a un lado la cortina y observando los extraños aparatos que contenía. También examinó la mesa giratoria, mirando por debajo y hurgando en todas sus curvas, rincones y grabados decorativos.

—Creo que disfrutarás con esta pequeña colección —dijo Diogenes en voz baja—. De hecho, estoy convencido. Sé que tu larga vida, y el modo en que apartaron de ti a tu familia cuando eras niña, ha hecho que el pasado te resulte especialmente querido. Por eso he creado este espacio, como si fuera un memorial del pasado o algo así. Con un poco de suerte, de tu pasado. Cuando te sientas preparada, realizaremos una sesión de espiritismo. Tal vez, llegado el momento, podrás comunicarte con tu hermana, Mary. O con tus padres.

Constance permaneció inmóvil mientras él hablaba, y Diogenes se dio cuenta de que tal vez se había pasado de la raya. Se trataba de un aspecto muy íntimo de su vida y todo ese montaje podía parecer un tanto presuntuoso.

Constance se puso en pie con bastante rigidez, dudó unos segundos y echó a andar hacia la puerta de la estantería. Al pasar a su lado, a él le sorprendió la expresión de profunda consternación de su rostro.

Pero justo al cruzar la puerta, Constance se detuvo de golpe. Durante lo que pareció una eternidad, se quedó allí, quieta, dándole la espalda. Y entonces se dio la vuelta. Su cara, todo su ser, irradiaba unas emociones extremadamente fuertes y contradictorias: algo que hablaba de audacia y temor, determinación y duda.

—¿Qué… qué sucede? —preguntó Diogenes tartamudeando, aterrorizado ante la expresión de su rostro.

Constance alzó el mentón y dio un paso adelante, con una expresión de odio, malicia y… triunfo.

60

La agente especial al cargo de la oficina del FBI en Miami, Vantrice Metcalf, sentía una intensa curiosidad hacia los dos singulares visitantes que acababa de recibir. Había oído vagos rumores sobre uno de ellos cuando se formaba en Quantico: un controvertido y legendario agente que actuaba siguiendo sus propias leyes con aparente impunidad, cuyos colegas solían acabar muertos y del que se decía con frecuencia que era el tipo de agente solitario que el nuevo FBI no debía seguir tolerando. Pero por lo visto no solo se le toleraba, sino que además daba la impresión de estar al mando de la compañía.

Del otro agente también había oído hablar, pero en relación a su elevada posición como director ejecutivo asociado. Era un hombre excéntrico, a su manera, un personaje más bien sombrío, pero también brillante y justo.

Y allí estaban los dos, en su oficina, juntos, como la noche y el día. Longstreet, con su rostro arrugado, melena gris, traje azul desaliñado, su destacable altura y su voz áspera. Y el otro… El otro. Pálido, elegante, felino, con aquel acento dulzón del sur profundo, sus maneras y sus gestos decimonónicos: un tipo gentil pero intimidatorio con centelleantes ojos metálicos y traje negro. Era la primera vez que veía a un agente del FBI vestido con un traje negro; no era habitual en su entorno.

Metcalf era algo así como una coleccionista de personas, y se enorgullecía de su capacidad de captar a la gente con solo su apariencia. Podía leer un libro solo por su cubierta, y ese era uno de los motivos por los que se había convertido en la responsable de la oficina de Miami del FBI más joven de la historia, además de ser la primera mujer en el cargo, y la primera afroamericana. Mientras observaba a esos dos caballeros ir y venir de un lado para otro, comprendió que lo único que iban a requerir de ella era una completa y total cooperación; y eso le reportaría dos aliados muy útiles que sin duda la ayudarían a seguir adelante en el camino que había de llevarle a lograr su objetivo final: convertirse en directora del FBI.

—Caballeros —les dijo—. ¿Cómo puedo ayudarles?

Fue Longstreet el que respondió.

—Señora Metcalf, el agente especial Pendergast y yo estamos llevando a cabo una misión confidencial y a la vez extraoficial. Nuestra petición es más bien poco ortodoxa.

—De acuerdo. —No pensaba ponérselo excesivamente fácil. No quería que la viesen como una pusilánime, fuera lo que fuese lo que querían de ella.

—Nos gustaría poder utilizar su unidad de operaciones del sistema PRISM durante una hora, sin supervisión alguna.

Metcalf alzó las cejas. Se trataba de una petición hasta tal punto inaceptable que incluso ella se quedó perpleja unos segundos.

—Sabemos que se trata de una petición inusual —dijo Longstreet.

—Lo siento, caballeros, pero aun proviniendo del director ejecutivo asociado de inteligencia, está petición va mucho más allá de lo imaginable. Ya sabe usted que hay que seguir unos trámites.

Al oír esas palabras, el otro agente cambió de postura.

—¿Eso es un no?

El modo en que lo preguntó, con tanta calma, con tanta amabilidad, y sin embargo envuelto en un aire de amenaza, era algo que Metcalf iba a tener que analizar más tarde para usarlo ella.

—¿Ha oído de mi boca que haya dicho que no? —repuso Metcalf en un tono cordial.

—Espero que no tengamos que oírlo —respondió el hombre conocido como Pendergast.

—Permita que me explique… —empezó a decir Longstreet.

Pendergast apoyó la mano sobre el brazo de Longstreet con amabilidad.

—No creo que la señora Metcalf necesite, o desee, una explicación.

«Eso es absolutamente cierto», pensó Metcalf. Permaneció en silencio durante unos larguísimos segundos. Había descubierto que, para la mayoría de la gente, el silencio resultaba más insoportable que las preguntas insidiosas.

—Señora Metcalf —dijo Pendergast—, nosotros nunca olvidamos quiénes son nuestros amigos. Y tenemos mucha memoria.

Eso era justo lo que ella quería oír, pero le sorprendió que lo formulase con semejante claridad. Sin duda era uno de esos hombres que valoraban la franqueza. No se andaba por las ramas.

—¿Cuándo quieren tener acceso?

—Ahora mismo, si le parece bien.

Por tercera vez, dejó que se impusiera el silencio.

—Caballeros —dijo al rato—, si toman asiento, me llevará unos cinco minutos facilitar el acceso a la unidad PRISM a personal ajeno. ¿He de suponer que necesitarán a alguien que les preste apoyo técnico?

—Sí.

—Entonces, les enviaré al mejor.

Cuando la sala estuvo preparada y se disponían a salir, Pendergast se volvió hacia Metcalf y le tendió la mano, tan fría y tan limpia como una sábana de algodón recién estrenada.

—Me alegra mucho que seamos amigos.

Howard Longstreet siguió a la directora de oficina Metcalf por toda una serie de pasillos y ascensores hasta que llegaron a la puerta que daba acceso al sótano sin ventanas, recalentado por el olor de las máquinas electrónicas. Era una sala pequeña abarrotada por un montón de pantallas azuladas de ordenador. Desde esa sala, los agentes con acreditación especial podían acceder a algunas de las bases de datos más relevantes de la NSA. Longstreet ya había estado en una habitación PRISM, por supuesto, y aquella no era diferente de las demás. La única diferencia era que en ese momento estaba vacía: solo había un técnico, larguirucho y nervioso, con un rebelde tupé.

—Señor Hernández —dijo Metcalf—, estos son el agente especial Pendergast y el director ejecutivo asociado Longstreet.

—Mmm, hola —saludó Hernández.

—Van a requerir de tus servicios durante una hora —le explicó Metcalf al técnico—. Y, por descontado, todo lo que ocurra aquí será estrictamente confidencial, incluso respecto a mí.

—Sí, señora Metcalf.

Metcalf se retiró y cerró la puerta. Longstreet miró a Pendergast; había un curioso brillo de

expectación en aquellos ojos. Le habría gustado sentir lo mismo. Porque para él era poco menos que ir a cazar gansos, una total pérdida de tiempo, y eso que disponían de más bien poco. Si se hubiese tratado de cualquier otro agente habría puesto fin a aquel rodeo de inicio. Pero conocía a Pendergast demasiado como para pasar por alto alguna de sus intuiciones. Y el descubrimiento de la extracción de la cauda equina, a pesar de toda su extravagancia, parecía una de ellas. Sin embargo, deseaba que Pendergast fuera un poco más comunicativo con respecto a sus teorías.

—Aloysius —dijo Longstreet—, ¿te importaría explicarle al señor Hernández qué quieres que haga?

—Claro. —Pendergast sacó un voluminoso disco duro de algún bolsillo de su americana y lo dejó sobre la mesa, frente a Hernández—. En este disco hay veinticuatro horas de vídeo de las cámaras de seguridad del Hospital Baptista de Miami. Esas cámaras graban a todas las personas que visitan el hospital, sin excepción. Es un sistema exhaustivo. No es posible entrar o salir del hospital sin que tu cara quede grabada varias veces.

Hernández asintió para indicar que lo entendía.

—Unas nueve mil personas pasan por el hospital a diario. Hay unas doscientas cámaras.

—Eso son muchas grabaciones de vídeo. ¿Es por lo del asesinato?

Pendergast guardó silencio y llenó la sala un aire de desaprobación.

—Lo siento —dijo el técnico.

—Creemos que un hombre entró en el hospital con un disfraz y salió con otro. Podría haber alterado sus facciones, el color del pelo y tal vez otros detalles físicos como parte del cambio.

—Entiendo.

—Así pues, señor Hernández, ¿cómo podemos utilizar sus poderes informáticos y las bases de datos de la NSA para identificar a una persona que salió del hospital sin haber entrado en él?

—Menos mal —dijo Hernández, aliviado—. Eso es pan comido. Creí que iban a pedirme algo realmente difícil. La NSA dispone del mejor reconocimiento facial del mundo; mejor que Google. Solo tengo que hacer que coincidan las caras de los que entraron con las de los que salieron y seleccionar la única cara que salió pero no entró.

Al oírlo, Pendergast compuso una extraña sonrisa.

—¿Y cuánto puede tardar ese proceso?

—¿Ese disco suyo tiene muchos gigas?

—Tres terabytes.

—Veinte minutos. ¿Les importa esperar?

Longstreet vio que Pendergast se repantigaba en una silla y él hizo lo mismo. Hernández se quedó junto a la pantalla tecleando.

Como si respondiese a un temporizador, veinte minutos después el técnico se enderezó y se apartó del monitor del ordenador.

—¡Bingo! Tenemos a su hombre. Desde diferentes ángulos.

Longstreet se puso en pie y siguió a Pendergast, que había saltado como un gato y estaba observando una serie de caras en la pantalla.

—Espere a que se vean en la pantalla grande —dijo Hernández.

Los rostros aparecieron en una pantalla de sesenta pulgadas. Mostraban a un hombre alto, vestido con un elegante traje marrón. Tenía ojos marrones, cabello castaño y la piel de un tono oliváceo, y llevaba unas gafas de titanio muy modernas. Longstreet miraba con sorpresa pero

también con desilusión. No era Diogenes… ¿O sí? Ese hombre no se le parecía en nada.

—Muéstrenos un vídeo, por favor —dijo Pendergast.

Hernández le obedeció y mostró al hombre recorriendo un pasillo, después otra imagen del mismo individuo cruzando el vestíbulo y una última imagen saliendo. Era de la altura y complexión adecuada, eso era cierto, pero había mucha gente delgada de metro ochenta y nueve. Al ver los vídeos, Longstreet se sintió desilusionado. Aquel hombre no se parecía en nada al Diogenes que aparecía en las viejas cintas de vigilancia del FBI, y tampoco se movía igual. Longstreet sabía por experiencia que el modo de caminar de una persona era tan identificable como su aspecto. Todo el mundo tenía su propia manera de caminar, y eso no se podía disimular.

Miró a Pendergast y vio que hacía una mueca, una mezcla de triunfo y rabia.

—¿Estás seguro de que no es Diogenes? —le preguntó.

—Estoy convencido de que es él —respondió Pendergast—. Conozco a mi hermano. Ese de la pantalla es él, lo sé.

—Pero ese modo de caminar…

—¡Mi querido Howard! Obviamente, esa es la primera cosa que él cambiaría. Ese hombre no se parece a mi hermano, es cierto, pero ¿no te da la impresión de que esa manera de andar es un pelín artificial? Está sobreactuando… para la cámara.

Longstreet se volvió hacia Hernández.

—Vuelva a pasar el vídeo.

Se fijó de nuevo en los pies. Había que reconocer que Pendergast estaba en lo cierto.

—Aloysius —le dijo apartando la mirada de la pantalla—, te conozco desde hace demasiado tiempo como para desconfiar de tus corazonadas.

—No es una simple corazonada —replicó Pendergast. Se dirigió entonces a Hernández—: Ahora tengo una segunda tarea para usted: ¿quién es ese hombre? Me refiero a su identidad oficial.

Con una sonrisa, Hernández tecleó. En cuestión de segundos, el programa de reconocimiento facial de la NSA dio con la identidad y mostró toda una serie de detalles:

Nombre: Petru Lupei
SS: 956-44-6574
Lugar de nacimiento: Râşnov, Rumanía
Fecha de nacionalización: 15/6/99
Raza: Caucásico
Altura: 1,89 m
Ojos: Marrones
Cabello: Castaño
Marcas o tatuajes: Ninguno

En la pantalla apareció mucha más información, pero Pendergast la ignoró.

—Excelente —dijo—. Ahora, señor Hernández, quiero que busque las propiedades de este hombre. Y no solo las que estén a su nombre, sino cualquier propiedad a nombre de sus empresas, de sus empresas en el extranjero, de supuestos parientes… En pocas palabras, quiero tener conocimiento de cualquier centímetro cuadrado que esté remotamente relacionado con él. En especial en Florida.

—Por supuesto.

Tras otros cuantos clics en el teclado apareció una lista. A pesar de su amplia experiencia, a Longstreet seguía fascinándole la rapidez con que un ordenador podía conectar un laberinto de

empresas fantasma cuidadosamente encubiertas. Entonces se le ocurrió pensar que quizá la NSA ya había llevado a cabo ese trabajo… con todas las empresas registradas del mundo. Sería muy propio de ellos.

Pendergast estudió la pantalla durante unos segundos y al poco dejó escapar un insospechado grito de triunfo.

—¡Ahí está! —dijo apuntando con uno de sus pálidos dedos hacia la lista.

Halcyon Key
Condado de Monroe, Florida
Propietario: Incitatus, SRL
Apartado de Correos: 279516
Gran Caimán
Registrada a nombre de:
Aeolian Island Holdings, S. A., Milán, Italia
Subsidiaria de:
Barnacle, Ltd., Dublín, Irlanda
Director y único accionista:
Petru Lupei

—Incitatus —murmuró Pendergast con un extraño tono de voz.

Longstreet sintió una especie de escalofrío ascendiendo por su espalda. Era la pepita de oro que necesitaban, estaba convencido: era la aguja en el pajar, el leve rastro en la arena que los llevaría, cuando lo ubicasen, hasta Diogenes.

—Obtenga una imagen vía satélite —dijo Pendergast—. Fije la localización.

—Ahora mismo.

Hernández abrió otro programa, tecleó la serie de coordenadas y segundos después apareció en la pantalla una imagen vía satélite de muy alta resolución. Era una isla de tamaño mediano, rodeada por un montón de islas más pequeñas.

—Haga zoom sobre la isla principal, por favor.

Hernández obedeció. Apareció una casa grande, un muelle que se adentraba en las aguas de una bahía poco profunda, otra casa más pequeña oculta en un manglar cercano y, desperdigadas por los alrededores, varias construcciones aisladas. Había una lancha amarrada al muelle.

—¿De cuándo es esta imagen de satélite? —preguntó Pendergast.

Hernández miró la pantalla.

—De hace dieciocho meses.

—La lancha. Céntrese en la lancha.

La imagen se amplió hasta que la lancha llenó la pantalla. Era una antigua Chris Craft.

—Eso es. —Pendergast se volvió hacia Longstreet con la mirada febril—. Ahí es donde los encontraremos.

Longstreet clavó la mirada en su amigo. Su mente daba vueltas a la velocidad que Pendergast le había dado ahora al caso.

—Howard, tenemos que ir allí… a por todas —dijo Pendergast—. Y tenemos que hacerlo esta misma noche.

61

—¿Qué sucede? —repitió Diogenes.

—Me preguntaba si te importaría preparar la lancha —dijo Constance.

Se quedó en blanco, como si no fuese capaz de procesar lo que acababa de decirle. Los últimos minutos habían sido tan extraños, su comportamiento había sido tan inesperado, que él apenas pudo articular palabra.

—¿La lancha? ¿Por qué?

—Y si fueses tan amable de sacar mis cosas de ahí… —El conflicto que Diogenes había detectado en su rostro, el gesto de duda, había desaparecido—. He hecho las maletas a primera hora de la tarde…, cuando te he dicho que estaba descansando.

Diogenes se pasó una mano por la frente.

—Constance…

—Me voy. Ya he hecho lo que tenía que hacer.

—No te entiendo. ¿Lo que tenías que hacer?

—Mi venganza. —Su voz sonó aún más cortante.

Diogenes abrió la boca, pero se quedó mudo.

—Esta era la oportunidad que había estado esperando —dijo Constance—. No va conmigo eso de alardear o burlarse. Sin embargo, sí va conmigo lo de ser despiadada. Así pues, mi explicación será lo más breve posible. Todo esto ha sido una farsa.

—Una farsa —logró repetir Diogenes—. ¿Qué quieres decir?

—Lo de nuestro amor.

Diogenes se fijó entonces en que en una mano sostenía su antiguo estilete italiano; no lo había vuelto a ver desde que salieron de la mansión de Riverside Drive.

—Pero no se trata de una farsa… ¡Te amo!

—Ya lo sé. Resulta conmovedor. Y a decir verdad, tu galanteo estuvo muy bien planeado y lo llevaste a cabo de forma exquisita. Fue todo lo que una mujer podría querer. —Se detuvo—. Es una lástima que no causase el efecto deseado.

Tenía que tratarse de una pesadilla. No podía ser real. No podía estar diciéndolo en serio, no podía ser. Tal vez el arcanum había fallado y de nuevo había dejado de ser ella misma. Aunque igualmente él estaba empezando a sentir una horrible y creciente incertidumbre.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—¿Quieres que te lo diga más claro? Muy bien. Lo que te estoy diciendo es que no te quiero. Nunca te he querido. Todo lo contrario: te desprecio. He estado alimentando mi odio hacia ti mañana, tarde y noche. He cuidado de mi odio, y ahora es parte de mí, indivisible y precioso.

—No, por favor…

—Cuando estaba en el sótano y descubrí que estabas vivo, lo único que pude sentir fue rabia. Y entonces hablaste. Hablaste con esa dulzura tan tuya. ¿Recuerdas que, después de todo lo que me dijiste, te pedí tiempo para considerar tu propuesta? Estaba confundida, me sentía insegura. Y además estaba enfadada, irracionalmente enfadada con Aloysius por desaparecer, por ahogarse.

Y la perspectiva de convertirme en un vegetal no me resultaba muy agradable, desde luego. Pero esa misma noche, me sentí en paz conmigo misma. Estaba contenta. Porque entendí que se me estaba ofreciendo una oportunidad única: la posibilidad de volver a matarte. Tu supuesta muerte en el volcán había sido demasiado rápida. Así que esta vez decidí hacerlo bien.

—Pero tú… —Diogenes dio un paso atrás y se detuvo. Jamás en la vida, ni siquiera en lo más profundo de su desesperación juvenil tras el Suceso, o tras el fracaso que supuso no poder robar el diamante conocido como Corazón de Lucifer, o durante su recuperación tras lo ocurrido en Strómboli, se había sentido tan devastado—. Tú te tomaste el arcanum…

—El arcanum fue una ayuda inesperada. Una feliz coincidencia que no solo me fue bien a mí, sino que además me ayudó a convencerte a ti de que estaba siendo sincera. También el hecho de noquear al teniente D'Agosta me ayudó a convencerte, aunque en aquel caso estaba salvándole la vida, porque sin duda le habrías matado de no haber intervenido yo.

Diogenes estaba petrificado.

—¿Y la noche que pasamos juntos? ¡Eso no fue una farsa!

—Fue el punto culminante de la farsa. Tenías razón: tu reformulación del arcanum me devolvió la salud y el vigor. Recuperarme fue… una experiencia de lo más excitante. Y ahora ya puedes añadir los recuerdos de esa noche a tu palacio de recuerdos dolorosos. ¿Recuerdas cómo describiste en una ocasión la primera noche que pasamos juntos? «Un espasmo animal.» Este es mi regalo para ti: un espasmo por otro. Incluso en ese momento era consciente de que el placer que te estaba dando se convertiría en un dolor mil veces más intenso todos los días, y todas las noches, durante el resto de tu vida.

—¡No es posible! Las cosas que dijiste, la expresión de tu rostro, tus sonrisas… Eso no puede fingirse, Constance. Lo habría notado.

Se produjo un breve silencio antes de que Constance volviese a hablar.

—Debo admitir que cuando vi Halcyon, cuando vi la cámara de obsidiana, dudé de mis convicciones. Ver esa habitación, de hecho, fue la mayor de mis pruebas. Irónicamente, así es como supe que tenía que acabar lo que me había propuesto. Me recordé que tu sufrimiento me daría mucho más placer que el que pudiera aportarme cualquiera de las tentaciones de Halcyon.

Cada una de las palabras de Constance, pronunciadas de aquel modo elegante y concluyente, un tanto a la antigua, eran como ácido en los oídos de Diogenes.

—No te creo. Esto es alguna clase de broma perversa. Nadie podría engañarme… —Apenas sabía qué estaba diciendo.

—Te has engañado a ti mismo. Pero estoy harta de esto. Ahora ya sabes la verdad. Y deseo despedirme ya de esta isla tuya, y dejar atrás todos tus estupendos recuerdos, esperanzas y sueños… hechos pedazos.

—Necesitas el arcanum…

—Me alegra poder unirme al resto de los seres humanos en su marcha hacia la muerte. No, Diogenes, eres tú quien necesita el arcanum. ¡Prolonga tu vida para poder vivir sumido en la desgracia para siempre! —En ese momento, su voz se transformó en una risa grave, exultante e inmisericorde.

Al oírla reír, Diogenes sintió que le flaqueaban las rodillas. Cayó al suelo. Parecía como si una luz fría y siniestra lo envolviese. Y con esa luz llegó la sombría comprensión, la más sombría que jamás había experimentado: no se trataba de una broma cruel. Desmontarlo a él y desmontar sus sueños era una obra maestra de la venganza, despiadada e imponente en su precisión. Halcyon sería el lugar más solitario del mundo ahora que había estado allí con ella. Constance lo

sabía. Ella sabía que, roto como estaba, le resultaría imposible quedarse allí, pues aquel lugar estaba plagado de recuerdos insoportables.

Diogenes tenía la mirada clavada en el suelo. La confusión nublaba su vista.

—No hay nada que yo pueda decir, o hacer, para convencerte de que…

—No —respondió ella—. Y, por favor, no te humilles suplicando; no sería propio de ti.

Diogenes no dijo nada. La neblina se hizo más espesa.

—Bueno, ahora que lo dices, hay algo por lo que siento curiosidad. Esa puerta que se encuentra en el extremo más alejado de la isla, la única que está cerrada con llave. ¿Qué hay detrás? Sé muy bien que escondes algo ahí. También podría verlo antes de irme. Que a pesar de todo despierte mi curiosidad me sorprende mucho, porque no debería ser así, pero tal vez sea esa la razón de ser de la curiosidad. La otra noche vi que llevabas una llave colgada del cuello. Seguro que es la de esa puerta. Dámela, haz el favor.

«La otra noche.» Mientras ella hablaba, como salido de la nada, Diogenes oyó una especie de eco en su mente: «Deja que intente negarlo: fuisteis un único ser».

La bruma se esfumó. Diogenes alzó la mirada y la vio ahí de pie, frente a él, tendiéndole la mano.

Y de repente cambió.

«¿Qué hay detrás? Sé muy bien que escondes algo ahí.»

Tal vez todavía quedaba un hilo de esperanza. Diogenes comprendió que disponía de una oportunidad, la última oportunidad…

Se puso en pie e intentó recuperar la compostura.

—No —le dijo. Su voz ronca resonó en sus oídos—. No. Yo te lo mostraré. Te guiaré. Te mostraré… esa parte de mi alma que nadie ha visto jamás.

Constance retiró la mano. Había algo insondable en sus ojos.

—Muy bien —respondió.

Tras unos segundos de silencio, Diogenes salió de la alcoba, medio trastabillando, cruzó la biblioteca y se encaminó hacia la puerta principal. Constance lo seguía unos pasos por detrás.

Poco después, una oscura figura se perfiló entre las profundas sombras de la biblioteca donde había estado oculta escuchando, y procurando no ser vista, los siguió a los dos mientras recorrían el trecho de arena que llevaba al sendero que cruzaba el manglar.

62

Pendergast subió la escalera para salir del sótano. Longstreet iba tras él, algo más lento.

—Tenemos que irnos inmediatamente —dijo Pendergast por encima del hombro—. Hay casi doscientos kilómetros hasta Marathon en avión. Desde aquí podemos alquilar un hidrodeslizador, porque los canales de la zona de los cayos pueden ser muy poco profundos, según creo. Estaremos en destino poco después de que anochezca.

—Espera un segundo —soltó Longstreet. Y algo en su voz hizo que Pendergast se detuviese y mirase hacia atrás—. ¿Qué quieres decir con ese «podemos»?

—Suponía que era obvio. Me refería a ti y a mí.

—¿Una operación encubierta?

—Un golpe quirúrgico contra Diogenes.

Longstreet negó con la cabeza.

—No vamos a hacerlo.

Pendergast frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas lo que me dijiste en la oficina de Nueva York? —Pendergast no contestó—. Me dijiste literalmente esto: «Mi hermano debe morir. Tenemos que asegurarnos de que no sobrevive a su captura».

—Así es.

—Dijiste algo más, algo igual de válido. «Se lo debemos a Mike Decker». —De nuevo, Pendergast guardó silencio—. Como miembros de la compañía Fantasma, ambos hicimos un juramento de sangre solemne: vengar la muerte de cualquier compatriota que muriese a manos de otro.

—*Fidelitas usque ad mortem* .

—Así es. Por eso precisamente no vamos a ir tú y yo solos a Halcyon Key. Va a ser una fuerza de ataque masiva.

Pendergast descendió un escalón.

—Howard, ese no es el modo de ejecutar esta operación. Conozco a mi hermano. Que tú y yo lleguemos en secreto a la isla será la mejor manera de…

—No. Hay demasiadas incógnitas. No sabemos quién más está en esa isla. No sabemos con qué clase de seguridad nos encontraríamos allí. No sabemos qué medidas ha llevado a cabo Diogenes para defenderse o fortificar su casa, o si ha puesto trampas. Y no disponemos de tiempo. Tú mismo lo has dicho: tenemos que hacerlo esta misma noche. No hay tiempo para buscar más información. Diogenes es demasiado listo y también impredecible.

—Por eso precisamente…

—Escucha, Aloysius. Desde que regresaste a Nueva York te he permitido jugar a tu estilo. He dedicado miles de horas de trabajo de mi personal a buscar datos y a realizar trabajo forense. Te he seguido a Florida porque tenías una intuición. Evité que les entregasen dos cuerpos a sus familiares, preparé una exhumación de urgencia, he visto cómo tratabas un cuerpo que ya

descansaba para siempre…

—Y gracias a todo eso hemos descubierto el paradero de mi hermano.

—Tuviste una corazonada. Pero el trabajo duro se ha hecho desde PRISM. He hecho algunas averiguaciones desde que me dijiste que Diogenes seguía vivo. No solo es el responsable de la muerte de Mike, sino también de la del doctor Torrance Hamilton; de la del artista Charles Duchamp; del intento de asesinato de una exempleada del Museo de Nueva York, Margo Green; del secuestro de una mujer que creo que conoces, Viola Makelene; del robo de una colección de diamantes únicos del Museo de Nueva York y de su destrucción; del incidente de locura homicida de varios empleados del Museo; y de un plan a gran escala relacionado con la Tumba de Senef, en el Museo, del que todavía no poseo todos los datos. Y esos no son más que los delitos cometidos por él que me vienen ahora a la cabeza, y estoy convencido de que no son más que la punta del iceberg. ¿Y vamos a enfrentarnos a ese asesino fugitivo, psicótico y peligroso con una operación encubierta? ¿Nosotros dos? No: ahora que sabemos dónde está el refugio de Diogenes, actuaremos según el manual. Dirigiremos la operación, no te quepa duda, pero dispondremos de una presencia masiva de las fuerzas especiales.

—Hay que tener en cuenta otra variable: Constance. Te he contado su historia. Es una persona psicológicamente dañada cuyos pensamientos no podemos predecir. Tal vez Diogenes la tenga sometida. En cualquier caso, no podemos arriesgarnos a que resulte herida.

—Si Diogenes la tiene sometida, sin duda podrá disparar tan bien como él. Así que mis hombres estarán en peligro. Pero te aseguro que haremos todo lo que esté en nuestra mano para que no resulte herida.

—Si envías a las fuerzas especiales, habrá muertos.

—Por supuesto. Se trata de matar a Diogenes. ¿Tengo que recordarte otra vez lo que me dijiste? «Mi hermano debe morir.»

—Howard…

Longstreet alzó una mano.

—Lo siento, viejo amigo. Voy a hacer esa llamada.

Se produjo un breve y tenso silencio. Pendergast se limitó a asentir.

Los dos se presentaron en la oficina de Vantrice Metcalf, y allí Longstreet le transmitió toda una serie de datos sorprendentes y le pidió ayuda para planificar y llevar a cabo con carácter inmediato una operación con las fuerzas especiales. Metcalf accedió. El centro de operaciones tácticas se encontraba en la segunda planta, y allí se trasladaron los tres. Primero se les añadieron dos personas más y poco después media docena, y más tarde otros doce agentes más y, bajo la dirección de Longstreet, planearon con rapidez y pericia un asalto nocturno. Mientras tanto, Pendergast permaneció apartado del grupo, quieto como una estatua con su traje negro a medida, con los brazos cruzados, atendiendo a cómo preparaban la operación; ni su mirada ni su expresión facial revelaban el menor de sus pensamientos.

63

El sol se sumergía en las aguas del golfo de México mientras Constance seguía a Diogenes, que ahora salía del manglar para adentrarse en el prado, en uno de los extremos de Halcyon Key. Diogenes no había dicho una sola palabra desde que salieron de la casa. Caminaba muy erguido, y su porte era más firme. Sin embargo, Constance no advirtió cambios de expresión en su rostro. Sus ojos heterocromáticos parecían pozos sin fondo en los que no brillaba ni la más remota chispa de personalidad.

Iba caminando en dirección a las construcciones que se encontraban al otro lado del prado, dejando atrás la decrépita estación eléctrica hasta detenerse ante la puerta metálica con el cartel CISTERNA . Diogenes se sacó una cadena de oro del cuello, de la que pendía una llave negra que introdujo en la cerradura. Con un susurro, que indicaba que las bisagras estaban bien engrasadas, la puerta se abrió.

Sin soltar palabra, Diogenes entró y pulsó toda una serie de interruptores. Por encima de su hombro, Constance pudo ver una amplia cámara circular de ladrillos viejos. Junto a la pared que quedaba más cerca había una caja de metal pintada de rojo. Había una escalera que descendía hasta un pasadizo, que bordeaba la pared en semicírculo y que iba a parar a una puerta con barrotes de hierro. Metro y medio por debajo del pasadizo podía verse la suave superficie del agua oscura.

Constance había vencido. Había completado su venganza: Diogenes era a esas alturas un hombre destrozado. Y sin embargo Constance era consciente de que ese lugar despertaba en ella una intensa y repentina curiosidad. Para bien o para mal, tenía la sensación de que Diogenes poseía una parte más profunda, una parte que ella, a pesar de todo, no había llegado a descubrir. Y no conseguía entender por qué, a pesar de la intensidad de su odio, quería descubrirla.

Diogenes se decidió a romper su silencio cuando enfiló la escalera.

—Las cisternas como esta son muy comunes en los cayos —dijo—. Suele ser la mejor manera de disponer de agua dulce. —Su voz era profunda, distante, casi plana, y creaba un extraño eco en aquella cámara subterránea, como si llegase directamente de la tierra de los muertos.

Al bajar la escalera, recorrió el pasadizo. De nuevo, Constance percibió el distante ronroneo de una maquinaria. Mientras avanzaba, echó un vistazo hacia el agua. La cisterna que tenían bajo los pies no tenía peldaños, escalones ni ningún otro medio para salir; si alguien caía allí, no tendría por dónde subir.

Al llegar a la puerta con barrotes de hierro abierta en la pared que ponía fin al pasadizo, Diogenes se detuvo. Señaló hacia la puerta.

—Al otro lado está la vieja maquinaria que bombeaba el agua hasta la casa. Las máquinas eran especialmente grandes. La tecnología moderna hizo que quedasen obsoletas y hace tiempo que las quité. Como vas a comprobar, encontré un nuevo uso para ese espacio vacío.

Utilizó otra vez la misma llave para abrir la puerta. Todo estaba oscuro. Diogenes dio un paso atrás e hizo un gesto para invitarla a entrar.

Constance dudó. No podía ver nada; no llegaba la luz desde la cisterna central. Podía

imaginarse dando un paso al frente y cayendo al vacío. Pero, aun así, al cabo de unos segundos pasó junto a Diogenes y entró.

Sus talones pisaron piedra.

Diogenes la siguió y cerró la puerta a su espalda. La oscuridad era tan absoluta que Constance, a pesar de estar acostumbrada a la oscuridad, sintió que nunca había experimentado algo semejante. Pero entonces oyó un suave clic y la luz llegó desde el techo.

La primera impresión de Constance fue que estaba flotando sobre un vacío negro y silencioso. Diogenes siguió encendiendo luces, un clic tras otro, y Constance comprendió dónde estaba. Se encontraban en el interior de lo que aparentaba ser un cubo perfecto, con el suelo, las paredes y el techo de mármol negro. Pero al observar con más atención, se dio cuenta de que las luces, colocadas a intervalos regulares a medio metro por debajo del techo, se encontraban tras unos paneles muy finos de algún tipo de sustancia ahumada oscura. La sustancia no era de un color en particular, sino más bien una cambiante y brillante gama de grises, y la luz que se filtraba a través de los paneles daba a la estancia una luminiscencia extraña, leve y centelleante, como si estuviesen encerrados dentro de un diamante ahumado, formado por diferentes sombras grisáceas. Entonces lo entendió: las paredes y el techo estaban forrados de paneles de obsidiana.

Como si se tratase de una señal, Constance oyó una risa amarga y triste a su espalda.

—Efectivamente —dijo una voz plana—. Esta, y no el templo para meditar, es mi auténtica cámara de obsidiana. Es un santuario dedicado a mi vida pasada, si es que a algo que reúne todas aquellas cosas que te duelen y avergüenzan se le puede llamar «santuario».

Al mirar a su alrededor con más atención, Constance se fijó en toda una serie de marcos rectangulares que cubrían las cuatro paredes siguiendo un patrón regular igual que las luces. Todos eran del mismo tamaño, de unos cuarenta por sesenta centímetros. No tocaban la pared, sino que sobresalían, todos a la misma distancia del suelo. También estaban enmarcados en obsidiana, con cristal delante. Una pequeña luz oculta dentro de la caja proporcionaba una tenue iluminación al contenido, que recordaba los diseños del artista Joseph Cornell.

—Mi museo —dijo Diogenes—. Por favor, permíteme que te lo enseñe. Están ordenados cronológicamente, y empieza aquí, a tu izquierda.

Dio varios pasos desde la puerta y se detuvo junto a la primera caja. En su interior, Constance vio un dibujo sobre papel pautado escolar de una vieja ciudad en miniatura. Resultaba sobrecogedor el nivel de detalle. Solo podía haberse realizado utilizando una lupa y una pluma de punta extremadamente fina. Podían apreciarse las tejas de cada una de las microscópicas casas; todos los adoquines de todas las calles tenían volumen; todas las puertas tenían un microscópico número encima.

—Lo dibujé cuando tenía siete años —le oyó decir a Diogenes—. En mi mente, yo vivía en esa ciudad. Todos los días añadía nuevos detalles. Era lo que más me gustaba en el mundo. Lo he incluido en esta colección como recordatorio de quién podría haber llegado a ser… si las cosas hubiesen sido diferentes. Pero como puedes ver, mientras estaba trabajando en ese dibujo… algo me ocurrió.

—El Suceso —dijo Constance.

—Sí. El Suceso. No sabes gran cosa al respecto, ¿verdad? Estoy seguro de que Aloysius nunca te ha hablado de eso.

Constance permaneció inmóvil. Seguía observando aquel espléndido dibujo. Resultaba inconcebible que alguien tan joven hubiese podido crear algo tan detallado, tan perfecto.

—Aloysius y yo estábamos jugando en el sótano de la Maison de la Rochenoir, nuestra viaja

casa de Nueva Orleans, en la calle Dauphine. Fuimos a parar a una habitación secreta llena de aparatos, creados por nuestro tío abuelo Comstock para su espectáculo de magia. Uno de esos aparatos se llamaba «La Puerta al Infierno». Aloysius me metió allí dentro. Era… era un aparato que podía tener dos finalidades: o hacer enloquecer a una persona o asustarla hasta la muerte.

«Qué horror», pensó Constance.

—Pasó un buen rato antes de que pudiesen sacarme de allí. Fue tan terrible que intenté matarme con la Derringer que habían dejado allí para ofrecer «alivio» eterno a la persona que se quedase atrapada. —Se detuvo—. La bala me entró por la sien, pero era de calibre muy pequeño y me salió por el ojo. No estaba claro si sobreviviría o no. Pero sobreviví. Sin embargo, a partir de entonces, después de eso, todo fue… diferente. Me enviaron lejos durante un tiempo. Los colores desaparecieron de mi mundo, dejándome únicamente esta gama monocromática de grises. Mi capacidad para dormir quedó dañada sin remedio. Cuando regresé, había cambiado. Cambiado por completo.

Pasó a la siguiente caja. Constance lo siguió. Dentro había un diminuto crucifijo con algunas manchas oscuras que parecían sangre coagulada. Una leyenda en la parte baja del crucifijo decía: INCITATUS .

—Sentía extraños impulsos que no era capaz de entender. Por otra parte, no tenía miedo. De vez en cuando… me dejaba llevar. Pero a medida que fui acercándome a la edad adulta, se fue imponiendo un deseo: humillar, mortificar y por último destruir a mi hermano, Aloysius, quien me había provocado ese horrible sentimiento.

Pasó muy despacio junto a varias cajas, señalando primero una composición y después otra. Constance vio cosas que no llegó a entender: una camisa de pelo hecho con alguna clase de sustancia orgánica; una soga de verdugo; lo que parecía ser un puñado de zumaque venenoso, atado fuertemente con hilo de pescar.

—En un principio, mis intentos de vengarme de mi hermano fueron aleatorios. No estaba centrado. Pero al hacerme mayor empecé a trazar un plan. Requeriría años, tal vez décadas, llevarlo a cabo. Requería dedicarle todo mi tiempo y mi atención. Requería crear y cuidar con sumo cariño varias identidades diferentes. Por ejemplo, la del encargado del Museo de Nueva York, Hugo Menzies.

Habían doblado una de las esquinas y estaban hacia la mitad de la segunda pared. Diogenes se detuvo frente a una caja que contenía, entre sus paredes color mercurio, una antigua bayoneta.

—El arma que acabó con la vida del agente especial Michael Decker, el mejor amigo de Aloysius. No se trata de la auténtica, como comprenderás, que está guardada en un almacén para pruebas en algún lugar, sino de una réplica exacta.

Se desplazó hasta la siguiente caja, que contenía un ejemplar de la revista *Museology* , una tarjeta de identificación del museo manchada de sangre y un cúter para cartón.

—Margo Green —dijo Diogenes a modo de explicación.

En la siguiente caja había una carta manuscrita, de varias páginas, firmada por A. Pendleton. A su lado había un bolso de señora con pinta de caro.

—Viola Maskelene —dijo Diogenes con aquella voz extraña y profunda—. La cosa no acabó bien.

Con mayor rapidez ahora, dejando atrás otras cajas y bordeando la cámara, condujo a Constance hasta lo expuesto en la tercera pared: una caja que contenía al parecer polvo de diamantes y un memorando de la prisión de Herkmoor. Constance se detuvo entonces. En mitad

de la tercera pared había una caja con el retal de una sábana de satén manchada de sangre y una copa medio llena de un licor verdoso, con una leve marca de pintalabios en el borde.

Se volvió hacia Diogenes.

—Tú —le dijo sin más.

—Ya he visto suficiente —repuso Constance, y pasó por su lado abriéndose paso con brusquedad hacia la salida, sin mirar el resto de las cosas expuestas.

Sin pensárselo dos veces, Diogenes echó a andar tras ella. Aceleró y, cuando ella enfiló la cuarta y última pared, se colocó entre Constance y la puerta para bloquearle el paso.

—Espera —dijo—. Mira. —Y señaló las cajas.

Tras unos segundos, ella obedeció. A excepción de la primera, que contenía un obituario, un escalpelo manchado de sangre y un abanico decorativo propio de Centroamérica, el resto de las cajas estaban vacías.

—He cambiado —dijo, y en esta ocasión la voz no sonó exactamente igual que antes; tenía un matiz diferente—. He vuelto a cambiar. Lo he dejado. ¿No lo entiendes, Constance? Aunque no era mi intención original cuando empecé a guardar estos trofeos, este lugar ha acabado convirtiéndose, como ya he dado a entender, en mi particular Museo de la Vergüenza. Es como una crónica de mis fechorías, las que tuvieron éxito y las que no, para asegurarme de que jamás vuelva a las andadas. Pero también lo creé por otra razón: como válvula de escape. Me di cuenta de que si sentía renacer las… antiguas necesidades, lo único que tenía que hacer era venir aquí.

Constance se apartó de su lado; no estaba del todo segura de si lo que quería era acallar sus palabras o bien la reacción que estaban provocando en ella. Casi sin darse cuenta, posó los ojos en la última caja llena, la que contenía el escalpelo, el abanico y una necrológica. La necrológica era la de un eminente cirujano cardíaco, el doctor Graben, víctima de un despiadado asesino. La necrológica lamentaba la incalculable pérdida que suponía la muerte de ese hombre para la ciencia y la humanidad. Llevaba la fecha de cuatro días atrás.

—Así que me mentiste —dijo ella señalando hacia la esquela—. Mataste a más personas.

—Era imprescindible. Necesitaba otra muestra para sintetizar el elixir. Pero ya no necesito ninguna más. Puedes ver… percibir los resultados en ti misma.

—¿Y cómo se supone que me hace sentir algo así? Otros han muerto, muerto de manera innecesaria, para que yo pueda vivir.

—La anciana estaba en coma, moribunda. Y el doctor no entraba en los planes. Apareció de forma inesperada.

Constance echó a andar otra vez, pero de nuevo él se interpuso en su camino hacia la puerta.

—Escúchame, Constance. Esta habitación es un cubo perfecto, pero el espacio que ocupaban las máquinas originalmente no lo era. Creé una habitación dentro de otra. ¿Te has fijado en esa enorme caja en lo alto de la escalera? Cuando construí esta sala rellené el espacio entre las paredes de mi cámara de obsidiana y las originales de piedra donde se encontraba la bomba de agua con explosivo plástico. Explosivo plástico, Constance. Suficiente C-4 como para volar todo esto: la cámara, la cisterna, todo, hasta convertirlo en polvo. La caja que hay en lo alto de la escalera es el detonador, y dispone de un temporizador. Hubo un tiempo en el que esta cámara tenía un propósito diferente para mí. Ahora me provoca arcadas. Tenía planeado que en cuanto me sintiese seguro de tu amor la haría saltar por los aires, destruiría por siempre jamás mi vergonzoso y violento pasado.

Constance no respondió.

—Te he abierto mi corazón, Constance —prosiguió con una repentina angustia—. Ahora ya lo

has visto todo. No te lo había dicho, pero esperaba que, llegado el momento, los dos pudiésemos tomar el arcanum juntos. Ahora dispongo de la síntesis perfecta, porque no solo he logrado revertir tu envejecimiento antinatural sino que además he conseguido que, en esencia, te conserves joven para siempre. Ambos podemos seguir siendo jóvenes para siempre, apartarnos del mundo y mostrarnos el uno al otro. Y no estaríamos solos: nuestro hijo podría venir aquí, el lugar más especial del mundo. Se merece estar con nosotros. A pesar de lo que has dicho antes, no es más que un niño. Un niño pequeño. Necesita ser algo más que un símbolo, un objeto de veneración. Necesita a sus padres. Aquí podemos olvidar nuestras dificultades, nuestras dolorosas vidas pasadas, y mirar hacia el futuro. ¿Acaso no es una hermosa visión?

El tono suplicante de su voz creaba eco en aquella sombría estancia.

—Si estás diciendo la verdad —le dijo Constance—, si esa vida realmente quedó atrás para ti, si esto no es más que la crónica de unos hechos antiguos de una existencia anterior… ¿por qué te diste tanta prisa para enmarcar eso? —Señaló hacia la necrológica.

Diogenes miró a Constance y luego a la caja. Después dejó caer la cabeza.

—Me lo temía.

Constance logró rodearlo para salir de allí.

—¡Espera! —dijo al instante saliendo tras ella, que abrió la puerta que daba al pasadizo—. Espera. Te lo demostraré. Te daré la prueba definitiva. Armaré la bomba ahora, detonaré el C-4. Convertiré este museo en un cráter. Podrás verlo con tus propios ojos… desde una distancia segura.

Ella se detuvo en el pasadizo y miró hacia el agua oscura. A su espalda, Diogenes siguió hablando.

—¿Qué otra prueba puedo ofrecerte? —preguntó en voz baja.

64

Constance estuvo mirando a Diogenes durante un buen rato. Vio cómo el sudor cubría su rostro y notó especialmente la desesperación de su mirada. Detectó un último y levísimo atisbo de esperanza en él, como el último rescoldo de un fuego que se apaga.

Era el momento de aplastar aquel rescoldo.

—¿Pruebas? —dijo Constance—. Me has dado todas las pruebas de tu amor que necesitaba. —Pronunció la palabra «amor» con evidente ironía—. Por favor, pon en marcha el temporizador. Me encantará ver cómo todo esto vuela por los aires.

—Lo haré por ti. Por ti.

—Dudo mucho que seas capaz de ver destruidos tus preciosos recuerdos. Ahora verás lo bien que nos entendemos —murmuró con falsa calidez—. Es cierto, nos parecemos, nos parecemos mucho. Te entiendo. Y tú, Diogenes, tú me entiendes a mí.

Diogenes palideció. Constance vio que en efecto recordaba aquellas palabras: eran exactamente las mismas que él le había dicho cuatro años atrás, cuando la sedujo.

Entonces ella recitó, en italiano, los versos que él le había susurrado al oído mientras la tendía sobre los cojines de terciopelo del sofá:

Se sumerge en la noche,
alcanza las estrellas.

Al recitar esas palabras, los ojos de dos colores de Diogenes parecieron secarse de golpe. Ella había aplastado el último resquicio de esperanza y notó el metafórico crujido bajo su pie.

El rostro de Diogenes empezó a cambiar, sus rasgos poco a poco se transformaron en una horrible mueca de alegría. Una risa polvorienta y triste brotó de sus labios; no se detenía, como un susurro palpitante.

—Así pues, no va a pasar —dijo al fin limpiándose la boca—. Me la colaste. Yo, Diogenes, fui completamente engañado. Por lo visto voy a tener que seguir buscando a un hombre honesto, o una mujer, si se da el caso. *Brava* , Constance. Menuda interpretación. Tu maestría para la crueldad supera la mía. No me has dejado nada. Nada.

Ahora fue ella la que sonrió.

—Sí que te dejo algo.

—¿Y qué es?

—El arcanum. Tómatelo, disfruta de una larga larga vida.

Se impuso el silencio mientras se miraban.

—Esto acaba aquí —dijo Constance dándose la vuelta—. Llévame a la lancha, haz el favor.

—Te veré en la lancha —contestó Diogenes con voz ronca—. Antes tengo que encargarme de una cosa. En esta… —Soltó una carcajada repentina, desenfrenada—. «… en esta enorme casa de tortura perpetua. Permite que tus ojos miren… Permite que tus ojos miren…»

Constance no quiso prestar atención a esas palabras. Bordeó la cisterna, subió la escalera y se

adentró en la oscuridad.

Él no la siguió. Ella no temía darle la espalda. A pesar de todo, el amor que sentía por ella era demasiado grande todavía como para que le hiciese daño. Por otra parte, en ese momento, para Constance su propia vida tenía muy poco valor.

Esperaba que estuviese colocando las cargas. Un museo como aquel, la materialización física de un grado de enfermedad mental que raras veces había visto la humanidad, no podía seguir existiendo. Ella había destruido el futuro de Diogenes, y ahora él mismo destruiría su pasado. Aunque, llegados a ese punto, seguía siendo una incógnita si tendría las agallas para hacerlo.

Constance recorrió el sendero que atravesaba los sicomoros y el manglar hasta llegar a la larga playa. En el extremo opuesto, el muelle se adentraba en el agua, de una tonalidad azul oscuro a la luz del crepúsculo. Ahora que todo había acabado, Constance sintió los profundos efectos de la catarsis; aunque al mismo tiempo se sintió también vacía. Su ardiente odio, su sed de venganza, habían quedado atrás, pero habían dejado a su paso un enorme agujero. ¿Qué iba a ser ahora de su vida? ¿Adónde iría? ¿Qué haría? No podía regresar a Riverside Drive; muerto Aloysius, carecería de sentido. Estaba completamente sola en el mundo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el crujido de unos arbustos. Al darse la vuelta, vio que del manglar, de forma inexplicable, había surgido la figura de una mujer joven, menuda, enjuta, con una llamativa cabellera rubia, que se dirigía hacia ella en silencio y del todo concentrada, con un cuchillo en una mano y una pistola en la otra, y con sed de sangre en el rostro.

Como la había pillado por sorpresa, Constance intentó esquivar la arremetida de la mujer que corría hacia ella, pero demasiado tarde. El cuchillo, que centelleó a la luz de la tarde, alcanzó su vestido y le seccionó las costillas como si se tratase de mantequilla caliente. Constance gritó, pivotó sobre los pies y con la mano buscó la cara de su asaltante, que derrapó en la arena y volvió al ataque alzando la pistola.

65

En cuanto el sol se hundió tras la línea del horizonte que trazaba el mar, la oscuridad se impuso con rapidez. Un pequeño kayak, de un color verde oliva mate, apareció tras Johnston Key y se dispuso a recorrer los ochocientos metros de aquel canal de aguas poco profundas. A. X. L. Pendergast, con el remo en la mano, se dirigía al grupo de islotes cubiertos de manglar que se encontraba al sudeste de Halcyon Key. El kayak se deslizaba sobre el agua mientras Pendergast batallaba con el remo intentando mantener el ritmo, empujando el kayak hacia delante sin salpicar ni volcar. Era una tranquila tarde de noviembre. Las garzas volaban bajo sobre el mar, produciendo con sus alas un ruido suave parecido al crujir de la seda.

Sabía que disponía de muy poco tiempo. Los dos helicópteros de las fuerzas especiales llegarían a la base naval de Key West en menos de veinte minutos. Pendergast no había logrado convencer a Longstreet de que una respuesta a gran escala no resultaría efectiva contra un hombre como Diogenes, pues le daría fuerzas, y perfectamente podría ocasionar la muerte de Constance, ya fuese una rehén o una participante directa. A Pendergast le dolía pensar que no sabía en qué estado mental se encontraba, pero lo que tenía claro era que, fuera como fuese, debía de sentirse desequilibrada. Por ese motivo, durante el proceso de planificación del ataque, Pendergast se había escabullido y se había «apropiado» de una lancha rápida en el puerto deportivo de South Beach. El casco era de fibra de carbono y tenía dos motores gemelos que, en aguas tranquilas, podían dar mil caballos de potencia y alcanzar casi ciento setenta kilómetros por hora. En Upper Sugarloaf Key, cambió la lancha por un kayak en una de las muchas tiendas de alquiler de embarcaciones, cerrada en ese momento, y también se hizo con un traje de neopreno. El problema era que nunca había montado en kayak y no solo era inestable y difícil de controlar, también resultaba muy complicado mantener el remo en forma de pluma dentro del agua al tiempo que intentaba avanzar.

A pesar de todo, logró dominar un movimiento básico. No tardó demasiado en tener a la vista el pequeño grupo de islas. En realidad no eran islas, sino manglar que crecía en las aguas poco profundas y formaba con las raíces una especie de masa enmarañada. Pendergast llevó el kayak hasta un canal oculto en el manglar y lo amarró. No sin esfuerzo logró sacar el cuerpo en silencio y ponerse en pie en una zona en la que el agua le llegaba hasta las rodillas. Del compartimento de carga del kayak sacó su pistolera de hombro con su Les Baer, se la ajustó y después se colocó también una pequeña mochila Osprey.

El cielo estaba oscureciendo cuando rodeó la isla de manglar. Las cartas de navegación indicaban que allí la profundidad no llegaba a un metro, y eso fue lo que se encontró por el camino entre los manglares. El ligero traje de neopreno negro hacía que resultase casi invisible en la creciente oscuridad. Al salir del manglar avanzó agachado en el trecho abierto que llevaba hasta la isla principal, Halcyon. Llegó a una pequeña playa de arena y se detuvo a escuchar. Todo estaba en calma. Un sendero se adentraba en la isla, y él sabía, gracias a las imágenes de satélite, que llevaba hasta la vivienda más pequeña. Se desplazó por el sendero hasta llegar a la zona de arena que rodeaba la casa. Tenía pinta de ser la casa del servicio, y una luz brillaba en la

ventana del salón. Se acercó con sigilo hasta la ventana, alzó la cabeza y echó un vistazo. Un hombre mayor, negro, leía un ejemplar del *Ulises* , sentado en un sillón orejero.

Pendergast pensó que la agradable tarde de aquel hombre se iba a ver un poco alterada…, aunque no de momento.

Se alejó de la ventana y consultó mentalmente el mapa de la isla. Escogió el sendero que llevaba hasta la casa grande. El camino pasaba entre un grupo de sombríos sicomoros y almácigos justo antes de que la parte de atrás de la casa quedase a la vista. Todas las luces estaban apagadas; allí no parecía haber nadie. La oscura noche se estaba imponiendo. La luna tardaría todavía unas pocas horas en aparecer. Manteniéndose en las sombras, se aventuró hasta la parte trasera de la veranda e intentó abrir la puerta. No estaba cerrada. Entró y llevó a cabo un rápido reconocimiento de la planta baja, después salió por la puerta principal, convencido de que no había nadie en casa pero de que allí vivía alguien. Diogenes y Constance debían de estar en algún lugar de aquella isla, de eso estaba seguro.

Se detuvo. Oyó un ruido lejano: un grito agudo que resonó a lo lejos. Sacó el arma y escuchó con total atención. Oyó entonces tres rápidos disparos.

Al ver el arma, Constance se lanzó hacia las rodillas de su asaltante y la tiró al suelo, mientras las balas pasaban por encima de su cabeza con un silbido. Ambas cayeron y rodaron por la arena. Constance agarró el antebrazo de la chica con ambas manos y lo golpeó contra el suelo, provocando que soltase la pistola. Pero aquella mujer era sorprendentemente fuerte para su tamaño y logró librarse de Constance. Ambas se abalanzaron hacia el arma; la mujer usó el cuchillo para conseguirla. Volvieron a caer a la vez, forcejeando sobre la arena, como un amasijo de cuatro manos. Rodaron una y otra vez, retorciéndose, colocándose encima primero una y luego la otra. La chica intentó morder a Constance, pero ella apartó la cabeza y le devolvió el ataque buscándole la cara, clavándole los dientes en la mejilla. La mujer gritó de dolor. Volvieron a rodar. Constance acabó colocándose encima e intentó hacerse con la pistola, mientras la mujer doblaba las rodillas; le sangraba la cara debido al mordisco. Justo en el momento en que Constance estaba a punto de hacerse con el arma, se apartó un poco de la mujer y esta le propinó un golpe con la rodilla en el plexo solar que la dejó sin aire y al mismo tiempo le arrebató la pistola.

Constance alargó el brazo y golpeó el arma en el mismo instante en que sonó un disparo. La bala impactó contra el suelo muy cerca de ella con un golpe sordo, levantando un puñado de arena. Constance tenía la cabeza vuelta, pero a su atacante le dio de lleno en la cara. La mujer retrocedió y sacudió la cabeza para intentar quitarse la arena de los ojos y empezó a disparar, una y otra vez, pero los disparos ni remotamente le rozaban a Constance que, boqueando para coger aire, volvió a lanzarse sobre la mujer y, con el impulso de una creciente locura, alcanzó la pistola y se la arrancó de la mano, la colocó en la frente de la mujer y apretó el gatillo.

Clic.

El cargador estaba vacío. En ese momento, la chica, con una sorprendente presencia de ánimo, aprovechó el momento de desconcierto para darle a Constance en la cara con un golpe de karate y se escabulló hasta invertir de nuevo las posiciones. Ahora ella estaba encima y había recuperado su cuchillo, que estaba en la arena. Se abalanzó sobre la otra, pero esta rodó y la hoja atravesó la pesada tela de su vestido hasta la arena. Con silenciosa determinación, la chica empezó a lanzar cuchilladas, de ida y vuelta, pero solo desgarraba la tela. Mientras su adversaria

se esforzaba por liberar el cuchillo, Constance logró sacar el estilete que guardaba en su corpiño y lo alzó al instante.

La mujer saltó hacia atrás, aterrizando hábilmente pero dándole a su oponente tiempo suficiente para ponerse de pie. Empezaron a desplazarse en círculo, como dos escorpiones, con sus respectivos cuchillos en la mano.

—¿Quién eres? —le preguntó Constance. El rostro de aquella mujer le resultaba familiar, pero no podía ubicarlo.

—Tu peor pesadilla —respondió.

Lanzó una cuchillada. Constance se arqueó hacia un lado.

Fue entonces cuando captó movimiento con el rabillo del ojo. «Diogenes.» Acababa de aparecer en el extremo de la playa y las observaba. Tenía los brazos cruzados, como si estuviese contemplando un espectáculo.

Pero Constance debía mantener la concentración; con semejante adversaria no podía dejarse llevar por la rabia homicida. Seguían moviéndose en círculos, tensas. Por el modo en que la chica sostenía el cuchillo, así como por la rapidez y ligereza de sus movimientos, vio claro que tenía más experiencia que ella en lo que a cuchillos se refería y que ganaría si se prolongaba el combate.

La mujer atacó. Constance logró esquivarla, pero por los pelos, pues la cuchilla cortó la tela de la manga y rozó su piel.

—Tocada. Claramente tocada —dijo Diogenes.

Constance atacó pero el cuchillo surcó el aire, pues la mujer se hizo a un lado con un giro propio de las artes marciales, y se aprovechó de su error para contraatacar con su propio cuchillo, que en esta ocasión le alcanzó la muñeca, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo.

Uno de esos golpes iba a acabar alcanzándola de lleno, pensó Constance, y no tardaría mucho en suceder. El pesado vestido, húmedo ahora de sangre, ralentizaba sus movimientos. ¿Intervendría Diogenes? No: al mirar hacia él otra vez lo vio en el mismo lugar, interesado, incluso con cara de divertirse. Sin duda esa era la clase de espectáculo con el que más disfrutaba: dos mujeres luchando a muerte por su causa.

«El pesado vestido…» Esa tela gruesa también podía resultarle una ventaja. Pero tenía que moverse con rapidez, pues en cualquier momento su atacante podría realizar un buen golpe.

Constance jugó su baza: corrió hacia la mujer, dio un salto, alzó las piernas formando un remolino de tela y envolvió a su oponente con el vestido. A la chica le pilló totalmente por sorpresa; lanzó un grito ahogado y atacó con el cuchillo, pero solo encontró tela, al tiempo que ambas caían en la arena y Constance aprisionaba el cuerpo de la mujer entre sus rodillas. La chica se retorció y luchó por liberarse golpeando con furia con las rodillas, pero no podía liberar la mano en la que tenía el cuchillo, atrapada en la tela.

Aplastando a la chica entre sus piernas, Constance giró sobre sí misma, logró agarrar la pistola y golpear con ella a su oponente en un costado de la cabeza una y otra vez hasta que los gritos se convirtieron en balbuceos y notó que las extremidades de la mujer se aflojaban. Sujetó entonces el inerte brazo en el que la chica tenía el cuchillo y le dobló la muñeca para forzarla a soltarlo. Tras arrebatarle el cuchillo se echó hacia atrás y se levantó temblando, con un cuchillo en cada mano.

Su atacante yacía en la arena, incapaz de levantarse, mascullando semiinconsciente.

Constance se volvió hacia Diogenes. Se había sonrojado, jadeaba, como si lo que acababa de ver le hubiese excitado sexualmente. Ahí estaba el viejo Diogenes, al que ella recordaba a la

perfección. No había hecho un solo gesto para ayudarla, ni había dicho nada; estaba fascinado por la escena de la que acababa de ser testigo.

De repente, Constance se sintió mareada. Apoyó las manos en las rodillas y bajó la cabeza con la intención de despejar su mente respirando hondo.

Al cabo de un momento oyó hablar a Diogenes. Alzó la vista para mirarlo, pero no le hablaba a ella. La mueca libidinosa que había apreciado en su rostro hacía un instante se había transformado en un asombro y consternación absolutos. Estaba mirando hacia una oscura figura que emergía en ese momento por entre los sicomoros. La figura, iluminada por el último rayo del atardecer, iba vestida con un pulcro traje de neopreno negro.

—*Ave, frater* —fue el áspero saludo de Diogenes.

66

Constance se puso en pie en la arena, dejando tumbada a la chica, que gemía semiinconsciente, y miró hacia aquel hombre con total incredulidad. Pendergast. «¿Realmente es él?» La figura se acercaba con un arma en la mano. Era poco menos que una alucinación. Constance apenas podía asimilar lo que estaba viendo.

—Aloysius —dijo sin aliento—. Dios mío. ¡Estás vivo!

Echó a correr hacia él, pero algo en su expresión la detuvo de golpe.

—*Ave, frater* —repitió Diogenes. Se balanceaba ligeramente, como si estuviese borracho.

Pendergast alzó la pistola. En un primer momento, apuntó a algún lugar entre Constance y Diogenes. Pero tras unos segundos, apuntó directamente a su hermano. Sin embargo, no dejaba de mirar a Constance.

—Antes de matarlo, tengo que preguntarte una cosa: ¿estás enamorada de él?

Constance lo miró perpleja sin dar crédito a lo que oía.

—¿Qué?

—La pregunta es sencilla. ¿Lo amas?

Constance notó que algo se movía a sus pies. La chica había recuperado el sentido y aprovechó la distancia para correr a trompicones hacia el cercano manglar. Pendergast no le prestó atención.

Constance todavía se estaba recomponiendo de la impresión que le había causado ver a Pendergast allí, vivo, frente a ella. Su mente se vio atosigada por un centenar de preguntas: ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde había estado? ¿Por qué no la había ido a buscar? Pero el gesto en el rostro de Pendergast le dejó claro que no era el momento para preguntas.

—Lo detesto —dijo—. Siempre le he detestado y siempre le detestaré.

—«El amor vive en la esperanza» —dijo Diogenes con tono cantarín—. «Y muere cuando muere la esperanza.»

Pendergast no atendió a sus palabras. Seguía con la mirada clavada en Constance.

—Entonces tal vez puedas explicarme por qué te fuiste de Riverside Drive con él por propia voluntad, hiriendo además al teniente D'Agosta.

Constance respiró hondo. Su mente empezaba a despejarse después de la pelea y sentía que aquella extraordinaria fuerza suya regresaba. Con voz calmada y serena, le contó que había creído que estaba muerto, que Diogenes había intentado engatusarla con su confesión amorosa y revelándole que había vuelto a sintetizar el arcanum de Leng; también le contó su plan secreto: que seguía odiando a Diogenes y que su aparición había supuesto una oportunidad para vengarse de él de un modo más terrible que la muerte.

—Confía en mí, Aloysius —concluyó—. Te lo explicaré todo con detalle… a su debido tiempo. —Hizo un gesto en dirección a Diogenes, que estaba allí, escuchándolo todo—. Pero, mientras tanto, puedes ver el resultado por ti mismo. Míralo: es un hombre deshecho.

Pendergast escuchó sus explicaciones en silencio, apuntando con la pistola.

—Así pues, ¿le mentiste? ¿Desde el principio?

—Sí.

—Y no lo amas —repitió Pendergast como si no fuese capaz de entenderlo.

—No. ¡No!

—Cuánto me alegro. —Y alzó un poco más la pistola para apuntarle a Diogenes en la cabeza.

—¡Espera! —gritó Constance.

Pendergast la miró.

Diogenes dio un paso adelante, agarró el cañón de la pistola y lo presionó contra su sien.

—Venga, *frater* . Hazlo.

—No lo mates —dijo ella.

—¿Por qué no?

—Será mucho mejor perdonarle la vida, obligarlo a convivir con su soledad, con el recuerdo de sus errores. Y… —Dudó—. He aprendido algo sobre él.

—¿De qué se trata? —La voz de Pendergast era fría, cortante.

Constance miró a Diogenes, que seguía allí, balanceándose a la luz de la luna, con el cañón de la pistola pegado a su cabeza—. No me gustaría que él oyese lo que voy a decir, pero ahora ya no importa. Diogenes no es del todo responsable de aquello en lo que acabó convirtiéndose. Tú, más que nadie en el mundo, lo sabes bien. Y existe una pequeña semilla del bien en su interior. La he visto. Estoy convencida de que realmente quiere reformarse, empezar una nueva vida. A saber qué querrá ahora. Viéndolo en estas condiciones, mi sed de venganza se ve saciada. Si lo dejas vivir, quizá, solo quizá, él pueda alimentar esa semilla. —Y añadió con amargura—: Tal vez pueda regarla con sus lágrimas.

Mientras hablaba, algo cambió en el gesto de Pendergast. Había perdido algo de su característica rigidez marmórea. Pero aun así resultaba imposible saber qué estaba pensando.

—Por favor —susurró Constance.

A lo lejos, por encima del suave susurro del viento entre las palmeras, Constance captó el sonido de las hélices de un helicóptero, todavía distante pero que se acercaba con rapidez.

67

Longstreet iba sentado en uno de los asientos de la tripulación en el helicóptero comandado por el grupo de asalto, que atronaba sobre los cayos en dirección a un pequeño grupo de islas al norte de Upper Sugarloaf Key. El grupo estaba formado por dos equipos de las fuerzas especiales: el Equipo Azul tomaría tierra cerca de la casa principal, en el extremo norte de la isla; el Equipo Rojo, el de Longstreet, tomaría tierra en un claro junto a unas viejas edificaciones al sur de la isla. Había además una lancha Zodiac, con más hombres, esperando en Key West, dispuesta a apoyar al grupo si era necesario. Longstreet estaba convencido de que, siguiendo los movimientos que marcaba el manual, podrían aterrizar, asegurar la isla y capturar a Diogenes en menos de diez minutos, siempre y cuando no hubiese rehenes implicados. Pero había que contar con esa posibilidad, si bien se trataba de un caso un tanto singular: Longstreet estaba convencido de que esa tal Constance Greene era Bonnie y Diogenes, Clyde, y que ambos serían abatidos en caso de producirse lo que acabaría siendo un tiroteo suicida. Pero Longstreet también había trazado un plan alternativo, por si acaso, pues había incluido en el equipo a dos experimentados negociadores.

No dejaba de preguntarse qué demonios le habría ocurrido a Pendergast. Longstreet sabía que a ese hombre no le gustaba la opción de las fuerzas especiales, que prefería una operación encubierta, pero esa opción era una completa locura: nada era más efectivo que un ataque relámpago con un ingente potencial de fuego. Cuando estaban en las fuerzas especiales, Pendergast había desaparecido en más de una ocasión al igual que ahora, sin decir ni una palabra a nadie, pero siempre reaparecía más tarde, tras cumplir con varios de los objetivos principales. De hecho, había ocurrido con tanta frecuencia que en su equipo tenían una expresión para esos casos: «No hagas un Pendergast», que significaba: «No desaparezcas sin dar explicaciones».

En cualquier caso, ahora no podía preocuparse por eso. Si había hecho «un Pendergast», no iba a tardar en reaparecer. Lo único que deseaba Longstreet era que no hubiese querido ser más listo que los demás y hubiese preparado alguna estupidez, pues eso supondría una pesadilla de papeleo, preguntas y auditorías.

Cuando se aproximaron volando bajo a toda velocidad, pudo distinguir Halcyon Key a través de la puerta abierta del helicóptero. Apenas quedaba ya una leve franja de luz sobre el horizonte, en el umbral de una oscura noche sin luna. A su derecha pudo ver el helicóptero del Equipo Azul, en formación con el suyo.

Habló por radio a través del micrófono de los cascos:

—Azul, id hacia el norte y aterrizad. Nosotros aterrizaremos en el sur. Ambos equipos en tierra a las diecinueve horas con veinte segundos.

«Recibido», fue la respuesta.

El helicóptero viró y aminoró la velocidad al acercarse. Por debajo, casi a oscuras, Longstreet vio las edificaciones y una amplia zona que parecía una alfombra de arena.

—Comprobad las armas, y los chalecos, y activad la visión nocturna —ordenó Longstreet comprobando su propio equipo, su Beretta de nueve milímetros y sus gafas de visión nocturna.

»Vamos allá —dijo al cabo de unos segundos.

El piloto dio un rodeo e hizo descender el helicóptero, levantando un remolino de arena con la corriente de aire. En cuanto hubo aterrizado, los miembros del equipo saltaron, con las armas preparadas, se dispersaron y echaron a correr en busca de la cobertura que ofrecían las edificaciones y los matorrales, siguiendo al pie de la letra el plan previsto por Longstreet. Longstreet fue el último en saltar y fue directo hacia la playa.

Pendergast le había arrancado a Constance su pesado vestido hasta dejarla en combinación. Ella tiritaba. Él curó las heridas de cuchillo con lo que llevaba en su botiquín, limpiándolas con desinfectante, aplicando un antibiótico tópico y cerrándolas lo mejor que pudo mediante vendajes; todo ello sin dejar de apuntar a Diogenes, que tenía las manos esposadas a la espalda.

Oyó el zumbido de los helicópteros de Longstreet.

—Llega la caballería —dijo Diogenes con un tono indiferente.

Aloysius ignoró a su hermano. Las heridas no eran lo bastante profundas como para preocuparse, pero tampoco eran superficiales y requerirían puntos. Constance había perdido mucha sangre y Pendergast temía que se desmayase, a pesar de que se la veía sorprendentemente despierta. Más allá de eso, su estabilidad emocional en ese momento era una incógnita.

Había que sacarla de la isla lo antes posible.

—Bien, *frater* —dijo Diogenes—. Si vas a mantenerme con vida, ¿cuál es el siguiente paso?

Pendergast pasó el brazo alrededor de Constance para ayudarla a ponerse en pie. Sintió como si tuviese entre sus brazos un animal extraño y tembloroso. Constance permanecía en silencio; en un silencio vibrante. Un estado desconcertante que él no era capaz de entender, aunque, a decir verdad, nunca había llegado a entenderla por completo.

—¿Puedes andar? —le preguntó.

Ella asintió.

—Pasa un brazo por encima de mi hombro, úsalo como apoyo.

Constance lo agarró por el hombro y se apoyó en su cuerpo.

Pendergast hizo un gesto hacia su hermano con el cañón de la pistola.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Calla y cumple mis órdenes.

—¿Y si no lo hago? ¿Me matarás?

—Ellos te matarán —dijo Pendergast.

—Ellos se van a llevar la sorpresa de su vida —repuso Diogenes. Y soltó una risita entre dientes como si respondiese a una broma particular. Y volvió a reír.

En ese momento, Pendergast oyó el sonido de un motor de dos tiempos en el agua y miró en la dirección de la que provenía el ruido para ver el perfil, apenas visible, de una Zodiac que se aproximaba al muelle en el otro extremo de la playa.

—Métete entre la maleza —ordenó.

Diogenes le obedeció riéndose abiertamente, y los tres se adentraron en la oscuridad que ofrecían los sicomoros.

—Por aquí —le dijo a Diogenes, haciendo un gesto con la pistola.

Su hermano avanzó a través de la oscuridad por un sendero entre los árboles. Pendergast ayudaba a Constance, que se recostaba en él como si fuese una niña.

—¿A qué sorpresa te refieres? —preguntó Pendergast.

—Lo descubrirás muy pronto. Ya, de hecho…

Se produjo una enorme explosión a sus espaldas. Una gigantesca bola de fuego surgió en la oscuridad, lanzando escombros y restos en llamas. Medio segundo después, notaron la presión de la onda expansiva, que se abría paso entre los árboles con una deflagración de aire caliente. El equipo de las fuerzas especiales que se encontraba al sur de la isla reaccionó de inmediato, y se oyeron disparos y un par de explosiones de granadas, más pequeñas en esta ocasión; todo un estallido de actividad frenética que se aproximaba a gran velocidad, advirtió Pendergast.

—¿Qué has hecho?

—Tal vez se trate de la coincidencia más alucinante del milenio. No estaba pensada para ti ni para tus compañeros, te lo aseguro. Se trataba de un trabajo de demolición personal. Pero es típico del FBI estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Qué clase de demolición?

—La de mi gabinete de curiosidades particular. «Oh, alma, transfórmate en pequeñas gotas de agua, y cae sobre el mar… para que nunca te encuentren.»

Pendergast miró a Diogenes y luego a Constance.

—Vayamos hacia el sur, en paralelo a la playa. En completo silencio —se limitó a decir.

Avanzaron atravesando la zona de árboles y matorrales detrás de la playa, mientras el sonido de la batalla proseguía a sus espaldas.

68

Flavia se puso en pie. Había estado tumbada bocabajo desde que se produjo la explosión. No tenía claro qué había ocurrido, o por qué, pero sí entendió al instante que aquel caos repentino la favorecía. El caos iba a ser su cobertura, su amigo.

Deslizándose por el límite de la isla y aprovechando el manglar, se acercó hasta el lugar donde se había producido la explosión, que ahora ardía llamativamente dejando un resplandor en el cielo, sobre su cabeza, que le permitía orientarse. Oyó el breve repiqueteo de una ametralladora a su izquierda. Cuando el manglar se acabó en el extremo norte de la isla, se agachó y permaneció detrás para poder observar el espectáculo de la destrucción.

La explosión había creado un enorme cráter en la zona arenosa, del que nacían unas llamas parpadeantes que le daban el aspecto de un volcán. Cien metros más allá había un helicóptero, también en llamas, iluminando el cielo. Había varios cuerpos en el suelo no muy lejos, y dos hombres, tal vez médicos, les atendían. Se estiró un poco y vio, a unos quince metros de distancia, en un claro, a otro hombre tendido en una camilla, vendado y gimoteando. Por lo visto ya se habían ocupado de él y lo habían dejado ahí temporalmente para cuidarse de los otros.

Todavía no podía hacerse una idea de lo ocurrido, ni de por qué habían aterrizado helicópteros cargados de hombres armados hasta los dientes, pero no le importaba. Solo tenía una cosa en mente: matar a aquella zorra, Constance.

Agachada, Flavia atravesó el claro apartándose de la cobertura que ofrecía el manglar. Al poco llegó hasta el hombre de la camilla. Llevaba la cabeza y un brazo vendados. Tenía un ojo abierto y la miró con apagada sorpresa.

Ella lo examinó y encontró lo que andaba buscando: llevaba una pistola del calibre 45 en la cartuchera. Flavia la sacó, extrajo el cargador, vio que estaba lleno y volvió a meterlo.

—¿Qué… estás…? —empezó a decir el hombre con gran esfuerzo.

—Me quedo con tu arma.

El hombre escupió, sacudió la cabeza e intentó moverse.

—No…

—Relájate. No puedes evitarlo.

Flavia vio que llevaba otro cargador en el cinturón; también se hizo con él.

—¡No…! —gritó el hombre.

—Nos vemos.

Flavia se dio la vuelta. Dudó. Al parecer se lo pensó mejor y regresó junto al hombre. Sacó el matazombis de su riñonera.

Tardó solo diez segundos.

Se adentró de nuevo en la oscuridad del manglar. Se detuvo un momento para inspeccionar el arma, una preciosa Colt 1911; después se la ajustó en la cintura y se encaminó hacia el sur en busca de la mujer.

Longstreet, en la playa, estaba bastante lejos de la explosión, por lo que solo le afectó la onda expansiva, que no lo hirió pero lo tiró al suelo, y lo dejó aturdido. Los tres hombres que tenía más cerca habían sido abatidos. Corrió hacia ellos al tiempo que el resto del Equipo Rojo regresaba. Entonces, el helicóptero, que había volcado, se incendió y se produjo una segunda explosión cuando estalló el combustible. Todo el mundo entró en pánico creyendo que estaban sufriendo un ataque masivo, y empezaron a disparar hacia todo lo que se movía. Incluso Longstreet lo había creído durante un rato, pero cuando vio el profundo cráter se dio cuenta de que debía de tratarse de alguna clase de explosivo previamente preparado. Diogenes había colocado una bomba en el lugar de la isla más adecuado para aterrizar y ellos habían caído en la trampa. Era uno de los posibles escenarios sobre los que Pendergast le había advertido. Se dio cuenta entonces de que habían infravalorado la resistencia que encontrarían, y lo consumían los remordimientos.

En sus auriculares pudo escuchar la confusión y la consternación entre sus hombres, tanto entre los de su equipo como entre los del Equipo Azul. Inmediatamente pidió tres Zodiacs más a Key West, con más hombres y más médicos para encargarse de los heridos. Pero Key West se encontraba a doce kilómetros al sudoeste, y los botes tardarían unos quince minutos en llegar al muelle de la isla.

Longstreet tenía que tomar una decisión en ese momento: abortar el asalto o acabar el trabajo, fuera como fuese. Escogió la segunda opción. Si se retiraban, se situarían en un punto muerto que podría durar semanas, o incluso meses; sería como otro Ruby Ridge u otro Waco. Estaba claro que se enfrentaban a un individuo trastornado; por horrible que hubiese sido la puesta en marcha, si no acababan lo que habían empezado sería mucho peor. Habían llegado demasiado lejos como para abortar la misión.

Longstreet se dirigió a sus hombres por radio. Estaban asustados y al límite de perder el control. Les tranquilizó partiendo de la confusión inicial, les ordenó que dejasen de disparar y que volviesen a centrarse. Les dio las indicaciones pertinentes para que evacuasen a los heridos y les comunicó a los dos equipos que siguiesen según lo planeado. El Equipo Azul, todavía completo, tenía que avanzar y tomar la casa. Él y lo que quedaba del Equipo Rojo irían hacia el norte, asegurando la isla. El movimiento en pinza les llevaría a encontrarse en la casa principal, donde esperaba que Diogenes se les enfrentase por última vez. Utilizarían entonces gas lacrimógeno, granadas aturdidoras y, si era necesario, quemarían la casa.

Mientras se desplazaba por la playa, Longstreet mantuvo contacto continuo con el resto del equipo, escuchando sus conversaciones. Uno de sus hombres habló de repente por la frecuencia común.

—Rojo uno, hay alguien aquí. —Su voz era apenas un susurro—. En los matorrales.

—Rojo dos, espera refuerzos. Estoy de camino.

Longstreet se apresuró hacia la localización del GPS, con las gafas de visión nocturna bajadas. Se adentró en otro denso sector de sicomoros y palmas. Se movió deprisa y no tardó en reunirse con su equipo. El hombre se había resguardado tras unos tupidos matorrales.

—Está ahí —dijo Rojo dos—. He oído moverse a alguien. Le he ordenado que saliese. No ha habido respuesta.

Longstreet escuchó con atención. Estaban cerca de la orilla y del manglar, que se adentraba en el agua.

—¡FBI! ¡Salga inmediatamente! —gritó Longstreet.

No hubo respuesta, pero se oyó el leve chapoteo de alguien moviéndose en el agua. Observó

entre la tupida vegetación con sus gafas de visión nocturna, pero no vio nada. Si se trataba de Diogenes, y estaba bastante seguro de que lo era, lo más adecuado era andarse con cuidado: era un hombre capacitado para luchar hasta la muerte.

Le hizo un gesto a Rojo dos para que lo rodease por la derecha con el objetivo de cortarle el paso, y con un gesto parecido indicó que él iría directo hacia el ruido.

El hombre asintió. Cuando se acercaban con cautela desde detrás de los matorrales, sonaron dos disparos. Longstreet y Rojo dos se lanzaron al suelo de inmediato.

—¿Estás bien? —dijo Longstreet por radio en voz baja, con la cabeza gacha.

—Estoy bien —fue la respuesta apenas susurrada.

—Atraviesa en diagonal la vegetación. Yo sigo recto para atrapar a ese cabrón.

Longstreet se arrastró sobre el vientre. Tenía que hacer salir al tirador y creía que tendría ventaja gracias a la visión nocturna, aunque no estaba seguro de si Diogenes disponía también del mismo tipo de gafas.

Al avanzar oyó de nuevo un chapoteo: el hombre se estaba retirando. Desde su posición, tumbado, apuntó hacia el ruido y disparó dos veces.

Los disparos alteraron al tirador, que prosiguió su retirada a mayor velocidad, lo que provocó más chapoteos que ayudaron a Longstreet a fijar mejor su posición. Abrió fuego de nuevo, dos veces, y le dio la impresión de oír un gruñido de dolor.

Se puso en pie de un salto y corrió hacia el ruido. Entró en el agua y atravesó deprisa un pequeño y sinuoso canal del manglar. Volvió a disparar, y luego otra vez; disparos lo suficientemente espaciados para mantener en fuga al tirador y para evitar que respondiese al fuego. Estaba muy oscuro en el manglar, pero gracias a las gafas de visión nocturna podía ver bien; rezaba para que el tirador no viese nada. Rojo dos iba detrás de él, a su izquierda, dando un rodeo para cortarle el paso al tirador. Longstreet había previsto la aproximación de tal modo que resultase imposible un accidente por fuego amigo. Pero, por otra parte, Longstreet quería llegar primero. Si era Diogenes, iba a matarlo, y las circunstancias se lo ponían en bandeja para poder justificarlo.

Se detuvo y escuchó. Captó un movimiento borroso con las gafas de visión nocturna, pero se desplazaba demasiado rápido para establecer un blanco. Siguió adelante y disparó una vez más mientras se abría paso por los estrechos canales del manglar. La presión que ejercía su proximidad estaba asustando al tirador; el ruido sonaba cada vez más fuerte a medida que el objetivo se desplazaba más rápido para intentar escapar.

Se oyó un disparo proveniente del manglar. Impactó contra una rama cerca del hombro de Longstreet, que se lanzó al agua. Por lo visto, aquel bastardo no estaba tan asustado como le había parecido. Dos disparos más, que pasaron altos, y continuó arrastrándose entre la vegetación mientras el objetivo proseguía su huida. No estaba muy lejos, y el ruido empezaba a convertirlo en un blanco aceptable.

Longstreet se irguió, apuntó con cuidado hacia el ruido y disparó. Se oyó un corto alarido y un ruido final; después silencio.

Con rapidez, apartó ramas y hojas y llegó hasta el tirador. Observó, lleno de incredulidad: era una mujer joven. Estaba tumbada de espaldas, con el pecho cubierto de sangre y los ojos abiertos. Por un segundo pensó que podía tratarse de Constance Greene, pero sin duda no era la misma mujer que había visto en la fotografía del informe. De hecho, consternado, de repente supo de quién se trataba; los rasgos coincidían con el rostro que había visto en las fotos policiales y en los vídeos de seguridad. Flavia Greyling le miraba con unos ojos centelleantes preñados de

odio y, aunque le fallaban las fuerzas, intentó alzar el arma, pero Longstreet se agachó y se la arrancó de la mano. En la otra mano sostenía un cuchillo de aspecto letal, con el mango de color verde. Aullando de dolor, lo levantó como si se dispusiese a lanzarlo… pero la mano volvió a caer al agua.

Rojo dos apareció por detrás.

—¿Qué demonios es esto? ¿Una chica?

—Sí.

A Longstreet no se le ocurría qué demonios podía estar haciendo en Halcyon. Aquel lugar se estaba convirtiendo en una auténtica pesadilla. Después de todo, iba a resultar que Pendergast estaba en lo cierto.

—No es el objetivo número dos, ¿verdad?

—No.

—¿De dónde ha salido?

—No tengo ni idea. Sácala de aquí y llévala hasta el muelle. Hay que evacuarla en una Zodiac.

—Está muerta.

—Tal vez. Llévatela y haz todo lo que puedas. Tengo que encontrarme con el Equipo Azul en la casa principal.

Longstreet salió del manglar y se dirigió hacia la playa.

69

Longstreet echó a correr por la playa y no tardó en llegar a la casa principal. Estaba ya rodeada por el Equipo Azul, y uno de los negociadores tenía en la mano un megáfono por el que gritaba que saliese todo el mundo, que era el último aviso. Estaban rodeados y cualquier clase de resistencia provocaría la aplicación de una fuerza letal.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó Longstreet dirigiéndose al líder del Equipo Azul.

—No lo sabemos. No ha habido disparos, no hemos visto a nadie y no hay ruidos. Podría estar vacía.

Longstreet asintió. Diogenes no estaba ahí, lo supo en cuanto vio la casa, una construcción de madera que ardería en cinco minutos y que no ofrecía ninguna clase de cobertura: una bala de nueve milímetros atravesaría el edificio de punta a punta.

—Lanza varias granadas aturdidoras y entremos.

—Sí, señor.

—Yo me voy. Tengo una misión especial que llevar a cabo.

Longstreet se dio la vuelta. Diogenes y la mujer tenían que estar en otro lado. El asalto a la casa sería una especie de distracción, le permitiría llegar hasta ellos sin que se dieran cuenta. Mientras se alejaba, oyó que el hombre del megáfono anunciaba que la última oportunidad para salir había expirado. Segundos después, le llegó el sonido de cristales rotos y estallaron varias granadas aturdidoras.

Desplazándose con sigilo por el manglar, lejos del principal foco de acción, Pendergast cargaba con Constance mientras mantenía a Diogenes delante de él, a punta de pistola. Su hermano se movía despacio, como entre la niebla. Avanzaban con cautela, permaneciendo a cubierto en todo momento. Más adelante pudo ver otro fuego a través de los árboles; sabía que se trataba de la caseta del servicio. Entonces miró hacia el claro que rodeaba la casa. También ardía en llamas después de saber que no había nadie y de tomarla. El grueso ejemplar del *Ulises* estaba en la arena, junto a un montón de pisadas. Los de las fuerzas especiales se habían ido de allí, dejando la zona vacía.

—Sigamos —dijo Pendergast, haciendo un gesto en dirección al sendero que llevaba desde la casa pequeña hasta la playa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Diogenes.

Pendergast no respondió. Recorrieron el sendero y, minutos después, llegaron al límite de la playa. Pendergast se detuvo para reconocer el terreno. No se veía a nadie. Había una Zodiac del FBI amarrada en el muelle, en la parte opuesta a la casa principal. Vio a dos personas montando a los heridos en camillas en la lancha. Al poco pusieron en marcha el motor y abandonaron el muelle acelerando hacia el sudoeste. El resto de la actividad al parecer ahora se concentraba en la casa principal.

Siguieron caminando, protegidos por las profundas sombras de los árboles que pendían sobre

el límite de la arena. Cuando ya habían cubierto dos tercios de playa, Pendergast se detuvo. Cerca de la orilla había varias islas diminutas de manglar, dispersas en las aguas poco profundas.

—Aloysius.

Para sorpresa de Pendergast, la figura de un hombre surgió del límite que marcaba la oscuridad. Era Longstreet. Tenía la pistola en la mano.

—Después de nuestra última conversación, debí imaginar que te las ingeniarías para llegar aquí —dijo Longstreet.

Pendergast no respondió.

—No estoy seguro de qué pretendes hacer —añadió Longstreet—, pero me sentiría mucho más tranquilo si lanzases tu 1911 a la arena.

Pendergast se desprendió de su arma.

—Tal vez hayas olvidado lo que es el honor y lo que supone nuestro juramento, pero yo no. —Longstreet dio un paso adelante y apuntó a Diogenes—. Ha llegado el momento —dijo—. Prepárate para morir, cabrón.

Se produjo un largo silencio.

A Longstreet le ponía de los nervios. Miró a Pendergast.

—Mató a Decker.

Más silencio.

—Acabaré con él, cuadraremos nuestras versiones y nadie se pasará de listo.

—No —intervino Constance.

Longstreet la ignoró. Tenía el dedo en el gatillo.

—¡No! —gritó Constance, abalanzándose sobre Diogenes y apartándolo de un empujón justo cuando sonó el disparo. El tiro erró el blanco.

Constance se colocó frente a Diogenes.

—Maldita sea, sácala de en medio —le dijo Longstreet a Pendergast.

Pendergast le miró a los ojos.

—Mi respuesta también es… no.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No vas a matarlo.

—¡Hicimos un juramento! Mató a Decker. ¡Tú mismo dijiste que la única opción que teníamos era matarlo!

—Es mi hermano.

Longstreet lo miró sin decir palabra.

—Lo siento —dijo Pendergast—. Es… mi familia.

—¿Familia?

—Tal vez haya que ser un Pendergast para entenderlo. Le hice cosas terribles a mi hermano. Yo soy la causa de que él sea así. He llegado a entender que si participo en su asesinato no seré capaz de vivir conmigo mismo; y lo digo en el sentido más literal posible. No tendría más remedio que acabar con mi propia vida.

Longstreet miró a los dos hermanos alternativamente, con tremenda incredulidad.

—Hijo de perra, eso es rizar el rizo.

—Howard, por favor. No mates a mi hermano. Desaparecerá y nunca volverás a saber de él. Tienes mi palabra.

Al oír aquello, Diogenes soltó una carcajada sarcástica, casi grotesca.

—Por el amor de Dios, no le hagas caso. ¡Mátame! Quiero morir. ¡Sé valiente, *frater* , y dile a

tu colega que apriete el gatillo! —Un ahogado sollozo escapó de entre sus labios, aunque no había dejado de reír.

—Es un asesino en serie —dijo Longstreet—. ¿Y me estás pidiendo que lo deje escapar?

—¡Quiquiriquí! —exclamó Diogenes de forma brusca, salpicando a Longstreet con su saliva —. ¡Quiquiriquí!

—Créeme, dejándolo con vida le haremos mucho más daño del que podría causarle cualquier sistema judicial. —Pendergast se detuvo—. Y no va a volver a matar. Lo sé. Pero es decisión tuya. Pongo su vida, y la mía, en tus manos. Constance, por favor, apártate.

Constance dudó unos instantes, pero al final obedeció.

Transcurrió un lento y tenso minuto. Longstreet bajó el arma despacio.

—No puedo creer que esté haciendo esto. —Longstreet miró a Diogenes con evidente ira y pateó la arena—. Si vuelvo a verte otra vez, hijo de puta, eres hombre muerto.

Pendergast se movió deprisa y le quitó las esposas a Diogenes, que permaneció en silencio, mirándolo.

—Camina hacia ese grupo de islas —le dijo Pendergast enseguida—. En la más alejada encontrarás un kayak entre el manglar. —Le tendió la mochila Osprey—. Aquí tienes comida, agua, dinero y un mapa. Dirígete a Johnston Key. No llames la atención. Cuando las cosas se hayan calmado, regresa a la civilización. No tengo la menor duda de que inventarás una buena historia y una nueva identidad. Y espero que también consigas una nueva imagen. Porque Diogenes Pendergast ha muerto aquí, en la explosión. Metafórica y literalmente.

Tras pensárselo unos segundos, Diogenes agarró la mochila y se la colocó en la espalda. Dio un paso, inclinado hacia delante, moviéndose despacio, como si cargase con un peso mucho mayor que el de la mochila. Empezó a adentrarse en el agua oscura. Pero entonces se volvió. Su tenue silueta se movió entre las sombras; parecía un fantasma incorpóreo.

—¿Muerto, has dicho? *Frater* , tienes toda la razón. Me he convertido en un muerto. —Se dio la vuelta y desapareció en la noche.

Tras un largo silencio, Longstreet miró a Pendergast.

—Lo que me has pedido ha sido excesivo. Excesivo. Me has obligado a quebrantar mi juramento y mi deber como agente federal. —Echó un vistazo a su alrededor—. Creo que hemos acabado aquí. Y tú y yo, hermano, también hemos acabado. —Se volvió de golpe—. ¿Y ella qué?

Pendergast habló pausadamente, dándoles sentido a sus palabras.

—¿Te refieres a la víctima de un secuestro? Gracias a Dios hemos logrado rescatarla. Constance, el agente Longstreet se hará cargo de ti a partir de ahora y te llevará a un hospital. Te interrogarán, obviamente, y tendrás que explicarle al FBI todo lo relacionado con tu secuestro.

—Entendido. Pero… ¿qué vas a hacer tú, Aloysius? —preguntó Constance mirando a Pendergast.

—Me iré a casa. Y te esperaré allí.

Mientras hablaban, dos Zodiacs más se acercaban al muelle, seguidas de una tercera. En ellas iban un montón de hombres. Se veía alzarse un fuego por encima de las copas de los árboles: la casa principal estaba en llamas, tal como Longstreet había supuesto al lanzar las granadas aturdidoras. Los hombres saltaron de las lanchas y recorrieron el muelle a la carrera; unos cuantos se dirigieron a la casa en llamas y otros pocos se separaron y corrieron hacia la playa al

encuentro del grupo. Longstreet volvió a colocarse los cascos y puso en marcha la radio.

—¿Va todo bien? —gritó uno de ellos.

—Todo correcto —dijo Longstreet—. Hemos rescatado a la secuestrada. Constance Greene. Está herida, hay que evacuarla en la Zodiac y llevarla directamente al centro médico Lower Keys. Escoja dos agentes para que la escolten.

—¿Y el objetivo? ¿Sabemos algo de él?

Longstreet vaciló unos segundos, apretando la mandíbula.

—Ha elegido la solución de los cobardes —soltó—. Cuando nos hemos acercado, se ha hecho volar a sí mismo por los aires en una explosión masiva. Dudo mucho que encontremos algo más que una uña. Caballeros, la operación ha acabado.

Epílogo

La señora Trask recorrió a toda prisa el suelo de mármol del gran vestíbulo de la mansión de Riverside Drive con un plumero en la mano. Era uno de esos días engañosamente cálidos de finales de noviembre que parecían anunciar la llegada de la primavera, más que el invierno. La luz se filtraba por los antiguos tragaluces, haciendo brillar las vitrinas de madera de caoba e iluminando su contenido. A la señora Trask muchos de esos objetos tan peculiares la incomodaban, por lo que hacía mucho tiempo que había aprendido a quitarles el polvo a las vitrinas sin examinar su interior.

La estancia se veía muy diferente de como estaba cuando regresó de Albany la primera vez, contenta a pesar de la pena por la muerte del señor Pendergast: la misteriosa enfermedad de su hermana, que parecía haber ido empeorando desde el principio, había remitido de repente de un modo que los doctores no podían describir más que como casi milagroso. Sin embargo, al llegar al 891 de Riverside no solo descubrió que la casa estaba vacía, sino que además se encontró con las cintas de plástico amarillas de la policía que indicaban que se había cometido un delito en… ¡aquella misma habitación! Una rápida llamada al amigo del señor Pendergast, el teniente D'Agosta, le ayudó al menos a reparar el desaguisado: el teniente llegó a la mañana siguiente y supervisó la retirada de aquella espantosa cinta. También le transmitió la sorprendente y maravillosa noticia de que el señor Pendergast se encontraba bien; por lo visto no se había ahogado, y había vuelto a inmiscuirse en la resolución de uno de sus casos. Estaba segura de que acabaría apareciendo por allí cuando lo creyese conveniente, seguramente más pronto que tarde.

El teniente no había sabido responderle, sin embargo, a otras preguntas. ¿Dónde estaba Proctor? ¿Y dónde estaba Constance? La señora Trask no tenía claro si el teniente sabía algo o si le estaba ocultando la verdad.

Antes de irse a Albany, había oído a Constance comunicar su intención de instalarse en el sótano…, un lugar al que la señora Trask no había bajado nunca. Pero al parecer, durante su ausencia, Constance había cambiado de planes, porque sus maletas ya no estaban en su habitación. Proctor tampoco estaba, y por lo visto había tenido que irse a toda prisa: su habitación estaba desordenada, algo totalmente inusual para un hombre como él, muy puntilloso con la pulcritud.

Estaba convencida de que, cuando regresase, el señor Pendergast se lo explicaría todo. No era cosa suya, como él le había dejado claro hacía muchos años, preocuparse por las interminables y extrañas cosas que sucedían en esa casa.

La señora Trask dejó el vestíbulo y entró en la biblioteca. Allí no llegaba el alegre sol de noviembre: como era habitual, tanto las contraventanas como las cortinas estaban cerradas, de modo que la única luz de la estancia procedía de una lámpara Tiffany. La señora Trask se entretuvo allí sacando el polvo y ordenando, a pesar de que el lugar estaba impoluto, pues lo revisaba todos los días desde que regresó. Lo de limpiar era más un hábito que una necesidad.

Estaba acostumbrada a las frecuentes ausencias del señor Pendergast, como no podía ser de otro modo, pero le chocaba que no estuviesen allí ni Constance ni Proctor. Con ellos tres lejos,

todo resultaba bastante extraño, a decir verdad. La mansión parecía incluso más grande, como si la soledad la llenase, un vacío que incomodaba a la señora Trask. Al retirarse por la noche, no solo cerraba con llave su habitación sino también la puerta que daba paso a las estancias del servicio.

Se planteó la posibilidad de llamar por teléfono, pero se dio cuenta de que no sabía los números ni del señor Pendergast ni de Proctor. Constance, por descontado, ni tenía teléfono móvil ni le importaba lo más mínimo. Lo cierto era que cuando regresasen iba a tener que asegurarse de…

Justo en ese momento, se oyó un golpe seco en la puerta principal.

La señora Trask dejó de sacar el polvo. Las visitas en el 891 de Riverside eran una rareza; más bien inauditas. A excepción de la reciente aparición del teniente D'Agosta, al que ella misma había requerido, la señora Trask solo podía recordar que hubiesen llamado dos veces a la puerta en los últimos doce meses. La primera había resultado de lo más inquietante, y la segunda había precipitado que el señor Pendergast y Constance fueran a Exmouth, un viaje que, hasta hacía muy poco, entendió que había acabado en tragedia.

El ama de llaves permaneció quieta.

Pocos segundos después volvió a oírse otro golpe, este tan fuerte que dio la impresión de que toda la casa temblaba.

Tampoco era cosa suya atender a la puerta, pensó. Aunque algo le dijo que, estando sola, al señor Pendergast le habría gustado que abriese. Era una mañana de sol radiante, después de todo. ¿Qué posibilidades había de que se tratase de un ladrón o de algún otro malhechor?

Salió de la biblioteca, cruzó el vestíbulo de nuevo, atravesó el largo y estrecho refectorio y entró en el recibidor. La enorme puerta principal le pareció un portal de mal agüero, monolítico, sin mirilla alguna en su desalentadora estructura.

Mientras estaba allí quieta, golpearon por tercera vez. La señora Trask dio un respingo.

Era una tontería. Respiró hondo, corrió los cerrojos y, no sin esfuerzo, abrió la puerta. Acto seguido dejó escapar un grito.

Frente a ella, un hombre encorvado, un hombre que daba la impresión de estar en las últimas. Llevaba una camisa manchada y rota por todas partes; el interior del cuello estaba oscuro; bajo los brazos, oscurecidas medias lunas de sudor seco. A pesar de encontrarse en el mes de noviembre, no llevaba abrigo. Los pantalones estaban incluso más rotos que la camisa. El bajo de una de las perneras estaba destrozado, y dejaba a la vista un pie desnudo y sumamente sucio. La otra pernera había sido cortada, o más bien rasgada, a la altura de la pantorrilla. La tela de uno de los hombros y de una de las perneras estaba cubierta de sangre seca. Pero lo que más la inquietó fue el rostro demacrado y macilento del hombre. Tenía el pelo pegado a la cabeza, como si se tratase de una kipá. Suciedad, barro, sangre y polvo cubrían su piel hasta tal punto que resultaba complicado adivinar su raza. Su barba era un enmarañado nido de rata que finalizaba en varios mechones puntiagudos. Y luego estaban sus ojos: dos brasas de carbón en lo más hondo de unas cuencas teñidas de un negro purpúreo.

La señora Trask agarró la puerta y se disponía a cerrarla con fuerza cuando de repente comprendió que aquella especie de espectro que tenía delante era Proctor.

—¡Señor Proctor! ¡Dios mío! —dijo abriendo del todo la puerta—. ¿Qué le ha pasado?

El hombre dio un inestable paso al frente, después otro, y cayó de rodillas.

Rápidamente, la señora Trask se acuclilló a su lado para ayudarlo a levantarse. Parecía haber sobrepasado el límite del agotamiento.

—¿Qué ha pasado? —repitió mientras le conducía a través del refectorio—. ¿Dónde ha estado?

—Es una larga historia. —Su voz era débil, casi un susurro—. ¿Puede ayudarme a llegar a mi habitación? Tengo que tumbarme.

—Claro. Le traeré un poco de caldo.

—¿Constance…? —murmuró.

—No está aquí. No sé a dónde ha ido. Creo que el teniente D'Agosta sabe algo. Tendría que preguntarle a él.

—Lo haré.

—Pero tengo una noticia estupenda. Aunque tal vez ya la conozca. El señor Pendergast está vivo. Por lo visto, no se ahogó. Pasó por aquí, pero volvió a irse. Hará de eso una semana, por lo que yo sé.

Por un instante, aquellas brasas de carbón brillaron incluso un poco más.

—Bien. Eso está bien. Llamaré al teniente D'Agosta a primera hora de la mañana.

Estaban a mitad de camino del vestíbulo cuando Proctor se detuvo de golpe.

—Señora Trask…

—¿Sí?

—Creo que voy a quedarme aquí, si no le importa.

—Déjeme al menos que lo lleve hasta el sofá de la biblioteca. Ahí estará más…

Pero mientras ella hablaba, Proctor dejó de agarrarla y lentamente resbaló hasta el frío suelo de mármol; y allí se quedó, inmóvil, desmayado.

Una semana después

3 de diciembre

Pendergast dejó a un lado el grueso libro que había estado leyendo, el brillante aunque a veces complejo ensayo de Douglas Hofstadter *Gödel, Escher, Bach* , y miró a Constance Greene. Estaba sentada frente a él, con las piernas recatadamente cruzadas y los tobillos apoyados en un escabel de cuero, mientras se tomaba un té Hediard Mélange con leche y azúcar sin apartar la vista del fuego.

—¿Sabes de qué acabo de darme cuenta, Constance?

Ella lo miró a los ojos con las cejas alzadas a modo de silenciosa pregunta.

—La última vez que estuvimos sentados juntos en esta habitación, vino a visitarnos Percival Lake.

—Tienes razón. Pero esa, como suele decirse, es otra historia. —Y volvió a darle un sorbo a su taza de té y a observar el fuego.

La señora Trask y Proctor se presentaron sin hacer ruido en la puerta de la biblioteca. El ama de llaves se había recuperado hacía tiempo de la conmoción, y se alegraba simplemente de que estuvieran todos juntos de nuevo. Proctor también volvía a parecerse al estoico Proctor de antes, y la única marca que le había quedado de su odisea era una leve cojera, consecuencia, según había explicado, de la mordedura de un león y de su caminata de trescientos kilómetros por el desierto.

—Perdone, señor —le dijo la señora Trask a Pendergast—. Deseábamos saber si podemos hacer algo más por ustedes antes de irnos a cenar.

—No, gracias —dijo Pendergast—. A no ser que tú necesites algo, Constance.

—Estoy muy bien así, gracias.

La señora Trask sonrió, hizo una pequeña reverencia y se dio la vuelta. Proctor, siempre discreto, se limitó a asentir y la siguió en dirección a la cocina. Pendergast recuperó su libro y fingió retomar la lectura, pero en realidad continuó observando a Constance.

Constance había pasado la última semana en una clínica privada de Florida, recuperándose de las heridas que le había hecho Flavia durante su pelea. Esa era su primera noche en la mansión de Riverside Drive. Aunque habían hablado en varias ocasiones a lo largo de la semana y se habían contado al detalle cómo habían pasado buena parte del mes anterior —y todos los malentendidos habían sido aclarados—, Constance no parecía ella misma y, a decir verdad, por cuanto él había podido observar, no lo parecía desde que salieron de Halcyon. Se había mostrado inquieta y melancólica toda la tarde: si empezaba a tocar una pieza en el clavicémbalo, luego la dejaba a medias; si escogía un libro de poesía y lo ojeaba, no pasaba de página durante media hora.

Finalmente, Pendergast bajó el libro.

—¿Qué te preocupa, Constance?

Ella lo miró a los ojos.

—No me preocupa nada. Estoy la mar de bien.

—Vamos. Conozco tus estados de ánimo. ¿Se trata de algo que dije o que hice… o que no hice?

Ella negó con la cabeza.

—Fue imperdonable que te dejase indefensa, como hice en Exmouth.

—No pudiste hacer otra cosa. Estuviste a punto de morir ahogado. Y como ya sabes, me las apañé para… ¿Cómo lo diría? Para mantenerme entretenida durante tu ausencia.

Pendergast hizo una mueca casi inapreciable.

Un minuto después, Constance se removió en su sillón.

—Se trata de Diogenes.

—¿A qué te refieres?

—No puedo dejar de pensar en él. ¿Dónde estará? ¿Cómo se encontrará? ¿Buscará el bien a partir de ahora… o volverá a reincidir?

—Me temo que solo el tiempo lo dirá. Espero por el bien de todos que se trate de la primera opción. Le di a Howard Longstreet mi palabra al respecto.

Ella tomó su taza de té, pero en vez de beber volvió a dejarla.

—Le odio. Me revuelve las tripas. Y sin embargo siento que lo que hice fue demasiado cruel, incluso para alguien tan malvado como él lo había sido. Incluso… a pesar de lo que me hizo. O lo que te hizo a ti.

Pendergast barajó varias respuestas, pero decidió que ninguna de ellas resultaría satisfactoria.

—Tú lo convertiste en la persona que llegó a ser —prosiguió en voz baja, con la mirada todavía fija en el fuego—. Me contó lo del Suceso.

—Sí —se limitó a decir Pendergast—. Fue un error estúpido, infantil… Y lo lamento todos y cada uno de mis días. De haberlo sabido, jamás le habría forzado a entrar en aquel terrible aparato.

—De todos modos, eso no es precisamente lo que me preocupa. Lo que me preocupa es que, a pesar de todo, ha intentado regresar de la oscuridad en la que ha vivido tantos años. Creó Halcyon. Allí iba a retirarse del mundo; iba a ser su refugio. Me da la impresión de que también lo construyó para asegurarse de que el mundo estaba a salvo de él. Pero entonces cometió el error de enamorarse de mí. Y yo… yo estaba consumida por la sed de venganza. —De pronto, miró a los ojos a Pendergast—. ¿Lo ves? Tú y yo somos dos caras de la misma moneda. Tú, al menos en parte, creaste al monstruo que Diogenes llegó a ser. Y yo, ahora, he desmontado al hombre bueno en el que estaba intentando convertirse.

—¿En serio crees que todo lo que te dijo era cierto? —le preguntó Pendergast con delicadeza —. ¿Crees que te amaba? ¿Que estaba dispuesto a dejar atrás su parte malvada?

Constance respiró hondo.

—Había dejado su parte malvada atrás… lo mejor que había podido. No creo que jamás llegue a liberarse de ella; no por completo. Pero sí: me amaba. Me curó. Me salvó la vida. Lo habría hecho aunque yo no hubiese querido quedarme en Halcyon. Durante los días que pasamos juntos… Él no podría haber dicho las cosas que dijo, ni hecho lo que hizo, si no hubiese estado realmente enamorado.

—Lo entiendo. —Pendergast vaciló—. Perdona mi brusquedad, pero ¿qué fue, mmm, eso que hicisteis?

Constance se quedó callada en su sillón. En un primer momento no respondió. Y cuando lo hizo, habló en voz muy baja.

—Aloysius, espero que lo entiendas si te pido que jures solemnemente que nunca, jamás, volverás a preguntarme sobre esta cuestión.

—Por supuesto. Te pido que disculpes mi indiscreción. Lo último que pretendo es entrometerme o incomodarte de algún modo.

—Entonces, olvidémoslo.

Pero no fue así. De hecho, Constance cada vez parecía más inquieta y preocupada. Volvió a contemplar el fuego y la conversación se acabó. Al cabo de varios minutos, miró a Pendergast de nuevo.

—Diogenes me dijo una cosa…, poco antes de que llegases.

—¿Sí?

—Me dijo que mi hijo, nuestro hijo, de él y mío, necesitaba ser algo más que un símbolo, más que el decimonoveno Rinpoche, una figura venerable en un lejano y secreto monasterio. También es un niño: un niño que necesita a sus padres, no solo a acólitos que le adoren postrándose a sus pies.

—Ya lo visitaste en una ocasión —repuso Pendergast.

—Sí. ¿Y sabes qué? Los monjes ni siquiera me dijeron su nombre religioso. Por lo visto era un secreto, algo que solo podían conocer los iniciados y que nunca se pronunciaba en voz alta. —Negó con la cabeza—. Es mi hijo. Lo quiero… y ni siquiera conozco ese nombre.

Constance respiraba más rápido ahora.

—Lo he estado pensando. Voy a irme con él.

—¿Otra visita?

—Voy a irme a vivir con él. En el monasterio.

Muy despacio, Pendergast dejó el libro a un lado.

—¿Quieres decir que te irás de Riverside Drive?

—¿Por qué no?

—Porque… —Pendergast estaba desconcertado—. Porque tenemos…

Constance se puso en pie de un salto.

—¿Qué es exactamente lo que tenemos, Aloysius?

—Me importas mucho.

—Y yo… yo te quiero. Pero me lo dejaste muy claro aquella noche en el hotel Capitán Hull: tú no sientes lo mismo.

Pendergast también se puso en pie. Pero volvió a sentarse casi de inmediato. Se pasó una mano por la frente, muy despacio, y notó cómo le temblaban los dedos.

—Yo… yo también te quiero, Constance. Pero tienes que entenderlo… Yo no puedo permitirme amarte de ese modo.

—¿Por qué no?

—Por favor, Constance…

—¿Por qué no, por el amor de Dios?

—Porque estaría mal, mal en muchos sentidos. Constance, créeme: soy un hombre, siento lo mismo que tú. Pero soy tu protector. No sería adecuado…

—¿Adecuado? —Se echó a reír—. ¿Desde cuándo te preocupas por lo que es adecuado?

—No puedo prescindir del sistema de valores y del sentido de la moral que me inculcaron y que ha guiado mi vida. Y por otra parte, está nuestra diferencia de edad…

—¿Te refieres a esos cien años de diferencia?

—No. No. Tú eres una mujer joven, y yo soy…

—No soy una mujer joven. De hecho, soy una mujer que ha vivido mucho más de lo que tú llegarás a vivir nunca. He intentado acallar esa clase de necesidades, esos deseos que sienten todas las personas. —Ahora su voz volvía a ser suave, casi una súplica—. ¿No lo entiendes, Aloysius?

—Por supuesto. Pero… —Pendergast se sentía superado por la confusión, incapaz de ordenar sus pensamientos—. No soy bueno en estos asuntos. Temo que si… iniciáramos la clase de relación que tú sugieres, algo saliera mal. Yo nunca volvería a ser esa persona a la que admiras, que respetas, como tu protector, tu guardián…

A continuación hubo un largo silencio.

—Esa es la cuestión —dijo Constance con calma—. No puedo quedarme aquí. Sabiendo lo que sé, habiendo dicho lo que hemos dicho, seguir viviendo bajo el mismo techo me resultaría insoportable. —Respiró hondo, medio temblando—. Hay un vuelo de Air France Delhi que sale para Delhi esta medianoche. Lo he comprobado hace unas horas. Si fueras tan amable de hacer todos los trámites, le preguntaré a Proctor si puede llevarme al aeropuerto JFK.

Pendergast estaba estupefacto.

—Constance, espera. Todo esto es tan repentino…

—Por favor —lo cortó ella al instante, y con voz temblorosa añadió—: Haz todos los trámites. Voy a recoger mis cosas.

Una hora más tarde, Constance y Aloysius estaban bajo la puerta cochera esperando a que Proctor acercase el coche desde el otro lado. Constance llevaba puesto un abrigo de vicuña y de su hombro colgaba el bolso Birkin de Hermès que le había regalado Pendergast. Los faros del coche iluminaron la fachada de la casa, y un minuto después el Rolls subió el sendero. Proctor, cuyo rostro era poco más que una máscara taciturna, salió del automóvil, guardó las cosas de Constance en el maletero y a continuación le abrió la puerta de atrás.

Ella se volvió.

—Me gustaría decir muchas cosas. Pero no puedo. Adiós, Aloysius.

Pendergast también quería decirle un millar de cosas, pero en ese preciso instante no encontraba las palabras. Le daba la impresión de que una parte de sí mismo se iba en aquel coche, y sin embargo se sentía incapaz de hacer nada para evitarlo. Era como si hubiese puesto en marcha una máquina que, una vez encendida, no pudiese ser detenida.

—Constance —logró decir—. ¿Hay algo que pueda decir o hacer?

—¿Puedes quererme del mismo modo que te quiero yo? ¿Del modo en que necesito que lo hagas?

Él no contestó.

—Pues ahí tienes la respuesta a tu pregunta.

—Constance… —empezó a decir Pendergast.

Ella le puso un dedo encima de los labios. Y entonces lo retiró y lo besó. Y sin añadir una sola palabra más, se montó en el Rolls.

Proctor cerró la portezuela, se sentó tras el volante y el coche inició el lento descenso hacia la calle. Pendergast fue tras ellos hasta llegar a Riverside Drive. Observó cómo el vehículo se incorporaba al tráfico en dirección norte. No dejó de mirar hasta que las luces traseras poco a poco se confundieron entre las de los demás automóviles. Y mientras miraba, una silenciosa sombra lo envolvió todo, empezó a caer una nieve ligera, cubriendo su pálido cabello.

Pendergast permaneció inmóvil durante un buen rato, al tiempo que la nevada se intensificaba, y su figura poco a poco se fue desdibujando hasta desvanecerse en aquella blanca noche invernal.

Los autores quieren agradecer a Patrick Allocco y a Douglas Child su ayuda en varios aspectos de la novela relacionados con la aviación.

Pendergast resuelve los casos como nadie, pero en esta ocasión tal vez ni siquiera él pueda ayudarnos...



Una trágica desaparición

Tras un horrible enfrentamiento en las costas de Exmouth, Massachusetts, el agente especial Pendergast desaparece sin dejar rastro y los rumores de su muerte no tardan en extenderse.

Un sorprendente retorno

Destrozada, Constance busca refugio en los antiguos aposentos de la mansión familiar, el número 891 de Riverside Drive, donde una oscura figura del pasado aguarda para capturarla.

Una persecución internacional

Proctor, el guardaespaldas de Pendergast, se pone en marcha sin dilación siguiendo la pista al secuestrador de Constance a través de océanos y continentes, adentrándose en territorios desconocidos y hostiles con tal de salvarla.

Pero en un mundo en el que todo es blanco o negro nada es lo que parece

Para cuando Proctor descubre la verdad se ha puesto en marcha una maquinaria aterradora. Aunque puede que sea demasiado tarde...

«Preston y Child traspasan con este título las fronteras de la novela de acción y aventura.»
Kirkus Reviews

«Hay pocos como Preston y Child a la hora de crear auténticas escenas de suspense.»
Publishers Weekly

«Una historia inteligente, emocionante y absorbente. El estilo impecable que los seguidores esperan de esta pareja de autores sigue presente en una lectura con trasfondo histórico que te atrapa.»
Associated Press

«Lo que los lectores de esta famosa pareja esperan es intriga, emoción y una historia inolvidable. Esta nueva entrega es otra creación perfectamente escrita de Preston y Child.»
Suspense Magazine

Douglas Preston y **Lincoln Child** son coautores de más de diecinueve novelas aunque también escriben por separado.

Lincoln Child es un apasionado de las motos, los loros exóticos y la literatura inglesa decimonónica.

Douglas Preston, en cambio, prefiere los caballos, el buceo, el esquí y la exploración de la costa de Maine en un barco de pesca.

Ambos autores invitan a sus lectores a visitar su página web, www.prestonchild.com y a registrarse para recibir el boletín de noticias *The Pendergast File* .

Título original: *The Obsidian Chamber*

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2016, Splendida Mendax, Inc. y Lincoln Chid
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2018, Juan Luis Trejo Álvarez, por la traducción

Diseño de portada: Pino Sartorio
Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright* . El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02147-3

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com



megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

Índice

La cámara de obsidiana

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Epílogo
Una semana después
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre los autores
Créditos